P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SAN EZEQUIEL MORENO.
UN VALIENTE MISIONERO

LIMA – PERÚ

SAN EZEQUIEL MORENO, UN VALIENTE MISIONERO

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleto

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN
1. Su infancia. 2. Vida religiosa.
3. Capellán en Palawan. 4. Calapán
5. Las Piñas, Sto. Tomás y Sta. Cruz.
6. Administrador de Imus. 7. Monteagudo.
8. Restauración de la provincia de La Candelaria.
a) Recolección agustiniana en Colombia.
b) Envío de misioneros. c) Viaje a Colombia.
d) Visita al arzobispo de Bogotá.
e) Los padres candelarios.
f) El Desierto. g) Trabajo en Bogotá.
9. Correrías apostólicas por Casanare.
10. Vicariato apostólico de Casanare.
11. Obispo de Casanare. 12. Mensaje a sus fieles.
13. A Casanare. 14. Labores pastorales en Casanare.
15. Cambio de diócesis. 16. Diócesis de pasto.
17. Recibimiento en Pasto. 18. Visitas pastorales.
19. El liberalismo. 20. Guerra civil.
21. El colegio de Tulcán. 22. Visita ad limina.
23. Orden de silencio. 24. La concordia nacional.
25. Consecuencias de la concordia.
26. Salvador de Pasto. 27. Nuevas órdenes de silencio.
28. Última enfermedad. 29. Reflexiones sobre la muerte.
30. Milagros después de su muerte.
31. Amor a la Eucaristía. 32. Sacrilegio en Ríobamba.
33. Sacrilegio en Tumaco.
34. Amor a María. 35. Devoción al Corazón de Jesús.
36. Los dolores internos. 37. La liga santa.
38. Sor Mónica de Jesús. 39. Dones místicos
a) Profecía. b) Apariciones.
c) ¿Éxtasis? d) Conocimiento sobrenatural.
e) ¿Don de hacer milagros?
f) Luces o resplandores sobrenaturales.
g) Don de lágrimas.
40. Virtudes. 41. Beatificación. 42. Exhumación.
43. Canonización. 44. Cronología

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida san Ezequiel Moreno es una vida llena de aventuras y dificultades. No fue la de un fraile que pasa su vida en su convento dedicado a la oración y a la penitencia. Su vida fue una vida activa y apostólica. Antes de ser ordenado sacerdote, sus Superiores lo envían a Filipinas, donde termina sus estudios y comienza su apostolado como capellán castrense en la fundación de la nueva ciudad de Puerto Princesa en Palawan. Continuará desarrollando su ministerio pastoral en otras parroquias del archipiélago filipino, dando siempre ejemplo de celo y preocupación por la salvación de las almas.

De Filipinas los Superiores lo envían de Rector al convento-noviciado de Monteagudo en España, donde pasará tres años antes de ser escogido como Presidente de la misión restauradora de la provincia de La Candelaria en Colombia. En Bogotá se hizo querer por todos los que lo conocieron por su vocación de servicio, especialmente confesando, predicando y atendiendo a los enfermos.

Como Superior, hizo un viaje de cinco meses por los Llanos de Casanare, donde habían evangelizado nuestros antiguos frailes candelarios (recoletos) con el propósito de enviar religiosos para continuar la evangelización en aquellos lugares solitarios y abandonados. Al ser creado el Vicariato apostólico de Casanare, es nombrado obispo. Antes de dos años es preconizado obispo de Pasto, también en Colombia. En este lugar tuvo que luchar mucho contra el liberalismo, que era promovido por el gobierno liberal de Ecuador. Su lucha contra las ideas liberales anticatólicas marcó el resto de su vida. Tuvo distintos conflictos por este motivo. El asunto del colegio de Tulcán llegó hasta Roma, donde, en primera instancia, sentenciaron en su contra; pero, después de exponer sus pruebas y presentar su renuncia, fue aceptado su punto de vista.

Las luchas no cesaron. Los periódicos liberales se exacerbaban contra él, especialmente con motivo de la revolución liberal de l895 y con la guerra civil de 1899 a 1902. Su valentía fue reconocida por todos. Sus enemigos lo odiaban y sus amigos y buenos católicos lo alababan. Pero Dios quiso premiarlo antes de lo que humanamente se hubiera deseado. Le vino un cáncer palatino-nasal en 1905, que lo llevó a la tumba el 19 de agosto de 1906.

Su cuerpo incorrupto permanece en el convento de Monteagudo en España. Los milagros realizados después de su muerte son especialmente de curaciones de enfermos de cáncer. Por ello es considerado como patrono y protector de los enfermos de cáncer.

Que su vida nos estimule para cumplir siempre la voluntad de Dios y para ser valientes en el cumplimiento de nuestro deber.

ANOTACIONES

Al citar *Minguella* nos referimos al libro de Mons. Toribio Minguella, *Biografía del Ilmo. señor don Ezequiel Moreno y Díaz*, Barcelona, 1909.

Disquisitio hace referencia a la obra de Giovanni Papa: *Disquisitio de agendi ratione servi Dei circa liberalismum in Columbia*, Ciudad del Vaticano, 1959.

Al mencionar *Ayape* se refiere al libro del padre Eugenio Ayape, *Semblanza del beato Ezequiel Moreno*. Ed. Augustinus, Madrid, 1994.

Sum hace relación al *Summarium* (Sumario) de la *Positio super introductione causae*, Roma, 1925 en el proceso de beatificación y canonización del siervo de Dios Ezequiel Moreno.

También haremos referencia a la *Nova Positio super virtutibus*, Roma, 1959; *Alia nova Positio super virtutibus*, Roma, 1963: *Novissima Positio super virtutibus*, Roma, 1964.

1. SU INFANCIA

Nació Ezequiel el 9 de abril de 1848 en la pequeña ciudad de Alfaro (La Rioja – España), que en ese tiempo tenía unos 4.000 habitantes.

Fue bautizado en la parroquia de San Miguel de Alfaro al día siguiente de nacer, 10 de abril. Sus padres fueron Félix Moreno y Josefa Díaz. Eran pobres, pero muy cristianos. El padre era un humilde sastre. Ezequiel fue el tercero de sus hijos. Antes de él vinieron al mundo, Eustaquio (1842-1901) y Juana. Más tarde seguirían Valentina (1851-1929), Benigna (1854-1922) y María de las Candelas. Eustaquio fue agustino recoleto. Juana y María de las Candelas murieron de niñas. Valentina y Benigna contrajeron matrimonio y sobrevivieron a sus dos hermanos [1].

Ezequiel fue confirmado al año de nacer, en la parroquia de San Miguel de Alfaro, el 27 de abril de 1849 por el obispo de Tarazona, fray Vicente Ortiz y Labastida.

Su paisano Gregorio Gurría recuerda sobre su infancia: *El señor Félix asistía en cada fiesta al rosario de la aurora para llevar la linterna, el estandarte o lo que le tocara* [2]. A veces llevaba al rosario al pequeño Ezequiel. Por eso, éste a su vuelta de Filipinas, al predicar un día en la iglesia de las dominicas de Alfaro les dijo: *A este templo me traía mi difunto padre de la mano y aquí rezábamos y cantábamos el santo rosario, cuando yo apenas podía balbucear las palabras* [3].

A sus siete años ya iba a la escuela del celoso y buen maestro Bonel e hizo grandes adelantos en el estudio por su empeño y capacidad. Por este tiempo su hermano Eustaquio hacía de sacristán de las religiosas dominicas y Ezequiel, a quien su hermano siempre llamaba el *chiquito*, hacía de acólito. Se distinguía por ser respetuoso y callado.

El párroco de Alfaro Basilio Zarantón y Soldevilla declaró: *Me contó su hermana Valentina que, siendo Ezequiel de once años, había un niño gravemente enfermo llamado Balduz y en las fiestas de San Roque quería ir a ver a las*

---

[1] Julián Moreno, hijo de Valentina, fue religioso agustino recoleto como tres tíos suyos: fray Francisco Moreno, hermano de su padre; y fray Eustaquio y fray Ezequiel, hermanos de su madre. Julián murió mártir en Motril (Granada) el 25 de julio de 1936 y fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999.

[2] Sum p. 42.

[3] Minguella, p. 4.

vaquillas sin hacer caso al médico ni a sus padres. Ezequiel se quedó a hacerle compañía, sacrificando así su deseo de ir a la fiesta [4].

Un día fue con su padre al convento de las dominicas de Alfaro. Sor Catalina Les recuerda: *La hermana portera estando yo presente, le dijo: "Y tú ¿qué vas a ser?". El respondió: "Fraile, como mi hermano". Y replicando la hermana, aludiendo a su baja estatura: "Tú, tan calandrajo, ¿para qué te quieren?". Y él contestó: "Ya me pondré un sombrero de copa para ser más alto". Tenía entonces doce o trece años y nos sorprendió, porque normalmente hablaba poco.*

Y añade: *Un vecino cuyo oficio era cocer vajilla tenía un montón de leña en la calle en tiempo en que se celebraban en Alfaro las fiestas de san Roque. Temiendo que algún cohete fuese a caer sobre la leña y provocase un incendio, mandó a su hijo cuidarla por la noche. El niño, de la misma edad que Ezequiel, tenía miedo de quedarse solo en la noche y además a la intemperie. Ezequiel, al saberlo, con el permiso de su madre, se ofreció a hacerle compañía, privándose de la diversión de ver los fuegos artificiales. Esto se lo he oído a la misma madre de Ezequiel. Entonces tenía trece años* [5].

Cuando su hermano Eustaquio entró de postulante agustino recoleto y se fue al convento de Monteagudo en Navarra, se quedó Ezequiel de sacristán de las religiosas. Sor Catalina Les nos dice: *Cuando Ezequiel fue nombrado sacristán, tenía unos trece años. Estuvo de sacristán ocho meses. En los días establecidos limpiaba el polvo. No creo que tratara mal a los fieles que iban a la iglesia. Con las hermanas sacristanas hablaba poco, en voz baja y con respeto. Dejó el puesto de sacristán, porque un día se encontró un cáliz abollado y la sacristana le llamó la atención por haberlo hecho caer. Él respondió que no lo había dejado caer. Y fue a su casa y le dijo a su madre: "No quiero volver de sacristán, porque la hermana sacristana me ha gritado, diciendo que yo he hecho caer el cáliz y no es verdad* [6].

Su hermano Eustaquio era muy aficionado a la música y tocaba el violín. Ezequiel tenía una dulce y potente voz, que conservó toda su vida, y le gustaba cantar, especialmente las flores a la Virgen en el mes de mayo. Fue cantor en la capilla de música de Alfaro. Y en una de sus visitas pastorales el obispo de Tarazona, don Cosme Marrodán, en 1863, le oyó cantar las flores a María con tanto amor que le mandó llamar por medio del párroco y le ofreció pagarle la carrera sacerdotal, si entraba al Seminario, pero él contestó que quería ser

---

[4] Sum p. 36.
[5] Sum p. 30.
[6] Sum pp. 30-31.

agustino recoleto como su hermano, que ya estaba en Monteagudo. Su madre trató de convencerlo para que, siendo sacerdote diocesano, pudiera ayudarla y acompañarla en su vejez, pero no lo pudo convencer [7].

El 1 de octubre de 1861 su hermano Eustaquio hizo su primera profesión religiosa y asistió él con toda su familia, encendiéndose su alma en grandes deseos de llegar a ser misionero agustino recoleto como su hermano.

A partir de ese año y, pensando entrar al convento, estudio latín con los sacerdotes Antonio González, Pedro Juan y el agustino exclaustrado Cipriano Ulzurrun.

En enero de 1864 murió su padre, dejando a la familia en precaria situación económica. La madre tuvo que valerse de mil trabajitos para sacar adelante a sus hijos. Entre otras cosas, se dedicó, ayudada por Ezequiel, a vender hilo y otras baratijas en la plaza del pueblo. *Ezequiel le llevaba cesta* [8].

2. VIDA RELIGIOSA

El año 1864 ingresó en el convento de Monteagudo y el 21 de septiembre del mismo año tomó el santo hábito con otros trece compañeros, tomando como patrona a la Virgen del Rosario. Se empezó a llamar fray Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario. El 22 de septiembre de 1865, fiesta de santo Tomás de Villanueva, hizo sus votos temporales. Dos compañeros habían muerto durante el noviciado y a otro se le postergó la profesión por falta de edad. Eran once de sus compañeros, más dos hermanos de obediencia. En total fueron trece los nuevos religiosos.

El padre Julián Funes dirá de él: *Amaba el retiro y, si bien concurría como todos al recreo, al paseo y demás actos, se retiraba luego, ya al coro, ya a su celda, siendo conocido por el "silencioso". En fin, puedo asegurar que todo el tiempo que le conocí fue siempre el bueno, ya en salud, ya en enfermedad* [9].

En 1866, terminados sus estudios de filosofía, fue trasladado con sus compañeros al convento de Marcilla a estudiar teología. Terminados sus estudios en Marcilla y, antes de recibir su ordenación sacerdotal, fue enviado por sus Superiores a Filipinas como misionero. Iban 18 jóvenes estudiantes. Debido a la

---

[7] Sum p. 31.
[8] Sum p. 69.
[9] Minguella, p. 16.

revolución de 1868, llamada *la gloriosa*, y como había un ambiente anticlerical marcado en la sociedad, debieron ir hasta Cádiz vestidos de paisano.

En Cádiz se embarcaron en la fragata *Concepción* el 14 de octubre de 1869, rumbo a Manila. Y después de cuatro meses de navegación menos cuatro días, arribaron a la capital del archipiélago filipino. Era el l0 de febrero de 1870. Después de unos días de descanso en la hacienda de Imus a las afueras de capital, reanudaron sus estudios durante quince meses. En estos quince meses fueron recibiendo los diferentes órdenes sagrados. Por fin llegó el día soñado de su ordenación sacerdotal el 3 de junio de 1871, siendo padrino su mismo hermano Eustaquio, que era cura párroco de Calapán, quien lo llevó consigo para instruirlo en la administración parroquial y enseñarle el idioma tagalo, en el que Eustaquio era experto.

Poco tiempo estuvieron juntos. El padre Ezequiel fue destinado como capellán castrense y misionero a la Paragua (Palawan en idioma tagalo).

3. CAPELLÁN EN PALAWAN

El padre Ezequiel no contaba aún con un año de ordenación sacerdotal cuando fue escogido por sus Superiores para ser capellán castrense en la expedición que se había organizado para la colonización de la isla de Palawan, en el archipiélago filipino de las Visayas. La isla tiene unas ochenta leguas de largo y doce de ancho. Políticamente estaba completamente abandonada por las autoridades españolas y los piratas musulmanes joloanos la habían hecho centro de sus correrías para asaltar a los poblados cristianos de otras islas adyacentes. Por otra parte, algunos países tenían puesta la mira en esta isla. Por ello, el gobierno español decidió colonizarla y fundar la capital en Puerto Princesa, al centro de la isla, que tenía un hermoso puerto natural.

Los expedicionarios después de oír misa en la iglesia agustiniana de San Sebastián de Manila, salieron el 22 de febrero de l872 en el transporte *Marqués del Duero* y escoltados por el cañonero *Samar*. Llegaron el 4 de marzo a la bahía de Puerto Princesa. Allí enarbolaron la bandera española y comenzaron a talar y desmontar terrenos para plantar las tiendas de campaña. El padre Ezequiel, que estaba acompañado por el padre Antonio Muro, levantó un pequeño cobertizo, que sirviera de capilla, y allí celebraron la primera misa el 10 de marzo.

La mayoría de los expedicionarios era gente poco cristiana, de mala vida: soldados penados, sacados de la cárcel; marineros, mandados en castigo por faltas cometidas; algunas mujeres de mala reputación… Por ello, el padre Ezequiel pensó en crear pueblos de nativos lejos de esta nueva ciudad, pues los

nuevos convertidos podían recibir malos ejemplos. Escribe: *¿Qué pensarían de nuestra religión los nuevos cristianos al ver las cosas que aquí se hacen, cosas que necesariamente habían de ver? Y no sólo verían, sino que oirían. Y, sin recelo alguno, me atrevo a decir que les serían dirigidas pretensiones diabólicas y solicitaciones infames de parte de los que aquí residen* [10].

El padre Antonio Muro, que vivía con él, declaró: *Trabajó como un apóstol, dando claras pruebas de la caridad que ardía en su pecho. Él cuidaba de que nada faltase en lo espiritual a los enfermos, que eran muchos; predicaba a los sanos y procuraba que todos marchasen por los senderos de los divinos mandamientos. Así logró unir con el santo lazo del matrimonio a dos jóvenes sirvientes que hacía tiempo vivían en pecado, y bautizó "in articulo mortis"* (en el momento de la muerte) *a un chino, habiéndole instruido antes en lo indispensable para alcanzar la salvación. De padres protestantes nació allí un niño; y como pidiesen el bautismo para la criatura, accedió gustoso el padre Ezequiel a condición de que se expresara en la partida de bautismo la religión de sus padres* [11].

Pero el afán misionero del padre Ezequiel no podía contentarse con los pocos pobladores de Puerto Princesa. Él quería evangelizar a los no cristianos del territorio circundante. Por ello organizó algunas correrías apostólicas. Escribe: *Ha tres días hoy, que he llegado de hacer una visita a dos ríos distantes de aquí, el uno de siete a ocho leguas, y el otro de once a doce, y con gran satisfacción de mi parte… El primero de los ríos tiene bastante gente, y es llamado Inagauan. Éste es el punto donde se hallan los seis o siete cristianos de que le hablé, que vivían como si tales no fueran. Aquí se halla también el llamado de ellos "Maestre de Campo", que es un superior de ellos. Éste, pues, con los muchos que hay, se ha ofrecido a reducirse a poblado y, al efecto, han señalado ya el punto para formar el pueblo. No puedo decir nada sobre la salubridad del punto elegido, pero lo que creo imprescindible es no dejarlo de la mano, si se quiere que en efecto se forme el pueblo…*

El otro río que visité fue el llamado de Aborlan. En este punto, para hacer algo, habría que quitar algún obstáculo. Este obstáculo son unos cuantos joloanos situados allá, a quienes los naturales temen de un modo tal que no es posible explicar. Hay algunos de estos joloanos que no serían un gran obstáculo, pero hay uno, en especial, al cual le vi armado de su cris (puñal), *acompañado de cuatro o cinco, armados también de crises y lanzas, que es malo, muy malo. Les ha metido en la cabeza a los naturales que a él no le pasan las balas, que en Joló no eran nada cien hombres para él, y otras cosas por el estilo. Y por*

[10] Carta desde Puerto Princesa, julio de 1872.
[11] Minguella, p. 25.

echarla así de matachín, le han cobrado tanto miedo que sus mandatos son respetados sólo por ese miedo, aunque algunos de ellos son hasta tiránicos. Lo cierto es que se han situado ahí y son los amos. Yo las casas que vi eran todas de joloanos; los naturales están mucho más internados.

Estos joloanos son muy pocos. Estando yo allí, llegaron ocho, y, contando con éstos, lo más que habrá serán de 18 a 20. El gobernador del río es mestizo de joloano y una de las naturales. Si éste se inclina a los joloanos o a los naturales, no se sabe. Sólo puedo decir que, al hablarle del pueblo, me contestó que quién daba principio, si nosotros o ellos; que ellos, por sí solos, no se atreven, a causa de los pancos (barcos) *de joloanos piratas, que a menudo pasan por allí. Pero que él se ofrecía también a formar un pueblo siempre que fuese una pequeña fuerza, que estuviera dispuesta a defenderlos de los moros. Esto me dijo, pero esto no les haría mucha gracia a los joloanos, ni a él mismo acaso. Digo esto, porque él está mantenido, con sus dos mujeres e hijos, por los pobres naturales…*

He oído también que, además de Aborlan, donde yo he visto esos joloanos, hay también otros puntos aquí en la Paragua (Palawan) *donde también los hay, los cuales tienen hasta cautivos cristianos bajo su poder. Ahí, en Aborlan, he hablado con un tagalog de la provincia de Batangas, el cual se escapó del poder de un dato llamado Arsat, y diciéndole yo por qué no se iba a un pueblo cristiano, puesto que ya estaba él en libertad, me contestó que tenía un sobrino aún en poder de ese dato y que estaba esperando a ver si podía sacarlo de algún modo* [12].

El 21 de noviembre de 1872 llegó a Puerto Princesa el gobernador del río de Aborlan. El objeto de la venida ha sido el visitar al gobernador de aquí y decirle que es amigo de los españoles. Por esta espontaneidad con que lo ha hecho, casi han desaparecido las sospechas que había acerca de su fidelidad para con nosotros. Yo le he traído al convento y lo he obsequiado, y él me ha dicho que, si voy por Aborlan, que él cuidará de mí, que vaya sin temor.

Uno de los grandes obstáculos que había en Aborlan era un joloano que la echaba de valiente. Pues bien, éste ha marchado ya de Aborlan, según me ha dicho el gobernador de allá. De consiguiente, ya puedo llegarme con más seguridad.

Le he preguntado también por Inagauan, que es el punto donde me prometieron formar pueblo, y me ha dicho que están trabajando, y que me esperan por allí. Ahora pienso marcharme con éstos de Aborlan. Tengo que

[12] Carta al padre Mariano Cuartero, Puerto Princesa, 27 de agosto de 1872.

aprovechar estas ocasiones, porque aquí no hay embarcación ni gente de que disponer [13].

El padre Ezequiel visitó de nuevo Aborlan y regresó a Puerto Princesa el 5 ó 6 de diciembre para estar presente a la celebración de la fiesta de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre. Celebró la misa, como siempre, con gran fervor, pero al terminar la misa sintió los primeros síntomas de las terribles calenturas. La malaria había comenzado su obra. El día 9 hubo de guardar cama, pues la fiebre iba en aumento. El médico militar, doctor Agustín Planter, lo atendió, pero le dijo al padre Antonio: *Escriba al padre provincial que el padre Ezequiel está padeciendo calenturas perniciosas, doble cotidianas, de mal género.* Fue mejorando lentamente. En Navidad pudo celebrar misa con mucho esfuerzo.

Felizmente, el 10 de enero de 1873 arribó a Puerto Princesa un vapor del gobierno que, desde Singapur, conducía al nuevo gobernador y capitán general de Filipinas don Juan Alaminos. El médico opinó que debía aprovechar la oportunidad para ir a Manila a recuperarse. Y así embarcó rumbo a Manila, dejando para siempre aquellas playas, que tan gratos recuerdos dejaban en su alma. Apenas había permanecido en Palawan nueve meses.

4. CALAPÁN

La convalecencia iniciada en Puerto Princesa continuó en franca mejoría en Manila, recobrando plenamente la salud, aunque por espacio de muchos años sufrió los efectos de la malaria.

Para terminar de reponerse fue enviado de nuevo a Calapán con su hermano en marzo de 1873; pero en mayo, Eustaquio fue elegido secretario provincial en el capítulo provincial y tuvieron que separarse, siendo nombrado sucesor de su hermano en la parroquia de Calapán, a pesar no de tener más que 25 años. También fue nombrado vicario provincial de la isla de Mindoro. Allí en Calapán estuvo tres años, trabajando con todo empeño por la gloria de Dios y bien de las almas.

Su celo apostólico no se redujo a la parroquia de Calapán, se extendió a toda la isla de Mindoro, de la que era vicario provincial y abogó por el establecimiento de una misión en el barrio de Santa Cruz (Mindoro). Sobre esto escribe: *Los manguianes de Santa Cruz son hoy niños que necesitan de caricias; frágiles naves que no navegan sino viento en popa y que el más leve viento contrario las haría zozobrar, y es preciso un trato dulce y paternal para con*

[13] Carta al padre Mariano Cuartero, Puerto Princesa, 22 de noviembre de 1872.

ellos; es necesario favorecerlos y no contrariarlos por ahora, y no hay duda que los resultados serán favorables y que han de tomar incremento en lo futuro. Cuando éstos lleguen a conocer lo ventajoso de vivir en sociedad, cuando disfruten y gocen de los consuelos que comunica la religión y de las seguridades que ofrece nuestro gobierno, desearán hacer partícipes de su bienestar y ventura a sus semejantes y serán otros tantos auxiliares del misionero que lleven la buena nueva a los que hayan quedado en los bosques.

Hoy es mayor la necesidad de proteger a los manguianes de Santa Cruz, una vez que se trata de la creación de nuevas misiones en esta isla…

Diez y ocho son los pueblos que hay en la isla y tres en las tres islas de Sibay, Semirara y Caluya. Todos los diez y ocho pueblos están inmediatos a las playas rodeando esta inmensa y grande isla, sin vías de comunicación y la mayoría sin una persona de carácter que mire de cerca por sus habitantes, sin quien les instruya y vigile, sin quien les inculque ideas de bondad, de adelanto y laboriosidad.

Las autoridades locales valen poco, poquísimo, aunque para esos cargos se hayan elegido las personas más dispuestas del pueblo. La autoridad de la provincia sólo haciendo un esfuerzo podría visitarlos una vez, y los curas sólo los visitan raras veces al año, porque no pueden más, porque es imposible que sólo cinco curas recorran muchas veces todo el litoral de la isla que cuenta de 85 a 90 leguas, más las tres islas que tiene el de Mangarin. Es imposible que el cura de Nauján, por ejemplo, esté al cuidado de más de 3.000 almas que tiene en la población donde reside y de más de 2.000 que viven en seis pueblos más que están a su cargo y que ocupan un territorio de más de veinte leguas.

De esta falta de vigilancia y enseñanza resulta que los habitantes de esos pueblos son ignorantes, perezosos y poco trabajadores en lo general. La mayoría pasan las semanas y los meses en el bosque sin arrimarse al pueblo, viviendo de frutas y raíces alimenticias que en abundancia y espontáneamente les ofrece la tierra de Mindoro; y muchos de ellos, del trabajo de los manguianes, a quienes explotan de un modo lastimoso y digno del más duro castigo, y a quienes engañan con escandalosos contratos, cuyos resultados muchas veces es la esclavitud…

El número de manguianes es incalculable. Se ha fijado como número próximo el de 30.000, pero yo sólo diré como cierto que hay muchos y que a tres o cuatro horas tierra adentro de las playas por cualquiera punto que se escoja de la isla se encuentran ya manguianes. Estos individuos son dóciles y obedientes a sus autoridades y mayores. No engañan y cumplen sus palabras como si fueran un juramento formal. No existe entre ellos la poligamia, y el

matrimonio es un acto formal y lo consideran indisoluble. Castigan las desobediencias, los robos y otros delitos y, en especial, el adulterio. Según se ha podido echar de ver, tienen una creencia, aunque vaga, de un ser supremo, de la inmortalidad del alma y de premios y castigos. Estas costumbres, estos sentimientos del manguián son en extremo favorables al buen resultado de las misiones y debemos esperar que con la ayuda de Dios se obtendrán óptimos frutos.

El indio, abusando del manguián como abusa, tratándole más bien como a bestia que como a hombre, consigue de él obediencia, sumisión y aun me atrevo a decir que respeto. Si esto pues consigue el indio con ese trato, ¿qué no conseguirá el misionero que no abusará de él, que le dará cuanto pueda, que le enseñará y sacará de la esclavitud y le tratará con la dulzura que un padre trata a su hijo? El misionero irá dispuesto a vivir con el manguián y a sufrir cuando ellos sufran y gozar cuando ellos gocen. Con su carácter dulce y de paciencia dulcificará el de ellos; los acostumbrará a su trato paternal y tranquilo y al social y laborioso, haciendo de modo que se agrupen en poblaciones que serán regidas en un principio del modo más conducente al fin que nos proponemos. El manguián llegará a conocer el valor de sus trabajos y el verdadero precio de sus productos; el engaño no tendrá lugar en presencia del misionero y el indio tendrá qué comer con el sudor de su rostro.

Una vez acostumbrado el manguián a nuestro trato, lograda su conversión a la fe y establecidas poblaciones, ya no sería difícil la apertura de vías de comunicación en el interior de la isla, especie hoy de castillo encantado, lleno de riquezas pero fortificado con su asombrosa y abundante vegetación e inaccesible al explorador más dispuesto y atrevido.

Si se quiere, pues, reducir y labrar la felicidad temporal y eterna de los miles de individuos que se hallan sumidos en el cieno del error, si se quiere conocer esta isla y sacar provecho y disfrutar de las riquezas que encierra, a mi juicio y a juicio de todas las personas prudentes conocedoras de Mindoro, se precisa la creación de las misiones que se piden. Éste es el medio más a propósito y el que sólo costará un poco de dinero, que se recobrará con crecidos réditos, y acaso la vida de algunos misioneros. Las condiciones poco saludables de todo terreno inculto y virgen, las fatigas en las excursiones y otros trabajos nos robarán esas vidas que tanto valen, pero ¿qué importa? Siempre ha sucedido lo mismo; que eso no se tenga en cuenta como contrariedad a esa grande obra, porque aún hay fe, hay todavía heroísmo, aún hay apóstoles e imitadores del Crucificado, aún hay hombres que anhelan dar la vida en provecho de sus

hermanos y morir con la muerte de los mártires. Dichosos ellos: la patria les recordará siempre y Dios les dará un premio grande…, eterno [14].

5. LAS PIÑAS, SANTO TOMÁS Y SANTA CRUZ

En el capítulo provincial, celebrado en Manila en 1876, fray Ezequiel fue nombrado párroco de las Piñas, parroquia ubicada en la bahía de Manila. Allí llegó a mediados de junio de 1876.

Durante la segunda mitad del año 1876 una epidemia de viruela cortó la vida de 126 niños. En 1876 y 1878 hubo grandes sequías con la secuela del hambre; y en abril de 1879 un voraz incendio redujo a cenizas gran parte de la población. En estas ocasiones, se movió fray Ezequiel eficazmente para aliviar las necesidades de los pobres y enfermos, tratando que nadie careciera del sustento necesario. De su propia bolsa repartió a los necesitados dinero, ropa, arroz y todo lo que pudo a los necesitados.

El padre Juan Cruz Gómez manifiesta: *Le conocí el tiempo que estuvo de cura en Las Piñas, y puedo asegurar que como religioso era muy observante en todas las Reglas y leyes de la Orden, y como cura párroco era celosísimo. De esto sólo citaré un caso: Sabida es la distancia (como una legua) que hay del barrio llamado Pamplona al pueblo; pues bien, muchos de aquéllos no iban a confesarse, ni a misa, ni a otras prácticas religiosas, excusándose con la distancia a la iglesia; y el padre Ezequiel, teniendo en cuenta aquella razón de sus feligreses, mandó hacer en el barrio un camarín de nipa, llevó un confesonario, y todos los años antes de Cuaresma iba allá, preparaba a toda la gente para el cumplimiento pascual, y allí permanecía por espacio de un mes, confesando a todos, sin volver al convento, si no era el sábado por la noche, y cuando alguna causa grave, como confesar algún enfermo, lo reclamaba* [15].

Allí estuvo tres años y se hizo querer tanto que, al ser nombrado párroco de Santo Tomás (Batangas) en 1879, la gente protestó ante las autoridades para que continuara en Las Piñas.

En Santo Tomás sólo estuvo un año, pues en octubre de 1880 en el capítulo provincial fue trasladado a Manila para desempeñar el cargo de predicador general. A la vez se le nombró cura interino del curato de Santa Cruz, uno de los barrios más populosos y ricos de Manila.

---

[14] Carta al vicario capitular del arzobispado de Manila, Simón Ramírez, Calapán, 18 de febrero de 1876.
[15] Minguella, p. 33.

El padre Julián Funes, escribe: *En una ocasión fui en busca de médico a Manila, y con licencia de nuestro padre provincial pasé unos días en Santa Cruz al lado de mi buen Ezequiel: éste se encontraba también enfermo, y, no obstante, desempeñaba el cargo parroquial como si no lo estuviera; quise varias veces disuadirle de bajar al confesonario por encontrarse con calentura, diciéndole que ya estaban trabajando sus coadjutores; pero, como si nada le hubiese dicho, bajaba la cabeza, iba al confesonario y allá pasaba las horas ocupado en el bien de las almas, como si estuviese en el apogeo de su salud* [16].

6. ADMINISTRADOR DE IMUS

En septiembre de 1882 fue destinado a la hacienda de Imus (Cavite) en calidad de administrador de la casa-hacienda, que tenían allí los agustinos recoletos, y que era imprescindible para la supervivencia económica de la provincia filipina.

A los pocos días de estar en la casa-hacienda de Imus, vino una epidemia de cólera, que tantas víctimas causó en la mayor parte de las islas y provincias filipinas. Viendo el padre Ezequiel la pujanza del mal y la falta de sacerdotes, pues serían tres o cuatro en la comarca, él se puso a disposición del párroco de Bacoor para atender a los barrios más próximos a Imus, que eran los de Salinas y Mambog. Pasó muchos días y noches administrando los sacramentos, especialmente a los enfermos. Pensemos que en tres meses, en Bacoor, pueblo de 15.000 personas, fallecieron 3.200, de los cuales sólo tres murieron sin confesión por no haber avisado a tiempo.

Cuando pasó la epidemia, siguió apoyando al padre José María Learte, que era el cura párroco de Imus, en la predicación y confesonario; al mismo tiempo que atendía todo lo referente a la hacienda, a los empleados y especialmente a los religiosos que trabajaban en ella.

7. MONTEAGUDO

En mayo de 1885 se celebró en Manila el capítulo provincial y el padre Ezequiel después de 15 años de haber trabajado en Filipinas, abandonó aquellas islas para siempre al ser nombrado Rector del más importante de nuestros Colegios en España: el convento de Monteagudo en Navarra, que siempre ha sido casa noviciado.

---

[16] Minguella, p. 38.

El 9 de agosto de 1885 tomó posesión de su cargo. Los pueblos de alrededor habían sido atacados por la epidemia del cólera. El 22 de agosto se presentó el primer caso en el convento. En días sucesivos hubo hasta 12 contagiados, de los que murieron dos: un donado y un corista.

El padre Ezequiel se desvivió por atender a los enfermos. Dice el padre Antonio Muro: *Dispuso que cada enfermo tuviera dos asistentes continuos, para que al separarse el uno de la cabecera del enfermo por algún servicio necesario, quedase el otro* [17].

El padre Tomás Cueva declaró: *Estando de Rector el año 1886, el invierno fue muy crudo y heló todo. Venían al convento centenares de pobres y a todos daba pan, alimento y hasta dinero con el consentimiento de la Comunidad. Habiendo tanta hambre en la zona, un día expuso a los religiosos la triste condición de tantos pobres y, llorando, decía: "Nosotros comemos más de lo necesario para vivir. Yo no mando, pero pido por caridad que el que quiera se prive de algo para los pobres". Y todos nos alzamos en señal de consentimiento y él nos lo agradeció llorando* [18].

Fray Ángel Morrás de la Concepción refiere: *En el año que le tuve de Rector, de 1887 al 88, puedo decir que todos sus actos fueron de un verdadero modelo de religiosos, porque aun cuando estaba enfermo (que lo estuvo, o por lo menos enfermizo) casi todo el tiempo que le conocí, de no estar postrado en cama, siempre seguía a todo con la Comunidad. Yo le vi varias veces bajar por las noches al refectorio, a la cena o colación, y subirse también con la Comunidad, sin tomar ni siquiera un bocado de alimento; por lo tanto, sin desdoblar la servilleta.*

En el coro se le encontraba a cualquier tiempo, pues además de las horas de obligación, solía ir con mucha frecuencia, y sobre todo por las noches al tocar a silencio no faltaba ningún día, y se estaba hasta las diez y cuarto y diez y media, hora en que no quedaba ya ningún corista; y, sin embargo, por la mañana siempre solía ir un cuarto de hora antes de comenzar la oración.

En el amor a los pobres era casi exagerado, porque él, que no cuidaba de ninguna cosa de estas ordinarias del convento, pues todo corría a cargo del Padre Vicerrector, de los pobres siempre estaba cuidando y continuamente preguntando si había muchas habichuelas (palabra de él) y muchas patatas, para que no les faltasen a los pobres. En aquel tiempo raro era el día que no venían cuatrocientos o quinientos pobres a la comida, y para ninguno faltaba…

---

[17] Minguella, p. 53.
[18] Sum p. 53.

A mí una sola vez me reprendió, y fue porque había recogido con alguna precipitación el pan sobrante de la comida de la Comunidad y me había dejado caer algunas migajas al suelo. Tal era el amor que tenía a la pobreza que hasta las migajas sentía que se perdiesen.

Pero lo que más me admiró en el padre Ezequiel fue la pobreza de su celda. Iba yo una noche a recogerme a eso de las diez, y me lo encontré en el claustro, que iba en busca del hermano enfermero; y al verme a mí me dijo en voz baja, como era su costumbre, que lo buscara, y que le subiese una taza de manzanilla. Yo fui a buscar al hermano enfermero, que lo era el difunto fray Prudencio, y como no lo encontraba, fui yo a la cocina, hice la taza de manzanilla y se la subí a la celda; ya estaba acostado, y tal fue la impresión que yo recibí al verlo en una cama tan pobre y tan pobrecico todo, que yo al pronto no sabía ni qué hacer, pues no me figuraba yo encontrar una pobreza tan grande en la celda del padre Rector.

Porque en la celda no había más que una cama que se componía de dos banquillos muy bajos, un jergón con pocas hojas (de maíz), una almohada y unas mantas muy usadas, por no decir viejas; al lado de la cama en la parte de la cabecera, una arquilla de estas ordinarias que hay en nuestros conventos y una palmatoria con una vela encima de la arquilla que le servía para luz. La arquilla levantaba tanto como la cama; por ahí se podrá ver cómo era la cama. En la pared había unos cuadros más tres o cuatro sillas, un lavabo como el de cualquier novicio, una mesa también ordinaria y sobre ella un pupitre viejo, unos papeles y unos libros [19].

El padre Antonio Muro recuerda: *En el año 1887 bajó a Tudela para dar el día de retiro a las Siervas de María; era el mes de octubre. Al salir del tren contrajo, por efecto de un enfriamiento, una pulmonía que le obligó a permanecer como tres semanas en cama, en la casa de José Sarriá, beneficiado de la catedral. Todavía convaleciente, volvió nuestro padre al Colegio en la primera semana de noviembre, encontrándose que teníamos en casa la epidemia de viruelas de que hubo unos diez o doce casos, pero sin ninguna defunción. Uno de los enfermos declaró: "Durante el tiempo que yo permanecí en la enfermería con las viruelas, noté, y conmigo lo notaron los demás que allá estábamos, que todas las noches, mientras hubo alguno grave, subía el padre Rector entre una y dos de la mañana a la enfermería y entraba en las celdas de todos, sin duda con el fin de ver si nos faltaba algo. Debía andar con alpargatas, pues no hacía el menor ruido".*

[19] Minguella, pp. 60-62.

El padre Toribio Minguella añade: *A fines de 1887, por mandato de nuestro padre provincial y con motivo de las fiestas jubilares de Su Santidad el Papa León XIII, fui a Roma y dispuse que me acompañara el padre fray Ezequiel Moreno, Rector del más antiguo de nuestros Colegios. Salimos de Madrid el 17 de diciembre… Al llegar a la estación final de "Terminus", cargó el pobre con las alforjas y la anchurosa y pesada maleta que me había prestado el padre Gabino: así entró en Roma el futuro obispo de Pasto, el siempre santo fray Ezequiel Moreno. Asistimos a las fiestas jubilares y a las beatificaciones; tuvimos la dicha de que el Padre Santo pusiera sus manos sobre nuestras cabezas; el alma de mi compañero se enriqueció con nuevos tesoros de fe y de amor divino al visitar las catacumbas y tantos celebérrimos templos de la capital del Orbe cristiano, y a principios de enero tornó a España, quedando yo en Roma para asuntos de la Orden* [20].

Y continúa: *Los años de su Rectorado fueron de extraordinaria miseria; miles y miles de pobres se agolpaban a las puertas del Colegio, y todos eran socorridos. Una tarde en que el padre Ezequiel bajaba al pueblo de Monteagudo, se le acercó un pordiosero y le dijo que había pedido limosna en la portería y que el hermano le había despedido sin ella. "Vuelva usted, le dijo, vuelva usted al Colegio, y diga de mi parte al portero que le socorra largamente", y reprendió luego la falta de caridad de aquel hermano. En otra ocasión, trajeron a la portería, ya de noche, a un mendigo a quien habían encontrado en la carretera aterido de frío. El padre Ezequiel dispuso que se le preparara cama en la hospedería y se llamase al médico: gracias a esta caridad, reaccionó el infeliz, aunque tardó luego en recobrar del todo la salud algunos meses, siendo atendido durante ese tiempo por el caritativo Rector.*

Notó una vez que entre la multitud de los que acudían al convento en demanda de la sopa, iba el padre de uno de nuestros religiosos: le llamó para facilitarle aparte la comida, y me escribió exponiendo el caso e indicándome se asignase al desgraciado padre una pensión a fin de evitarle la vergüenza de la mendicidad, y así lo hicimos [21].

[20] Minguella, pp. 58-59.
[21] Minguella, p. 370.

8. RESTAURACIÓN DE LA PROVINCIA DE LA CANDELARIA

a) RECOLECCIÓN AGUSTINIANA EN COLOMBIA

La Recolección agustiniana nació en 1588 en el capítulo provincial de la provincia de Castilla que tuvo lugar en Toledo. Los padres capitulares determinaron que se destinaran o se fundaran algunas casas en las que se observara la nueva forma de vida (más estricta) según las normas que daría el definitorio provincial [22]. En la definición quinta de este capítulo de Toledo se decía: *Porque hay entre nosotros, o al menos puede haber, algunos tan amantes de la perfección monástica que desean seguir un plan de vida más austero, cuyo legítimo deseo debemos favorecer para no poner obstáculos al Espíritu Santo…, determinamos que en esta nuestra provincia se señalen o se funden de nuevo tres o más monasterios de varones…, en los que se practique una forma de vida más estricta* [23].

Fray Luis de León escribió la *Forma de vivir* como una guía de las nuevas comunidades de agustinos descalzos o recoletos. Ya en 1621 era tal el desarrollo alcanzado que había cuatro provincias religiosas y el Papa Gregorio XV dio ese año una bula erigiendo a la Descalcez agustiniana en Congregación con Vicario general, dependiendo únicamente del general de la Orden.

En Colombia había comenzado la Recolección agustiniana en 1604 con el padre Mateo Delgado. En 1606 se fundaron los conventos descalzos de *La Candelaria* de Tunja, y *Santa Cruz de la Popa* en Cartagena; en 1612, el de Panamá, en 1617 el de *Misque* en Bolivia, y al año siguiente el de *Nuestra Señora de la Guía* de Lima. En 1629 se unieron a la Recolección de España, formando los conventos americanos una nueva provincia llamada de *La Candelaria* por ser su primer convento el del *Desierto de la Candelaria*. Por ello, los padres agustinos descalzos o recoletos se llamaron durante siglos en Colombia candelarios.

Estos conventos de recoletos realizaron grandes obras apostólicas, especialmente en los Llanos de Casanare desde 1662, convirtiendo indios y fundando pueblos. Al comenzar el siglo XIX la situación de la provincia de La Candelaria no estaba mal. En 1816 había 70 sacerdotes, 13 coristas, 7 novicios y 24 hermanos de obediencia. Estaban repartidos entre el Colegio de Bogotá, las misiones del Meta y Cuiloto y los conventos del Desierto de La Candelaria, Cartagena, Panamá, Tunja y Honda. A partir de ese año y con motivo de la guerra de la independencia, las cosas empezaron a cambiar. En 1821 los liberales

---

[22] Constituciones, capítulo 1.
[23] Ibídem.

dieron las primeras normas contra las comunidades religiosas y sus bienes. En 1832 se dictaron nuevas leyes y se perdieron los conventos de la Popa, Panamá, Tunja y Honda.

El año 1861 desapareció la vida conventual, ya que el presidente Mosquera suprimió los conventos, se incautó de sus bienes e incluso prohibió ejercer el ministerio sacerdotal sin previo juramento de acatar la Constitución.

A pesar de todo, hubo tres religiosos que quisieron salvar la provincia de La Candelaria: Fueron el padre Victorino Rocha, que vivía en una casita que él se construyó en la parte posterior de la iglesia de *La Candelaria* de Bogotá; el padre Juan Nepomuceno Bustamante, que vivía en el convento del *Desierto de La Candelaria* y administraba la parroquia de Ráquira; y el padre Norberto Valbuena.

b) ENVÍO DE MISIONEROS

El padre Bustamante viajó a España en 1876 con la esperanza de traer tres recoletos para dirigir un Colegio, de donde surgieran vocaciones nativas, pero los Superiores no pudieron darle lo que pedía. Regresó de nuevo en 1884 con el mismo fin y entonces sí hubo una respuesta positiva, aunque tardaron más de cuatro años en ponerla en práctica.

El padre Minguella nos dice sobre esto: *Decididamente se resolvió en 1888 formar una misión de religiosos nuestros que pasase a Colombia. Al efecto me mandó nuestro padre Comisario apostólico que fuese a los Colegios y explorase la voluntad de los que quisieran inscribirse. No era mi pobre persona la más a propósito para el caso, pues he de confesar que siempre me pareció empresa muy difícil y casi imposible la restauración de aquella Provincia, a no ser que se enviase de España todo el personal; y como veía por una parte la inestabilidad de los gobiernos en las repúblicas latinoamericanas y la forma generalmente brusca de sus cambios, y veía por otro lado que a la sazón nuestra provincia de Filipinas estaba necesitada de religiosos, como que sólo en la Isla de Negros se había creado, en el muy corto espacio de nueve meses, el considerable número de veintinueve misiones, no me agradaba que desatendiésemos lo más íntimamente nuestro. ¡Cuán otros eran los designios de la divina providencia! Si entonces me hubiesen dicho: de aquí a diez años ya las Filipinas no serán de España, es probable que mi nombre hubiera figurado en la lista de misioneros para Colombia.*

Sin embargo, procuré desempeñar mi cometido lo mejor posible, yendo de Madrid a los Colegios de Monteagudo, Marcilla y San Millán, y proponiendo a

padres, coristas y legos el objeto de mi ida, a fin de que, si alguno quería tomar parte en la misión que había de salir para Colombia, me lo dijese, advirtiéndoles que, según los deseos y órdenes de nuestro padre Comisario apostólico, era potestativo de cada uno el hacerlo o no. Me dirigí en primer término a Monteagudo, donde el padre Ezequiel Moreno acababa su Rectorado y se disponía a pasar a Marcilla, pues había sido nombrado por los padres capitulares de Manila confesor de aquel Colegio. Tan pronto como llegué al de Monteagudo (10 de Agosto de 1888) expuse al padre Ezequiel el encargo que se me había hecho, le miré, y me dijo, humilde y resueltamente: "Hace ya algún tiempo que me parece me llama el Señor para esas misiones; y pueden contar conmigo". Hablé después, no recuerdo si por indicación del mismo Ezequiel, al padre Ramón Miramón, que había sido maestro de novicios en el finado trienio, y al padre Santiago Matute que desempeñaba una cátedra de filosofía: uno y otro se prestaron gustosos para la santa empresa. Todavía exploré la voluntad de algunos otros, diciéndome casi todos que, si los Superiores así lo disponían, estaban prontos a ir a Colombia o adonde les enviasen [24].

El Comisario apostólico, padre Gabino Sánchez nombró al padre Ezequiel como provincial en Colombia con todos los poderes. El mismo Ezequiel escribió a las agustinas recoletas de Ágreda: *Los Superiores me han elegido para Superior de una misión de siete religiosos que saldrá el 27 de este mes* (noviembre de 1888) *para la República de Colombia, en América. Me he alegrado de recibir carta de ésa, porque me ha dado motivo para hacerles saber la salida de esa misión y encomendarla a sus oraciones. Éstas se necesitan que sean todo lo fervorosas posible, porque la misión que llevamos es algo difícil, por hacer ya muchísimos años que no iban religiosos a aquellas tierras. Vamos a levantar de nuevo, con la ayuda del Señor, la provincia de La Candelaria, que antes teníamos allí. Espero, pues, confiado que se tomarán interés por que la cosa salga según la divina voluntad y que unirán sus oraciones a las de otras religiosas recoletas que me han escrito diciéndome las oraciones y obras de virtud que ofrecían al Señor por nosotros. Todos estamos interesados en el buen resultado de la obra* [25].

Encomendó la obra de restauración de la provincia de La Candelaria a la beata Inés de Benigánim, agustina descalza, de quien era muy devoto. Al ir a Colombia les dijo a sus compañeros: *Vamos a hacernos santos* [26].

---

[24] Minguella, pp. 66-67.
[25] A las agustinas recoletas de Ágreda, Marcilla, 13 de noviembre de 1888.
[26] Sum p. 111.

c) VIAJE A COLOMBIA

Sobre su viaje con los 6 religiosos misioneros escribe el padre Ezequiel a bordo del vapor Saint-Laurent: *Próximos a llegar a la isla de Guadalupe, donde haremos nuestra primera parada desde Santander, tomo la pluma para decir que gracias al Señor nos hallamos buenos los siete religiosos. El padre Santiago que se embarcó tan medianillo, al día siguiente estaba ya bueno de su indisposición, si bien le sobrevino la del mareo, como a todos los demás religiosos, excepto a mí, que nunca me he mareado. Algo tuvieron que ofrecer al Señor los tres primeros días, pero después se han acostumbrado al meneo del barco y ya no se marean y comen con apetito y duermen perfectamente.*

La navegación ha sido bastante tranquila, excepto los tres primeros días en que tuvimos la mar bastante gruesa. El primer día fue el de más meneo y, por eso, se marearon con más facilidad [27].

Cuando tocamos en Puerto Cabello (Venezuela) *el domingo pasado, al saltar a tierra para celebrar, me encontré por casualidad con el señor arzobispo de Caracas, y de tal modo se entusiasmó con nuestro encuentro y tales deseos manifestó y tales instancias me hizo para dejarle un par de religiosos, que, si no hubiéramos ido tan pocos para ocupar los dos puntos que vamos a ocupar, se los hubiera dejado con mucho gusto.*

El 18 (diciembre de 1888) *dejamos el vapor Saint-Laurent y desembarcamos en Sabanilla* (Colombia) *punto final de nuestro viaje por mar. Por la tarde tomamos el tren y llegamos a esta población de Barranquilla, de donde saldremos hoy, embarcados en el vapor "Cometa". Ha sido una suerte encontrar tan pronto vapor, porque esto es caro y además hay fiebre amarilla* [28].

En el vapor "Cometa" principiamos a navegar por el gran río Magdalena, el tercero del mundo en curso y caudal de aguas. Navegamos día y noche en los primeros dos días, pero después sólo se navegaba por el día, y por la noche parábamos, amarrando el vapor a la orilla y siempre en algún pueblecillo donde no había cura. Se confesaba algún enfermo, si había, y bautizábamos a los niños que presentaban por no dejarlos sin bautismo por espacio de muchos meses en los que no veían cura.

El 27 llegamos a Honda, punto donde paran los vapores. El cura había salido, en un hospital confesé a cuatro moribundos y les administré la extremaunción y viático.

---

[27] Carta al padre Gabino Sánchez, el 10 de diciembre de 1888.
[28] Carta al padre Gabino Sánchez, Barranquilla, 19 de diciembre de 1888.

En Honda nos salió a recibir uno de los padres de aquí con caballerías para nosotros y para el equipaje, y el 29 salimos de dicho punto y caminamos nueve horas con un sol abrasador hasta llegar al pueblo de Guaduas, donde fuimos hospedados por una familia cristiana y afecta de antiguo a nuestros recoletos.

Al día siguiente, 30, después de seis horas de viaje por cuestas horribles, como las del día anterior, llegamos al pueblo de Villeta, donde nos dio hospedaje el señor cura.

El 31 anduvimos sólo cuatro horas y nos quedamos en una casa de campo que tenía oratorio, propiedad de una familia de Bogotá, rica y muy cristiana. Por la noche se confesó la familia, nos confesamos también unos a otros, y nos preparamos así para celebrar el Año Nuevo. Amaneció el nuevo año y todos lo celebramos con una inmensa concurrencia de indios que vinieron de los montes inmediatos. La familia de la casa estaba llena de satisfacción y nos dio un trato cual no habíamos tenido desde que salimos de España.

Después de almorzar salimos para el pueblo de Facatativá. Echamos cerca de cuatro horas, y llegamos a casa del párroco, que es un agustino calzado. Allí nos esperaba el padre provincial, fray Victorino Rocha, y otro recoleto. Nos recibieron con un abrazo cariñoso, y pasamos un buen día, como en nuestra casa, porque el padre calzado es francote, campechano, instruido y de buen trato.

El día 2 tomamos el tren todos, y a la hora del tren se quedaron cinco de la misión en un pueblo para de allí dirigirse al Desierto, y yo, con el padre Santiago, me vine a Bogotá, donde llegamos a las cinco y media de la tarde. No vinimos todos aquí, porque no hay habitaciones para todos. Solamente hay una casita con tres habitaciones, que es donde vive el padre Rocha para estar al cuidado de nuestra iglesia. Ésta es muy bonita y capaz. Es rica en cuadros de mérito, y se ve muy concurrida.

Nuestro convento (de Bogotá), que es magnífico, lo ocupa hoy el Seminario, y ya no hay esperanzas de recobrarlo, porque fue ocupado por la revolución y con el Concordato nuevamente celebrado, se han quedado las cosas en poder de los que las habían ocupado [29].

[29] Carta a Eustaquio Moreno, Bogotá, 6 de enero de 1889.

d) VISITA AL ARZOBISPO DE BOGOTÁ

El padre Santiago Matute manifiesta: *El día 2 de enero de 1889, nuestro padre Ezequiel y yo entrábamos en la capital de la República. Por ausencia del Ilmo. Sr. Paúl, entonces arzobispo de Bogotá, visitamos al Sr. Dr. D. Patricio Plata, Vicario general de la arquidiócesis, y al Sr. Dr. D. Joaquín Pardo Vergara, secretario del señor arzobispo; nos recibieron con muestras de singular cariño. Nos dirigimos después al palacio del Vicepresidente de la República, doctor Carlos Holguín, quien, luego de cambiar el saludo con nosotros, se nos ofreció como Jefe del Poder civil y como particular, manifestándole por nuestra parte reconocimiento y gratitud, y significándole el objeto de nuestra misión en Colombia, como operarios de la viña del Señor. Palabras dignas de todo encomio tuvo el Sr. Holguín para aplaudir el motivo de nuestra separación de la patria que nos vio nacer…*

Traíamos cartas de recomendación; y con motivo de entregarlas, tuvimos ocasión de relacionarnos con personas y familias honorables de la capital; y no dejó de sorprendernos agradablemente la nobleza de sentimientos, la afabilidad del trato, lo culto de sus maneras, a la par que su franqueza, característica de nuestros paisanos, que observamos en todos. Ventaja inmensa es la comunión del idioma, que nos permitió desde los primeros momentos entendernos y relacionarnos con la gente de un país nuevo y desconocido para nosotros.

Estaba a la sazón ausente en Anapoima el Ilmo. señor Dr. D. Telesforo Paúl, dignísimo arzobispo de Bogotá, adonde, por prescripción médica, había ido a fin de reponer su quebrantada salud. Allí le dirigió nuestro padre Moreno un telegrama en el que le saludaba y anunciaba nuestra llegada. No se hizo esperar mucho la respuesta en la cual se dejaba entrever la genial dulzura y característica bondad del prelado de la arquidiócesis. En vista de que sólo distaba un día de camino el pueblo de Anapoima, nuestro padre Superior dispuso viaje para ir a visitar y presentarnos al señor arzobispo…

Mostróse muy contento y satisfecho con nuestra venida a Colombia y se nos ofreció incondicionalmente[30].

e) LOS PADRES CANDELARIOS

Al llegar a Colombia la misión restauradora del padre Ezequiel sólo había 7 religiosos candelarios. Vivían por su cuenta, más como sacerdotes diocesanos que como religiosos.

---

[30] Minguella, pp. 70-71.

Desde el principio se vio que el deseo del padre Bustamante era organizar y dirigir un colegio que fuera a la vez semillero vocacional. El padre Ezequiel pensaba de diferente manera y, como Superior, instauró desde el principio la vida común tal como se vivía en los conventos de España. Los pocos religiosos candelarios nativos no estaban dispuestos, después de tantos años de vivir solos, a volver a comenzar una experiencia que para sus años les parecía demasiado dura, al exigirles dejar muchas costumbres personales y apegos familiares.

En sus cartas el padre Ezequiel los trata con severidad por no querer integrarse como religiosos y vivir en Comunidad. Dice: *El padre Victorino Rocha, que vive aquí con nosotros, come y bebe donde le place y vive por su cuenta. Hace unos días me entregó un testamento cerrado. Lo recibí y nada más. No sabemos si tiene o no tiene, si nos deja o no nos deja, porque nada he querido preguntar sobre eso ni a él ni a ningún otro* [31].

El padre Bustamante se está portando de un modo rarísimo y, según se deduce de su modo de obrar, está en la creencia de que allí manda él y nadie más que él, porque hace y deshace en iglesia y convento, sin contar con nadie. Ni siquiera nos ha dicho qué limosnas se han recogido durante la fiesta y sobre esto ha dado a entender de un modo claro que nada de lo que tiene será para la comunidad. Me dijo en una ocasión que, cuando él muera, dejará (creo que dijo tres mil pesos) para hacer todos los años un triduo, mil pesos para ayuda de la fiesta anual de Nuestra Señora, y lo demás para sufragios de su alma… El convento (de La Candelaria) *es aún del padre Bustamante y eso me ha detenido para no hablarle clarito, pero apenas haga la escritura a nuestro favor y que la comunidad entre a funcionar según ley y como debe funcionar para ser comunidad, entonces no habrá más remedio que hablarle y decirle cómo se ha de conducir, si quiere vivir con nosotros* [32].

El padre Bustamante murió en la noche del 14 de julio de 1889 de una caída de caballo, después de recibir los últimos sacramentos. El padre Ezequiel escribió: *Ha dejado apoderado especial a un sobrino suyo para que haga escritura de venta a mi favor de las cosas siguientes:*

1. *De una hacienda valuada en 8.000 pesos, que dista unas tres horas de El Desierto.*
2. *De otra más distante que valúa en 7.00 pesos.*
3. *De dos terrenos y una casa que están en el pueblo de Guaduas, valuado todo en 6.000 pesos.*

---

[31] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 30 de septiembre de 1889.
[32] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 21 de febrero de 1889.

4. *De unos créditos que ascienden a 9.154 o 9.454 (no se ven bien los números). No sabemos si esto es todo lo que tenía o si ha dejado algo a sus parientes.*

Salgo después de mañana para El Desierto para ver todo eso y arreglarlo[33].

El 15 de mayo (de 1892) *murió en el pueblo de Tibacuy el padre fray Domingo Díaz, donde estaba de interino. Le hemos celebrado las nueve misas cada uno que mandan las Constituciones. Dejó entre unas cosas y otras unos 800 fuertes de los que he dado 150 a su familia y… ahora reclaman otros parientes judicialmente lo recogido. No es extraño, porque no tienen ni idea de lo que es ser fraile… De los padres del país, el padre Bonifacio Giraldo de Santa María Magdalena, que está de cura interino en el pueblo de Cucunubá, es el que más franco se ha presentado. La única cosa que tenía de valor, que es una casa en esta capital* (Bogotá), *avaluada en 10.000 fuertes, nos la cedió hace unos meses haciendo escritura en favor nuestro* [34].

Podemos decir que, a pesar de la poca disponibilidad de los frailes sobrevivientes para integrarse en la vida común y de sus costumbres y modos de vida, que no estaban dispuestos a dejar, algunos de ellos entregaron parte de sus bienes a la Orden, con lo que facilitaron la restauración. La escasa perseverancia de las vocaciones nativas, indujo al padre Ezequiel a prescindir de ellas y a apoyar la restauración con personal traído de España. Así sucedió en los primeros años hasta que, poco a poco, fueron afianzándose las vocaciones nativas,

Otra cosa digna de tenerse en cuenta fue que el padre Bustamante conservó el convento del Desierto como propiedad suya y lo donó a la Orden, lo mismo que hizo el padre Rocha con la casita que había construido junto a la iglesia de *La Candelaria* de Bogotá.

Si con el tiempo se consiguió el convento de La Popa en Cartagena, fue debido al buen nombre que siempre habían tenido los padres candelarios entre la población. Lo mismo podemos decir de las misiones de Los llanos de Casanare, donde tanto y tan bien habían trabajado los antepasados candelarios y que el padre Ezequiel quiso potenciar como algo de la Orden.

En conclusión, a pesar de algunas incomprensiones mutuas, a pesar de la poca disponibilidad de los religiosos exclaustrados nativos, a pesar de las deficiencias personales... la provincia de La Candelaria pudo restaurarse con la

---

[33] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 18 de julio de 1889.
[34] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 7 de julio de 1892.

ayuda económica de los nativos, que conservaban algunos bienes, y con el espíritu religioso y misionero del padre Ezequiel y de los religiosos llegados de España. Entre 1889 y 1899 llegaron a Colombia 65 religiosos españoles.

f) EL DESIERTO

Sobre el convento de El Desierto de la Candelaria escribe el padre Ezequiel: *Después de haber estado unos días por Bogotá visitando a las autoridades, y después de una expedición de tres días para ver al señor arzobispo, que se halla enfermo en un pueblo distante, me puse en marcha para el convento del Desierto, a donde llegué después de cuatro días de viaje. Encontré a todos buenos, excepto al hermano Luis, que, desde que llegó, se ha visto atacado por calenturas intermitentes por más que en El Desierto apenas se conoce esa fruta, por estar situado entre montes muy secos y sin vegetación apenas. Todo el terreno que se pasa desde Bogotá a El Desierto es también seco y pobre, y sólo da trigo y cebada no muy abundante…*

El convento de El Desierto es bastante capaz, pero hay muy pocas habitaciones habilitadas hasta ahora. Está situado en un vallecito muy hondo y lo baña un pequeño río. Es un sitio bonito y saludable con una temperatura continua de primavera y muy a propósito para casa noviciado. La iglesia de una sola nave, pero bastante capaz y con un hermoso retablo en el altar mayor. Está hoy algo deteriorada la bóveda y hay que trabajar algo en ella.

A los pocos días de llegar, dio principio el novenario de Nuestra Señora de la Candelaria con escasa concurrencia de fieles, porque son muy pocas las casas que hay en los alrededores del convento, pero a medida que se acercaba el día de la fiesta, iba aumentando progresivamente la concurrencia hasta que en la víspera se vio una población improvisada en el gran patio de la iglesia con casas de ramaje y tela, donde se guarecían los romeros que en multitud asombrosa llegaron [35].

En vista de tal concurrencia, después de cantar vísperas se rezó el santo rosario, se cantó una salve y hubo una plática, en la que se exhortó a celebrar debidamente la fiesta de Nuestra Señora.

En el día de la fiesta no cupo en la iglesia la gente que asistió a la misa mayor, a pesar de haber estado llena la iglesia en las cinco misas rezadas que se celebraron antes. Pero lo que nos causó verdadero gozo espiritual, fue el ver la multitud de almas que se acercaban a recibir los santos sacramentos. En el día

[35] Carta a Juan Santesteban, Bogotá, 20 de febrero de 1889.

de la fiesta especialmente, era conmovedor el ver que a las cuatro de la tarde aún se acercaban a comulgar aquellas pobres gentes, porque no querían volver a sus casas sin haberlo hecho. Los últimos, desfallecidos por el ayuno y largas horas que llevaban en la iglesia, caían ya desmayados junto a los confesonarios, y hubo que decir que no se daban ya más comuniones aquel día, a fin de que se retiraran y comieran. Seguimos, sin embargo, en los confesonarios hasta el anochecer, y al día siguiente, domingo, muy temprano estábamos todos sentados oyendo confesiones, siendo el resultado que en los días 1, 2 y 3 comulgaron más de mil personas.

Pasada la fiesta, volvió el silencio ordinario de El Desierto, y sólo se veía por la iglesia alguna que otra familia, que, de los pueblos inmediatos, venían a confesar y comulgar. Llaman a la iglesia de El Desierto la "Roma Pequeña", y, por lo visto, con propiedad en lo que hace relación al perdón de los pecados, porque son muchísimos los que van a confesarse [36].

El día 14 dejé El Desierto y antes de ayer llegué aquí (Bogotá) *con el padre Santiago a predicar algunos sermones en esta Cuaresma, a fin de que las gentes sepan que estamos por aquí. Volveré a El Desierto después de la Cuaresma, porque aquello no queda aún bien establecido* [37].

Regresó a El Desierto en varias oportunidades. Y dice: *Celebramos en El Desierto todos juntos la fiesta de nuestro gran Padre San Agustín y a continuación un triduo que estuvo concurridísimo y devoto, porque confesaron y comulgaron muchísimos fieles. En el día de nuestro gran Padre San Agustín dimos los primeros hábitos a tres novicios de coro y en el día 31 de agosto a cuatro más. Con ellos se principia el coro y la vida de comunidad según nuestras leyes. Hay además allí los donados necesarios para la cocina y servicio de la comunidad… El padre Ramón ha quedado de prior del convento y a la vez de maestro de novicios* [38].

g) TRABAJO EN BOGOTÁ

El padre Santiago y yo estamos trabajando aquí en Bogotá todo lo que podemos en púlpito y confesonario y ya nos conoce la ciudad entera y se ocupa de nosotros por más que nosotros a nadie conocemos aún. Nos buscan a todas horas para confesar presos, soldados, ejercitantes; y nuestra iglesia se ve de continuo con mucha gente que viene a confesarse. El padre Victorino derrama

---

[36] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 21 de febrero de 1889.
[37] Carta a Juan Santesteban, Bogotá, 20 de febrero de 1889.
[38] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 30 de septiembre de 1889.

con alguna frecuencia lágrimas de contento diciendo que La Candelaria de Bogotá ha vuelto a ser lo que era en sus buenos tiempos. Predicamos en San Agustín los viernes; aquí, los domingos; los jueves en las monjas de la Concepción; y además, varios sermones sueltos que encargan, y pláticas a los congregantes de san Luis Gonzaga, que les dice los domingos el padre Santiago. Desde el domingo próximo predicaremos todas las tardes a una tanda de señores ejercitantes y después tres sermones a otra. No nos dejan parar un momento, a pesar de que hay en Bogotá muchos sacerdotes celosísimos e ilustrados y muchos jesuitas, franciscanos y dominicos. Es verdad que entre todos no bastamos para la población y que en relación del número de almas somos pocos.

Hace pocos días he estado con el excelentísimo señor delegado apostólico y me manifestó su satisfacción por nuestro trabajo [39].

Aquí (Bogotá), *siendo sólo dos, acuden como si hubiera una comunidad de 16 ó 20; y en El Desierto son sólo tres y tienen que atender a los jóvenes que ya se van reuniendo y al quehacer que por necesidad tienen que darles los dos pueblos más inmediatos que se hallan sin curas. El uno es Ráquira, en cuyo territorio está enclavado el convento, y el otro, Samacá, distante cuatro leguas, donde los padres han hecho un fruto admirable en la Cuaresma pasada. No teniendo cura, acuden, como es natural, a buscar al convento para enfermos y para todo y ya se comprenderá que es imposible acudir a todo, estando sólo tres*[40].

La mayor parte de los días no concluimos con la gente que viene a confesarse. Es una lástima que no haya más sacerdotes porque de haberlos se podría hacer mucho en este país. Los antiguos misioneros hicieron que la semilla de la fe arraigara profundamente, porque, a pesar de las revoluciones y de lo que la impiedad ha trabajado para que desapareciera, va uno por los bosques y por los caminos y la gente se arrodilla con las manos cruzadas y saludan con la salutación tierna: "Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar" y, cuando se levantan y se despiden, dicen: "La Virgen Santísima los lleve con felicidad"...

Las religiosas de la Enseñanza, que son 48 de comunidad, le suplicaron (al arzobispo) *que me dejara de Ordinario* (de ellas); *las de la Concepción, que son 25, le suplicaron lo mismo y las del Carmen le dijeron lo mismo; yo dije que no podía confesar a tantas religiosas sin desatender nuestra iglesia, porque sólo somos dos y no había quien despachase la mucha gente que acude a confesarse, pero a ruegos del señor arzobispo y de las religiosas, no he podido menos de*

---

[39] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 5 de abril de 1889.
[40] Carta al padre Gabino Sánchez, Bogotá, 18 de julio de 1889.

quedarme de confesor de las de la Enseñanza y de la Concepción. Tengo tarea de religiosas para unas cuantas tardes a la semana y voy a los conventos después de haber pasado la mañana en el confesonario de nuestra iglesia [41].

El padre Ángel Vicente recuerda: *Ha sido muy frecuente en nuestra casa de Bogotá ser llamados nuestros religiosos a altas horas de la noche para confesar y asistir a los enfermos. Una de estas noches, a las doce, golpeaban en la puerta. El padre Moreno que vivía encima de la portería, se levantó e inmediatamente se puso a la orden de los que llamaban. Satisfecha esa necesidad volvió a casa, y he aquí que tres mujercitas en la puerta con repetidos golpes solicitaban también un padre. Al llegar el padre Moreno y saber lo que pedían, partió con ellas a un punto bastante lejano de nuestra residencia. Regresa segunda vez, y halla otras personas que demandaban igualmente un padre para que asistiese a un moribundo. Fatigado el padre Moreno, dícelas que esperen un momento, que inmediatamente tendrían un sacerdote a sus órdenes. Subió, y al momento bajó, yendo con ellas a desempeñar esa grande obra de caridad.*

Al día siguiente, como era natural, amaneció con un aspecto enfermizo, de tal manera que al ir a confesar a una enferma de una casa amiga, viéndolo descolorido y demacrado, le preguntaron con interés si estaba enfermo, o qué le pasaba. Entonces contestó que no, que estaba bien, que solamente se sentía algo cansado por haberse trasnochado y les refirió lo que había sucedido. Al hacer la familia la observación muy justa de por qué no llamaba al que suscribe o al padre Gregorio, que éramos jóvenes, les respondió... "¡Pobrecitos hijos míos, trabajan tanto de día!... Subí en la tercera confesión a llamar a alguno de ellos; entré en sus cuartos... y los vi tan tranquilos… parecían unos ángeles". Esto me lo dijeron a mí más tarde, y me confirmé en la persuasión de que tenía un padre y vivía con un religioso que era todo caridad [42].

De su predicación nos dice cierto protestante convertido, luego fervoroso católico: *Un día en que yo me hallaba en el templo de la Orden Tercera de esta ciudad (Bogotá), subió al púlpito un religioso de la Orden agustiniana, y predicó sobre no recuerdo qué tema, pero sí recuerdo que en su suave enumeración, su tierna unción, su porte apostólico y la convicción con que emitía las frases, que bien se notaba salían más del corazón que del entendimiento, me llenaron el alma de gozo; y recuerdo haber experimentado la sensación de haber oído predicar a un religioso agustino, como, sin duda, predicaban los santos. Supe luego que era el padre fray Ezequiel Moreno y Díaz. Más tarde le oí predicar de nuevo y sentí la misma impresión que la primera vez, y esto mismo parece que*

---

[41] Carta a las agustinas recoletas de León, Bogotá, 9 de abril de 1890.
[42] Minguella, p. 113.

sucedía en la mayoría de sus oyentes. Él se ganaba los corazones de los fieles en sus pláticas y, semejante al profeta cuyo nombre llevaba, infundía el espíritu en los corazones secos y áridos para vivificarlos en la llama del amor divino que abrasaba su corazón. Sólo el día del juicio se sabrá cuántas almas deberán su dicha eterna a la pesca evangélica de los sermones del Ilmo. Sr. Moreno y Díaz[43].

Una gran alegría recibió el día que le entregaron las habitaciones de nuestro antiguo convento de La Candelaria de Bogotá, ocupadas por el Seminario y casi sin esperanza de recuperarlas. Dice sobre esto: *Nos han dado ya todas las habitaciones que tenía el Seminario y nos vamos a meter a la obra para dejar una casa cómoda para unos doce que podrán estar cada uno en su celda, y celda grande. En algunas, la luz no será mucha, porque uno de los salones está al interior, y recibe poca luz. Se consiguió por fin, una cosa al parecer desesperada, y ¡bendito sea Dios! Mucho se debe en eso al señor delegado, muy amigo de los frailes* [44].

9. CORRERÍAS APOSTÓLICAS POR CASANARE

Las ansias misioneras del padre Ezequiel estaban puestas en Casanare donde habían evangelizado nuestros antiguos padres candelarios (recoletos) desde 1662 a 1861. Y allí fue acompañado del padre Marcos, del padre Manuel y del hermano Isidoro, con el permiso del obispo de Tunja a cuya jurisdicción pertenecía. Pero antes de partir debió contentar al obispo de Tunja y dar ejercicios espirituales al clero de esta diócesis. Él manifiesta: *El día 21 del pasado mes de noviembre salí de nuestro convento de El Desierto de La Candelaria en compañía del padre Ramón, dejando en buena salud a todos los religiosos. La salida fue en dirección a esta ciudad de Tunja con el objeto de dar ejercicios en esta diócesis. Llegamos a Samacá por la mañana, y, después de almorzar, montamos en los caballos para proseguir nuestro viaje; pero fue tanto lo que llovió, y se puso tan resbaladizo el páramo, que nos vimos precisados a volver a Samacá, donde pasamos la noche.*

El día 22, después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa y confesado a algunas personas, salimos para ésta (Tunja) *adonde llegamos sin novedad, algo más tarde de lo que hubiéramos llegado con buenos caminos, porque tuvimos que ir rodeando en varias partes para evitar los malos pasos que había.*

---

[43] Minguella, p. 73.
[44] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 13 de marzo de 1893.

A nuestra llegada fuimos recibidos por el ilustrísimo señor obispo Perilla con afecto verdaderamente paternal; afecto que nos lo ha tenido desde nuestra llegada a esta tierra, que tan bien nos ha recibido, y cuyos habitantes tantas pruebas de consideración nos tienen dadas. Dios nuestro Señor les pague todo en abundancia.

Muchos eran los sacerdotes que había en ésta cuando llegamos, y aún fueron llegando al día siguiente, 23, en que dimos principio a los santos ejercicios, predicándoles yo la plática de entrada en ellos. Sesenta y cinco sacerdotes se reunieron, con el señor obispo a la cabeza, instalados todos en el Seminario, donde también nos alojamos nosotros. Seguí predicándoles por las tardes, y el padre Ramón lo hizo por las mañanas, hasta el viernes 28, en que ya no pudo hacerlo porque no le permitió la enfermedad que hasta ahora le tiene postrado en cama. Tuve que suplirle, pero, gracias a Dios, concluí los ejercicios sin la menor novedad en mi salud, y dejando a todos los ejercitantes satisfechos, según me manifestó el ilustrísimo señor obispo en presencia de todos ellos, después de haberles predicado la plática de conclusión de ejercicios. Reconozco, sin embargo, que en su bondad apreciaron mis trabajos en más de lo que valían, y yo agradezco en el alma esa fineza.

La conclusión de los ejercicios tuvo lugar el martes 2 de éste al medio día, y después me han tenido ocupado predicando y confesando en varias iglesias de esta ciudad.

El día de la Purísima Concepción prediqué en la catedral, en la misa mayor que pontificó el ilustrísimo señor obispo; por la tarde prediqué a una congregación de señoras en la iglesia de San Francisco, animándolas a la obra tan grata a Jesús sacramentado de la Adoración Perpetua.

El cuidado que exigía el enfermo no me hubiera permitido todo lo que he hecho, pero el padre Manuel Fernández y el hermano Isidoro Sáinz llegaron a ésta el día 1° de diciembre por la tarde, y se encargaron del cuidado del enfermo, quedando yo algo libre para hacer otras cosas.

La enfermedad del padre Ramón ha sido una fiebre de mal carácter, que llegó a ponerle en peligro de muerte, y por eso le administré el día 3 por la mañana. Duró la fiebre hasta el día 6, muy subida siempre, teniéndonos en cuidado; en ese día bajó algo; al día siguiente, 7, tenía aún por la noche cerca de 39 grados, y el día de la Purísima Concepción, patrona del enfermo, por ser ese misterio su apellido de religión, amaneció libre completamente de la fiebre, y así ha seguido hasta hoy, encontrándose ya en estado de convalecencia, aunque no se levanta de la cama por la mucha debilidad en que ha quedado.

Quiero hacer notar aquí una cosa digna de mención y de que nos fijemos en ella. Algunas personas nos aconsejaban que no hiciéramos nuestra expedición a Casanare, dándonos varias razones, y como razón principal el que aquello es muy malsano y muy expuesto a calenturas. No hice caso a cuanto se decía; dispuse la expedición, y Dios nuestro Señor, en su bondad, me ha proporcionado, con la enfermedad del padre Ramón, que precisamente ha sido una fiebre, y fiebre maligna, lo que he de contestar a los que hablaban de calenturas en los Llanos de Casanare. Les puedo decir que también Dios nuestro Señor manda calenturas fuera de los Llanos de Casanare, y que nuestra vida está en sus manos lo mismo allí que aquí, y en ambas partes y en todas nos la puede quitar cuando plazca a su divina voluntad, siempre santa y siempre justa. Estoy cierto de que si la calentura que el padre Ramón ha tenido en Tunja la hubiera tenido en Casanare, no me hubieran faltado reconvenciones; pero, por la gracia del Señor, no ha sido allí, sino aquí, proporcionándome con eso un medio admirable de defensa. Verdad es también que, aun sin eso, poca mella nos hubiera hecho lo que pudieran decir personas que no están en situación de apreciar debidamente lo grande de nuestra empresa y lo poco que significa la salud del hombre y aun su misma vida, si se compara con lo que vale una sola alma y con la magnífica recompensa que nos tiene Dios preparada para premiar al que por su gloria y bien de sus prójimos da su salud o su vida. Además, esa vida así dada y sacrificada por Dios, siempre es fecunda en bienes para la Iglesia, para la sociedad y para la corporación a que pertenece el individuo.

Como la convalecencia del padre Ramón ha de durar mucho, y no podemos detenernos, porque perderíamos este tiempo, el más a propósito para andar por los Llanos, he llamado al padre Marcos para que reemplace al enfermo, y a uno de los hermanos para que se quede aquí a cuidarlo, mientras no pueda volver a nuestro convento [45].

El día 15 (de diciembre de 1890*) era el señalado para nuestra salida de Tunja. Todo, pues, se preparó para salir en ese día, y, reunidos todos los expedicionarios en la casa episcopal, almorzamos con el ilustrísimo señor obispo e inmediatamente montamos en los caballos y nos pusimos en camino con dirección al pueblo de Tota. Nos acompañaban el señor cura de Labranzagrande, a quien el ilustrísimo señor obispo hizo quedarse en Tunja después de los ejercicios para ese fin; un sacerdote joven de los nuevamente ordenados, puesto a mis órdenes por el señor obispo para que haga la expedición con nosotros; y además el mismo señor obispo con su secretario y algunos señores canónigos tuvieron la amabilidad de acompañarnos una hora de camino. La despedida fue afectuosa y conmovedora, y, habiendo recibido la santa bendición del ilustrísimo señor obispo, nos alejamos de ellos llevando las*

[45] Carta a Santiago Matute, Tunja, 10 de diciembre de 1890.

más gratas impresiones y llenos nuestros pechos de reconocimiento y gratitud a tantas consideraciones que se nos habían guardado, a pesar de lo poco que valemos. Dios nuestro Señor les pague tanta bondad.

Llegamos a Tota después de tres horas de viaje, y a eso solamente se redujo nuestra jornada en ese día. Al poco rato de llegar tuve que subir al púlpito, porque el señor alcalde del pueblo y vecinos me suplicaron les dijera algo, si no me hallaba muy cansado. No faltaba cansancio, pero ¿quién se negaba a tal súplica? Les prediqué, pues, y ellos correspondieron con la mayor gratitud, porque, además de las consideraciones que nos guardaron en aquella noche, al día siguiente el señor cura, el señor alcalde y varios vecinos notables nos acompañaron hasta llegar a la jurisdicción del pueblo inmediato.

Seguimos solos nuestro viaje con dirección a Firavitoba, adonde llegamos a las tres de la tarde, después de cuatro horas de viaje. La jornada debía haber sido hasta Sogamoso, pero se presentó una dificultad y nos quedamos en dicho pueblo de Firavitoba, donde fuimos muy bien recibidos y perfectamente tratados por el señor cura y vicario del partido, señor doctor don Miguel Medina.

A la hora de haber llegado nos visitó el señor cura de Sogamoso, y nos manifestó los grandes deseos que tenía de que permaneciéramos algunos días en su pueblo para predicar y confesar. Cuando di los ejercicios al clero en Tunja, me habló ya dicho señor cura para que a nuestro paso por Sogamoso diésemos una misión. Yo le di entonces alguna esperanza; pero como después se retrasó el viaje por la enfermedad del padre Ramón y urgía el venir por aquí para aprovechar por los Llanos el tiempo de secas o de verano, como por aquí dicen, le telegrafié desde Tunja diciendo que no podíamos detenernos para dar la misión. Él no cejó, sin embargo, en su santo empeño de que hiciéramos algo en su pueblo, y hubo que darle gusto y hacer algo. Se quedó con nosotros aquella noche en Firavitoba, y al día siguiente, 17, por la tarde, salimos para Sogamoso, importante ciudad, por su vecindario numeroso y movimiento comercial.

A la hora y media de haber llegado a Sogamoso estaba ya en el púlpito, dando principio a un retiro que había de durar hasta el domingo 21. La iglesia, aunque bastante capaz, se vio llena de gente, y en los días siguientes ya era pequeña para contener la multitud de fieles que acudía a los sermones. Once sermones predicamos entre los tres.

El fruto que se recogió fue copiosísimo, no bastando nueve sacerdotes que nos reunimos para oír a todos los que buscaban lavar las manchas de sus pecados en las aguas saludables de la penitencia. Creo que aunque hubiéramos estado medio mes, habría sido lo mismo. Dimos fin al retiro con una fiesta al Sagrado Corazón de Jesús, animando a los socios del Apostolado a extender el

reinado de Jesucristo nuestro Señor y a trabajar incansables para que sea honrado de todos y reine verdaderamente en los individuos, en las familias, en los pueblos y en la sociedad. La población, gracias a ese divino Corazón, quedó verdaderamente conmovida, y cuando nos disponíamos a marchar, después del almuerzo, nos fue en extremo dificultoso montar en los caballos, porque inmensa multitud de fieles nos rodeaba por todas partes, besándonos el hábito y llorando a grito vivo. No es posible describir esos cuadros verdaderamente conmovedores y tiernos. Es seguro que proporcionaron un mal rato a los enemigos de nuestra religión sacrosanta, que por desgracia no faltan en Sogamoso, según informes que me dieron. Excuso decir que nuestras lágrimas se mezclaban con las de aquellos buenos fieles, y que nos alejamos de ellos suplicando al Señor les llenara de bendiciones y gracias. ¡Bendito retiro y bendito sea Dios, autor de todo bien!

Salimos de Sogamoso acompañados del buen anciano general Sarmiento y del reverendo padre Becerra, franciscano. El señor cura y coadjutor no nos acompañaron porque preferimos que se quedaran confesando la mucha gente que quedaba dispuesta. Tomamos el camino de Monguí, de donde es cura el dicho reverendo padre, al mismo tiempo que prior del bonito convento que allí tienen los padres franciscanos. Llegamos a las tres de la tarde, y, después de descansar un rato, bajamos a la iglesia a cantar una salve a Nuestra Señora de Monguí, imagen muy venerada en dicho pueblo, y muy visitada por los fieles de muchísimos pueblos, que le hacen promesas en sus necesidades, y van a cumplirlas al pie de su altar. Los fieles se fijan sólo en Nuestra Señora, pero el cuadro representa la Sagrada Familia. Es una buena pintura, como regalo que es o donación del gran Felipe II, según me dijeron. La iglesia es de tres naves y muy capaz, con media naranja y bonita fachada.

Después de cantada la salve, montamos en los caballos, y salimos de Monguí con un aguacero que puso malísimas las pendientes cuestas que se tienen que subir y bajar para llegar a Mongua, término de nuestra jornada en aquel día. Llegamos a las seis de la tarde, y como el pueblo tenía noticia de nuestra llegada y esperaba que le predicásemos, al poco rato subió el padre Manuel al púlpito, y los demás nos ocupamos en confesar. Por la mañana celebramos el santo sacrificio de la misa, y yo les prediqué otro sermón, a petición del señor cura, por más que no pensaba hacerlo, porque las bestias estaban ya ensilladas y la jornada que íbamos a hacer era larga.

Salimos a las nueve de la mañana acompañados del señor cura, y pasamos el día subiendo y bajando montes, hasta las cinco de la tarde, que llegamos a Chachín, que yo creía sería algún barrio con algunas casas, y no es más que un pequeño rancho con una capilla que levantó el actual cura de Labranzagrande, porque cuando viaja se ve precisado a pernoctar en dicho

punto para dividir la gran distancia que hay hasta Mongua. Cenamos lo que nos dieron, y después principiamos a arreglar camas, utilizando los sudaderos de !os caballos, pieles de oveja que había por allí y alguna estera. Las botas de montar sirvieron a algunos para almohadas, y todos dormimos admirablemente porque estábamos cansados y con mucho sueño.

Al día siguiente, 22, después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa en la capillita y tomado un pequeño almuerzo, nos pusimos en marcha a las nueve de la mañana. A las tres horas de camino llegamos a la jurisdicción de Labranzagrande dándonoslo a conocer un bonito arco de ramaje y flores que habían levantado en la divisoria. Seguimos andando, encontrando con frecuencia arcos parecidos al primero, pero todos bonitísimos, porque abundan las flores por todos estos campos y son hermosísimas y muy variadas en sus formas y colores. Entre una y dos de la tarde nos hicieron entrar en una casa, donde nos tenían preparada una buena comida, que no despreciamos porque ya los estómagos pedían algo. Animadas con eso las bestias, como decía un señor doctor compañero, seguimos nuestro camino, y a la media hora nos encontramos con el señor alcalde de Labranzagrande y unos treinta señores más, de lo más notable del pueblo, que salieron a recibirnos. Uno de ellos pronunció un sentido discurso dándonos la bienvenida y manifestando la alegría y contento con que nos recibían; yo contesté con otro; a éste siguió otro del señor cura, y en seguida nos pusimos en marcha entre el humo, chispas y ruidos que producían la multitud de cohetes que iban disparando delante de nosotros. Así entrábamos en la población, cuyas calles estaban llenas de gente, que se arrodillaba a nuestro paso. El señor cura me decía que todo aquello era para nosotros o por nosotros; yo le decía que era para él o por él; pero en el momento se me ocurrió la idea de que todo aquello era por Dios y para Dios, y así se lo dije al doctor y al mismo Dios, a quien todo lo referí y ofrecí: "Soli Deo honor et gloria"...

Están todos estos pueblos de los Llanos sin cura, y aunque nuestro principal objeto al venir por aquí es visitar las tribus salvajes, no se puede menos de hacer lo que se pueda en esos pueblos que llevan ya años sin sacerdote. Si Dios nuestro Señor nos da salud, creo que nuestra correría ha de ser muy provechosa a las almas. Nos esperan privaciones, calor, cansancio, sufrimientos mil, pero todo se puede dar por bien empleado en vista de las grandes necesidades espirituales que hay por aquí y de la mucha gloria que se puede dar a Dios nuestro Señor. Después de haberle ofendido, ningún sacrificio se le puede ofrecer más grato a sus ojos, que más le mueva a misericordia y que más asegure nuestra salvación [46].

[46] Carta a Santiago Matute, Labranzagrande, 23 de diciembre de 1890.

¡Benditas misiones, que tanto bien hacen en todas partes! Algo hemos sudado, porque nos hallamos en tierra de plátanos; pero no ha sido más que una preparación para lo que nos espera. El termómetro tan sólo ha subido a 28 grados, el día de más calor; por las mañanas ha bajado hasta 15.

Nuestra salida mañana es para Marroquín, donde permaneceremos tres días o cuatro, si encontramos gentes a quienes predicar y confesar. De Marroquín saldremos con dirección a Maní, pequeño pueblo donde también daremos una pequeña misión. Seguiremos después a Santa Elena, donde haremos lo mismo, y después iremos a Orocué.

De Orocué es lo regular que salgamos embarcados, navegando por el Meta hasta llegar a Cravo, punto en el que fijaremos regularmente nuestra residencia, porque nos han dado muy buenos informes de él; pero como hasta ahora no lo conocemos más que por informes, no puedo decir con seguridad si será el escogido para residir. La navegación de Orocué a Cravo será de cinco días, según dicen[47]*.*

Salimos de Labranzagrande el día 7, como se había determinado, y salimos con todos los avíos de un calentano llanero, o sea, con nuestra ruana blanca, con la hamaca colocada en las correas de la silla, y nuestro cacho o cuerno amarrado con una cuerdecita algo larga para poder coger agua en los caños, sin necesidad de desmontarse: se deja caer el cuerno al río, se llena de agua y se sube con la cuerdecita.

El señor alcalde de Labranzagrande y algunos vecinos principales nos acompañaron hasta un sitio llamado Salina, donde se despidieron de nosotros, dándonos algunas cositas, que nos servirán por los Llanos.

Seguimos nuestro viaje, y a las dos y media de la tarde llegamos a una casa situada en un terreno llamado Bizcocho, donde confesé a una enferma, y esperamos las bestias de carga, para ir con ellas por unos pasos llamados "Las Barras", por si ocurría algún contratiempo desagradable. Esos pasos son, en efecto, peligrosos por ser estrechos y tener a la derecha un horrible precipicio, y a la izquierda un monte de piedra cortado perpendicularmente. En la piedra del monte han hecho unos agujeros, en ellos han metido unos maderos, y, con otros superpuestos, han formado el camino. Si en esos trechos de camino se encuentran dos bestias en dirección opuesta, es muy difícil que puedan pasar, y como no hay adonde retirarse, al menor descuido se rueda por el precipicio y se va a dar al río, que por esa parte toma ya el nombre de El Cravo. Nosotros pasamos dos primeros trechos sin darnos cuenta del peligro, porque no lo

[47] Carta a Santiago Matute, Labranzagrande, 6 de enero de 1891.

conocíamos, y todos ellos sin novedad, porque no encontramos gente que viniera en dirección opuesta.

La espera a que llegaran las cargas, nos retrasó el viaje, y la noche se echó encima una hora antes de llegar a Marroquín; pero el camino era ya bastante bueno y se anduvo sin novedad, excepto un pequeño barranco, donde tuvimos que encender fósforos para pasarlo, porque las bestias no veían, por haber mucho bosque que impedía el paso de la luz de las estrellas. Llegamos a las siete y media, y después de rezar y tomar una mazamorra, se "guindaron" las hamacas en la única habitación que tenemos, y nos acostamos aun antes de lo que se pensaba, porque nos quedamos sin luz: un perrito se cenó tres velas de sebo que teníamos, mientras nosotros cenábamos la mazamorra.

Pasamos la noche bastante bien, y, después de encomendarnos a Dios, el doctor Medina, que nos acompañaba, y los padres Manuel y Marcos se pusieron a hacer hostias para celebrar, porque no había. Trabajaron mucho, pero no pudieron sacar más que dos regulares, y sólo celebramos dos misas. El hermano Isidoro las hubiera hecho pronto y bien, pero estaba algo delicado y no le permití levantarse.

Hay poca gente en el pueblo, y he predicado hoy, 8, a unas cuarenta personas. El calor se ha sentido algo, marcando el termómetro 30°5.

Día 9. El hermano Isidoro hizo hostias pronto y bien, y hemos celebrado todos y dado unas treinta comuniones. Va llegando bastante gente de los barrios, anunciando que llegará muchísima más.

Tenemos las manos hinchadas por las picaduras de los mosquitos, que por aquí llaman arroceros; no sabemos lo que harán los de los Llanos y río Meta.

Hay en este pueblo unas veinte casas, todas de paja, una mediana iglesia, techada también de paja y bastante sucia, y un ranchito, que es el que habitamos y que dicen que es la casa cural. Esta noche acudieron al sermón unas sesenta personas, y éstas dicen que no han avisado a las gentes de los barrios y que por eso no han venido. Es lo regular que salgamos de aquí el domingo después de la misa, o, a lo más tardar, el lunes [48].

Pasamos el día 10 en Marroquín confesando, casando y bautizando. Por la noche prediqué a un auditorio más numeroso que el de los días anteriores.

---

[48] Carta a Santiago Matute, Marroquín, 9 de enero de 1891.

A las diez de la mañana del día 11 salimos de Marroquín con dirección a los Llanos. A la hora y media de camino la carga de una de las bestias pegó o dio contra un árbol y cayó en tierra. La bestia, asustada, echó a correr, arrastrando una de las petacas que había quedado amarrada. El ruido de la petaca arrastrada enfurecía más y más a la bestia y la hacía correr con más desesperación; gracias a que íbamos tres adelante y pudimos detenerla, aunque con bastante trabajo. Mientras que esto sucedía, otra bestia cayó por una gran pendiente y no fue posible volverla a subir sino rozando mucho bosque por la parte menos pendiente. La operación duró una hora, y como los arrieros estaban ocupados en ella y las demás bestias quedaron solas, dos de ellas tomaron el camino de Marroquín, y hubo que ir a buscarlas. Las encontraron a media hora y seguimos nuestra marcha.

En la vega de Fonseca, que es una pequeña antesala de los Llanos, cayó de nuevo la misma carga, porque el machito que la llevaba sabía sacudirla admirablemente. Tuvimos, pues, que parar otro rato, recibiendo un sol abrasador, y la carga se puso en otra bestia, sirviendo el machito para silla. Así seguimos sin tropiezos hasta la orilla del río Cravo, en donde tomamos unos bocados con un poco de guarapo. Concluido el corto refrigerio, pasamos el río por la parte menos honda, y entre cuatro y media y cinco de la tarde entramos en los deseados Llanos de Casanare, tan temidos de la multitud por sus fiebres, tigres, serpientes, etc., etc. ¡Qué panorama tan hermoso se presenta a la vista! No es posible describirle; hay que verle. Por unas partes se pierde la vista sin encontrar objeto alguno, y, por otra, forman el horizonte los árboles y espesura que hay en las orillas de los ríos y esteros o caños, como por aquí dicen. A veces se figura uno hallarse en alta mar, divisando islas a lo lejos, pues como tales se presentan en estas inmensas llanuras ciertos pequeños grupos de árboles, o palmeras, o matas de cañas que se encuentran de trecho en trecho en las sendas que hay trazadas. También pudiera decirse que son verdaderos oasis colocados por la providencia para poder tomar un descanso a cubierto de los abrasadores rayos del sol. Las pocas reses que se ven por aquí, en comparación de las muchas que podía haber, aprovechan la sombra que proporcionan esos grupos de matas, descansando debajo de ellas en las horas de más calor. También nosotros disfrutamos del fresco que proporcionan en los ratos que teníamos que esperar a las cargas en los días siguientes.

Nos cogió la noche antes de llegar a la casita donde íbamos a descansar, y como en este tiempo queman la hierba seca de estas grandes llanuras, se veía el fuego por una y otra parte. Cuando sólo se veía en el horizonte el reflejo de fuegos que estaban lejos, ese reflejo semejaba una hermosa aurora boreal, o creía uno que estaba próximo a salir otro sol.

Llegamos a la casita a las ocho de la noche, y la buena señora que nos esperaba tenía preparada una cenita que tomamos todos con gran apetito. Después de la cena, como eran cerca de diez horas las que habíamos pasado montados en los caballos, "guindamos" las hamacas, nos encomendamos a Dios un corto rato y nos acostamos. A pesar del cansancio, no fue mucho lo que dormimos, porque el corral de las vacas estaba inmediato a la casa, y no cesaron de mugir en toda la noche, y los mosquitos tampoco cesaron en su empeño de llenarse de nuestra sangre.

Llegó la madrugada del día 12, y, dejando la hamaca, nos pusimos en oración. Estando en ella, uno de los arrieros que estaba por fuera de la casa dijo: "Ya sale el sol. ¡Qué grande!". Yo, que había oído a muchas personas que el sol de los Llanos es digno de verse en su salida, terminé mi oración y salí de la casita para verle. En efecto, el sol se presentaba grande, como dijo el arriero, bello y hermoso. He visto salir el sol por muchos mares y no recuerdo haberle visto tan grande a simple vista. Preparamos inmediatamente el altar y celebramos misa cantada, siendo los cantores el hermano Isidoro y los padres Manuel y Marcos. Después de alzar, cantaron el "Corazón Santo". El acto estaba devoto y conmovedor; yo a lo menos confieso que me sentí conmovido al ocurrirme el pensamiento de que en estas inmensas llanuras no se ofrecía a Dios otro sacrificio, y que el Señor lo recibiría sin duda alguna con agrado. ¡Bendito sea Dios y alabado sea en todo lugar!...

Es una lástima ver a toda la gente de los Llanos sumida en la mayor ignorancia respecto a las verdades de nuestra sagrada religión. Muchos no saben ni santiguarse, y hay que enseñarles todo. Mucho bien se puede hacer por aquí, y mucho se debe esperar hagan nuestros misioneros con la ayuda del Señor. Los ya bautizados se hallan en tanta necesidad como los no bautizados. Por la tarde cantamos unas vísperas a san Roque, rezamos el santo rosario y prediqué a las pocas personas que había.

En la mañana del 16, después de haber celebrado las misas rezadas, cantó el doctor Medina una misa a san Roque, en la que prediqué en honor del santo. Hicimos todos de cantores y había unas cuarenta personas.

En la comida, entre otras cosas, nos dieron casabe, que es una masa de yuca machacada y tostada al fuego. Dicen los de por aquí que "el casabe a lo que se moja sabe". En efecto, es muy insípido y muy áspero.

Por la noche cantamos otras vísperas, se rezó el santo rosario y prediqué con algo más de concurrencia que en la noche anterior. Cuando volvimos a casa se presentó un hombre diciendo que había uno gravemente enfermo a doce horas de distancia. No habiendo quien pudiera socorrer a ese enfermo si no lo

hacíamos nosotros, la caridad nos exigía ese sacrificio, y arreglé todo para emprender el viaje al día siguiente.

Celebré, pues, a la madrugada el día 17 para emprender el viaje, pero no pude salir hasta las ocho y media de la mañana porque el hombre que me había de acompañar no estaba preparado. Caminamos hasta las doce y media y paramos a comer en una casita que encontramos. A las dos emprendimos de nuevo la marcha y llegamos a casa del enfermo a las seis y media de la tarde. Le encontré algo mejor de lo que decían, y aun creo que fuera de peligro. Di por bien empleado mi trabajo porque lo confesé y al día siguiente practiqué unas informaciones para casar a una pareja que vivía en pecado. Confesé a otra persona y bauticé a un niño. Después de esto me dieron un regular almuerzo y a las nueve y media de la mañana salimos con dirección a la casa de otro enfermo que nos dijeron estaba agonizando. Caminamos hasta las dos y media y paramos a comer algo en una casita. Salimos a las tres y llegamos a la casa del enfermo a las cinco y cuarto. Confesé al enfermo, a quien encontré verdaderamente grave. A las siete y media de la noche me sirvieron un caldo con un huevo batido, que tomé con una conchita que pusieron en lugar de cuchara, y poco después, hecha mi oración, me acosté, porque me hallaba muy cansado.

En la mañana del 19 confesé a tres personas de la casa del enfermo; me sirvieron un almuercito y me puse en camino, a las ocho y media de la mañana, con dirección a Maní. Anduvimos despacio, porque las bestias estaban muy cansadas con las jornadas de los días anteriores, y llegamos a Maní a las doce y media, encontrando buenos a todos los compañeros. Éstos habían enseñado la doctrina y predicado por las tardes, y también por las mañanas, en fiestas encargadas en honor de Jesucristo crucificado, de la Virgen del Rosario y san Roque. Se reunió mucha gente, por fin, se confesaron muchos, se bautizaron 27 y se casaron 13 parejas. Por la noche sacamos en procesión a san Roque y a Nuestra Señora del Rosario, rezamos después el santo rosario y les prediqué, despidiéndonos de ellos. Las pobres gentes lloraban desconsoladas…

El día 20… partimos a las once, mandando las cargas en un barquito por el río Cusiana. Como íbamos solos, pudimos correr bastante en las mulas… Llegamos a Santa Elena cerca de las nueve de la noche… Celebramos todos el día 21 en la iglesia que hay aquí (Santa Elena), *y después del desayuno hemos pasado el rato, hasta el almuerzo, hablando con don Ricardo de las antiguas misiones, de las costumbres de los infieles y antagonismo que hay entre ellos y algunos de los cristianos de por aquí. Se ven éstos perjudicados por aquéllos en sus intereses y atacan a los que consideran como enemigos. Cuando los infieles tienen hambre, lanzan sus flechas a las vacas que tienen los cristianos, y para matar a una hieren a muchas, porque no siempre pueden matarlas de un*

flechazo. Las reses heridas se pierden, porque las flechas van envenenadas y llegan a morir aunque la herida no sea muy grave en sí…

Hemos celebrado todos el día 22, y se ha enseñado doctrina y predicado. A las doce del día se presentaron cuatro infieles armados de su flecha y arco, y pasamos unas horas hablando con ellos mucho y entendiendo poco, porque no había intérprete, y ellos sólo sabían algunas palabras de español. Se marcharon prometiendo volver con muchos más.

En vista de esto, y de algunas ventajas que presenta este punto en recursos y comunicaciones, he resuelto que los padres se queden aquí, si es que no encuentro otro punto más ventajoso para nuestro intento. Los días 23, 24 y 25 los hemos pasado predicando y administrando sacramentos, pero no ha habido tanto trabajo como en otras partes, ni se ha reunido tanta gente como en Maní, pueblecito donde sólo hay siete casas y la iglesia [49].

Después de decir misa unos y oírla otros, el día 26 tomamos un regular almuerzo e inmediatamente nos dirigimos al embarcadero, nos metimos en una embarcación que por aquí llaman bongo, y echamos a navegar por el río Cusiana abajo a las diez de la mañana. A la una de la tarde dijeron los marineros que no habían comido y arribaron a la playa para hacer la comida. Dos horas estuvimos parados, y eran las tres, cuando principiamos a andar de nuevo. El río llevaba ya poca agua, y paramos muchas veces, y otras tantas había que llevar el bongo arrastrando. Al anochecer entramos en el gran río Meta, y, aunque es algo peligroso navegar por la noche, porque se encuentran bastantes troncos, seguimos navegando hasta las nueve de la noche, porque la luz de una hermosa luna nos alumbraba suficientemente para evitar tropiezos. Arribamos a una playa que llaman de Montenegro, y todos tomamos del café que hicieron los marineros para ellos, y tratamos de acomodarnos bajo el cobertizo de palma que llevaba el bongo. Nos acomodamos, pero no bien, porque no era posible.

El cobertizo era pequeño y no cabíamos todos, mucho menos aún porque el hermano Isidoro estaba con mucha fiebre y queríamos tenerlo lo más cómodamente posible. No sé si dormirían los compañeros. Yo puedo decir que no dormí, porque no pude tomar posición en la que pudiera conciliar el sueño.

A las cuatro de la mañana del día siguiente echamos a andar, hasta las nueve de la misma, en que arribamos de nuevo a la playa, porque las olas no nos dejaron navegar más tiempo. El viento que reina en esta época es muy fuerte y contrario a la corriente del río, y el choque del viento contra la corriente levanta

---

[49] Carta a Santiago Matute, Santa Elena, 25 de enero de 1891.

oleaje que no pueden vencer estas embarcaciones por no estar construidas en condiciones para eso…

A las cuatro de la tarde, cuando ya el viento soplaba con menos fuerza, echamos a andar de nuevo, y a las cinco pasamos los arrecifes que cruzan todo el Meta, dejando sólo un pequeño o estrecho canal en el centro, siendo peligroso pasarlos por la noche. Cuando anochecía, pasamos por la desembocadura del Cravo, en el Meta, y poco después arribamos a la playa para pasar la noche.

El hermano Isidoro estuvo todo el día con fiebre muy alta, y el doctor Crisóstomo Moreno se vio también atacado por ella. Acomodamos a los dos enfermos bajo el cobertizo del mejor modo que pudimos, y nosotros dormimos en la playa, a unos metros de la cama que había dejado un enorme caimán.

Dormimos bien, pero no mucho, porque a las tres de la mañana del 28 levantamos el campamento por orden del patrón del buque, y comenzamos a navegar a remo. Los remeros no habían desayunado, y a las cinco y media arribaron a la playa para hacer café para todos. A las seis y cuarto remaban de nuevo, y caminamos hasta las nueve menos cuarto, que nos refugiamos a la sombra de unos árboles, hasta que pasó lo recio del viento y del oleaje, que serían las cuatro y media. Caminamos, o más bien navegamos desde esa hora, y a las seis y media llegamos a Orocué. Saltamos a tierra, dejando a los enfermos en el barco hasta ver dónde era nuestro alojamiento y preparar las hamacas para que se acostaran cuando llegaran.

Encontramos casa cural, que consta de una sala, un cuartito y una cocina separada; pero no encontramos en ella mobiliario alguno, ni fogón, ni agua, ni leña, ni quien nos la proporcionara. El padre Marcos Bartolomé salió a comprar algunos utensilios de cocina, y, mientras hubo quien nos trajera agua y leña, hicimos chocolate para nosotros y calentamos agua para dar un vomitivo al doctor Moreno, que lo pedía con instancia. Después de dárselo y haber arreglado a los dos enfermos lo mejor posible, "guindamos" nuestras hamacas y nos acostamos.

Amaneció el día 29, y los enfermos seguían bastante mal; celebramos misa, y yo, que celebré primero, preparé chocolate para todos. En la noche anterior había dicho al señor alcalde que nos proporcionara un hombre o mujer que cocinara o hiciera algo de comer.

Le fue difícil conseguirlo; pero, por fin, a las diez de la mañana nos mandó una anciana, que trajo agua y algo de leña, y principió a cocinar a las once. Comimos a la una lo poco que la anciana preparó, ayudada por todos nosotros, que, sin duda, sabemos cocinar tanto o más que ella. Los enfermos no

comieron, porque seguían con fiebre, pero siempre había que hacerles algunas aguas que pedían; y ¡qué aguas serían, hechas por nosotros! Yo me dirigí a Dios nuestro Señor, y creyendo firmemente que estaba viendo nuestra situación y que Él podía curar los enfermos si quería, confiaba en que, sin falta, los curaría, si así convenía a su gloria y a nuestro bien. Este pensamiento me tenía muy tranquilo, y me hubiera también tenido, aun en el caso que los hubiera visto morir.

Tocamos al rosario por la noche, y acudió poquísima gente. Después de rezarlo, les dije cuatro palabras, y volvimos a casa para preparar una cenita. La anciana tenía fuego, y le dijimos que hiciera arroz con pescado seco que compramos. Cenamos el guisote con apetito, dimos un vomitivo al hermano Isidoro y a las diez quisimos dormir; pero no fue posible, porque dos tribus de indios sálivas, que había por aquí, principiaron en esa misma hora a pasear por el pueblo, tocando tambores y dando gritos salvajes y horribles. Duró la serenata hasta que amaneció el día 30, y nos levantamos sin haber pegado apenas los ojos.

Casi todos los indios sálivas de las dos tribus que hay son bautizados; pero ninguno de ellos sabe hacer la señal de la cruz, y mucho menos rezar siquiera el padrenuestro. Viven en la más completa ignorancia respecto a la religión cristiana, y no me explico cómo fueron bautizados sin preparación de ninguna clase. Es verdad que casi en las mismas condiciones encontramos a la mayoría de los que viven por estos llanos, y que se llaman racionales y cristianos viejos. ¡Qué campo tan extenso se presenta con todo esto al celo del misionero! ¡Cuánto bien se puede hacer y cuánta gloria se puede dar a Dios! Bautizados y no bautizados, todos se ven necesitados de instrucción cristiana y todos causan lástima y mueven a compasión. ¡Quiera el Señor que haya llegado para ellos la hora de ser iluminados!...

Me olvidaba decir que, a las doce del día, entre repiques de campanas y al son de tambores y flautas de caña, se presentaron en la plaza las dos tribus de indios sálivas, formados en parejas de hombre y mujer. Los hombres llevaban puesto, o colocado, el brazo sobre los hombros de la mujer, y en las espaldas llevaban colocada una maleta con los víveres que habían de comer en los días siguientes. Además, unas palmas grandes, amarradas a las espaldas de los hombres, daban sombra a la pareja. Cada una de las tribus iba guiada por un hombre, que llevaba una bandera, y adonde éste iba se dirigían las parejas, todas con paso acompasado, marcado por el tambor. Hicieron varias evoluciones por la plaza y, por último, entraron en la iglesia con el mismo paso y manera, dieron una vuelta y salieron otra vez a la plaza, donde siguieron dando vueltas. Me dijeron que esta costumbre data desde muy antiguo, y acaso obedeciera a alguna presentación de frutos, antes bien hecha y hoy adulterada.

El día 31 amaneció bien el doctor Moreno, y el hermano Isidoro con poca fiebre, que desapareció pronto. Aprovechando ese estado, les dimos algo de alimento. La nueva cocinera es un poco más inteligente, pero tampoco sabe hacer otra cosa que el arroz con carne por la mañana y con pescado por la noche. Algunos vecinos nos han mandado huevos, que van sirviendo admirablemente para los enfermos.

Nos han visitado indios sálivas y algunos guahivos, completamente desnudos. Les hemos dado algo de sal, que es lo que más aprecian [50], y algunas otras cosillas, y se han ido contentos, prometiéndoles nosotros visitarles en los campos donde tienen sus casas.

Por la tarde estuvimos ocupados en extender partidas de bautismo y recibir informaciones para casamientos; por la noche rezamos el santo rosario con bastante gente, predicando después…

El día 3 hicimos una fiesta a san Miguel, y predicó el padre Manuel. Como ayer, pasamos algunos ratos enseñando a los indios. Tuvimos que ocuparnos también en cocinar, porque la cocinera no apareció. Por la tarde se sacó en procesión la imagen del santo arcángel, con mucha concurrencia de gente, y a la entrada de la iglesia prediqué antes de que se marcharan. Después rezamos el santo rosario.

Hasta ahora la gente de este pueblo no ha sacado de nuestra visita y predicación el fruto que han sacado las de otros pueblos. La mayor parte de los habitantes no ha venido a la iglesia, y los que han venido y oído los sermones se han manifestado fríos e indiferentes. Casi toda la gente que compone esta población es advenediza y aventurera. Todos se hallan en completa ignorancia respecto a las verdades de la religión; no tienen sacerdote, y viven envueltos en vicios y en completo olvido del alma, y todo esto hace, sin duda, que la palabra divina no produzca el fruto que produce en otras almas. Hay que trabajar con alguna continuidad para que vayan sacando provecho…

No han cesado de venir indios sálivas y guahivos; han tomado ya confianza y vienen contentos y alegres. Uno de los sálivas, el más ilustrado, está hecho un verdadero espiritista. El enemigo común de las almas le tiene completamente engañado, y por su medio engaña a los demás. Dice que hablan con sus mayores, y que los ven, y, además, que ven a Dios. Al preguntarle en qué

---

[50] Aprecian los indios la sal de un modo extraordinario, la buscan con el mayor empeño, y acuden, aun venciendo dificultades, a donde pueden encontrarla porque la comen con más gusto que nosotros el manjar más delicado y sabroso; y la emplean además para curar las heridas que reciben en sus luchas con flechas o lanzas untadas de curare.

forma se les aparece Dios, me ha dicho que se presenta siempre muy serio y con mucha barba. Le hemos dicho todo lo que debíamos decirle, y ha prometido que dejaría todo eso y que estaba dispuesto a trabajar por que se forme un pueblecito, donde los padres vayan a enseñarles.

Mañana salgo de este pueblo (Orocué), *por tierra, para La Trinidad, Pore, Moreno, Puerto de San Salvador y Cravo, para saber lo que hay por los ríos de Casanare, etc. Hubiera hecho el viaje embarcado, por el Meta; pero me han dicho que no he de ver caseríos de indios en las orillas de este río, sino uno, distante de aquí día y medio, y habiéndoseme presentado la ocasión de ir por tierra al punto que tenía determinado, he resuelto hacerlo así…*

El viaje que emprendo mañana es de unos once días, y es lo regular que dure más, porque paso por pueblos que no tienen cura, y siempre se presentará qué hacer. Después que vea el pueblecito del Cravo y me entere de los puntos donde más abundan los infieles, me dirigiré a Tame para tomar el camino del Cocuy, y pasar, si puedo, a Güicán, para enterarme también de lo que hay respecto de los infieles por aquellas inmediaciones, porque las noticias que he recibido no están acordes [51].

En Orocué, me despedí llorando de mis buenos hermanos (los tres religiosos compañeros) *y ellos lloraban también. ¡Con qué gusto me hubiera quedado con ellos, si Dios nuestro Señor no me quisiera tener ahora en otra parte! Me aparté de ellos, ocultando en lo posible lo conmovido que estaba, y por el camino me acordaba de ellos y seguía llorando, no por ir solo, sino porque los dejaba solos y deseaba, en gran manera, haber seguido trabajando en su compañía y servirles de algo.*

Recuerdo que en aquellos momentos, o más bien en todo aquel día, pedí por ellos con fervor extraordinario a Dios nuestro Señor, a su Santísima Madre y a nuestra beata Inés de Benigánim, para que los cuidaran, fortalecieran e hicieran fructuosos sus trabajos.

Íbamos andando al paso de los bueyes con un sol abrasador, y eran las doce del día; pasaron la una y las dos de la tarde, y aún no decían dónde íbamos a parar para tomar algo. Por fin, cerca de las tres, llegamos a orillas del caño Duya, y allí paramos para hacer algo de comer para nosotros y para que descansaran las bestias. El sitio era ameno, rodeado de grandes árboles, que nos daban sombra, y muy cercano al punto o terreno llamado Piñalito, donde antes había muchos indios sálivas con sus casas, sementeras y trapiches, que después marcharon al otro lado del Meta o Llanos de San Martín.

---

[51] Carta a Santiago Matute, Orocué, 4 de febrero de 1891.

Mientras preparaban la comida, saqué mi cartera y apunté lo que voy escribiendo, y desahogué mi espíritu con estas líneas, que copio de los apuntes: "Siento que mi corazón desea volver a estas tierras, para quedarme en ellas y entregar mi alma al Señor en el temido Casanare. ¡Se puede trabajar tanto por la gloria de Dios y el bien de las almas! Cierto que hay que estar desprendido de todo, y ser sólo de Dios, para llevar la vida de misionero de infieles; pero el Señor hará que de todo me desprenda: su gracia es poderosa. Me consuela hoy más que otras veces, el escribir estas cosas y hablar con el Señor. No puedo hoy hablar con mis hermanos; puedo decir que estoy solo, debajo de unos árboles, en estas inmensidades desiertas, y me distrae agradablemente el acordarme de mi Dios, hablar con Él, pensar en sus cosas y en lo mucho que le debe agradar el que todo lo sacrifiquemos por Él y nos entreguemos a esta vida de privaciones de todo género. Además, ¡pasa tan pronto la vida! Y si desde estos Llanos voy al cielo, ¿qué más necesito y qué más quiero?".

Así me entretenía y desahogaba mi espíritu, cuando me dijeron que la comida estaba preparada. Consistía ésta en unos pedazos de plátano asado, otros de carne salada y seca que no pude comer y dos huevos duros que saqué de Orocué, porque se le ocurrió al hermano Isidoro servirlos. Eran las cuatro cuando comimos, y los hombres dijeron que ya era tarde y las bestias iban cansadas y que allí pasaríamos la noche.

Me puse a rezar después de la comida, y al concluir me sentí con principios de fiebre. Ésta fue aumentando; se declaró por completo y busqué la hamaca, que estaba amarrada a dos árboles, me acosté y arropé lo que pude para ver si entraba en sudor. A las siete de la noche me ofrecían los hombres una pequeña cena; pero no tomé más que una gran taza de agua de panela caliente, que me sirvió de sudorífico. La fiebre bajó algo con el sudor, y dormí.

A las dos de la mañana del día 6 estaban ya arreglando las cargas, y yo sentía el cansancio que deja la fiebre y pocas ganas de levantarme; pero hube de hacerlo a las tres, y a las tres y media, o poco más, echamos a andar sin haber tomado ni un mal desayuno. Caminamos hasta las nueve y media de la mañana, parando a la orilla del mismo caño Duya para hacer el almuerzo. Yo tenía algo de hambre y me sentía mejor que cuando principiamos a andar. Comí unos pedazos de plátano que me dieron y dos pequeños de carne salada (tapa llamamos a eso por Filipinas) con un poco de casabe.

Descansamos hasta la una y media de la tarde y principiamos de nuevo a caminar, hasta las cinco, hora en que llegamos a un bonito hato, que llaman "Barreto". Al poco rato de llegar me servían un plato con plátano y otro de carne, sobre mesa con mantel. Comí con apetito, y al poco rato de anochecer se

recogió la gente, y yo hice lo mismo, buscando la hamaca, que estaba colocada debajo de un cobertizo de paja.

Nos levantamos al rayar el alba del día 7, y después de tomar desayuno que me prepararon, dejé los bueyes y compañeros de viaje que los guiaban, y me marché con dos señores que llevaban el mismo camino e iban en mulas sin carga. Eran ya las siete de la mañana cuando salimos. A las ocho y media pasamos el río Guanapalo y paramos a pasar las horas de sol…

Al llegar a Trinidad, creí encontrar doce o catorce casas, como en otros pueblos; pero hay muchas más, colocadas en calles rectas y anchas y formando lo que ya se puede llamar pueblo. Hay iglesia pequeña, de paja, pero no hay casa cural, y me alojé donde los compañeros me llevaron, que era una casa espaciosa, colocada en la plaza. Los que la ocupaban me acogieron con gusto y me sirvieron una cenita.

Como era domingo al día siguiente, principié a indagar si había cáliz y demás cosas necesarias para celebrar. Me dijeron que allí mismo, en la casa donde estaba, se hallaban las cosas de la iglesia, pero que la habitación estaba cerrada y el que tenía la llave estaba por el campo. Entraron, sin embargo, a la habitación escalando la pared interior, que no cerraba del todo o no se elevaba hasta el techo; pero aunque había algunas cosas, faltaban vestiduras sagradas, y me acosté con el sentimiento de que no podía celebrar al día siguiente.

Amaneció el día 8, y después de mi oración tomé el desayuno, que por los Llanos siempre es café. A las ocho principié a repicar, para que acudiera la gente a la iglesia y hacer algo para santificar el día, ya que no era posible celebrar. Acudió algo de gente, recé el santo rosario y les prediqué. Después tuve en casa algunas visitas, y, llegada la hora de comer, me sirvieron regular comida.

Por la tarde me llevaron algunos huevos y un pollo de regalo, y con esas visitas y el rezo pasó la tarde. Toqué de nuevo al rosario, y les prediqué. ¡Pobres gentes! ¡Qué solas están y qué tristes son estos pueblos sin sacerdote!

El día 9, a las seis y media de la mañana, nos pusimos en camino, y estuvimos andando hasta las nueve y media, hora en que entramos en una casa, donde descansamos y nos sirvieron buena comida, con carne fresca. Estuvimos allí hasta la una y media, hora en que echamos a andar, y a las cinco llegamos a otra casa del sitio llamado Seibal, donde paramos para pasar la noche. El pollo que me dieron en Trinidad sirvió de cena para mí y otro compañero. Nos acostamos temprano, con intención de madrugar; pero no dormí tan pronto, porque multitud de murciélagos revoloteaban y se paraban encima del sitio

donde estaba colocada mi hamaca, y desde allí me lanzaban a la cara y todo el cuerpo lo que querían. Hubo que trasladar la hamaca a otro punto, donde sentí perfectamente el fresco de la noche, porque era en uno de los extremos del cobertizo o techo de paja donde nos quedamos.

En la madrugada del día 10 confesé a la señora de la casa, que estaba enferma; me desayuné con caldo y nos pusimos en marcha con dirección a Pore a las cinco y cuarenta minutos. A las once y cuarto de la mañana llegamos al pueblo, presentando éste a la vista el aspecto de una gran ciudad destruida. Se ven grandes casas antiguas, de teja, que se vienen abajo; principios de una iglesia, que no se llegó a concluir; largas calles empedradas, hoy sin casas que las llenen; ruinas de otras casas, excavaciones para buscar tesoros escondidos.

Como no conocía a nadie en la población, me dejé llevar de mi compañero de viaje, y llamó en una casa de donde salió una señora entrada en edad. Le pedí alojamiento por caridad, y me dijo que pasara adelante. La casa era de lo mejor que he pisado desde que entré en los Llanos. Tenía espejos, aunque no muy grandes, en las paredes, y cortinas en las puertas. Esto era lujo, en comparación de lo que había visto.

Apenas descansé un pequeño rato, confesé en la misma casa a un joven que estaba moribundo. Al poco rato me sirvieron una buena sopa, carne y un huevo frito, y procuré descansar, porque me sentía cansado y como con fiebre. Recibí después algunas visitas, recé, tomé una pequeña cena y dormí bien.

Me levanté el día 11 algo indispuesto, a pesar de haber dormido; confesé en la casa a una joven que se hallaba con fiebre, y me dirigí a la iglesia a arreglar lo necesario para celebrar. Se reunió bastante gente, bendije ceniza, la impuse, celebré y prediqué sobre la muerte. Después llevé nuestro Amo al enfermo y le administré la extremaunción. Para éste, sin duda, más que para otro, me trajo el Señor por aquí. He podido comer de vigilia y guardar el ayuno. Por la noche toqué las campanas y acudió bastante gente a rezar el santo rosario y oír el sermón.

A las ocho y media de la noche me dijeron que había un enfermo grave en el cerro, a dos horas y media de distancia. Yo tenía en proyecto el viaje a Moreno, y creí que la administración me lo impidiese, pero sólo lo hizo más pesado.

Me levanté y celebré muy temprano el día 12; confesé unas cuarenta personas, y después de haber tomado café, acompañado de un peón salí de Pore a las ocho de la mañana, con dirección al enfermo del cerro. Por el camino me dijo el peón que le habían recomendado que me llevara a otra casa, donde había

una señora enferma. A las diez y media llegamos a la casa de esta enferma; la confesé, y, subiendo y bajando montes, fuimos a la del enfermo, a quien encontré gravísimo. Le confesé y administré la extremaunción, mientras me prepararon una comida, consistente en tres huevos fritos y un plato de plátanos. Los comí con apetito, y a la una echamos a andar para bajar al llano y tomar el camino que conduce a Moreno. Eran las tres y media cuando salimos al llano, a un caserío o barrio que llaman Guachiría. Pregunté si había algún enfermo grave; me dijeron que no, y seguimos nuestra marcha…

Por la tarde confesé a cuatro enfermos en sus casas, y en la iglesia a los sanos que quisieron ir. Miré con detenimiento las cosas de la iglesia; encontré de todo, y también alba, y arreglé un altar en una gran pieza techada de teja, que sirve de escuela, para poder celebrar al día siguiente. Inmediatamente toqué las campanas, acudió bastante gente, recé el santo rosario y prediqué.

Celebré el día 14, y después de la misa llevé nuestro Amo a los cuatro enfermos que confesé el día anterior. Desayuné y me puse a tomar apuntes para bautizar siete niños y extender las partidas en el libro correspondiente. Hecho esto, fui a lo que sirve de iglesia y los bauticé. Quería haber marchado en este día, pero no me proporcionaron bestia.

Por la tarde administré la extremaunción a un enfermo y después me fui a la iglesia, donde estuve confesando hasta el anochecer. Recé después el rosario y prediqué a un auditorio algo numeroso, advirtiendo que al día siguiente, domingo, diría la misa temprano para marcharme. Volví a casa cerca de las ocho de la noche, hice colación, y me sorprendieron con una serenata de tiple y bandola.

Celebré el día 15 a las seis y media de la mañana, con intención de marchar cuanto antes; pero las bestias no estaban listas y no pude salir hasta las once menos cuarto. Bauticé a otro niño que me presentaron.

Dejé, por fin, a Moreno, donde me pareció ver más instrucción religiosa que en otras partes, debido, sin duda, a que funcionan dos escuelas: una de niños y otra de niñas, regentada ésta por una señorita educada en el colegio de las hermanas de la caridad, de Sogamoso.

Después de una hora de camino, pasé el río Ariporo, luego el Aricaporo y más tarde el Chire, poco distante del pueblecito así llamado, donde llegamos a las cuatro de la tarde. Pregunté si había enfermos graves, y me dijeron que en un barrio distante más de tres horas se hallaba uno agonizando. Hice, desde luego, diligencias para buscar quien me acompañara y llevara al enfermo, pero no pude conseguirlo hasta las ocho de la noche, que se ofreció un hombre, después

de haberle prometido una buena retribución. Principiamos a andar a la hora dicha, y como alumbraba bastante la luna, pudimos hacer el viaje felizmente, sin más novedad que la extrañeza del peón por cierta luz que veíamos, luz que él daba señales de creer ser extraordinaria, y que a mí me proporcionó un rato de distracción mientras le hice comprender que aquella luz nada de extraordinario tenía.

Eran las once de la noche cuando llegamos a donde estaba el enfermo, a quien confesé en el momento y le di la extremaunción, porque, en efecto, estaba gravísimo. Hecho esto, me acosté allí cerca del enfermo, y la gente hizo lo mismo por uno y otro rincón, porque no había otra pieza, sino una cocinita que también se llenó de gente. Toda ésta había concurrido de las casas que por allí había, por creer que el enfermo moría aquella noche y tener el velorio que por aquí tienen en esos casos, velorios en los que tienen lugar excesos lamentables en presencia del cadáver. Están solos y no hay quien les diga lo repugnante que es todo eso, y contrario a los sentimientos de nuestra sagrada religión.

Me levanté a las cinco del día 16, y fui a otra casa a confesar a una señora anciana y enferma. Mientras, me prepararon desayuno de chocolate. Lo tomé y echamos a andar al salir el sol. Teníamos que pasar por el sitio donde ellos entierran a sus muertos, y se empeñaron en que les cantara algunos responsos. No pude resistir a las instancias, y me detuvieron cantando como una media hora. También me dijeron que aquella noche habían visto varias luces que les llamaron la atención, y que me querían despertar para que las viera, pero que no se atrevieron. Me despedí de ellos diciéndoles que hicieran poco caso de luces, y sí mucho de ser buenos cristianos, y seguí mi camino para el barrio llamado Corozal [52].

Llegué, por fin a Cravo, donde yo pensaba que nunca iba a llegar y aquí estoy escribiendo sobre un taburete o silla, por no tener mesa, y sentado en la hamaca. No les hago relación de todas las peripecias del viaje, porque sería cosa larga; sólo voy a decirles lo necesario. No he encontrado aquí lo que esperaba. Es un pueblecito más destartalado que Santa Elena, sin iglesia y sin casa cural...

Tame es un pueblecito regular, pero nada más. El mismo prefecto estaba alojado en una sola habitación, donde hay tres hamacas colgadas, para que se siente la gente, cuando llega. Moreno, Pore, La Parroquia, son verdaderos pueblos formados, y todos van decayendo por falta de sacerdotes. En todos esos pueblos se puede hacer mucho bien, porque hay mucho vicio y se juega mucho y se bebe más. En dos días que estuve en Tame, si hubiera sido un hombre sin

[52] Carta a Santiago Matute, Tame, 22 de febrero de 1891.

experiencia, acaso me hubieran engañado con tragos. Sé que hay hombres que buscan perder a los sacerdotes y se glorían de ello…

Sigo con grandes deseos de concluir mi vida por estos Llanos, sufriendo algo por Dios y haciendo algo por las almas, aquí que tanto se puede hacer. Estoy bien de salud a pesar de haber corrido tanto, dormido al sereno tantas noches y ayunado todo lo que va de Cuaresma, sin haber dejado un solo día.

Saldré de aquí el viernes, regularmente por tierra, que es viaje de unos cuatro días hasta el Puerto. De allí me iré a Lope, donde me esperan para hacer unos casamientos, y seguiré después a Sácama, Chita, etc. No espero poder estar en Tunja hasta fines de éste o principios del que viene. Teniendo que pasar por pueblos, es imposible no detenerse a hacer algo. Sólo los enfermos me han dado quehacer por unos puntos y otros, y me han hecho correr bastante [53].

La ausencia de sacerdotes hace que las gentes estén en la más lastimosa ignorancia respecto a las verdades de nuestra sagrada religión, llegando ésta en muchos hasta el extremo de no saber hacer la señal de la cruz, mucho menos rezar ni el padrenuestro. Viven por tanto, sin cuidarse para nada de la salvación de su alma, en el más completo olvido de la otra vida; y entregados a bailes y juegos, a la embriaguez y a la impureza. Inspiran verdadera compasión esos infelices que, a pesar de vivir como viven, manifiestan buenas disposiciones y miran y tratan al sacerdote con profundo respeto. Podemos decir de ellos que piden pan y no hay quien se lo parta [54].

En La Trinidad, en Pore, en Moreno, en Chire y varios caseríos pude hacer algo a mi paso predicando y administrando los sacramentos que podía y, sobre todo, administrando a bastantes enfermos, algunos de ellos ya moribundos, que parece no esperaban otra cosa para pasar de este mundo al otro que la visita de un ministro del Señor que los preparara para dar ese tremendo paso del tiempo a la eternidad. Algunos de ellos murieron a las pocas horas de ser administrados, dando gracias a Dios por haberles enviado un sacerdote por puntos donde ni soñaban poder verlo [55].

Las cartas del padre Ezequiel escritas desde Casanare, entusiasmaron a muchos y fueron publicadas en distintas revistas. Él mismo escribe a sus compañeros religiosos: *Mis cartas desde esos puntos han despertado gran entusiasmo en todas partes; son buscadas y leídas por todos, y por eso no dejen de mandar siquiera una carta al mes, dando cuenta de lo que hagan para seguir*

---

[53] Carta a Manuel, Marcos e Hidoro, Cravo, 10 de marzo de 1891.
[54] Carta a Monseñor José Perilla, obispo de Tunja, Tunja, abril de 1891.
[55] Ibídem.

imprimiéndolas con el título que han llevado las mías en los periódicos de "Crónicas de las misiones de los reverendos padres candelarios en Casanare". Este territorio goza de simpatías, y todos leen con gusto lo que de él se dice [56].

Las cartas de por ahí dicen que ponen locos a los jóvenes de los Colegios (de España) *y que no se habla más que de Colombia y Casanare. Piden planos de eso y ha habido jóvenes que han copiado todas las cartas para mandarlas por sus pueblos. Nuestro padre Íñigo dice lo mismo de Madrid, y añade que regularmente las imprimirán también en "La Ciudad de Dios" o "Revista Agustiniana".*

En otra carta escribe a sus misioneros de Casanare que está dispuesto a ir con ellos como misionero de por vida: *Estoy dispuesto a ir por los Llanos a hacer lo que pueda. Convencido, cada vez más, de los mil desengaños que se experimentan en la sociedad y de que sólo Dios puede llenar a uno y que con Él se está bien en todas partes, estoy dispuesto a pasar por ahí los últimos años de mi vida trabajando del modo que ya sé que hay que trabajar por ahí. No me olvido nunca del día que me separé de los tres y de los grandes deseos que abrigaba mi corazón de haber permanecido en su compañía. No se acobarden, porque no les faltará compañía, ni lleguen a dar cabida al pensamiento de que por aquí se está mejor, porque son ilusiones que el enemigo nos pone delante para que no trabajemos como se debiera donde Dios quiere que trabajemos. Hablo por experiencia: nunca está uno mejor que donde el Señor quiere que estemos.*

Seduce mucho la idea (especialmente a jóvenes) de estar donde se encuentran personas y familias que lo consideran a uno y lo tratan bien, y se llega a desear el volver a tratar a esa gente, y ver civilización, movimiento, casas bien adornadas, poblaciones, etc. Repito que son ilusiones, que llega uno a ver de nuevo esas cosas, y después de unos días pasa la ilusión y queda como yerto y frío, y más aún cuando, en el trato con Dios, en la meditación, ve uno a la muerte delante, y después el juicio, y conoce uno perfectamente que nada queda en bien de uno sino lo que se ha sufrido y trabajado por Dios.

No sé lo que el Señor dispondrá respecto de mí; pero sí sé decir que estoy desengañado de todo, que nos daña mucho la consideración que el mundo nos pueda tener y que se acuerda uno más de Dios cuando se sufre, y que, por consiguiente, le conviene a uno más el que le falten ciertos halagos mundanos. Por ahí iremos, si Dios quiere [57].

---

[56] Carta a sus hermanos recoletos Manuel Fernández, Marcos Bartolomé e Isidoro Sáinz, Bogotá, 26 de abril de 1891.

[57] Carta a Manuel Fernández, Bogotá, 26 de mayo de 1891.

10. VICARIATO APOSTÓLICO DE CASANARE

Después de sus correrías misioneras por Casanare, el padre Ezequiel quedó entusiasmado y con grandes deseos de pasar allí su vida entera de misionero como nuestros antiguos recoletos que habían recorrido aquellas mismas regiones desde 1662 hasta 1861 con muchos frutos espirituales. Él quería continuar aquellas misiones con religiosos agustinos recoletos.

El obispo de Tunja, a cuya diócesis pertenecía Casanare, compartía la idea de formar en él una nueva jurisdicción eclesiástica, porque era un territorio inmenso, casi totalmente abandonado, falto de sacerdotes y con comunicaciones muy precarias.

La tramitación del expediente de erección del vicariato apostólico se prolongó durante casi dos años. Los dos sacerdotes y un hermano que el padre Ezequiel dejó en aquellas regiones después de sus correrías estaban trabajando solos, pero muy bien. Él escribe sobre ellos: *Los religiosos de Casanare han trabajado como buenos y han hecho más de lo que nos podíamos prometer. Además de acudir a moribundos cristianos, a dos y tres días de distancia cuando los han llamado, y predicar y administrar los sacramentos por los pueblos cristianos de Los Llanos, están formando un pueblo de infieles entre los cuales viven y tienen su residencia ordinaria. El padre Manuel habla ya bastante bien el idioma de los indios y me decía que el padre Marcos habla lo mismo, y que mucho mejor que ellos lo habla el hermano Isidoro, por estar de continuo con ellos en los cortes de palma y maderas para hacer casas* [58].

El señor delegado (apostólico) *sigue con su empeño de crear ese vicariato… El señor arzobispo quiere que sea prefectura apostólica nada más, y puede ser que se salga con la suya, aunque yo he de trabajar para que sea vicariato, porque siempre un obispo ha de ser más respetado que un simple fraile prefecto* [59].

El día de nuestra madre santa Mónica me invitó (el delegado apostólico) *a comer en su casa en compañía del elegido para presidente* (de la República) *señor Caro; y éste a su vez me acompañó hasta la puerta de casa, habiendo pasado antes por la suya. Se habló de Casanare, y delegado y presidente están conformes en erigir aquel territorio en vicariato y adjudicarlo a esta provincia.*

---

[58] Carta a Florentino Sáinz, Bogotá, 13 de marzo de 1892.
[59] Carta a Manuel Fernández, Bogotá, 19 de abril de 1892.

Sin embargo, el señor arzobispo no quiere que se haga vicario obispo, sino que sea sólo prefectura apostólica...

En agosto se reunirá el Congreso de diputados y entonces se propondrá la creación del vicariato de Casanare (o prefectura, si el arzobispo sale con la suya) y, aprobado que sea en Roma, irá a Casanare el obispo o prefecto, con algunos más. El señor delegado me exige por lo menos diez religiosos y el obispo, para pedir a Roma el vicariato… Casanare tiene de territorio 530 miriámetros cuadrados… Hay pues, territorio para meter a todos los agustinos descalzos que existen [60].

El señor delegado se ha fijado en mí para proponerme a Roma como obispo y vicario… Muchas señoras de Bogotá, sabedoras de las intenciones del delegado, danzan de una parte a otra para que no me propongan para el vicariato, y hasta han hablado a la cuñada del nuevo presidente y a la señora de éste, para que trabajen en ese sentido. Ellas se han prestado con gusto, porque la cuñada se confiesa conmigo siempre y la señora algunas veces. El día 20 de éste, principian las señoras interesadas en el asunto un solemne novenario a la beata Inés (de Benigánim) *para pedirle que no sea yo el nombrado. Las monjas, por supuesto, han suplicado ya al delegado la misma cosa, pero esta mañana estuve con el señor delegado y está en sus trece y, cuando él se retiró, me dijo el secretario que era cosa determinada* [61].

Él no estaba muy seguro de la voluntad de Dios en este asunto y le escribía a su Superior de España que le mandara aceptar, si creía que era la voluntad de Dios. Le dice: *¿Cuál es la voluntad de Dios en ese asunto respecto de mí? Vuestra reverencia me ha dicho que me deje guiar por la providencia, que prepare los hombros para cargar con esa cruz y frases parecidas. Pero yo necesito más para cargar con esa cruz, de la que, como he dicho arriba, deseo huir, a no ser que vea muy claro que ésa es la voluntad de Dios. Necesito que vuestra reverencia me diga terminantemente que quiere que lo sea. Más aún, necesito que me lo mande, y que me lo mande del modo más serio posible, porque así, y sólo así, pudiera yo abrazar esa cruz… Es verdad que no me he de ver solo y que tendré con quien tranquilizar mi conciencia, o que el Señor me proporcionará con quien tranquilizarla. También es verdad que el trato amigable, íntimo y frecuente con Dios da luces indecibles, aviva la confianza y resuelve dudas; pero esos bienes no hay que esperarlos, sino cuando uno busca sólo la voluntad de Dios y cuando ésta es la que lo coloca en dificultades y peligros. ¿Y qué otra cosa me podrá asegurar que es voluntad de Dios el que yo sea obispo que el mandato de vuestra reverencia? Si quiere pues que lo sea,*

---

[60] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 13 de mayo de 1892.
[61] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 7 de julio de 1892.

mándemelo por caridad y amor de Dios y dé a ese mandato toda la fuerza posible, para que me dé la mayor seguridad posible de que hago la voluntad de Dios [62].

11. OBISPO DE CASANARE

El 2 de julio de 1893 el cardenal Rampolla, secretario de Estado y protector de los agustinos, comunicaba extraoficialmente al procurador de la Congregación en Roma la erección del Vicariato y el nombramiento del padre Ezequiel para administrarlo. El Papa León XIII, por el Breve *Romani Pontifices*, el 17 de julio erigía el Vicariato apostólico de Casanare con territorio desmembrado de la diócesis de Tunja, y el 25 de octubre nombraba al padre Ezequiel como obispo titular de Pinara, para ser obispo de Casanare con jurisdicción ordinaria sobre el Vicariato.

El padre Ezequiel tuvo que hacer la profesión de fe en Bogotá antes de su consagración episcopal. Y escribe: *Por aquí llorando mucha gente y muchas monjas desde el día en que hice la profesión de fe que es cuando se apercibieron de que la cosa iba de veras. Confesé hoy a la cuñada del Presidente que vive con él y lloraba como una niña y como diciendo: ¿de qué nos vale la posición que ocupamos, si no hemos podido conseguir una cosa que no parecía difícil? El delegado calmó a la presidenta diciéndole que vendré por Bogotá tres o cuatro meses cada año. Ella se lo llegó a creer, sin pensar que en Casanare hay muchas almas y no hay sacerdotes* [63].

El padre Nicolás (Casas) *ha sido nombrado para reemplazarme en el puesto de Superior de los religiosos que hay por esta República. Está muy bien de salud, lo mismo que todos los que están por aquí. No nos podemos quejar del país ni de la gente, porque el país nos trata bien y la gente mejor* [64].

La ordenación episcopal tuvo lugar el 1 de mayo de 1894 en la catedral de Bogotá. Actuó de obispo consagrante Mons. Bernardo Herrero Restrepo, primado de Colombia. Asistieron muchas hijas espirituales del nuevo obispo, pertenecientes a todas las clases sociales. Él escribe sobre este acontecimiento: *Respecto a la fiesta de mi consagración, dicen todos que estuvo espléndida, y yo me atengo a lo que dicen, porque no estaba en el caso de apreciar la cosa, preocupado como me hallaba con las mil ceremonias que tenía que hacer y, sobre todo, impresionado con el cambio que en mí se verificaba en aquellos*

---

[62] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 13 de marzo de 1893.
[63] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 7 de septiembre de 1893.
[64] Carta a Jesusa Morales, Bogotá, 24 de noviembre de 1893.

momentos. Sólo me pude hacer cargo de que la catedral estaba llena de la gente más elegante de Bogotá.

El Excelentísimo señor Caro fue mi padrino de consagración y acudió a la iglesia de toda gala, lo mismo que sus ayudantes, y sirvió en las cosas que, por costumbre, hacen tales padrinos. Después de la función de la iglesia dio un gran almuerzo en palacio donde sólo figuraron altos personajes eclesiásticos y civiles no faltando el cónsul de España en esta República. El almuerzo fue como de palacio y hubo sus correspondientes brindis, siendo larguísimo el del padrino, elogiando al ahijado más de lo que se merece. Una banda del regimiento amenizó el almuerzo y la guardia del palacio y servidumbre vestían de gala rigurosa. El coche de palacio estuvo enganchado para llevarme y traerme. ¿Qué más se podía hacer con un extranjero? ¿Cómo pagar todo eso? Yo no dudo que Dios nuestro Señor lo tendrá todo en cuenta y mirará a este país con ojos de misericordia, porque hay que añadir a lo dicho las manifestaciones mil de aprecio por parte de las familias de Bogotá e infinidad de regalos que me han hecho. Han tenido en cuenta que era un pobre fraile y me han traído de todo, desde mitras, pectorales y anillos hasta trastos de cocina. Nada compré para revestirme de pontifical, y nada compro para poner casa, porque todo me lo dan ¡Que Dios los bendiga!

Celebré mi primera misa pontifical en el día de la conversión de nuestro gran Padre San Agustín, que es la fiesta magna de la casa, porque los padres calzados la celebran el 28 de agosto. La iglesia se llenó, a pesar de estar la mañana lluviosa [65].

La situación en que quedo ahora es completamente independiente de la Orden, no he dejado mi hábito, y vivo como un agustino [66].

Este pobre obispo no tiene ni palacio, ni catedral, ni clero, ni rentas, ni cosa alguna de gangas, pero sí tiene en cambio mucho que trabajar, haciendo de obispo, de cura, de misionero y hasta de sacristán. Esto, sin embargo, ni me importa ni me apena. Lo que me apena es ver miles de almas envueltas en la mayor ignorancia respecto a las cosas de nuestra religión, y no poder remediarlas. En esa ignorancia viven solas y mueren solas, sin nadie que pueda decirles algo que las ayude a salvarse. ¡Dios misericordioso quiera remediarlas de alguna manera! [67].

---

[65] Carta a Íñigo Narro, Bogotá, 12 de mayo de 1894.
[66] Carta a Jesusa Morales, Bogotá, 12 de mayo de 1894.
[67] Carta a Andrés Ferrero, Támara, 1 de agosto de 1894.

12. MENSAJE A SUS FIELES

El padre Ezequiel, después de consagrado obispo, sentía un fuego interior que le impulsaba a tomar posesión de su cargo cuanto antes y a comenzar a trabajar por la salvación de sus almas. Como primera medida les escribió una pastoral desde Bogotá. En ella les dice: *Creemos que no habrá quien se figure que nos lleva a Casanare móvil alguno terreno; pero por si alguien se lo imaginase, nos alegramos de que allí no nos espere un palacio o casa cómoda donde poder habitar; ni pingües rentas que nos puedan enriquecer; ni mesa abundante y delicada; ni medios ni maneras de hacer la vida cómoda y regalada.*

Nos alegramos, decimos, de que nada de eso nos aguarde, porque así no se podrá decir, ni aun sospechar siquiera, que nos lleva allí la ambición, ni la avaricia, ni el bienestar, ni mira alguna terrena, sino sólo el fin sublime y elevado de dar gloria a Dios, iluminando vuestras inteligencias con las luces de la fe, hermoseando vuestros corazones con las virtudes cristianas, procurando, en una palabra, la salvación eterna de vuestras almas.

Lo que allí nos espera, perfectamente lo sabemos, porque ya tenemos experiencia de ello: sabemos que, además de los sufrimientos morales propios de nuestro cargo, hemos de pasar muchos días recorriendo vuestro ardiente suelo, sin más comida que la que pueda tener un pobre indio, y aun a veces sin ella, por accidentes que nunca faltan; y pasar muchas noches sin más cama que la arena de las playas de vuestros ríos, cercana ¡cuántas veces! a la que dejó el voraz caimán… y sin más cubierta que las nubes del firmamento, que con frecuencia se deshacen en copiosa lluvia que, sobre mortificar no poco, predispone a fatales fiebres que debilitan la salud más robusta, si no acaban con ella, como sucede muchas veces. Esto es lo que nos aguarda: pobreza, escasez, privaciones, trabajos, sacrificios, cruz, y cruz larga y pesada. Sólo vamos, pues, a sufrir y padecer por la salvación de vuestras almas. ¡La salvación de vuestras almas! Tal es, hijos míos, el fin que ahí nos lleva; el móvil que nos impulsa a la ardua empresa que sobre nosotros tomamos. Si eso no fuera; si no mediara la gloria de Dios y vuestra salvación eterna… ¡ah! con toda la sinceridad de nuestro corazón os lo confesamos: nuestro propio interés personal, la propia salud, lo culto de la sociedad que nos rodea, lo fino y delicado de la amistad que nos honra y distingue… todo, todo, en una palabra, a gritos nos diría que os dejásemos como estáis, respecto a las cosas de religión, en vuestros llanos o en vuestros bosques; porque aquí o en otra parte estaríamos con más comodidades, con más recursos, con más trato social, con más medios, por decirlo de una vez, para llevar una vida más cómoda y agradable. Tan claro es esto, y tan manifiesto, que no hay por qué añadir una palabra más...

¡Los infieles! ¡Los salvajes! Sí: también somos enviados a esos seres desgraciados; porque la Iglesia católica está fundada para iluminar por medio de sus ministros a todo el universo, sin reconocer privilegio alguno, sin poner condición de ninguna clase, sin manifestar predilección especial, si no es por los más pobres y necesitados. El mundo no se acuerda de los salvajes; la generosidad de los hombres los mira con desdén e insolente desprecio, si no los persiguen y matan como animales dañinos…

¡Ah! ¡Quién me diera que, al exhalar mi último suspiro en una mala choza de paja, o en arenosa playa, o al pie de un árbol, pudiera decir: "no quedan infieles en Casanare!". No es muy considerable su número, según nos dicen los padres misioneros en sus cartas; pero su reducción y conversión presenta no poca dificultad, por ser errante la vida de sus principales y más numerosas tribus, que son las de los gohaivos, sin residencia fija en determinado punto. Dios, sin embargo, es grande en su misericordia, y esperamos nos dará algunas almas a cambio de nuestras privaciones y sacrificios, que procuraremos unir a la sangre preciosa y gran sacrificio de nuestro divino Redentor.

Grande, espacioso y muy vasto es el campo que Dios ha deparado a nuestro celo. Grande por su mucha extensión; más grande aún por... la grande escasez de medios para ello. Esperándonos están millares de almas ya cristianas, y no hay suficientes obreros evangélicos para acudir y remediar todas sus necesidades. Será indispensable traerlos o formarlos; o más bien, traer unos y formar otros, según nos sea posible; hay que edificar casas para la educación y preparación de éstos, lo propio que residencias para los misioneros. Hay que mantener y vestir con alguna decencia a los coadjutores que Dios nos mande. Hay que levantar templos, decorarlos de la mejor manera posible, dotarlos de ornamentos y vasos sagrados. Hay que procurar recursos para atraer a los infieles. Hay… hay que hacerlo todo, en una palabra…

Casanareños, hijos míos muy amados: recibid también todos nuestro tierno saludo, saludo tierno de padre, porque Dios ha dispuesto que lo sea de vuestras almas. Ya sabéis que soy aquel misionero pobre y sin exigencias, que os visitó hace tres años, y que se contentaba con vuestro casabe, vuestro plátano, o lo que teníais a bien darle, en cambio del gusto con que os servía en todo cuanto se relacionaba con el bien de vuestras almas.

Nos vemos hoy más elevados que entonces, pero no por eso vamos a vosotros con más pretensiones: sólo llevamos deseos más ardientes de ganaros para Dios y amaros en Dios. Y ¿a quién habré de amar, si no os amo? ¡Ah! seréis las niñas de mis ojos, porque Jesucristo me ha encomendado que os cuide y os salve. Dentro de poco estaré con vosotros para no dejaros: y mi libertad, mi

tiempo, mi reposo, mi salud, mi vida, todo es vuestro, y todo estoy dispuesto a sacrificarlo por vuestro bien.

Sea prenda de esa dicha futura la bendición que os damos a todos en el nombre del Padre + y del Hijo + y del Espíritu Santo +. Amén [68].

13. A CASANARE

Él refiere: *Antes del mes después de consagrado dejé a Bogotá y su gente sin decir nada a nadie, porque no era fácil despedirme de todos los conocidos y, sobre todo, porque no quería oír lloros y lamentos de multitud de personas que sentían mi marcha.*

El viaje hasta el punto de mi residencia fue algo penoso, porque llovía mucho y había que pasar bastantes ríos caudalosos sin puentes y sin barcas. En uno de los ríos se nos ahogó un peón. Sólo uno de los ríos lo pasamos sin mojarnos, pero de un modo original que asusta. Ponen unas cuerdas que cruzan de un lado al otro del río, y colgado en esas cuerdas ponen un cuero de vaca recogido; el pasajero se mete en el cuero en una de las orillas, y los que están en la otra orilla tiran hasta que llega el cesto con el individuo. El miedo se apodera de la mayoría de los que son pasados así, y se estremecen a cada tirón que dan[69].

Nos llovió mucho en todo el viaje y los caminos, por consiguiente, los encontramos muy malos y nos hicieron sufrir algo. Los muchos ríos que tuvimos que pasar estaban muy crecidos y peligrosos… Algunas noches las pasamos en malos ranchos, rodeados de tinajas de guarapo, arrieros, gatos, perros, gallinas, etc. Pero a Dios gracias, de todo hemos salido sin novedad y hemos llegado a ésta buenos y sanos [70].

Aquí nos recibieron con todo el esplendor que pudieron, y, sabiendo mi devoción por el Sagrado Corazón de Jesús, por todas partes se veía su divina imagen a mi entrada en la población, en la procesión que se hizo hasta la iglesia. Todos los profesores y alumnos del colegio de varones llevaban en el pecho como escudo el Sagrado Corazón y cada una de las niñas del colegio de las hermanas llevaba en la mano una bandera con el Sagrado Corazón. Además, un señor llevaba un estandarte con mis armas dibujadas en grande, y, como en ellas está el Corazón de Jesús, también se veía en él. En la iglesia también estaba en el altar mayor.

---

[68] Primera pastoral, Bogotá, 1 de mayo de 1894.
[69] Carta a Catalina Les, Bogotá, 11 de septiembre de 1895.
[70] Carta a Rosa, Matilde y Mercedes Umaña, Támara, 11 de julio de 1894.

Aprovechando el que nos reunimos aquí cinco sacerdotes, hicimos el domingo una gran fiesta al Sagrado Corazón de Jesús y le consagré el vicariato. También se le consagraron los dos colegios. A la fiesta precedió un retiro de tres días con sermón mañana y tarde, y con ese motivo la comunión general que se hizo en mi misa, a las 7, estuvo concurrida y devota. Como son tantas las necesidades espirituales de este territorio, no he querido dilatar el poner el vicariato bajo la protección del Sagrado Corazón para que Él se cuide de remediarlo todo [71].

Los habitantes de la pequeña población llamada Támara (la capital), *me recibieron con muestras de alegría y regocijo, y todo lo tenían adornado del mejor modo que podía hacerse. Tomé posesión en la catedral y fuimos a descansar al palacio.*

La catedral es una pequeña iglesia de pueblo, pobre y miserable, con piso de tierra sin retablos y sin cosa alguna medio decente. Ropas de iglesia tuve, porque me dieron las señoras de Bogotá.

El palacio es una casita con las habitaciones siguientes: la entrada, que dicen por ahí que sirve de recibidor; un cuartito para mí, otro para los padres todos; otro para despacho; un pequeño comedor y cocina. El piso de las habitaciones, incluso el de la mía, es de tierra y bajo, porque no hay piso alto. El mueblaje que correspondía al palacio: pobre y escaso.

En el mes en que llegamos (junio) y los siguientes julio y agosto hay una niebla espesísima que al entrar en las habitaciones se convierte en agua que todo lo humedece. Aun dentro de los baúles se ponen las ropas y objetos llenos de moho. En los meses de septiembre y octubre llueve mucho, pero no hay tanta niebla.

Como en esos meses de lluvias se ponen los caminos intransitables, me estuve en mi palacio trabajando en bien del pueblo con la predicación y enseñanza de doctrina y administración de sacramentos. Sólo salí en esos meses a otro pueblo que distaba 12 leguas (Ten), *donde nadie me recibió y donde el palacio era una sola habitación para el obispo, sacerdote y sacristanes y alguna culebra que le ocurría hacernos compañía con algunos ciempiés y no pocos murciélagos que divierten a uno toda la noche, pasando y traspasando por la cara. Dos veces más volví a ese pueblo en los meses dichos para administrar algunos enfermos y precisado me vi a tocar yo mismo la campana para la misa,*

[71] Carta a Rosa, Matilde y Mercedes Umaña, Támara, 11 de julio de 1894.

porque nadie se acercaba. He aquí un obispo, me decía yo, que a la vez es misionero, sacristán y campanero [72].

En uno de los viajes a Ten, al subir una cuesta muy pendiente que hay del río Ariporo al pueblo de Ten, el machito se puso en dos patas porque no tuvo fuerza para subir un como escalón alto, y me tiró. Caí entre el macho y las patas de un caballo que venía detrás; entre piedras muy grandes, y un sitio muy estrecho, profundo y pendiente, y parece que hubiera caído en blando colchón porque nada sentí y me levanté como si nada hubiera pasado. ¡Bendito sea Dios! Creo que fue en la misma cuesta donde el padre Cayetano se hizo una herida en la cabeza.

Llegados al pueblo, nos alojaron en una pequeña habitación que hacía de despacho, dormitorio, comedor, etc. La gente no sabe lo que es un obispo, y, por consiguiente, tampoco se me guardaron consideraciones, ni yo las apetecí. Les enseñé, les administré sacramentos, oré por ellos, dejé algunas enseñanzas y órdenes relativas al bien de sus almas, y a los ocho días me vine, saliendo solito del pueblo como había entrado, y ofreciendo todo al Señor para que los ilumine y lleguen a comprender su religión santa y apreciarla como se merece [73].

Apenas cesaron las lluvias, principié a recorrer los pueblos en compañía de un padre. Todos los pueblecitos son pobres y miserables, distantes inmensamente los unos de los otros; con malísimos caminos y escasez de todo. La mayoría de las gentes se hallan sumidas en la más completa ignorancia, hasta el extremo de no tener idea de las cosas más necesarias para la salvación. En todas partes nos teníamos que alojar en pobres habitaciones con las molestias de murciélagos, etc., como dije antes, después de pasar los días a los rayos de un sol abrasador. Cama no se encuentra en ninguna parte, y siempre se duerme en hamaca, que se lleva en el caballo a todas partes. La hamaca es una tela o una red de cuerdas que se amarra a los maderos del techo o a los clavos puestos en la pared, y quedando colgada descansa uno sobre ella. Cuando no se encuentra casa donde pasar la noche, se cuelga la hamaca en dos árboles o dos ramas de un mismo árbol y así se duerme al sereno.

Duré en mi correría hasta el 13 de febrero, que estalló una revolución liberal que me precisó volver a Támara, punto de mi residencia. Me había propuesto recorrer todos los pueblecitos, pero no pudo ser porque los revolucionarios se pusieron en armas en todo el territorio y era peligroso el andar de una parte para otra.

---

[72] Carta a Catalina Les, Bogotá, 11 de septiembre de 1895.
[73] Carta a Carmelita Briceño, Támara, 24 de agosto de 1894.

Cuando llegué a Támara, este pueblo estaba también ocupado por los revolucionarios, quienes nos hicieron sufrir algo y nos hubieran hecho sufrir más, si Dios nuestro Señor no nos hubiera protegido. Así estuvimos entre ellos hasta últimos del mes de abril, en que bajaron tropas del gobierno después de haber vencido la revolución por el interior de la República. En todo ese tiempo estuvimos completamente incomunicados con todo el mundo, sin recibir cartas ni noticias de nadie [74].

La situación política se calmó y él comenzó a planificar y pensar en correrías apostólicas. Dice: *Esto es inmenso y los pocos que estamos nos perdemos de vista por su inmensidad. Además de los infieles, no es tan fácil calcular los cristianos que hay en los pueblecitos formados y desparramados por Los Llanos en 5.000 leguas cuadradas, pero suponemos que pasan de 50.000 almas, la mayoría sumidas en la más completa ignorancia respecto a las verdades de la religión, sin saber ni aun las cosas necesarias, porque lo hemos visto así y nos hemos convencido de ello. Estamos por aquí tres grupitos: uno en Arauca, de dos padres y un hermano; otro en Orocué de dos padres y dos hermanos; y otro aquí de dos padres (uno enfermizo) un hermano y yo. Los grupos distan uno de otro de cinco a seis días por tierra y en buen tiempo; por agua se echan más* [75].

El Vicariato de Casanare comprendía una gran parte del territorio oriental de Colombia que limitaba con Venezuela. En 1915 fue desmembrada del Vicariato de Casanare la prefectura de Arauca y encomendada a los padres lazaristas o vicentinos.

14. LABORES PASTORALES EN CASANARE

El padre Alberto Fernández manifiesta: *Su vida ordinaria en Casanare era: levantarse a las cuatro o cuatro y media; preparábase desde esa hora hasta minutos antes de las seis, en que celebraba todos los días la santa misa; oía una de las que celebrábamos nosotros, y se sentaba luego en el confesonario, donde casi nunca le faltaban penitentes. Volvía a la casa, que era más bien un "rancho" de indios; y en su pobre habitación permanecía hasta las once, hora de comer. Terminada la muy modesta comida, estábamos un rato de sobremesa. Tratando de amenizar la conversación y hacernos pasar un rato agradable, nos contaba algún cuento con la gracia que le era peculiar. Se iba a su cuarto, reanudando el trabajo hasta las tres de la tarde, en que salía todos los días para visitar al Santísimo, estándose con Jesús sacramentado una hora o poco menos,*

[74] Carta a Catalina Les, Bogotá, 11 de septiembre de 1895.
[75] Carta a Íñigo Narro, Támara, 11 de julio de 1894.

y yendo otra vez a las cinco y media con todos nosotros para hacer otra visita, rezar el rosario y tener la oración mental, actos a que ordinariamente asistían también las hermanas y varias personas piadosas. Vueltos a casa, cenábamos a las ocho, retirándonos luego a nuestras habitaciones.

Predicaba todos los domingos y días festivos. Era costumbre de nuestro amadísimo padre Moreno, ya obispo, predicar con especial unción, antes del ofertorio de la misa parroquial, para explicar el santo Evangelio del día, durante media hora. Terminada la misa, predicaba una plática doctrinal, con gran sencillez y fervor de santo; siendo de advertir que nadie se salía del templo hasta terminar la plática, que solía durar media hora.

Su predicación era persuasiva sobre todo encarecimiento. Cierto domingo versó la plática doctrinal sobre la responsabilidad de los padres de familia que difieren días y meses el bautismo de sus niños; y fue tal el resultado de la plática, que algunos fueron del templo al despacho parroquial para apuntar la partida de bautismo, y proceder en seguida a la administración del primero de los sacramentos.

Salía a confesar enfermos y administrarles la extremaunción en los campos, sin excusarse de ir a pueblos que distaban de Támara seis y siete leguas a caballo. Ten, Nunchía y otras poblaciones pueden testificarlo; advirtiendo que, si bien había siempre algún padre en su compañía, marchaba solamente con la persona que llamaba a la confesión, e iba preguntando por todas las casas del trayecto si había algún enfermo.

Puso especial cuidado en impedir los pecados públicos. Muchas gentes de Casanare vivían en concubinato, siendo muy difícil practicar todas las diligencias matrimoniales por la falta de comunicaciones… Exhortábamos a nosotros a que, haciendo uso del juramento supletorio, casáramos a esas gentes, sin exigirles derechos de ninguna clase. Así fue que en el corto espacio de un mes, y ateniéndome a sus instrucciones, presencié más de ciento setenta matrimonios.

Nada diré de las palabras de aliento que nos dirigía para animarnos en los trabajos apostólicos, aunque bastaba su ejemplo, pues él era el primero en todo, sin que le arredrasen los muchos peligros que hay en Casanare; principalmente en tiempo de lluvias, por las crecidas de los ríos que es preciso vadear y por los animales ponzoñosos que tanto abundan en esa época; nada le detenía para cumplir con su ministerio e ir a las confesiones del campo y pueblos circunvecinos…

A fines de noviembre de aquel año (1894) *salimos para Sácama, pueblo que está bastante internado en la cordillera de los Andes; allí permanecimos cuatro días confesando, predicando y administrando el sacramento de la confirmación. Al regreso nos detuvimos en un caserío llamado Barronegro, y era de ver a aquellas pobres gentes acudir a su obispo para conocerlo y hablarle con una sencillez encantadora. Estuvimos un día, haciendo lo mismo que en Sácama; y al volver para Támara pernoctamos en Ten, la noche del 6 de diciembre. Ya bastante tarde se presentó un hombre a pedir que alguno de nosotros fuese al día siguiente para administrar a un enfermo que quedaba extraviado del camino que debíamos seguir; quiso ir él, pero le disuadí, y apenas amaneció marché para la confesión, quedando en encontrarnos camino de Támara. Al llegar al sitio convenido me esperó, pero en vano; y pensando que yo había pasado, continuó hasta un caserío distante de Támara dos horas; allí le dijeron que yo no había pasado, y aguardó. ¡Cuál fue su sorpresa y sentimiento cuando al poco rato me vio llegar todo ensangrentado y desgarrado el hábito a consecuencia de una caída! Se puso a lavar mis heridas con un amor cual pudiera tenerlo la mejor de las madres, me hizo tomar un poco de alimento, y continuamos a Támara. En el camino se lamentaba por no haber ido él a la confesión, demostrando un sentimiento profundo por lo acaecido.*

El día 14 salí para Nunchía a hacer la novena del Niño, y preparar la gente, pues el 23 debía llegar el padre Ezequiel para practicar la visita y continuarla después por todo Casanare. En ella hubiera invertido seis u ocho meses por lo menos, pero acontecimientos de que luego hablaremos se lo impidieron. Hecha la visita en aquel pueblo, quizá el principal de Casanare, donde se reunieron muchísimos fieles venidos del centro del Llano, pasamos el 27 de diciembre a Marroquín, siendo allí relativamente mayor el trabajo, y mayor también la alegría de tan querido padre.

El 2 de enero (1895) *salimos con dirección a Zapatoza y sin ánimo de demorarnos en ninguna parte; pero al llegar a Jubabó, y ver que comenzaba a venir gente, suspendimos el viaje, improvisamos una capilla y estuvimos dos días haciendo lo posible en bien de aquellas almas. Continuamos nuestro viaje el día 4 a medio día, y pernoctamos en un mal "rancho" donde apenas cabíamos de pie, entramos a las tres de la tarde del 5 en Zapatoza, pueblo que antes había tenido importancia, pero que en la actualidad estaba reducido a diez o doce casas; no había allí sino dos mujeres que, asustadas y sorprendidas, no sabían qué hacerse. Al fin, fueron a buscar al alcalde, el cual dijo que no sabía nuestra llegada, pero que avisaría a los vecinos. No hallando dónde hospedarnos, ya después de muchas idas y venidas arreglaron para el señor obispo un cuartucho separado por medio de tela de una "chichería" (taberna), dándole a todas horas la consiguiente serenata. La capilla que preparamos se diferenciaba poco del*

cuartucho, y es fácil deducir cuál sería nuestra alimentación en pueblo tan pobre.

Tres días permanecimos allí, dando el señor obispo admirables ejemplos de laboriosidad y paciencia. Rodeado de aquellos infelices, eran sus pláticas completamente familiares, interrumpidas por preguntas indiscretas, y teniendo yo que imponerles silencio no pocas veces. Marchamos a Pajarito, que dista cuatro horas, y aquí cambió todo: el recibimiento fue magnífico, sin que pudiera pedirse más a aquellas buenas gentes. Está dicho pueblo en contacto con los del Departamento de Boyacá, y había personas de viso y educación. Como nunca había llegado allí ningún obispo, el trabajo fue muchísimo en confesiones, casamientos, etc.; y porque al día siguiente de nuestra llegada yo caí enfermo, tuvo que hacerlo todo el señor obispo: confesar, bautizar, presenciar matrimonios, rezar el rosario, etc., pues, a pesar de que yo intenté levantarme varios días, y alguno que otro me levanté, no me permitió hacer nada; hasta tuvo que ir a una confesión al campo por caminos malísimos, empleando todo un día.

De Pajarito salimos el 13, hicimos noche en una hacienda, y al día siguiente continuamos el viaje, deteniéndonos en el barrio de Recetor para confirmar, llegando el 14 a Chámeza. Salió a nuestro encuentro bastante gente a caballo, en unión del padre Tomás Martínez y el hermano Cirilo Bellido, que acababan de llegar de Bogotá para instalarse en Chámeza, que hasta entonces no tenía misionero. Estuvo el señor obispo unos días, y salió para los pueblos del Llano, Tauramena, Pedro de Upía y otros, acompañándole el padre Tomás, por hallarme yo enfermo, hasta que, algo restablecido, fui a Tauramena, regresó el padre Tomás a Chámeza y nosotros seguimos al Maní...

Supimos ya en Chámeza que había estallado la revolución en el interior de la República; pero esto no arredró al padre Ezequiel para desistir de su visita pastoral. En Maní permanecimos unos días, trabajando cuanto se pudo, y también allí fue el señor obispo a una confesión en la que invirtió todo el día y parte de la noche sin descanso, tomando por todo alimento un par de huevos que le dieron en la casa del enfermo.

Salimos para Santa Elena, no recuerdo la fecha, a las cinco de la mañana, llegando como a las dos de la tarde. En seguida abrió la santa visita, y comenzó a confirmar a bastante gente que allí nos esperaba. Como a las cinco de la tarde, llegó una familia de Orocué, y me envió el señor obispo a que preguntase por los padres de aquella misión. El padre o jefe de la familia era liberal revolucionario, pero tenía una hija muy piadosa, a la que yo conocí cuando estuve en Orocué. Hice algunas preguntas, y advertí que la joven indicaba por señas no estar conforme con lo que decía su padre. Al poco rato tocaron al rosario, y fue ella para decirme muy en secreto que, cuando ellos

salieron de Orocué, se preparaban los revolucionarios para venir a prender al señor obispo y llevárselo.

Terminado el rosario, referí al padre Ezequiel lo que me había dicho la joven, y determinó que nos fuésemos al día siguiente muy temprano con dirección a Támara, acompañados de un señor muy conocedor de Los Llanos de Casanare, y que se ofreció a llevarnos por caminos extraviados. Efectivamente; llegaron los revolucionarios a Santa Elena el mismo día en que nosotros salimos, pero cuando ya no podían darnos alcance. El primer día nos condujo aquel señor a su casa, que era una bonita hacienda en la que nos trató perfectamente, día y medio que allí estuvimos. No recuerdo el nombre de la hacienda, ni tampoco el del dueño; únicamente sé que era de apellido Estrada, y de nación venezolano. Salimos de su casa, y ya tuvimos que seguir nosotros solos con un muchacho que nos acompañaba y otro que iba con las "petacas". A la una de la tarde nos demoramos en un caserío llamado El Turrón para tomar alguna cosa; pero aquella pobre gente no tenía más que unos huevos y una taza de caldo preparada con manteca rancia. Continuamos el viaje hasta el anochecer, y pernoctamos bajo unos árboles, en donde había un pequeño manantial de agua, escaso, pero lo suficiente para que bebieran las bestias. Registré las petacas, y lo único comestible que encontré fue una caja de sardinas y una panela.

El manantial a que me refiero estaba al pie de un caserío denominado "Las Cañas"; llamará la atención que no fuéramos a él, mas hay que tener en cuenta que, según nos dijo uno de los muchachos, y era cierto, allí vivían gentes de Nunchía, en su mayor parte revolucionarios y no creímos prudente ir a dicho sitio. Después de comernos las sardinas entre nosotros y los dos muchachos, fuimos a beber agua, y cuál no sería nuestra sorpresa al encontrarla salada: recuerdo que yo no pude dormir, y a media noche me levanté a coger un poco de agua y echarle un pedacito de panela, con el fin de ver si podía apaciguar la sed; el padre Ezequiel nada hizo ni dijo, a pesar de que tampoco conciliaba el sueño. Amaneció y, sin tomar nada, porque no teníamos, continuamos nuestro viaje.

Había determinado el padre Ezequiel, por indicación mía, extraviar el camino y dirigirnos a la hacienda de Silvestre Arenas, llamada el Deshecho; dicho señor, aunque liberal, como la mayoría de Casanare, era respetuoso y deferente, y siempre nos había dado pruebas de afecto, y confiábamos que nos diría la verdad acerca de la revolución, pues las noticias que las pobres gentes nos daban eran muy alarmantes e incoherentes. Preguntando y medio extraviados y perdidos, tomando un camino y dejando otro que nos parecía menos adecuado para llegar a la referida hacienda, seguíamos nuestra marcha, cuando encontramos una casita, donde preguntamos, como era costumbre del

padre Ezequiel, si había algún enfermo; y dijeron que en el alto de Nunchía había uno. No vaciló el padre Ezequiel, a pesar de que sabía que era meternos en la boca del lobo, pues en Nunchía estaba dominante la revolución.

Llegamos como a la una de la tarde al sitio donde nos habían dicho que se hallaba el enfermo; nos contestaron que estaba abajo con los peones; seguimos, y encontramos al buen hombre en pie, aunque un poco delicado; era un buen cristiano llamado Juan José Tobián, conocido mío. Su mujer estaba haciendo la comida para los peones, consistente en una gran olla de yuca, plátano y carne. Pidióle el padre Ezequiel que le diera un plato de aquello, pues tenía una debilidad extrema; la mujer se excusaba ofreciéndole preparar alguna otra cosa, pero a la insistencia del padre, le sirvió un plato de los peones; nunca le vi comer con más gusto.

Pensamos luego lo que debíamos hacer, pues estábamos a la vista de Nunchía; yo me ofrecí a ir solo, y que el padre se quedara hasta ver si yo volvía o no. Él contestó: "No; quiero correr la misma suerte que tú corras". Lo dijo con tal tono, que nada pude oponer y entramos en Nunchía como a las tres de la tarde, pasamos por la plaza donde tenían sus cuarteles los revolucionarios, y alguien dijo: "Buenas bestias para la brigada y nos dirigimos sin hacer caso a la casa cural, cuyas llaves nos trajeron de allí a un rato; entramos en una pieza o despacho que solíamos ocupar cuando íbamos a dicho pueblo, y nos sentamos.

Hallábase con nosotros el sacristán Moisés Cubillo y al momento se presentó un oficial llamado Ramón Moreno. Sin saludar ni descubrirse, se dirigió al padre Ezequiel diciéndole con tono despectivo: "De orden del jefe de la plaza a ver el salvoconducto o pasaporte". El padre hizo que no entendía, y le preguntó: "¿Qué es lo que dice usted?". Repitió lo que antes había dicho; a lo que el padre Ezequiel contestó con energía y sin alterarse: "Yo no tengo otro pasaporte que mi anillo y mi pectoral, soy el obispo de Casanare, y estoy en mi territorio". "Eso no basta", contestó el oficial. "Pues vaya usted, replicó el padre, y dígale al jefe de la plaza que ni tengo ni quiero otro". Se fue el oficial y no volvió: yo pregunté quién era el jefe; fui a su casa, y él protestó que no había dado semejante orden. Fuera lo que quisiera, lo cierto es que no se metieron con nosotros, y nos cuidaron las bestias hasta el día siguiente, que continuamos a Támara.

Grande fue la sorpresa e indecible alegría de los padres de Támara al vernos llegar. Transcurrieron algunos días, y determinó el padre Ezequiel ir a preguntar al jefe de la revolución en Casanare por los misioneros de Orocué. No estuve en la entrevista, pero me refirió el que le acompañaba que el jefe increpó al padre Ezequiel porque hablaba del liberalismo y de otras cosas por el estilo, a

lo que el padre le contestó: "No sabía que hubiese dos obispos en Casanare, creía que era yo solo". El hombre se desconcertó con esta respuesta.

A fines de marzo, el jefe de la plaza, mejor dicho, de la revolución, dirigió al señor obispo una nota en que le pintaba la situación tristísima de los conservadores presos que tenía en la cárcel de Pore, y que para subvenir a esas necesidades le imponía un empréstito de quinientos pesos. El padre Ezequiel contestó que esos sentimientos de que blasonaba en su nota no eran inspirados por el liberalismo, sino por las enseñanzas de la Iglesia: y fundado en esas enseñanzas, añadía, no tengo inconveniente en ir de puerta en puerta por todo Casanare a pedir una limosna y ponerla en manos de los presos; yo nada tengo, pues mi única renta son los diezmos, y los revolucionarios no los pagan. No agradó la contestación, y determinaron prender al señor obispo; pero el mismo día en que habían de hacerlo, vio el vigía que venían gentes y soldados; y creyendo que eran fuerzas del gobierno, comenzaron a desbandarse. Eran liberales derrotados en Enciso, que al día siguiente salieron de Támara con los demás revolucionarios: así el padre Ezequiel se libró de la prisión que tenían determinada.

El padre Gregorio Segura añade: *Nosotros ignorábamos lo que ellos intentaban realizar en la noche del 25 de marzo de 1895; pero Dios velaba por los suyos. A eso de las cuatro de la tarde se alarmaron los revolucionarios de Támara, persuadidos de que llegaba tropa del gobierno, según afirmó el centinela que tenían apostado en el cerro de Santa Bárbara, y que a todo correr bajó a la población, para avisar a sus jefes. Desde ese momento, sólo pensaron, durante esa noche, en salir al día siguiente con dirección a Arauca, y pasar a Venezuela, como en realidad lo hicieron. La tropa del gobierno no apareció; sólo existía en la imaginación de los revolucionarios, temerosos de ser sorprendidos. Dios Nuestro Señor les infundió ese temor, para que no volvieran a acordarse de lo que ellos intentaban.*

En efecto, no recuerdo quién, pero era persona de todo crédito, la que nos informó, que tenían resuelto entrar a saqueo en la casa del señor obispo y de los padres. Para hacerlo con más libertad darían a las seis de la tarde aguardiente libre, es decir, gratuitamente y sin tasa, a la gente; y después, cuando ya fuese de noche, se dirigirían a la casa de los padres. Sólo Dios sabe los desmanes, atropellos y vejámenes de que hubiéramos sido víctimas, nuestro buen padre Moreno y los que lo acompañábamos…

Dios fue, sin duda, quien confundió a aquellos hombres extraviados, haciéndoles ver, a las cuatro de la tarde, ejércitos que no existían. Tan

sencillamente desbarató el sacrílego proyecto de nuestros enemigos, deseosos de vengarse del padre Moreno, y nos libró de sus iras prodigiosamente [76].

Él escribe: *El 14 febrero llegamos a ésta (Támara), y encontré buenos a los padres. Tuvieron gran alegría al verme, lo mismo que las hermanas de la caridad. No los habían molestado hasta entonces. Sólo les habían registrado la casa y quitado dos monturas. Yo pasé unos días sin que se metieran conmigo para nada y sólo oyendo sus bandos ruidosos cuando publicaban sus triunfos, y sus vivas y mueras, y arribas y abajos, pero sin tocar con nuestras personas.*

Una tarde que los jefes de esta plaza tomaron con exceso sí llegaron a decir, al pasar delante de nuestra casa: ¡abajo los que predican contra el liberalismo! Pero la cosa no pasó de gritos. Otro día vinieron y registraron la casa, los baúles y todo. Últimamente me pedían por lo menos 500 fuertes de empréstito. Los pedía el señor Aguilar, jefe de las fuerzas revolucionarias de Casanare, y le contesté diciendo que yo no tenía plata que dar. No volvió a insistir, sin duda porque el día en que recibió mi contestación había sabido la derrota que sufrieron los radicales en Enciso [77].

15. CAMBIO DE DIÓCESIS

Cuando ya se restableció la paz, recibí un telegrama del delegado apostólico, representante de Su Santidad en esta República, en el que me decía que me pusiera en camino inmediatamente para esta capital. En virtud de ese mandato salí de Támara el 13 de mayo, y llegué a ésta el 27 del mismo mes, siendo recibido por las familias de aquí con las mayores muestras de alegría.

Me vi con el señor delegado y me dijo que me llamaba para trasladarme a la diócesis de Pasto, en esta misma República. Cuando me dijo esto, ya lo tenía todo hecho, convenido con el gobierno, y ya había mandado los papeles a Roma. Sin embargo, yo escribí a Roma por el primer correo que salió, exponiendo ciertas razones para que me dejaran en Casanare con mis religiosos. He estado aquí esperando la contestación; ésta llegó hace una semana y me dicen que no tengo más remedio que ir a la nueva diócesis.

Temporalmente hablando, gano en el cambio, porque en la nueva diócesis ya, está todo organizado y hay catedral, palacio, rentas, buen clima, población importante con buena sociedad; pero, como esas cosas no me llaman la atención y, además, perdía la ventaja de estar con mis religiosos, por eso expuse a Roma

---

[76] Minguella, pp. 140-145.
[77] Carta a Nicolás Casas, Támara, 29 de abril de 1895.

mis razones para que me dejaran, pero me dicen que vaya y hay que ir. El padre Nicolás es el que me releva en Casanare [78].

Salí de Bogotá el 13 de septiembre y llegué a Orocué el 24 del mismo mes. Estuve con los padres nueve días y salí para Támara, adonde llegué a los siete días de viaje. En Támara supe que habían llegado a este pueblo muchos enfermos de las tropas que fueron hasta Arauca, persiguiendo a los últimos revolucionarios, y me vine a socorrerlos en lo posible. Aquí encontré al padre Santos y al hermano diácono, que salieron también enfermos de Arauca, porque tuvieron que sufrir mucho huyendo de los revolucionarios. El padre Santos está ya bien y el hermano, aunque algo flaco, no ha tenido fiebres en estos días. Dentro de unos días volverán a Arauca donde quedó solo el padre Manuel.

Hace cinco días salió uno de los padres acompañando a un batallón que llevaba muchos enfermos y marchaba para el interior. Los acompañará hasta que entren en la diócesis de Tunja. Ayer llegó otro batallón con el padre Alberto que acompañó a todos hasta Arauca. También llegaron muchos enfermos y tendremos que asistirlos. Jefes, oficiales y soldados vienen contentísimos del padre Alberto y se muestran llenos de agradecimiento. ¡Bendito sea Dios!

Los revolucionarios se pasaron a Venezuela sin presentar combate. Eran unos 300 que entraron por este territorio después de la guerra de principios de año. Se comprende que entraron sólo a robar, porque fue un movimiento aislado creyendo que no bajaría tropa del interior, porque era tiempo de aguas y estos Llanos estaban anegados. Bajó la tropa, y, aunque derrotaron al enemigo, han salido los soldados derrotados por el clima y las fiebres. Queda en Arauca una guarnición de 200 hombres, pero casi todos con fiebres. Hacen lo que quieren los revolucionarios por esta parte, porque, si son perseguidos, no tienen más que atravesar en canoas el río Arauca y desembarcar en Venezuela, donde están seguros y acaso protegidos [79].

El 28 salí en compañía del padre Marcos para celebrar la fiesta de San Miguel en un pueblecito de indios sálivas. Hubo bastante concurrencia de los mismos indios, y algún bien se hizo, porque casamos 22 parejas que vivían en mal estado. Se hallan en la más completa ignorancia de las cosas de la religión, y al ver a los niños me acordé de ustedes, pensando el gran bien que se haría con una escuelita. Algo habrá que hacer en ese sentido con unas o con otras, porque es el único medio de ir dándoles a conocer la religión con algún

---

[78] Carta a Catalina Les, Bogotá, 11 de septiembre de 1895.
[79] Carta a Íñigo Narro, Tame, 10 de noviembre de 1895.

fundamento. Con los adultos es difícil hacer algo de provecho, porque es difícil sujetarlos para instruirlos [80].

El padre Ezequiel siguió trabajando por el bien de los pueblos de Casanare. En marzo de 1896 recibió oficialmente la noticia de estar preconizado obispo de Pasto y con dolor de su corazón abandonó Casanare sin despedirse de nadie.

16. DIÓCESIS DE PASTO

Pasto era una ciudad importante de Colombia hasta el punto de haber ocupado el tercer lugar en número de habitantes, después de Bogotá y Medellín en épocas pasadas. La ciudad fue fundada en 1539 y pertenecía desde 1545 a la diócesis de Quito. En 1835 fue erigida la diócesis de Pasto como auxiliar de Popayán. En 1859 fue declarada diócesis independiente. Su territorio era el más extenso de Colombia. Se extendía desde el río Mayo hasta el Carchi, y desde el Caquetá hasta el Pacífico. Limitaba con Ecuador, Perú y Brasil. De su territorio se crearon las prefecturas apostólicas de Caquetá en 1904 y Tumaco en 1927. De la prefectura de Caquetá saldrían en 1930 los vicariatos apostólicos de Florencia y Sibundoy; y en 1952 la prefectura de Leticia.

La diócesis de Pasto comprendía en ese tiempo unos 460.000 habitantes con una superficie de 160.000 km^2. En 1898 la diócesis estaba dividida en 46 parroquias, 6 viceparroquias y 56 iglesias o capillas rurales. En la ciudad de Pasto había comunidades de capuchinos y filipenses. Los jesuitas dirigían el Seminario, que tenía unos 30 candidatos. También había maristas con su colegio de niños. En cuanto a Congregaciones femeninas había en Pasto concepcionistas de clausura, betlemitas con un colegio y un orfanato, las hijas de la Caridad y las terciarias franciscanas alemanas y terciarias franciscanas suizas, que regentaban colegios en Túquerres, Barbacoas, Pupiales e Ipiales.

La diócesis de Pasto tenía 600 kilómetros de frontera con Ecuador. Los habitantes de ambos países pasaban sin pasaporte de una parte a otra. Las comunicaciones con Bogotá eran difíciles, pues distaba de Pasto 900 kilómetros y hacía falta un mes de camino para llegar. En cambio Tulcán, Ibarra y Quito estaban al alcance de la mano. De ahí que las ideas de los revolucionarios liberales del Ecuador, fomentadas por el presidente Alfaro, se infiltraban fácilmente en Pasto y amenazaban con contaminar a los católicos de la diócesis. De hecho, en las guerras civiles entre liberales y conservadores, que durante tanto tiempo ensangrentaron la tierra colombiana, el gobierno ecuatoriano

[80] Carta a Rosa Umaña, Orocué, 2 de octubre de 1895.

intervino más o menos abiertamente con armas y ayuda de todo tipo en apoyo de los liberales. Pero los liberales encontraron en Ezequiel un muro infranqueable, ya que se les opuso con toda la fuerza de su dignidad episcopal y por medio de escritos y cartas pastorales para denunciar el peligro liberal y apartar de él a sus fieles católicos.

El padre Ezequiel salió de Casanare en marzo de 1896 y llegó a Bogotá, donde visitó a los religiosos recoletos y a muchos conocidos, especialmente a sus dirigidas, que se alegraron sobremanera de volverlo a ver. Pero él tenía prisa de llegar a su nueva diócesis y salió de Bogotá el 7 de mayo. Era un viaje de 900 kilómetros que le costaría más de un mes. Él mismo escribe: *El viaje ha sido mucho mejor de lo que podía esperarse, en vista de las noticias que por ahí nos daban. Es verdad que han contribuido en gran manera a facilitar todo las recomendaciones que el señor Caro ha hecho a las autoridades. Dios se lo pague. En virtud de esas recomendaciones, cuando llegamos a La Mesa, la autoridad nos tenía casa preparada, pero el señor cura nos llevó a su casa, como era natural. Nos dieron retreta y, al día siguiente, bestias frescas y buenas, con las que llegamos a Las Juntas, pasando por Anapoima. A las dos salimos en el tren, casi solos, y llegamos a las cuatro a Girardot. Es ésta una población de alguna importancia, pero algo irreligiosa su gente, efecto acaso de que no siempre tienen cura. Ahora lo había y nos ayudó algo para que la noche no fuera mala, llevándonos a dormir a la casa de una señora, porque él no tenía sino un rancho.*

El alcalde de Girardot nos proporcionó bestias gratis, en virtud de la orden que tenía, y en ellas llegamos a Ibagué en dos jornadas, pasando la noche en una mediana posada. En Ibagué el cura, el gobernador, Pedro Sicard y otros nos trataron lo mejor que pudieron. Nos alojamos en casa del cura, por más que el gobernador tenía casa preparada. Descansamos allí un día, mientras preparaban las bestias; compramos algunas cosas para el paso del Quindío, y el día de la Ascensión después de almorzar emprendimos la marcha.

Se principia a subir la montaña del Quindío al poco rato de salir de Ibagué, pero no es verdad aquello de que se necesiten cargueros ni de que sea el paso tan horroroso. He pasado caminos mucho peores. Gastamos tres días con las noches hasta llegar al pueblo de Salento y nada nos faltó por el camino, porque está sembrado de casitas de antioqueños.

En Salento, aunque no hay cura, acudieron al momento los principales del pueblo y nos dieron todo lo necesario gratis. Al día siguiente salimos para el pueblo inmediato por un camino, el peor que hemos encontrado; pero eso no fue impedimento para que más de cincuenta de a caballo, que me salieron al encuentro, corrieran como desesperados rociando de barro a todos, incluso a

mí. Descansé un día en ese pueblecito, llamado Filandia, y al siguiente, o sea, el 19 salimos para ésta (Cartago), llegando sin novedad.

Aquí estoy alojado en una casa-palacio, la misma en que murió el señor Ortiz. Escribo en la habitación donde murió y creo que uso el catre donde terminó sus días. Creo que es el mejor alojamiento que he tenido en todos mis viajes: el trato inmejorable y libertad completa, porque en el caserón sólo habita una vieja, que casi no da la cara, pero que por lo visto sabe ordenar que cuiden a uno. Es Cartago toda una ciudad con cuatro iglesias, hospital, colegios, etc. [81].

Continuó su camino y llegó a Popayán. Y dice: *Estoy hospedado en casa del ilustrísimo señor Cayzedo, obispo de ésta y que acaba de serlo de Pasto… Aún me faltan ocho días para llegar a Pasto. Muy lejos está Pasto de Bogotá. Me han tratado muy bien por todas partes y el viaje me ha salido relativamente barato* [82].

Acabamos de llegar sin novedad a este primer pueblo (de mi diócesis), *La Unión. Me han hecho gran recibimiento y me esperaban comisiones de Pasto* [83].

Llegué a esta capital de la diócesis el 10 de junio y me hicieron un recibimiento entusiasta y solemnísimo [84].

17. RECIBIMIENTO EN PASTO

Sobre su llegada certifica el padre Santiago Matute: *Al amanecer del día en que había de llegar el señor obispo, las campanas con su voz sonora y vibrante despertaron a los pacíficos moradores de Pasto, que, a la par que con las notas de los sonoros bronces, sintieron recreado el sentido del oído con las armonías del arte divino, magistralmente ejecutadas por una banda militar que recorría las calles de la población. Desde la entrada norte de la ciudad hasta la puerta del palacio episcopal, se levantaron arcos de triunfo, decorados con elegancia y sencillez. Leíase en casi todos ellos una inscripción, o se ostentaba algún emblema alusivo a la solemnidad. Las calles del tránsito, y la plaza principal en particular, estaban adornadas con vistosas colgaduras, coronas, festones de flores, gallardetes, etc., flameando por doquier las banderas nacional y pontificia. Parecían haber afluído todos los moradores de Pasto a la plaza principal, según testigo ocular; y el conjunto presentaba a la vista un espectáculo animadísimo, por la variedad de colores y la profusión de gentes*

[81] Carta a Santiago Matute, Cartago, 21 de mayo de 1896.
[82] Carta a Enrique Pérez, Popayán, 29 de mayo de 1896.
[83] Carta a Santiago Matute, La Unión, 7 de junio de 1896.
[84] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 30 de junio de 1896.

que invadían las calles y se disputaban el sitio más aparente para poder ver al ilustrísimo prelado. Hasta más de un kilómetro de la población había salido la escuela de niños de los hermanos maristas, que es bien numerosa.

Todos en expectativa, no tardaron en ver aparecer en el alto que llaman de la Cruz al ilustrísimo señor obispo. ¡Hermosa escena! Todas las corporaciones eclesiásticas y civiles, escuelas y colegios llevando sus alumnos de ambos sexos, sendas coronas de flores, todas las comunidades religiosas y el cuerpo de empleados civiles; multitud de niños ostentando cada uno la bandera tricolor; las colinas y todas las alturas cercanas a la población ocupadas por apiñados grupos de gente.

Llegó el momento; y al penetrar el señor obispo en la población, el batallón Pichincha, que ocupaba la derecha de la entrada, hizo al ilustrísimo señor los honores militares correspondientes a su rango. Las campanas de todos los templos se echaron a vuelo; los tambores dieron el toque de honor, y la música rompió con el himno nacional en el momento en que la bandera colombiana se alzaba flameante para saludar al jefe de la Iglesia Pastopolitana.

El Ilmo. Sr. Moreno contestó con cultas y benévolas expresiones, agradeciendo el primer saludo oficial que le dio la ciudad capital de su diócesis por medio del Sr. D. Gonzalo Miranda, vicepresidente del Concejo municipal, quien pronunció con tal motivo un hermoso y elocuente discurso. En la casa de los señores Jurado depuso el prelado sus ropas de viaje, y vestido con capa magna siguió hasta la iglesia de Santo Domingo, en donde tomó las vestiduras pontificales, después de recibir de rodillas en la entrada del templo, la paz, que le fue dada por el venerable señor vicario general de la diócesis. Mientras todo esto sucedía, las notas vibrantes y cadenciosas de un precioso himno resonaban en el atrio: eran los niños de las escuelas maristas, que así obsequiaban al pastor.

Impartiendo bendiciones a la multitud que en torno suyo se apiñaba, continuó el prelado su marcha hasta la catedral, bajo palio, llevado por las primeras autoridades. Gratamente impresionaba todo al Sr. Moreno, pero subió de punto su emoción cuando, al pasar por el lado norte de la plaza, de una inmensa azucena que descansaba en artístico templete, salió, dejando abrir sus pétalos una primorosa niñita, que le dirigió un sencillo y tierno saludo.

Ya en la santa catedral, se entonó solemne "Te Deum", terminado el cual el prelado dirigió la palabra a los fieles. Después de un saludo tan cortés como efusivo y cariñoso, habló el Ilmo. Sr. Moreno sobre las necesidades de creer y la de amar, esto es, sobre la verdad y la caridad divina. Con palabra fácil, elocuente y mesurada disertó sobre tan hermoso tema; y al terminar, su voz

sonora y suave que llenaba los ámbitos del templo, se enterneció hasta derramar él lágrimas y hacerlas verter a los que atentos le escuchaban.

Luego que tuvieron fin las ceremonias de rito, y con el mismo séquito, se dirigió a su casa palacio. Obsequiáronle las bandas con muy buena retreta; y al día siguiente y siguientes, después de las recepciones de estilo, visitaron al Ilustrísimo prelado las personas principales de la población.

Tal fue el recibimiento que hizo al Sr. Moreno la sociedad de Pasto, profundamente católica y realmente hospitalaria [85].

El mismo Ezequiel continúa diciendo: *Me hicieron un recibimiento entusiasta y solemnísimo. Después han seguido dándome pruebas de afecto y consideración, pudiendo decir que no habrá quedado familia de mediana posición social que no me haya invitado.*

Encontré en Pasto, como me decían, una población católica donde domina la gente de buenas ideas y son pocos los liberales. En tres años han levantado los padres capuchinos españoles un convento nuevo con todo lo necesario para cuarenta religiosos, y, a la par en el mismo tiempo, una gran iglesia de tres naves que ya está para techarse. Con este motivo se presencian escenas las más consoladoras. Hoy mismo han pasado por debajo de mis balcones ciento de hombres y mujeres todos con su carga de leña para quemar una hornada de ladrillos de los padres. No he podido menos de bendecir a Dios.

Mucho quehacer tengo por aquí y apenas tengo quien me ayude. El provisor es un pobre viejo, que no hace más que quejarse y decir que no puede más y no tengo con quien revelarle, porque valen poco los demás.

El hermano Luis, que me acompañó en el viaje, salió ya para Bogotá. Pedí por caridad al custodio de capuchinos un leguito y me ha dado uno de cerca de Pamplona, o sea, de Navarra [86].

Durante los meses de permanencia en Pasto visitaba todas las semanas el orfanato y el hospital y, a veces, la cárcel. Frecuentemente, se sentaba al confesonario y predicaba en la catedral todos los domingos de Adviento y Cuaresma y fiestas más solemnes. Promovió el culto al Sagrado Corazón en el mes de junio y la devoción a la Virgen en el mes de mayo. También el amor a san José, predicando en sus fiestas. Fomentó la adoración al Santísimo con el culto de las Cuarenta Horas. Entre sus principales proyectos estaban la

---

[85] Minguella, pp. 156-158.
[86] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 30 de junio de 1896.

construcción de algunos templos parroquiales: Una basílica en honor de Nuestra Señora de Las Lajas, otro gran templo en Pasto en honor del Corazón de Jesús, además de la nueva catedral de Pasto. Comenzaron los preparativos hasta poner cimientos, pero la guerra civil, que comenzó el 18 de octubre de 1899, paralizó los trabajos.

También luchó contra las malas costumbres. Escribe: *La corrupción existe. No hay necesidad de probar esto, porque el gran pecado del día es que se peca en público. La deshonestidad se ostenta en amancebamientos y adulterios, y reina en tugurios y no tugurios, de un modo que asusta. La embriaguez se pasea por las calles día y noche con lujo de escándalos. La envidia, el rencor, quieren tomar carta de naturaleza. Las malas lecturas en libros y, sobre todo, en periódicos, cosa corriente, como si la Iglesia no hablara ni prohibiera tales lecturas* [87].

Por ello en 1904 ordenó que se dieran misiones populares en todos los pueblos.

18. VISITAS PASTORALES

A fines de agosto de 1896 comenzó su primera visita pastoral. Escribe: *Estoy sufriendo de nuevo los calores de Filipinas y de los Llanos de Casanare y las incomodidades consiguientes a viajes por malísimos caminos, por esteros, por ríos y por mar con malos vehículos. No podré volver a Pasto hasta principios de diciembre* [88].

Por aquí Colombia está en calma relativa. El Ecuador, que lo tengo por vecino, está en estado terrible; y su prensa infernal. A mí me han insultado e insultan todo lo que quieren con motivo de unas pastorales que he escrito previniendo a mis fieles y defendiendo al ilustrísimo señor Schumacher, obispo de Portoviejo, y padres capuchinos, a quienes insultaban y calumniaban cuanto querían en periódicos que inundaban mi diócesis con escándalo y peligro de mis fieles [89].

Ayer me comunicaron que las logias (masónicas) *habían sentenciado a muerte al señor arzobispo de Quito y que el director, al coger la pluma para firmar la sentencia, cayó muerto en el mismo momento. Había reproducido en su Boletín eclesiástico de la provincia eclesiástica del Ecuador mi pastoral en que*

---

[87] Pastoral 22, Pasto, 2 de agosto de 1904.
[88] Carta a Enrique Pérez, Tumaco, 25 de setiembre de 1896.
[89] Carta a Enrique Pérez, Barbacoas, 18 de noviembre de 1896.

defendía al ilustrísimo señor Schumacher y padres capuchinos, a quienes tanto odian los revolucionarios ecuatorianos… El que iba a firmar era judío. De mí no sé qué harán. Un señor me aseguró haber oído que la mala gente no esperaba que yo volviera vivo de mi visita a la Costa. Lo oyó a ellos mismos [90].

En el Ecuador cada día están más furiosos los radicales masones y temo que el día menos pensado haya alguna degollina de obispos, curas y frailes en vista del lenguaje de algunos escritos que excitan a eso. Los prelados extranjeros regulares ya han tenido que dejar el mando al menos ante las autoridades civiles o en apariencia. El Superior de los agustinos, padre Valentín Iglesias, me dice que lo iba a hacer también, porque lo habían hecho los otros y para que no le dijeran español terco. El ministro de cultos le había pasado nota diciendo que, si no dejaba el mando en el término de ocho días, sería expatriado. Les he dicho que aquí tienen la casa, si los despachan y les conviene venir por esta República[91].

Mis pueblos están sintiendo la funesta vecindad, y, por eso, les hablo claro en mis pastorales. Los masones me han mandado ya "memorias" o noticias de que me conocen. En el correo de la semana pasada me mandaron un libro, un folleto y un periódico llenos de inmundicias, y, sobre todo, el libro de más de mil páginas que parece escrito en el infierno. Tiene en letra de mano esta dedicatoria: "Al obispo Moreno, en demanda de una excomunión para el autor". El folleto, ésta otra: "Para la biblioteca del obispo Moreno". Y el periódico: "Para que se inscriba el obispo Moreno". No es mala señal: además de mil insultos y calumnias claros y directos que me dirigen en otros periódicos [92].

Los vecinos del Ecuador cada vez están más endemoniados. Han asesinado a un padre jesuita; han herido a otros; han desterrado al obispo de Ríobamba y han profanado la sagrada Eucaristía del modo más horrible. Aquí se va a promover una manifestación ruidosa contra esos hechos. Los católicos la van a hacer por su cuenta y me la van a dirigir según me han dicho para que yo haga algo en desagravio [93].

Sobre su segunda visita pastoral escribe: *Salgo mañana a visitar los pueblos de esta diócesis más cercanos al Ecuador… Un padre capuchino español dice que la empresa es arriesgada y aconseja que no haga por ahora esta visita, porque algunos de los pueblos son muy liberales y hay en ellos algunos de los desalmados del Ecuador. No me ha entrado miedo, ni mucho menos, y como la circular* (notificando la visita) *se había ya mandado, no me ha*

---

[90] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 14 de enero de 1897.
[91] Carta a Santiago Matute, Pasto, 22 de abril de 1897.
[92] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 22 de abril de 1897.
[93] Carta a Santiago Matute, Pasto, 4 de junio de 1897.

parecido bien mandar contraorden, que daría más alas a los liberales, si llegaban a saber el motivo [94].

Gracias a Dios, me han recibido bien en todas partes, y en todas partes se ha hecho algún bien. En Ipiales, donde tanto temían algunos que hubiera algún insulto, quiso el Señor que me recibieran con lujo extraordinario y que hubiera comuniones numerosas. En la tarde del día quinto les hablé muy claro sobre el liberalismo y, sin embargo, hubo más comuniones al día siguiente, y para confusión de los malos aquella gran concurrencia lloró a gritos al despedirme de ellos. Fue una lástima el no haber podido estar más, porque era un movimiento extraordinario de confesiones el que se notaba.

Entre tanto los del Ecuador hacían el ridículo de reunir tropas en Tulcán temiendo la invasión dirigida por mí y vuestra señoría ilustrísima (Mons. Schumacher). *Yo iba con 2.000 hombres por una parte y vuestra señoría ilustrísima con otros 2.000 por otra. El telégrafo funcionó a todas horas de Quito a Tulcán y a Popayán y hasta Bogotá preguntando qué hacía yo, por dónde iba, cuánta gente llevaba, etc. Me dijo el prefecto de Ipiales que lo tuvieron al habla varias tardes mientras estuve en Ipiales.*

Pasó mucha gente de Tulcán para confesarse con los padres, y daba compasión verlos llorar cuando se acercaban a ellos y les hablaban [95].

Estamos en vísperas de una gran revolución y figúrese lo que me espera, si triunfa o, aunque no triunfe, si caigo en manos de tropas liberales. Sin embargo, creo que nada me pasará, porque no soy digno. Parece que ayudarán a los revolucionarios de aquí los del Ecuador, Venezuela y Nicaragua, o sea, la masonería que no ve con buenos ojos que aquí se adore libremente a Jesucristo[96].

El padre capuchino Ángel Aviñonet escribió una declaración sobre las visitas pastorales. Dice así: *Parece que Mons. Moreno solamente pensaba en glorificar a Dios en todos sus actos. Después de la travesía de la Montaña, y al llegar cerca de Barbacoas, encontramos algunos caballeros que dirigieron al señor obispo sendos discursos de encomio a su persona, que el prelado sufrió, respondiendo modestamente: "Esas alabanzas no las atribuyo a mí, sino a Jesucristo, de quien soy representante en mi pequeñez: a Él, pues, sea todo el honor y gloria". Estas mismas ideas expresaba en todos los demás discursos que le dirigían, cuando eran en alabanza de su persona.*

---

[94] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 1 de julio de 1897.
[95] Carta a Mons. Pedro Schumacher, Túquerres, 11 de agosto de 1897.
[96] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 3 de diciembre de 1897.

El método de vida durante la Visita era:

1. *Celebraba todos los días la santa misa a las seis de la mañana (levantándonos ordinariamente a las cuatro o cuatro y media) mientras yo, por mandato del mismo prelado, hacía una plática doctrinal al pueblo, tal como se acostumbra en las misiones.*
2. *En acción de gracias solía oír la misa que el que suscribe celebraba, y hubo día que, no habiendo quien me ayudase, él mismo lo hacía hasta que llegaba el sacristán.*
3. *Después de haber tomado un corto desayuno, consistente en una taza de café, se sentaba el señor obispo en el confesonario, al igual de los demás sacerdotes, hasta las diez, que salíamos para rezar horas y almorzar.*
4. *Tras un breve descanso, que no duraba más que un cuarto de hora, admitía en audiencia a toda clase de personas para el arreglo de sus asuntos espirituales.*
5. *A las doce en punto se hacía llamar a los fieles para la administración del sacramento de la confirmación, a la que debían presentarse todos con su respectiva boleta de nombre, apellido, padres y padrino, o madrina, y previa confesión de los adultos.*
6. *En la tarde continuaba el prelado el arreglo de asuntos de los diocesanos y, si sobraba tiempo después del rezo del breviario, volvíamos a confesar hasta las cinco, hora de la merienda.*
7. *Acabada ésta, iba a preparar el sermón para la distribución de la noche, que consistía en el rezo del santo rosario y luego el sermón, predicado siempre por el mismo señor obispo.*
8. *Su predicación era sencilla, pero noble, clara y llena de fervor de espíritu, anunciando a todos, como manda la Iglesia, las virtudes y vicios, la pena y la gloria, con admirable facilidad.*
9. *Terminado el sermón, en vez de retirarse a descansar, se sentaba de ordinario en el presbiterio a oír las confesiones de los hombres, hasta las diez y media o las once.*

Tal era el método que observó el Sr. Moreno en aquella visita pastoral, y creo que siempre observaba lo mismo en las demás visitas. No salió ni una sola vez a paseo, ni a visitas de personas particulares, a no ser que esto último lo pidiese alguna imperiosa necesidad de su ministerio.

Eran sus afanes procurar el bien espiritual de sus diocesanos; la sed de salvar las almas se notaba en él muy marcada, siendo como un fuego que le consumía el corazón. En los ríos y esteros, cuando pasábamos por enfrente de alguna casa, lo primero que preguntaba era si había algún enfermo, para

auxiliarle con los santos sacramentos; y esto repetía al llegar a algún punto donde habíamos de pasar la noche. Uno de los pensamientos que más preocupaban al Sr. Moreno era cimentar bien la fe en el pueblo, y apartarlo de cuanto pudiese menoscabarla. Sabía que las gentes de la Costa del Pacífico están muy expuestas a perder la fe, a causa de los muchos aventureros descreídos que acuden allá de diferentes puntos para sus negocios, y que con frecuencia son personas entregadas a todos los vicios. Por esto no se cansaba el celoso obispo de inculcar a todos que huyesen de la compañía de semejantes hombres.

No hubo caserío alguno en toda la Costa del Pacífico que perteneciese a su diócesis y que el prelado no visitara, exhortando a todos a permanecer firmes en la fe y en el servicio de Dios. En cada uno estaba tres o cuatro días, según las circunstancias; y después de haberles administrado los sacramentos y santificar con el matrimonio cristiano las uniones ilegítimas, pasaba a otra parte. Como aquellas gentes son, en general, muy pobres, no tenían a veces ni sillas, y veíamos a nuestro obispo sentado sobre un tronco de árbol, dirigiendo desde allí la palabra sagrada a los asistentes, con grande edificación de todos. No era raro que, en estas pláticas familiares, personas faltas de educación y sobradas de necedad o malicia, interrumpiesen al prelado, como sucedió con cierta mujer muy petulante y muy adicta al liberalismo, que se permitió hacer de doctora, hasta que el señor obispo hubo de decirle: "Hija, no eres tú quien debes enseñar a tu prelado y pastor; soy yo quien debo enseñarte a ti lo que te conviene para salvarte. Sepas que ni tú, ni el más distinguido doctor pueden enseñarme a mí lo que debe saber un cristiano para ir al cielo; soy yo quien debe enseñar esto a todos, como Maestro y Pastor que soy de todos los cristianos de mi diócesis". Al oír esto unos negros que estaban sentados a mi lado, dijeron: "¡Mejor se callara aquella mal criada de mujer!". Y el obispo continuó su instrucción a las gentes.

Estando en Iscuandé, un mulato atrevido quiso disputar y aun confundir al señor obispo, según él decía. Como el prelado, en su humildad, siempre vistió el hábito de su Orden, con un sencillo pectoral que le habían dado en Bogotá, no manifestaba realmente lo que era; de suerte que algunas veces era preciso advertir a la gente que él era el obispo, y no ninguno de nosotros. Esto sin duda había visto el pobre mulato, y se había formado un concepto muy bajo de la persona del prelado. Vino, pues, a la casa de posada, y dijo al que escribe estas líneas: "Necesito hablar con el obispo". Fui a dar el recado al Sr. Moreno, y éste en el acto contestó: "Que venga". Yo me retiré, y apenas hube salido del cuarto, el torpe del hombre, sin preámbulos ni saludos, dijo: "¡Vengo a disputar con usted!". El señor obispo tomó una silla y se la brindó, añadiendo luego y con cierto tono: "Supongo yo que trato con un sabio, muy sabio... ¿No es así?". Bastó esto para dejar desconcertado al soberbio mulato; de modo que no hubo

forma de sostener con él una corta conversación. Corrido y aterrado el hombre, no encontraba la puerta de la habitación para salirse.

Era tanta la bondad con que trataba a sus diocesanos, especialmente a la gente pobre y desvalida, que todos celebraban tanta humildad, llaneza y afabilidad. Al salir de Iscuandé, pueblo de la Costa, venía por el río, y detrás de la canoa en que yo iba (la del señor obispo marchaba adelante un cuarto de milla), una familia que en su embarcación regresaba a su casa. Pregunté si habían hecho confirmar a una niñita, y me dijeron que sí. ¿Qué tal os ha parecido el obispo? les pregunté; y me respondieron: "Oh, padre, nunca habíamos visto un obispo como éste. ¡Qué trato! ¡Qué bondad! ¡Que humildad!".

Al regreso de la visita de la Costa, y subiendo por el río Patía, pernoctamos en una casa de la playa. Al día siguiente, cuando ya todo estaba arreglado para seguir viaje, y parte de los compañeros navegaban ya adelante, llegó a la canoa en que estaba el señor obispo una negra muy fatigada y sudando. Sin saludar a nadie se dirigió a mí y me dijo: "¡Cuán desgraciada soy! ¡Toda la noche he remado para alcanzar al señor obispo y confesarme con él, y ahora que estaba para conseguir mi deseo, veo que se van!". Estaban ya desatadas las amarras de la canoa, y los bogas comenzaban a remar, cuando el obispo, que había oído las quejas de la negra, mandó atracar la canoa a la orilla y amarrarla de nuevo. Llamó a la negra, y habiendo saltado a tierra todos los que estábamos en la canoa, el obispo se sentó sobre un barril, y allí, a la vista del gentío de la playa, oyó con toda paciencia y mansedumbre la confesión de dicha negra. Una vez despachada, rebosando alegría, daba mil y mil gracias al señor obispo, deseándole un feliz viaje y diciendo y haciendo, se embarcó en su canoíta y se fue río abajo; nosotros bogamos río arriba.

Mucho nos edificaba el Sr. Moreno con su paciencia. Varias veces nos sucedió llegar a caseríos tan pobres, que no tenían apenas cosa alguna para comer, a no ser un poco de arroz y plátano. Pues bien, fuese como quisiera la comida, desabrida o mal condimentada, nunca se quejó; antes bien, la comía como si fuera vianda muy sabrosa. En el pueblo de Mosquera, terminados los trabajos de la visita, nos resolvimos, el señor secretario padre Federico Guerrero, el padre Gaspar de Cebrones, capuchino, y el que esto escribe, ir a pescar con anzuelos en el estero que estaba frente a la casa de posada. Yo fui el más afortunado, pues cogí un pez de lo más grande y mejor; y llegados a la casa, mandamos aderezarlo para la merienda. ¡Con qué gusto comió el señor Moreno aquel día! No cesaba de encomiar lo sabroso que había sido; pero hacía esto más para divertirnos que por lo que valía el pescado. Era esto un rasgo de cariño para con sus compañeros.

Al llegar a las casas para pernoctar allí, gustaba mucho de la enseñanza del catecismo, al que asistía siempre personalmente, sentado en cualquier asiento rústico, y a veces en el suelo. Una noche, después del catecismo, nos dijo: "¡Esta noche sí que he gozado, porque esos pobres morenitos han aprendido lo necesario para salvarse!"...

Predicó Mons. Moreno en Guapi sobre la muerte y lo incierta que es ella. Yo estaba presente y oí que decía: "¡Quién sabe si yo que os predico no bajaré de este púlpito! ¡Quién sabe si alguno de los que me escuchan esta noche no podrá llegar a su casa!". ¡Cosa rara! En aquel mismo momento se apartó un hombre del auditorio; pasó rozando conmigo, que estaba en la puerta de la iglesia para hacer guardar el orden; se fue hacia la plaza, y antes que el señor obispo hubiese terminado el sermón, aquel hombre estaba ya muerto... Al día siguiente volvió el señor obispo a repetir las mismas palabras y añadiendo la relación del día anterior, dijo: "¿Quién sabe si alguno… llegará a su casa?". Estad prevenidos, porque en el momento menos pensado compareceremos delante de Dios a darle cuenta de nuestra vida". Y al salir de la iglesia un hombre que había venido de la playa fue a tomar su embarcación para regresar a su casa; cae, da con la cabeza contra la proa y queda muerto allí mismo. Al saber esto, dije yo al señor obispo: "Tal vez sería prudente no decirlo más". Respondió él: "No lo diré más".

Al final de la visita, el prelado y yo estuvimos enfermos con fiebres del río Patía. Llegamos un domingo a Ricaurte, el señor obispo no pudo celebrar, y yo que me hallaba más esforzado, celebré en su cuarto para que él pudiese cumplir con el precepto de oír misa. Antes de empezar el santo sacrificio, me dijo desde la cama: "Padre, aplique la misa a mi intención", acordándose de la obligación que impone la santa Iglesia a los obispos y a los que tienen cargo de almas [97].

19. EL LIBERALISMO

Desde la Revolución francesa hubo en distintos países intentos de destruir a la Iglesia y despojarla de todos sus bienes. Prueba clara de ello fue la supresión de conventos por diferentes gobiernos liberales de Europa y América latina y el apropiamiento de sus bienes. Se proclamaba la libertad de enseñanza, pero se negaba la libertad religiosa para enseñar, y no se respetaban los derechos de los católicos, aunque hablaran mucho de los derechos del hombre.

Los liberales no admitían límite ni restricción alguna a su libertad. Su palabra favorita era: *Libertad, libertad, libertad*. Otros repetían la famosa frase

[97] Minguella, pp. 183-190.

de los revolucionarios franceses: *Libertad, igualdad, fraternidad*. Palabras muy bonitas, pero con ellas se cometieron las más graves crueldades de la historia.

Los liberales, acérrimos defensores de la libertad sin control, eran racionalistas a ultranza, como los enciclopedistas o ilustrados de la Revolución francesa. No aceptaban nada que cayera fuera del alcance de la razón y, por ello, rechazaban toda tradición religiosa.

En España los liberales suprimieron los conventos con la desamortización de Mendizábal en 1835 y algo parecido sucedió en algunos países de América latina, como en México donde más tarde tuvo lugar la guerra de los cristeros, asesinando a miles de católicos. En Colombia los liberales suprimieron los conventos en 1861. En tiempo de nuestro santo, el gobierno de Ecuador suprimió conventos, expulsó sacerdotes y persiguió a la Iglesia. Por eso, Monseñor Ezequiel luchó contra el liberalismo anticatólico de su tiempo.

Pío IX en el *Syllabus* de 1864 y en la encíclica *Quanta cura* condenó el liberalismo. León XIII reiteró la condena en las encíclicas *Inmortale Dei* de 1885, *Libertas* de 1888 y en *Sapientiae Christianae* de 1890.

Una revolución liberal estalló en Colombia en enero de 1895. Pero fue sofocada a los tres meses por el general Reyes, que después fue presidente del país. Ezequiel escribía a todos sus diocesanos: *¡Alerta, hijos míos, alerta! No os dejéis seducir y engañar, porque enemigos declarados son de vuestra religión los que calumnian, insultan, denigran y desprecian a sus ministros. Gloria y grande gloria es para el Ilustrísimo señor doctor don Pedro Schumacher y padres capuchinos el que los insulten, persigan y aún destierren esos hombres. Esa persecución es la prueba clara de que ellos cumplen con la sublime misión del apostolado católico y la más hermosa credencial que pueden presentar con orgullo santo en todas partes de su integridad en materias de fe; de su pureza de costumbres y del ardor de su celo en defensa de la religión, de la que son dignos ministros* [98].

Se oyen de cerca los rugidos de la bestia feroz y sanguinaria que trata de devorar las ovejas de nuestro rebaño, y no podemos ser perro mudo en presencia de ese gran peligro, sin hacernos culpables de los estragos que cause. Gritaremos, pues, para anunciar la proximidad de la fiera devoradora; daremos la voz de alarma para que nuestros fieles estén prevenidos; hablaremos para salir a la defensa, en primer lugar, de respetabilísimos ministros del Altar, y en segundo, para denunciar el peligro con la mayor claridad que nos sea posible, a

[98] Cuarta pastoral, Pasto, 10 de agosto de 1896.

fin de que se evite y nadie nos pueda acusar en el día de la gran cuenta y del gran juicio, de haberse pervertido y condenado por nuestro silencio.

No conocemos todos los periódicos que se publican en la vecina República del Ecuador, que atacan con más o menos descaro a nuestra sacrosanta religión católica apostólica romana. Sólo dos han llegado a nuestras manos, que son "El Seyri", que se publica en Quito, y "El Carchi", que se publica en Tulcán; y habiendo visto que ambos son propagadores de malas doctrinas, ofensivos a nuestra santa religión, y perjudiciales en extremo a las almas, los denunciamos como a tales, con el fin de que nadie se deje engañar y seducir por lo que en ellos se dice y publica [99].

El liberalismo se extiende por todas partes; todo lo invade, cual peste mortífera, y yo veo que ya han caído muchos, víctimas de su destructora acción. Veo a unos, que han muerto ya a la vida de fe; a otros, que andan gravemente afectados del terrible mal, y a muchos, que bambolean faltos de firmeza, y como embriagados por la asfixia que les produce la atmósfera contagiosa que se respira por todas partes. Muchos, muchísimos han tragado ya el veneno sin sentirlo, y escriben a lo liberal, y hablan a lo liberal, y obran a lo liberal, habiendo figurado antes en el campo de las ideas sanas.

Siendo, pues, atrevida y alarmante la actitud del enemigo, y grande el peligro para las almas, necesario es luchar con valor cristiano, si no queremos figurar en la milicia de Jesucristo como soldados cobardes e indignos de su nombre. No se trata de que cada católico coja su fusil, ni excito a nadie que lo coja, porque los enemigos no se presentan aún con fusiles; si se presentaran con ellos, entonces harían bien los católicos en coger también fusiles, y salirles al encuentro; porque si un pueblo puede guerrear por ciertas causas justas, mucho mejor puede hacerlo para defender su fe, que proporciona medios, no sólo para ser felices en cuanto cabe serlo en la tierra, sino también para conseguir la verdadera y eterna felicidad para la que fue criado el hombre. Si no hubiera derecho para guerrear en este caso, no lo habría en ningún otro, porque todos los otros justos motivos que puede haber son muy inferiores al de la conservación de la fe de un pueblo que se halla en posesión de ella. Pero no se trata de la lucha de sangre, repito, ni excito a ella. ¡Ojalá no la veamos nunca! Sólo digo que, en vista de cómo el liberalismo se propaga, y de la altivez y la arrogancia con que se presenta, superiores e inferiores, eclesiásticos y seglares, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, hombres y mujeres, todos estamos en el deber de defender nuestra fe de la manera lícita que cada uno pueda, de luchar contra el liberalismo, impedir su propagación, y acabar, si es posible, con sus doctrinas y sus obras…

---

[99] Ibídem.

Hecha esta declaración, quedamos dispuestos y preparados para recibir esa lluvia de frases de puro género liberal, ya viejas, y hasta con olorcillo a almacén donde están guardadas, hasta que les parece hay necesidad de sacarlas al aire. ¡Intransigencia! ¡Oscurantismo! ¡Los ministros de Dios no deben meterse en política! ¡Su misión es misión de paz! ¡Eso es falta de caridad! Venga todo eso, que más nos han dicho ya; pero conste que sólo se trata de pura religión; que aunque nuestra misión es de paz, también lo es de guerra contra todo error, y que no es falta de caridad enseñar la verdad tal como la enseña la Iglesia. La caridad que tanto predica el liberalismo o sus sectarios, sólo es tolerancia absurda criminal, que nunca tendremos, si Dios no nos deja de su mano [100].

20. GUERRA CIVIL

De 1899 a 1902 tuvo lugar la guerra civil colombiana desatada por los liberales que querían subir al poder. Sobre ella escribe Ezequiel al padre Enrique Pérez: *Aquí hemos estado en grandísimo peligro de que triunfaran los enemigos de la Iglesia, que han entrado en los combates gritando: ¡Muera Cristo! ¡Abajo la religión! Los batallones del Ecuador, unidos a los revolucionarios de por aquí, nos han atacado varias veces con lujo de municiones, de armas y dinero. Nuestros soldados, todos cogidos de improviso en los campos, estaban con malas armas, pocas municiones y sin raciones. Solo la idea religiosa los podía mantener en sus puestos y esto le explicará el lenguaje que uso en cuanto he escrito en este tiempo de guerra. Dios nos ha salvado hasta ahora.*

En estos días últimos, 3.000 hombres de estos pueblos estaban listos para pasar al Ecuador, ya para defender a sus pueblos de un enemigo que siempre los amenaza, ya para ayudar a los católicos del Ecuador; pero el gobierno colombiano prohibió eso, cuando todo estaba listo con certeza moral del triunfo. Yo temería un castigo de Dios para esta nación, si no hubiera muchas almas buenas que pueden contenerlo. Hemos quedado de nuevo amenazados y no sé lo que nos pasará. El enemigo ha quedado alentado al ver que nos puede atacar impunemente y los nuestros están desalentados. Quedamos por aquí en mucho peligro y Dios nos ayude. Explico todo esto porque podrán decir por ahí que se ha querido invadir el Ecuador [101].

Estamos amenazados de nuevo seriamente por los revolucionarios que hay en el Ecuador y no sé lo que sucederá por fin. El gobierno de esa República

---

[100] Instrucción, Pasto, 29 de octubre de 1897.
[101] Carta a Enrique Pérez, Pasto, 26 de abril de 1901.

protege y ayuda los movimientos de la revolución, y es el que ha sostenido la tal revolución por aquí desde que principió. Es pues ese gobierno el que amenaza a mis pueblos en lo temporal y espiritual; y ya sabrá que me han ordenado de ahí que "no haga publicación alguna ni acto alguno", porque la Santa Sede ha entablado relaciones con el gobierno del Ecuador.

Lo de menos sería dejarnos matar. Pero va además la cuestión religiosa en estos pueblos, si el liberalismo por fin triunfa. Por eso, he animado a mis pueblos a defenderse y he escrito lo que he escrito y que han tomado para sí también los del Ecuador. No escribiré más, porque me dicen que no escriba. Pero está pasando lo que pasó cuando lo del colegio: los liberales cantan triunfo, porque Roma ha corregido mi conducta y me ha impuesto silencio...

No sé si vencerán los liberales y, en ese caso, tendré que huir, si es que tengo tiempo. Ayer recibí noticias alarmadísimas de la frontera, donde todos los días hay tiroteo. Todo lo proporciona el gobierno del Ecuador para hacernos esa guerra, pero me dicen que calle y callaré. Sólo quiero que se considere la situación en que quedo ante mi pueblo y me libren de ella de algún modo. Para mí el modo más apetecible sería que me sacaran de aquí, pero sin llevarme a otra parte, para poder ir a una celda. No quiero nada, sin embargo, si no es la voluntad de Dios. Indico la cosa para facilitar todo lo que quieran hacer [102].

Durante la guerra él ayudó como pudo. En primer lugar, cuando tenía noticias de algún combate próximo, hacía exponer el Santísimo en algunas de las iglesias y se unía al pueblo para pedir a Dios el triunfo de la buena causa. En una oportunidad adelantó a las tropas el Gobierno, hambrientas y mal equipadas, 11.000 pesos fuertes que nunca le devolvieron.

Citemos un caso ocurrido en noviembre de 1902. Hallábase la ciudad de Pasto alborotada, porque habían circulado rumores de que el municipio agravaría con impuestos varios artículos de primera necesidad. La alarma comenzó a traducirse en hechos, siendo apedreada la casa del alcalde, a quien se atribuía el proyecto. Ante aquella actitud del pueblo, la gente de orden dirigió una mirada de súplica al prestigioso obispo y este bondadoso padre logró calmar todos los ánimos y establecer el orden con una breve alocución que se fijó en lugares públicos, y dice así: *Interesado como el que más en el bienestar de mi pueblo, y lleno mi corazón de afecto cristiano hacia todos los hijos de Pasto, he procurado enterarme de cuál era la causa del malestar que he notado estos días pasados en esta población de suyo pacífica, con el fin de hacer cuanto estuviera de mi parte, para procurar el bien de todos. Me han dicho que el motivo del malestar es que se ha hecho creer al pueblo que el Concejo municipal trataba de gravar con*

[102] Carta a Enrique Pérez, Pasto, 6 de junio de 1901.

impuestos algunos artículos de primera necesidad. Tengo, pues, que decir a mi pueblo, que en el Concejo sólo se discutió si convendría o no, gravar con pequeñísimo impuesto, solamente el trigo, y se resolvió que no, porque tan pequeño impuesto no merecía la pena de hacer innovación alguna.

"No habrá, pues, nuevos impuestos", os lo dice vuestro obispo, porque así se lo ha manifestado el mismo Concejo, y desapareciendo con esto la causa del malestar, ruego a todos por el Sagrado Corazón de Jesús que se calmen, y que no dejen ya oír un grito más, y vuelva la población a su ordinaria tranquilidad y cristiana paz.

¡Alerta católicos! No sea que haya tras de vosotros personas que traten de realizar miras siniestras, y de llevaros al precipicio. Haced caso a vuestro obispo, que dice y asegura de nuevo "no habrá, pues, nuevos impuestos" [103].

21. EL COLEGIO DE TULCÁN

El asunto comenzó con el señor Rosendo Mora. Había sido religioso de los hermanos de las Escuelas cristianas. Salido de la Congregación, fundó en 1891 en la ciudad de Ipiales, diócesis de Pasto, el colegio San Luis Gonzaga. Muy pronto dio pruebas de su liberalismo. Abiertamente y en circunstancias solemnes había impugnado los dogmas fundamentales de la fe católica. Precisamente, el obispo, inmediatamente anterior al padre Ezequiel, Don Manuel José Caycedo, comenzó a preocuparse, llegando a convencerse del peligro de que en ese colegio perdieran la fe los jóvenes confiados a su magisterio.

Con la circular del 22 de enero de 1894 prohibió a los padres de la diócesis enviar a sus hijos al colegio del señor Mora y los amenazó con penas canónicas a los que no cumplieran esta norma. El señor Mora no sólo negaba abiertamente la divinidad de Cristo, sino que tuvo el atrevimiento de lanzar sus dardos contra la Virgen del santuario de Las Lajas y negar el dogma de la Inmaculada Concepción y su pureza virginal. El obispo lo citó al señor Mora al tribunal civil, que abrió proceso contra él el mismo año 1894. Cuando salió la sentencia de encarcelamiento el 12 de junio, Mora huyó al Ecuador, de cuyos gobernantes, dignos amigos suyos, que eran liberales, en agosto de l896 recibió la dirección del colegio de Tulcán [104].

Por otra parte, el señor Mora, además de presentarse en el colegio a veces en estado de embriaguez y de atacar al clero, era director, o al menos redactor,

---

[103] Minguella, pp. 290-291
[104] Disquisitio, pp. 38-39.

del periódico *El Carchi*, impreso en Tulcán, en el cual el clero católico era vilipendiado, enseñando toda clase de errores contra la fe católica.

Monseñor Ezequiel, renovando una disposición de su antecesor en el obispado, emitió una circular fechada en Túquerres el 8 de diciembre de 1896, dirigida a los párrocos de la diócesis para que hicieran saber a los padres de familia que no debían llevar a sus hijos al Colegio Bolívar de la ciudad de Tulcán, en Ecuador, regido por don Rosendo Mora, colombiano, que estuvo antes al frente de otro colegio en Ipiales de la jurisdicción de Pasto.

Su mandato no fue obedecido. Y el 5 de febrero de 1897 impuso la pena de excomunión a los padres de familia que continuaran despreciando su autoridad episcopal. El obispo de Ibarra, a cuya diócesis pertenecía el colegio de Tulcán, se dio por ofendido, como si se estuviera metiendo en su diócesis, y apeló a Roma, alegando que el señor Mora *guarda una conducta que puede calificarse de irreprensible.*

El padre Ezequiel escribe: *He recibido de la sagrada Congregación de Obispos y Regulares una queja que dirigió el ilustrísimo señor obispo de Ibarra contra la excomunión lanzada contra los padres de familia que tienen sus hijos en el colegio de Tulcán. Entre otras cosas dice dicho ilustrísimo señor a la Congregación lo siguiente: "Un sacerdote puesto por mí enseña religión en el colegio por texto señalado por mí a petición de Rosendo Mora, director; los niños estudian con aplicación; el señor Mora, en vez de oponerse a la enseñanza de la religión, la favorece y guarda una conducta que puede calificarse de irreprensible. Pero los autos conminatorios del ilustrísimo señor Moreno y, sobre todo, las excomuniones lanzadas contra los padres de familia han causado una grande alarma, las conciencias están perturbadas y hay divisiones entre los fieles. A mí se me ha denunciado públicamente como obispo liberal y hasta hereje; se me ha difamado y se me ha pintado con colores muy calumniosos; el peligro de un cisma por parte de mis diocesanos es manifiesto"* [105].

Los masones del Ecuador han armado una tremenda contra mí con motivo de la queja del ilustrísimo obispo de Ibarra. El gobierno (de Ecuador) *ha mandado cables al Santo Padre y apoya al obispo. Los masones y liberales de aquí lo apoyan también y han tenido grandes reuniones para trabajar contra mí en ese asunto. Yo mando mis razones para obrar como he obrado, apoyadas por el ilustrísimo señor Schumacher, capuchinos y filipenses; y además, periódicos de enemigos de la Iglesia, hablan contra mí y alaban al ilustrísimo señor obispo de Ibarra y al colegio objeto de esta lucha* [106].

---

[105] Carta a Pedro Schumacher, Pasto, 31 de diciembre de 1897.
[106] Carta a Enrique Pérez, Pasto, 7 de enero de 1898.

No busco nada del gobierno en ese asunto, porque para mí es muy sencillo. Una vez que lo llevaron a Roma: esperar y nada más, a pesar del ruidazo que han dado al asunto en Ecuador. El pobre señor obispo de Ibarra anda preocupadísimo con la cosa y habla y escribe hasta (según dicen) en periódicos liberales. Estos lo defienden todos. De aquí mandaron un escrito a un periódico de Guayaquil a mi favor, pero sin yo saberlo y lo he reprobado. No quiero ruidos tratándose de otro obispo y mucho menos, como he dicho, habiendo llevado la cosa a Roma y teniendo que decidir allí [107].

El padre Ezequiel explica la cuestión en carta a su Superior, el padre Ezequiel Pérez: *En tiempo de mi predecesor había un colegio en Ipiales, ciudad de esta diócesis con un rector de malas ideas y blasfemo. Mandó el obispo a los padres de familia que retiraran sus hijos bajo pecado mortal y amenazando con la excomunión a los que siguieran rebeldes. Cayó con esto el colegio, y el rector se marchó dos horas más allá, a Tulcán, ciudad del Ecuador, donde el gobierno masón de esa República le dio el rectorado de un colegio. Algunos padres de familia de esta diócesis mandaron allí sus hijos, y, a mi llegada, los curas me hicieron presentes las disposiciones de mi antecesor y me preguntaron si yo las ratificaba. Entonces di una circular recordando aquellas disposiciones y mandando a todos mis súbditos que las obedecieran.*

A los dos meses me notificaron varios curas que los padres de familia no retiraban a sus hijos del colegio, y mandé que los retiraran en el término de 15 días, bajo pena de excomunión.

Este mandato lo di con fecha 4 de febrero del año pasado (1897), *y el ilustrísimo señor obispo de Ibarra, en cuya diócesis está Tulcán, se dirigió en marzo a la sagrada Congregación en queja. Yo nada sabía, y mientras* (entretanto) *algunos padres, desobedientes súbditos míos, se dirigieron a la delegación apostólica de Bogotá reclamando contra la excomunión y apoyando el reclamo del obispo de Ibarra, que les decía que el colegio era bueno, porque el director había pedido un sacerdote y él lo había dado. El delegado contestó a los reclamantes que obedecieran a su propio obispo. Esto sulfuró al ilustrísimo señor obispo de Ibarra y puso en movimiento al gobierno masón del Ecuador, y éste envió cables al Santo Padre hablando de cismas y qué sé yo cuánta cosa. En Roma se alborotaron con todo eso y mandaron cables a Bogotá, y en Bogotá también se alborotaron, y de todas partes me decían que calma, prudencia, silencio, etc. Entretanto que me imponían silencio sin haber hablado ni haberme oído, el obispo de Ibarra publicaba carta tras carta, y largas, en un periódico liberal, que eran reproducidas por la prensa impía, con alabanzas para él e*

[107] Carta a Santiago Matute, Pasto, 24 de febrero de 1898.

insultos para mí. Además, de ahí, de Roma, según comunicación del ministro Vélez: "El eminentísimo cardenal Rampolla desea que el gobierno de Colombia contribuya por los medios que estime convenientes a que el diocesano en referencia (yo) proceda con suma discreción y tacto... Prueba de grande confianza da el eminente intérprete de Su Santidad al gobierno de la República, al pedirle, diré así, un apoyo íntimo en asunto que interesa a la Iglesia".

Si yo me hubiera manifestado rebelde a los mandatos o insinuaciones de la Santa Sede en alguna ocasión, me explicaría el que se pidiera apoyo al gobierno; Pero, no habiendo ocurrido eso, no me lo explico, y mucho menos el que esa disposición se hubiera tomado sin haber oído ni la menor palabra mía, porque los papeles que me mandó la Congregación llegaron el 1 de enero. Yo contesté el 8, y la nota de Vélez es de diciembre. ¡Sea por Dios! [108].

El mismo Ezequiel en carta al arzobispo de Quito le dice: *Desde que recibí esos papeles de Roma, como era natural, nada he dicho ni hecho relativo al colegio, esperando tranquilo la resolución de la Santa Sede para sujetarme a ella con el mayor gusto y la más ciega obediencia. Se han publicado algunos escritos a mi favor, pero confieso que ha sido sin mi conocimiento.*

Los periódicos han publicado varias cartas del ilustrísimo señor obispo de Ibarra que habrá visto vuestra señoría ilustrísima. Ha escrito, además, que yo sepa al ilustrísimo señor arzobispo de Bogotá, y también, no sé por qué, al Excelentísimo señor doctor don Miguel Antonio Caro, presidente de esta República…

No me quejo de lo que ha hecho el señor obispo de Ibarra, ni me dirijo en queja a vuestra señoría ilustrísima, pero esto va tomando un carácter alarmante, y no quiero tener ni el temor más pequeño de responsabilidad en lo que llegue a ocurrir. Nunca me resolveré a discutir en los periódicos asunto, como el que nos ocupa, para no dar a los enemigos de la Iglesia el gran gusto de ver que disputan dos obispos sobre sus respectivos derechos, y, sobre todo, porque estando como está en Roma la cuestión, he creído y creo que debíamos esperar en silencio la resolución y no anticiparnos a decidir cada uno por su cuenta.

Ayudado por la gracia de Dios, no he tenido, ni espero tener, resentimiento alguno con el ilustrísimo señor obispo de Ibarra, y puedo decir que, al dar mis mandatos, ni me ocurrió siquiera la idea de invadir su jurisdicción. Roma hablará, y si declara que invadí la jurisdicción del ilustrísimo señor obispo de Ibarra, yo me cuidaré de publicarlo a los cuatro vientos, porque ni deseo ni busco triunfos, si no han de ser para gloria de Dios.

---

[108] Carta a Enrique Pérez, Pasto, 17 de marzo de 1898.

Los insultos de los impíos no me hacen miedo. Si en vez de insultos me prodigaran alabanzas, entonces sí tendría miedo y examinaría mi conciencia para ver en qué había faltado. Si sólo se tratara de esos insultos, yo no me preocuparía, como no me he preocupado en los tiempos pasados, en los que también fui insultado; pero ahora sí me preocupa la aflicción de los buenos, por una parte, y la risa de los impíos, por otra, y esto me hace desear un remedio a esa situación, cueste lo que costare por mi parte [109].

Gracias a Dios no he sufrido con las luchas con el obispo de Ibarra lo que los masones querían hacerme sufrir, porque Dios nuestro Señor me ha dado tranquilidad y, sobre todo, el aprecio y adhesión de todos los buenos de aquí y del Ecuador… No es la cuestión el colegio de Tulcán enclavado en el Ecuador. La cuestión es si yo puedo o no puedo prohibir a mis súbditos que vayan a ese colegio. El obispo de Ibarra dice que no puedo, porque el colegio está en su diócesis y él dice que es bueno. Esa es la cuestión, ni más ni menos. Yo he dicho a mis súbditos que el colegio es malo y que no vayan. Me parece a mí cosa clara que no tengo que regir a mis diocesanos por lo que diga el obispo de Ibarra.

Dicen que el gobierno del Ecuador tiene ya noticia oficial de Roma de que se ha resuelto la cuestión a favor del ilustrísimo señor obispo de Ibarra, y, con ese motivo, han celebrado fiestas y han escrito horrores contra mí. Pero todo eso ha promovido grandes manifestaciones de fe en estos buenos pastusos... Los buenos fieles del Ecuador y de aquí se afligieron cuando vieron a los impíos y liberales contentos y alegres por haber fallado en Roma a favor del obispo de Ibarra. No se explicaban cómo era eso, y escribí una circular, que les tapó la boca a los liberales…

Estoy viendo que gritarán de nuevo a Roma, porque, según carta del obispo de Ibarra, ni sus mismos fieles le siguen. Me gritarán a mí de Roma, pero no tengo la culpa si hay ruidos. Obedeceré a cuanto me manden, pero hablaré siempre que vea en peligro la fe de mis súbditos y lo requiera la gloria de Dios[110].

De Roma llegó efectivamente una comunicación oficial para revocar la pena de excomunión. En ese momento, él no estaba en Pasto y se lo comunicó su vicario general. Él le respondió: *Me participa su señoría que después de mi salida de esa ciudad llegó la resolución de la sagrada Congregación de Obispos y Regulares sobre el colegio de Tulcán y que en ella se me ordena que revoque*

---

[109] Carta al arzobispo de Quito, Pedro Rafael González, Pasto, 31 de marzo de 1898.
[110] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 16 de junio de 1898.

la excomunión fulminada contra los padres de familia que hayan mandado sus hijos al colegio y que absuelva a los que hubieran sido ya excomulgados.

Comunique, pues, su señoría a los señores curas párrocos para que éstos lo hagan saber a los interesados que, obedeciendo al expresado mandato de la sagrada Congregación, revoco la excomunión que fulminé contra los padres de familia que hayan mandado sus hijos al colegio de Tulcán y que absuelvo y, de hecho quedan absueltos, los que hubieran sido ya excomulgados [111].

Monseñor Ezequiel, había llegado a Roma para la visita *ad limina* el 29 de agosto (1898). Casi de inmediato presentó su renuncia al Papa León XIII en una carta escrita en italiano en la que dice: *He presentado la renuncia de mi obispado en manos de Vuestra Santidad, seguro como estoy que no podré trabajar más en provecho, mientras no se me considere en estado de poder trabajar. Los enemigos de la Iglesia tienen entre sus manos el arma más poderosa como es la Resolución de la sagrada Congregación donde aparezco tachado de belicoso y se condena mi conducta. Con esa Resolución me combaten presentándola como un argumento de las calumnias e insultos con los que me atacan en sus escritos, pudiendo con ellos formar un grueso volumen. Si yo volviese a mi diócesis en la situación en que me encuentro, sería el blanco de las befas, irrisiones y burlas de los malvados* [112].

El Papa León XIII le dijo: *Volved a Pasto, porque de tales obispos necesita el mundo* [113].

Él le escribe a su Superior padre Íñigo Narro: *He estado ocupado estos días con el famoso asunto del colegio. Al llegar aquí y antes de pedir audiencia al Santo Padre, le presenté la renuncia de la diócesis. Cuando estuve con él, nada me dijo de la renuncia, me recibió del modo más cariñoso y aun me dijo que acuda de nuevo a la Congregación. He estado escribiendo y preparando documentos y mañana presento los papeles. Si no arreglan la cosa, aquello ha quedado muy feo con la Resolución, porque los malos cantan triunfo y hasta han llegado a decir que es un argumento a favor del liberalismo* [114].

Felizmente la Congregación de Obispos y Regulares emitió una segunda sentencia, sin revocar explícitamente la primera, pero que era favorable a monseñor Ezequiel. La sentencia decía lo siguiente: *Un hecho de grave importancia resulta de las nuevas informaciones documentadas presentadas a esta sagrada Congregación por el ilustrísimo señor obispo de Pasto. El hecho es*

---

[111] Carta a Rafael Chaves, vicario general de la diócesis de Pasto, Roma, 6 de septiembre de 1898.
[112] Carta presentada en italiano al Santo Padre León XIII en Roma, 19 de septiembre de 1898.
[113] Alia nova positio, p. 77.
[114] Carta a Íñigo Narro, Roma, 19 de septiembre de 1898.

que, Rosendo Mora antes de asumir la dirección del colegio de Tulcán, había ejercido en la diócesis de Pasto el cargo de enseñante, y que en el ejercicio de tal cargo se había de tal modo excedido contra la religión y la fe, que el Ordinario diocesano se creyó obligado a prohibir, bajo amenaza de excomunión, a los padres de familia de la diócesis el mandar a sus hijos a la escuela de él; y el tribunal laico, oída la deposición unánime de once testigos, lo condenó a la pena de cárcel; para huir de la cual, Rosendo Mora se refugió en la limítrofe diócesis de Ibarra. Resulta, además, de las informaciones antedichas que el director del colegio de Tulcán no ha dado nunca a Monseñor obispo de Pasto garantía alguna de enmienda, ni ha emitido acto alguno que valga a reparar el escándalo público que dejó él en la diócesis de Pasto. Dejada, por tanto, a un lado la cuestión sobre el estado actual de la enseñanza que se da en el colegio de Tulcán, esto es, si corresponde a las normas católicas, como sostiene el obispo de Ibarra, es indudable que el obispo de Pasto, a quien incumbe el bien espiritual de los fieles confiados a su cuidado, está en perfectísimo derecho de mantener la prohibición de su predecesor, de confirmarla y de recordarla oportunamente a los padres de familia de su diócesis. El uso de este derecho por parte del obispo de Pasto, entonces solamente podía ser reputado como excesivo y, por tanto, censurable, cuando Mora hubiese dado pruebas de obediencia al obispo de Pasto, y reparado en Pasto el escándalo dado. Siendo ahora necesario que el desagradable desacuerdo entre los dos prelados tenga una conclusión honrosa, y que el colegio de Tulcán no esté sujeto a justas aprensiones de parte de los buenos católicos, es necesario, o que Mora sea removido de la dirección del colegio de que se trata, o que, mediante la cooperación benévola del obispo de Ibarra, sea inducido a dar al obispo de Pasto las satisfacciones que en fuerza de su oficio pastoral justamente exige, antes de revocar la prohibición hecha a sus diocesanos de asistir al colegio que dirige el mismo Mora [115].

22. VISITA AD LIMINA

Monseñor Ezequiel tenía obligación de ir a Roma para hacer la visita *ad limina Apostolorum*, es decir, la visita a los sepulcros de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y a la vez visitar al Papa. Llegó a Roma el 29 de agosto de 1898. De inmediato escribió una carta al Papa León XIII en italiano, presentando su renuncia por la cuestión del colegio de Tulcán. El Papa determinó que se reconsiderase el asunto y así salió la sentencia favorable.

Él escribe: *El día de san Nicolás de Tolentino* (10 de septiembre de 1898) *tuve el gusto de ser recibido en audiencia por nuestro Santo Padre. No podía yo figurarme que esté lo bueno que está, atendida su edad. Pasé un gran rato con él*

[115] Minguella, pp. 208-209.

a solas, hablando en latín, y después entraron los que me acompañaban, entre ellos el padre Enrique, que le pidió una bendición especial para la Congregación. La dio en el momento.

Vine a Roma sin intención de ir por ahí (España), *porque sólo traigo dinero de la diócesis y nada mío, y no me atrevía a gastar ese dinero sin necesidad para la misma diócesis. Pero, regularmente, iré, porque quiero llevar algunos padres capuchinos para aumentar los que por allí hay y que administren algunos puntos que tengo solitarios. Y como eso tengo que arreglarlo con uno de los provinciales que hay por ahí, es casi seguro que iré en la primera quincena del mes entrante. Sola esta necesidad me lleva, y si voy con gusto por darles un abrazo, llevo cierta pena por la situación en que voy, porque ya sabe que tengo dos hermanas pobres y otros parientes que, si están en necesidad o me piden algo y no les doy, ellos no pueden entender que un obispo no tenga y se explicarán la cosa diciendo que no quiero* [116].

Como el asunto del colegio de Tulcán iba despacio y podía alargarse, salió de Roma el 1 de octubre y se embarcó para Barcelona. Pasó por Zaragoza y llegó a Madrid el 10 de octubre. Estuvo en nuestros conventos de Monteagudo y Marcilla. También visitó su pueblo natal Alfaro y fue a visitar a sus queridas dominicas, de las que se despidió para siete años. En esta oportunidad el ayuntamiento de Alfaro lo nombró hijo predilecto,

De España regresó a Roma a principios de noviembre y allí estuvo tres meses por la cuestión del colegio ecuatoriano hasta que se resolvió con un decreto favorable.

Hubiera deseado irse de inmediato a Colombia, pero tuvo que esperar un poco, dado que recibió la triste noticia de que su hermano venía desahuciado de Filipinas y decidió ir a encontrarse con él en Barcelona. Escribió: V*ine con buena mar de Génova en el vapor "Orione" y al llegar a ésta* (Barcelona) *me dijeron que mi hermano había salido para Madrid hacía dos días y que iba moribundo y desahuciado totalmente por su incurable enfermedad. Tengo, pues, que ir a Madrid a despedirme de mi hermano hasta la otra vida, si es que lo encuentro con vida* [117].

Pudieron abrazarse los hermanos en la Residencia de Madrid. Allí trató con algunas Congregaciones con la esperanza de conseguir sacerdotes para su diócesis, pero no los consiguió. Y volvió a caer enfermo. Dice: C*aí en cama a causa de una indisposición y no pude volver a Barcelona para embarcar en el*

---

[116] Carta a Íñigo Narro, Roma, 19 de septiembre de 1898.
[117] Carta a Enrique Pérez, Barcelona, 19 de febrero de 1899.

vapor "La Veloce". Estoy sin salir de la casa al lado de mi pobre hermano que va acabándose día por día sin esperanza de remedio si Dios Nuestro Señor no lo pone. Está muy tranquilo en su espíritu y muy dispuesto gracias a Dios [118].

El 5 de abril salió de Barcelona para América acompañado del padre Benito Ojeda en el vapor *Centro América* y, a principios de mayo, escribía desde Panamá: *Llegamos a ésta el 27 del mes pasado, salvos y sanos. El vapor que nos había de llevar a Tumaco había salido el día antes y aquí estaremos hasta la semana siguiente… En la estación de Caracas me esperaban el señor arzobispo y los obispos de Mérida y Guayana… El 30 llegó a ésta el señor arzobispo de Quito: me visitó y me dijo que había recibido la Resolución sobre Tulcán, manifestando tanta alegría como si hubiera sido cosa suya* [119].

El 30 de mayo llegó a Pasto, después de 10 meses y medio de ausencia. Aunque llegaba indispuesto, la entrada resultó solemnísima; con arcos de triunfo, banderas, flores, repique de campanas, fuegos artificiales, discursos de bienvenida y comisiones de damas y caballeros. Durante varios días sucedieron los plácemes y enhorabuenas. El recibimiento superó con creces al de su primera entrada como obispo.

23. ORDEN DE SILENCIO

El gobierno colombiano intentó separarlo de Pasto. Y el de Ecuador seguía presionando contra él. Fruto de esas gestiones fue una orden de Roma, imponiéndole silencio. En plena guerra civil él escribe:

Quise ir a Bogotá en los días pasados, y hasta me puse en camino, pero tuve que volverme, porque era muy peligroso el seguir por las guerrillas que hay aún por varias partes. Mi objeto al ir a Bogotá era hablar con el excelentísimo señor delegado y aclarar el asunto del cable de ésa por el que se me prohíbe hacer publicación alguna. Es una situación ésta penosísima, porque con nadie me puedo entender por falta de comunicaciones y, en cambio, los del Ecuador han podido entenderse con Roma hasta conseguir lo que han conseguido, o sea, hacerme callar, mientras perjudicaban a mis diocesanos en alma, cuerpo y haciendas, porque esparcían herejías, mataban y robaban. Aún se sigue derramando sangre por el auxilio que el Ecuador presta a la revolución, y toda la parte de mi diócesis que da a la Costa del Pacífico está en manos de los revolucionarios por causa de ese apoyo…

---

[118] Carta a Enrique Pérez, Madrid, 15 de marzo de 1899.
[119] Carta a Enrique Pérez, Panamá, 2 de mayo de 1899.

He visto lo mucho que esta pobre gente me aprecia, a pesar de que no trato a nadie. Cuando me volví del camino fue una alegría general y loca la que manifestaron. Los masones y liberales se habían alegrado mucho de mi marcha como se han alegrado de lo que Roma ha hecho conmigo [120].

Al delegado apostólico en Bogotá le escribe también en plena guerra: *Desde que V.E. comunicó las órdenes de la Santa Sede en sus telegramas de mayo y junio, fueron debidamente obedecidas. No he necesitado gestionar, como se me encargaba, para que los individuos todos del clero secular y regular obedecieran, porque les basta conocer la voluntad de la Santa Sede para secundarla en el momento.*

Hecha esta manifestación, séame permitido manifestar también que mientras la Santa Sede nos mandaba callar y la obedecíamos, el gobierno del Ecuador proporcionaba al famoso masón, general Avelino Rosas, toda clase de elementos para que con su gente saqueara nuestros pueblos, asesinara a los buenos católicos y echara a Jesucristo de nuestros altares. En el mes de mayo me mandó V.E. el telegrama con la primera orden, y en el mismo mes se escribía en la capital del Ecuador la siguiente carta: "Estimado copartidario: Para el buen desempeño de su comisión convoque usted a los liberales influyentes de esa zona (Chiles) (mi diócesis), a fin de que poniéndose de acuerdo coadyuven al esfuerzo común de que hoy necesita la patria. Pueden obrar discrecionalmente y declararle guerra a los godos en todo sentido. Sólo respetarán y serán sagrados para ustedes los ancianos, las mujeres y los niños. De lo demás que sobrevenga asume la responsabilidad su jefe y amigo. A. Rosas".

El segundo telegrama de V.E. lo recibí en junio, y en ese mes se escribía esta carta: "Quito, junio 27 de 1901. Señor general Benjamín Herrera. Mi estimado general y amigo: Desde mi llegada a ésta tengo ofrecido por el señor general Alfaro (presidente del Ecuador) cinco mil rifles para la lucha sagrada de la revolución, hecho que nos impone el deber de marchar juntos para que en ningún tiempo se comprometa en nada la generosidad y el patriotismo del gran caudillo ecuatoriano, que es acreedor a nuestro reconocimiento y a la gratitud eterna del radicalismo de Colombia. Sin más por ahora soy del señor general su amigo y atento servidor. A. Rosas".

Resulta, pues, de las cartas que preceden que en los mismos días en que la Santa Sede nos mandaba callar en favor del gobierno del Ecuador, este gobierno proporcionaba elementos para que nos asesinaran e imperara la impiedad en estos pueblos. El masón Rosas al entrar en mi diócesis, armado y protegido por el gobierno del Ecuador, no pudo hacer lo que se proponía, porque los buenos

[120] Carta a Enrique Pérez, Pasto, 11 de noviembre de 1901.

católicos se lanzaron al campo de batalla para defender principalmente su religión y derrotaron a los masones. Pero los pueblos y las familias han quedado en la ruina y en la miseria por los rudos combates de aquellos días y por los que se han venido librando durante dos años, debido a que el gobierno del Ecuador o ha dado elementos de guerra a los revolucionarios de Colombia que tenían sus cuarteles en el Ecuador, o ha lanzado sus propios batallones de tropa regular sobre nuestros pueblos.

En esta región del sur de Colombia nada hubieran podido hacer los liberales por su reducido número si no hubieran sido ayudados por el gobierno del Ecuador. Esto lo han comprendido perfectamente nuestros pueblos: tienen evidencia de que el gobierno del Ecuador ha sido el principal causante de los robos que les han hecho, de las víctimas que han tenido, de las impiedades que han presenciado y de la miseria en que se hallan. Estos pueblos sienten, sufren y lloran las desgracias que les ha causado el gobierno del Ecuador, y, si hubiera sacerdotes que intentaran hablar a favor de ese gobierno, es indudable que los escandalizarían, que los fieles les perderían la confianza, y que los considerarían como defensores del enemigo que les causó tantos daños y de los hombres impíos que ese enemigo armaba y lanzaba contra ellos al grito infernal de "Muera Cristo".

A la fecha en que escribo esta comunicación están aún los pueblos de la Costa el Pacífico de mi diócesis bajo el dominio de los revolucionarios y miles de almas se hallan sin sacerdotes, sin culto y en mil peligros de condenación eterna, debido todo a que el gobierno del Ecuador armó y equipó a esos revolucionarios al mismo tiempo que armaba al masón Rosas, y en los mismos días que conseguía de la Santa Sede que nos hicieran callar.

Consta todo lo dicho no sólo de las cartas que dejo copiadas sino de multitud de documentos oficiales que guardo cuidadosamente para presentarlos cuando sea necesario para la gloria de Dios. Constando, pues, como constaba con toda evidencia esa conducta del gobierno del Ecuador desde el principio de la guerra, y sufriendo como sufrían mis pueblos por su causa, y amenazados como estaban de perder hasta lo más necesario y valioso, que es la religión, me pareció muy natural y hasta obligatorio señalar a mis ovejas el lobo que las quería devorar, prevenirlas unas veces con enseñanzas contra el peligro y animarlas otras con exhortaciones a la defensa que el derecho natural autoriza.

Como quiera que se ha llegado hasta el punto de temer que yo comprometiera los intereses de la religión en el Ecuador, me parece del caso recordar, como defensa de un cargo que estremece, que antes de que yo viniera a Pasto, los intereses de la religión estaban ya comprometidos y conculcados en aquella República, puesto que su gobierno había ya desterrado obispos y

comunidades religiosas, y proclamado principios y ejercido actos contrarios a los intereses de la religión. No se dirá que fui yo la causa para que el gobierno del Ecuador perjudicara entonces los intereses de la religión, como no puede decirse que lo sea ahora de lo que ha hecho en contra de la santa Iglesia después de que se me impuso silencio. El Senado del Ecuador ha rechazado con desdén y de un modo injurioso a la Santa Sede los protocolos firmados "Ad referéndum" en Santa Elena por monseñor Pedro Gasparri y el señor ministro José Peralta, y el Poder Ejecutivo se ha conformado con el Senado y ha comunicado a monseñor Bavona que no acepta los protocolos ni los ratifica. Ésos eran los intereses de la religión que se temió comprometiera el obispo de Pasto y por eso se le hizo callar cuando comenzaron las gestiones.

Dios nuestro Señor ha permitido que se vea de un modo claro que la causa de que los intereses de la religión hayan sido conculcados no ha sido el obispo de Pasto que obedeció y calló, sino la impiedad de los gobernantes del Ecuador. Sí, gracias a Dios, se ve de un modo evidente que no ha sido el obispo de Pasto el que ha hecho fracasar los protocolos y gestiones y perjudicado a la religión en la República del Ecuador, sino el gobierno de esa República, que ha dado una prueba más de que es enemigo de nuestro Señor Jesucristo y de su Iglesia, y que sus quejas contra el obispo de Pasto no son más que pretextos comunes en los hombres heridos de la moderna civilización.

Hay que lamentar otro grande mal, y no sé qué hacer para remediarlo, atendidas las órdenes que la Santa Sede me ha dado con relación al gobierno y cosas del Ecuador.

Llegan del Ecuador a mi diócesis varios periódicos plagados de obscenidades y herejías. En estos días, con motivo de haber rechazado el gobierno del Ecuador los protocolos dichos arriba, los periódicos gobiernistas vienen ensalzando el poder del gobierno y rebajando el de la Iglesia, y publicando errores los más crasos sobre la soberanía del Romano Pontífice y la misión de sus delegados. Son como se ve, los errores modernos que tanto daño hacen por todas partes. ¿Dejaré que mis diocesanos lean todas esas cosas con peligro de su fe y perjuicio de los derechos de la Santa Sede?

Y hay que notar que el peligro para mis diocesanos es tanto mayor cuanto más se glorían los hombres del gobierno del Ecuador de estar en el terreno de la verdad, una vez que han conseguido que la Santa Sede me imponga silencio. Este peligro de las almas que me están encomendadas me pide que hable, pero la Santa Sede me ha mandado callar en lo que se relacione con el Ecuador, en especial con su gobierno, y entre tanto los periódicos, con sus grandes errores defendiendo al gobierno del Ecuador contra la Santa Sede, corren por mis pueblos donde todo lo que se diga contra la soberanía del Romano Pontífice es

una novedad escandalosa por la gran veneración que debida y justamente se le tiene.

En vista de esta situación se me ocurre renunciar y salir de la diócesis, pero sobre esto tengo que hacer antes una manifestación que es la siguiente: Los impíos de por aquí y del Ecuador se han alegrado y cantado triunfo porque la Santa Sede me ha hecho callar, como se alegraron y cantaron triunfo cuando también me hizo callar la Santa Sede en la famosa cuestión del colegio de Tulcán en el Ecuador, cuestión que la sagrada Congregación de Obispos y Regulares resolvió por fin a mi favor cuando se estudiaron todos los documentos que justificaban mi conducta. Conocida esa alegría de los impíos, porque la han manifestado por la prensa y de todos modos, me dicen personas prudentes y temerosas de Dios que, si renuncio y me retiro de la diócesis, alimentará esa alegría de los impíos y considerarán su triunfo completo.

Hecha esta manifestación, si la Santa Sede me separa de la diócesis, porque así lo crea conveniente, quitándome de ese modo el temor de "hacer mi voluntad", en ese caso yo recibiré la separación "con acción de gracias a Dios, nuestro Señor", pues por nada y para nada puedo yo apetecer este cargo sino por hacer su santísima voluntad y darle gloria de esa manera. Ese buen Dios en su misericordia me ha concedido la gran gracia de no apetecer y mucho menos querer cosa alguna de este mundo. Me basta mi celda, o mejor, sólo Dios me basta [121].

El padre Ezequiel siguió escribiendo contra el liberalismo: *O con Jesucristo, o contra Jesucristo. O con los que piden que reine Jesucristo en los individuos, en las familias, en los pueblos y en las naciones, diciendo con San Pablo "es preciso que reine Cristo", o con los que gritan blasfemando y con rabia, "no queremos que Cristo reine sobre nosotros". No hay término medio: en uno de esos dos campos, tan opuestos entre sí, hemos de estar necesariamente. El que pretenda ser neutral, se convierte en un traidor. Se deduce del Evangelio, donde se encuentra una frase, que es un rayo que mata y acaba con los neutrales y con los católicos a medias, que quieren unir el error con la verdad, la luz con las tinieblas, y la justicia con la iniquidad. Jesucristo es el que habla y dice: "El que no está conmigo, está contra mí" (Mt 12,30). ¡Palabras enérgicas y decisivas! Es preciso que las oigan los hombres que quieren estar con Jesucristo y con los enemigos de Jesucristo, si no quieren perecer bajo el peso de una reprobación espantosa. Jesucristo no habla más que de dos clases de personas: de sus amigos que lo adoran y aman, y de los contrarios que lo odian y persiguen* [122].

---

[121] Carta al delegado apostólico de Colombia, Antonio Vico, Pasto, 25 de noviembre de 1901.
[122] Pastoral 20, Pasto, 15 de enero de 1904.

Quisieran algunos para estos tiempos obispos mudos y hasta complacientes con ciertas cosas. Hay quienes llegan a permitir que hablen los obispos, pero no lo que hace falta hablar. Permiten que hablen contra los pelagianos o contra los mahometanos o cosa parecida, pero no contra los modernos enemigos de la Iglesia, no contra los liberales. Pero ¿es acaso pura broma, la condenación del liberalismo? Y si no lo es, si el liberalismo está condenado, ¿por qué no hemos de hablar contra esa cosa condenada? ¿Para qué me querían ustedes en Pasto, si creyendo o confesando que el liberalismo es malo, dejara que invadiera a ustedes esa maldad del liberalismo? [123].

24. LA CONCORDIA NACIONAL

Mons. Ezequiel se oponía a esta conciliación entre católicos y liberales. Consideraba que, al conceder ventajas a los liberales, éstos las aprovecharían para ir entrando en el gobierno y, al final, subir al poder en el que, como habían hecho en Ecuador, México, España y otros países, impondrían sus propias ideas y perseguirían a la Iglesia.

Expuso claramente sus ideas en una circular de octubre de 1897, titulada *O con Jesucristo o contra Jesucristo. O catolicismo o liberalismo*. En esta circular trata de responder al sacerdote colombiano Baltasar Vélez que, desde Venezuela, había enviado una carta titulada *Los intransigentes* y que los liberales hicieron suya y difundieron por todo el país. En ella presentaba como intransigentes a quienes no aceptaban la concordia con los liberales. De hecho, esta carta fue condenada por la Santa Sede el 10 de junio de 1898. Y el sacerdote tuvo la valentía de escribir una retractación.

Monseñor Ezequiel escribió en su circular: *El liberalismo está condenado por nuestra santa Madre la Iglesia en todas sus formas y grados, y todo el que se precie de buen católico debe también condenarlo de la misma manera, y rechazar hasta el nombre de liberal... Habló la Iglesia prohibiendo las conciliaciones entre católicos y liberales y habló de un modo tan enérgico, tan expresivo, tan terminante que no deja lugar a la menor duda. Si, pues, habló la Iglesia y condenó estas conciliaciones, no se deben ni se pueden proponer ni aceptar, y los que las proponen y los que las aceptan, obran en contra de lo que enseña y quiere la Iglesia... No es posible la conciliación entre Jesucristo y el diablo, entre la Iglesia y sus enemigos, entre catolicismo y liberalismo. No,*

[123] Carta oficial a los señores Juan Moncayo y José María Navarrete por haber publicado un escrito con el título *Desagravio*, Pasto, 9 de octubre de 1904.

seamos firmes: nada de conciliación, nada de transacción velada e imposible. O catolicismo o liberalismo. No es posible la conciliación [124].

La cuestión de la concordia se agudizó en 1905. El presidente de la República colombiana Rafael Reyes promovió la concordia nacional, aceptando en el gobierno a los liberales. De hecho tenía dos de ellos como ministros de Estado y otros más en puestos importantes. El presidente Reyes, sabiendo que el padre Ezequiel estaba en contra de la concordia nacional tal como la entendían los liberales, le remite una carta en la que le cita dos telegramas cruzados entre el presidente de la República y el cardenal Merry del Val, secretario de Estado del Vaticano.

El presidente copia en el telegrama: *Honor, saludar eminencia y por su conducto Santo Padre. Anoche en banquete oficial en presencia de todo el cuerpo legislativo y del ministerio, tuve satisfacción dar gracias a Mons. Ragonesi en nombre de la nación por servicios de pacificación y concordia que ha prestado a mi país.*

Contesta el cardenal Merry del Val: *Su Santidad, enterado del telegrama de V.E, se complace en constatar conducta de su representante. Corresponde profundamente a sus sentimientos de pacificación y concordia.*

El padre Ezequiel, al recibir la comunicación de ambos telegramas de parte del presidente y con la confianza y amistad que siempre había tenido con él y su familia, le responde con otro telegrama el 27 de marzo de ese año 1905. En él dice: *Tengo el gusto de acusar a usted recibo del telegrama del 23 con cablegramas cruzados con Vaticano… La palabra "concordia" tiene ya un sentido ambiguo, al menos por estos lugares. Los liberales han dado a entender que esta palabra "concordia", aun salida de los labios del Santo Padre o de su representante en Colombia, significa que hay que reconciliarse con el liberalismo, y condena a los que enseñan que no es posible la reconciliación. Protesto con toda mi alma contra esa interpretación, como injuriosa a la Santa Sede, y añado que creo y confieso una vez más, a la faz del mundo, que el "Romano Pontífice ni puede ni debe reconciliarse ni transigir con el liberalismo moderno". Así lo enseñó Pío IX de modo infalible, y jamás habrá Pontífice Romano que enseñe cosa contraria. La pureza de la fe y la salvación de las almas hacen ya necesaria esta declaración* [125].

Este telegrama levantó mucho polvo y enfureció a los liberales. Cuando se enteró el delegado apostólico, también lo tomó a mal. Lo cierto es que hubo

---

[124] Circular, Pasto, 29 de octubre de 1897.
[125] Telegrama al presidente Rafael Reyes.

muchas críticas en Bogotá contra Mons. Moreno. Algunos lo llamaban el Torquemada español y le endilgaban otros graves insultos.

Para aclarar las cosas, el delegado apostólico, Francesco Ragonesi, le envió a fines de marzo de 1905 un telegrama en el que *lo invita a venir a Bogotá para tratar un asunto importantísimo y que, mientras tanto, debe evitar cualquier discurso o acción directa o indirectamente relacionada con la política nacional* [126].

Monseñor Ezequiel acogió humildemente los deseos del delegado, afrontando un viaje largo y penoso de 900 Kms. El padre Gregorio Segura, que sería Prior general de la Orden de agustinos recoletos, lo acompañó en su visita al delegado y nos dice: *El delegado apostólico lo reprendió duramente y no se contentó con las explicaciones del padre Ezequiel. Él le manifestó que el tono familiar del telegrama se debía a la antigua amistad que le unía al presidente y, si le trató de usted, fue porque el mismo presidente había renunciado públicamente y oficialmente al título de Excelencia.*

Explicó que las frases del telegrama eran una manifestación de la doctrina de la Iglesia sobre el liberalismo, dirigidas a la defensa de la Iglesia en general y de la diócesis de Pasto en particular. El delegado le respondió al padre Ezequiel que le decían carlista.

También le pidió escribir una carta al presidente para aclarar las cosas. La primera que escribió no fue del agrado del delegado, tampoco lo fue la segunda y escribió otra tercera, que fue aprobada y enviada al palacio presidencial. Era en el fondo la misma que la primera, pero más suave [127].

En esta carta le dice. *Excelentísimo señor: En los días que llevo de permanencia en esta capital he llegado a saber con mucha pena que el telegrama que dirigí a V.E. con fecha 27 de marzo del año en curso ha sido interpretado por algunos como un acto de rebelión a la Suprema Autoridad de que se halla investido, y, como esa interpretación puede causar escándalo a los fieles, paso gustoso a desvanecerla, manifestando mis creencias acerca de la respetuosa sumisión que se debe prestar a las autoridades y explicando ligeramente mi telegrama.*

En el telegrama que nos ocupa me propuse el fin que paso a manifestar. "Los enemigos de la Iglesia, en mi diócesis, haciendo mal uso de la palabra concordia, que se ha venido pronunciando en el sentido de que no haya más

---

[126] Carta-telegrama de Ragonesi a Ezequiel a fines de marzo de 1905.
[127] Novissima Positio super virtutibus, pp. 34-35.

guerras y reine la paz para que los ciudadanos puedan trabajar, y así prospere la Nación en agricultura, industria, vías de comunicación, comercio, artes y ciencias, no concretaban dicha palabra a esa sola significación, sino que la extendían a mucho más, dando a entender que se podían hacer transacciones y alianzas entre la verdad católica y los errores modernos condenados por los Romanos Pontífices, particularmente por Pío IX y León XIII en su encíclica "Libertas", y que a favor de esa misma concordia se reconocían ya los dichos errores como buenos para gobernar la Nación, y como consecuencia, que era justo y lícito aspirar a gobernar con ellos. No pudiendo dejar que se propagaran en mi diócesis tales errores, que son, según los mismos Romanos Pontífices citados, la verdadera causa de la ruina de los Estados, me creí en el deber de recordar esas enseñanzas".

Tal fue el fin que me propuse al mandar el telegrama de que se trata, y tengo el mayor gusto en declararlo así para alejar toda sospecha de que envuelva un acto de rebelión [128].

Monseñor Ezequiel no sólo envió una carta, sino que visitó al presidente y a su familia en su casa. En la conversación ni siquiera se aludió al tema de la concordia, que parecía ya superado o al menos que el presidente no le había dado la importancia de los medios de comunicación. De hecho, el presidente, le regaló una caja de vino de Madera. Y, al decir el padre Ezequiel que él no tomaba vino, el presidente le dijo que era para sus religiosos.

Más bien el presidente le envió una carta respuesta en la que acusaba recibo de la suya y le decía: *Con satisfacción veo por ella y no podía ser de otro modo que su señoría ilustrísima no acepta la interpretación que se ha querido dar al telegrama que me dirigió el 27 de marzo último* [129].

De hecho, estos sucesos hicieron al padre Ezequiel más popular en Pasto, donde todos lo apoyaron. Él mismo escribe: *Todas las comunidades religiosas, todas las que hay en el país, dominicanos, franciscanos, jesuitas, los nuestros, redentoristas, lazaristas, todas por sus Superiores y por miembros particulares, me han manifestado que piensan como yo de la actual situación. Todo el clero del Cauca y del Tolima, por donde he pasado, con el arzobispo y obispo de Garzón, me dijeron mil cosas, y el arzobispo me autorizó para que dijera al excelentísimo señor delegado que pensaba como yo. Aquí he recibido manifestaciones de adhesión de toda clase de gentes y me he convencido más y más de dos hechos que están a la vista y dicen mucho: 1°, que los buenos temen y están tristes; 2°, que los malos cantan triunfo. Mi llamada a Bogotá la han*

[128] Carta al presidente Rafael Reyes, Bogotá, 12 de junio de 1905.
[129] Carta del presidente Reyes a Ezequiel, Bogotá, 18 de junio de 1905.

propalado los enemigos de la Iglesia como un verdadero triunfo. Y todo lo que digo en esta carta creo que lo firmaría todo lo sano de Colombia [130].

25. CONSECUENCIAS DE LA CONCORDIA

Los colombianos ya habían tenido malas experiencias sobre lo que era un gobierno liberal. Con la revolución liberal de 1860 subieron al poder bajo la dictadura del general Mosquera, quien mandó al exilio a los obispos, expulsó a todos los religiosos de sus conventos y les despojó de todos sus bienes. Por espacio de 25 años gobernaron excluyendo totalmente a los conservadores católicos. Los liberales, que se decían el partido del progreso, dejaron a Colombia sumida en la miseria y el desgobierno.

Al llegar al poder el presidente Reyes, fomentó con todas sus fuerzas la concordia nacional, deseando que hubiera paz definitiva y nunca más lucharan entre sí en guerra civil. Pero pronto los resultados mostraron que Monseñor Ezequiel tenía razón en no fiarse de los liberales. *El partido liberal, mientras alababa a Reyes, a la vez atacaba a la Iglesia, a la jerarquía, y alimentaba revueltas y actitudes antirreligiosas en todo el país* [131].

Monseñor Brioschi, obispo de Cartagena, hizo saber al presidente Reyes que las obras de los liberales estaban siempre en oposición con sus palabras. Y precisa: *Hace pocos días algunos de ellos insultaron a la autoridad eclesiástica en esta ciudad, la cubrieron de oprobios, promovieron contra ella una campaña de difamación y llegaron a gritar: ¡Muera el clero y abajo los curas!* [132].

Por su parte Monseñor Ezequiel daba la alarma porque *en los periódicos liberales se sembraba cizaña y se envenenaba los ánimos y se notaba hostilidad abierta contra las comunidades religiosas, insultos contra el clero, blasfemias contra Dios, herejías y errores contra la religión* [133].

Por ello, el 1 de septiembre escribía al padre Manuel Fernández: *La cuestión religiosa se está perdiendo en Colombia y está perdida por no haber querido o sabido aprovechar el triunfo que Dios nos dio sobre sus enemigos. Se les ha dejado hacer lo que han querido y han triunfado como ha dicho Uribe en uno de sus discursos. Si se hubiera seguido una política algo fuerte con el error, no nos pasaría lo que nos pasa* [134].

---

130 Carta a Enrique Pérez, Bogotá, 19 de mayo de 1905.
131 Disquisitio, p .135.
132 Circular del 16 de julio de 1904.
133 Alia Nova Positio, p. 58.
134 Carta a Manuel Fernández, Pasto, 1 de septiembre de 1904.

De hecho, después de la muerte del padre Ezequiel, los liberales fueron tomando fuerza. *El episcopado colombiano, reunido el 14 de septiembre de 1908, se vio obligado a dirigir una circular al clero y a los fieles para advertirles del peligro... La voz de los obispos se hizo cada más enérgica con un lenguaje que no era inferior al del siervo de Dios. Esos eran los frutos de la concordia nacional, de ese espíritu concordista que pretendía anular al liberalismo como pensaban los opositores de Mons. Ezequiel. El episcopado continuó interviniendo con otras disposiciones que demuestran con mucha claridad la clarividencia del siervo de Dios sobre estos problemas* [135].

26. SALVADOR DE PASTO

Oigamos ahora cómo cuentan el suceso dos testigos presenciales, uno militar de alta graduación y otro sacerdote, Rector del Seminario. Dice el primero: *El día, 4 de octubre de 1904 se insurreccionó el batallón estacionado en Pasto. Desde las siete de la noche hubo fuego por las calles, fueron atacadas algunas personas y la casa del señor prefecto, general D. Elíseo Gómez Jurado; la población estaba consternada. A las ocho de la mañana del 5 logramos con dicho general posesionarnos del cuartel y desarmar a algunos soldados insurrectos; pero a las doce del día era la ciudad, teatro de espantosos conflictos: los soldados ebrios y armados, estaban amenazantes; la carnicería que iba a venir sería horrible; los militares y hombres civiles éramos ya impotentes para conjurar el peligro: mas cuando los insurrectos estaban más enfurecidos contra algunos de nosotros por el delito de haberlos contenido y castigado a los jefes del movimiento; cuando las desgracias, los delitos y la sangre que iba a derramarse convertirían en una hecatombe a Pasto; en tan gravísimas circunstancias, el señor obispo Moreno, acompañado de varios religiosos y sacerdotes, salió de su palacio, y con su dulzura, caridad y abnegación, logró componerlo todo. Se metió entre aquella turba, la exhortó, hizo promesas que cumplió, no sé si con su peculio, y a las cuatro de la tarde la paz reinaba en la ciudad* [136].

---

[135] Disquisitio, pp.195-197.
Actualmente, los sucesores de los liberales tienen distintos nombres. Unos son socialistas democráticos, con los que se puede dialogar y llegar a una conciliación. Otros, en cambio, mantienen posturas radicales con relación a la Iglesia y a la religión. Con ellos, al igual que con los comunistas, es muy difícil de conciliar, porque sólo buscan aprovecharse de las elecciones democráticas para llegar al poder e implantar ideas anticristianas de modo dictatorial y permanecer indefinidamente en el gobierno.

[136] Minguella, p. 280.

El padre Andrés Justo Pérez, de la Compañía de Jesús, Rector del Seminario, escribe en una carta: *Indicaré un hecho que pudiera suministrar abundante materia para un libro entero bajo el siguiente título: "El Salvador de Pasto en el día 5 de octubre de 1904". Ya en la noche precedente se había sublevado el batallón Juanambú atronándonos con nutridas descargas y pidiendo a voz en grito la cabeza del prefecto, so pretexto de que se les negaban sus pagos, etc., etc. Pero aquello, aunque gravísimo, fue sólo un preludio de lo que habían de pedir los insurrectos luego que algunos de los liberales con el populacho los soliviantaron llenándoles el cuerpo de aguardiente y el alma de proyectos criminales. Parece que la hora señalada para el asalto general era la una de la tarde; poco antes, llamado por Su Ilustrísima, atravesé yo por la plaza, que todavía estaba casi desierta, aunque no tanto como el palacio episcopal, donde, aparte nuestro inseparable fray Julián, sólo vi (como quien ve un meteoro fugaz) al presbítero Sr. Federico Guerrero, pretendiendo que el señor obispo pasase al cuartel para restablecer la autoridad de su cuñado el señor prefecto; lo cual era evidentemente peligrosísimo e imposible, mientras no se abonase siquiera una paga a los soldados.*

Ofrecí, pues, contribuir por mi parte con la subvención de los profesores de nuestro Colegio-Seminario, vencida en el mes anterior; pero Su Ilustrísima sólo aceptó mis ofrecimientos para el caso en que no alcanzase su propia pensión y cuantos fondos existieran en la Tesorería eclesiástica, cuyos dependientes iban a ser llamados acto continuo, cuando a toda prisa tuvimos que lanzarnos a la plaza, porque de repente principiaron a resonar en las cuatro bocacalles todas las cornetas, mientras que tras el pretil de la catedral se parapetaba la columna encargada de romper el fuego.

Momentos eran aquellos de apretones, de confusión y de angustia. Obstruían nuestro paso densos grupos de soldados, de paisanos y de mujerotas gritando: "¡Viva el pueblo soberano!". Avanzaba el señor obispo repitiendo: "Aquí no hay más soberano que Dios. ¡Viva Dios!"... Y, en efecto, Dios nos ayudó para que consiguiésemos oportunamente salvar el pretil y presentarnos ante la columna de bayonetas, que ya estaba a punto de saludarnos con su primera descarga.

Entonces el señor obispo les aconsejó que desistieran de querer matarse los unos a los otros infructuosamente, pues mucha más cuenta les tenía regresar al seno de sus queridas familias con la paga que él mismo les abonaría sin pérdida de tiempo; como quiera que desde aquel instante nos declarábamos prisioneros suyos a fin de garantizarles el pronto cumplimiento de la palabra empeñada. Tras esto el señor obispo les invitó para que nos siguiesen hasta palacio, por supuesto, sin deponer las armas y a condición de apostar en su entrada un cuerpo de guardia doble. Imposible que el demonio callase por

completo: oyéronse voces que decían: "¡No seáis tontos! ¡No os dejéis engañar!". Varios soldados vacilaban o se resistían; sin embargo, a fuerza de súplicas, nos acompañaron todos, y todos recibieron su paga, mostrándose agradecidos y entregándonos sus armas antes de emprender el camino de sus respectivos pueblos. A eso de las cinco de la tarde sólo quedaba en la ciudad un pequeño piquete al cuidado de los presos de la cárcel, y los encargados provisionalmente de custodiar el cuartel.

¡Qué grandiosa aparece la figura del Ilmo. padre Ezequiel en este punto de su vida!, cuando sin temor a la furia de las turbas, ni a las indisciplinadas bayonetas, avanza clamando y repitiendo: "Aquí no hay más Soberano que Dios. ¡Viva Dios!"... Y las turbas, subyugadas por aquel ángel de la paz, deponen su actitud, y los soldados rinden las armas... ¡Qué influencia tan maravillosa la del reverendísimo padre Moreno, Salvador de Pasto!

Era muy natural que todos admirasen y agradecieran el valiosísimo beneficio que a todos acababa de hacer el victorioso obispo, siendo el primero en reconocerlo y mostrar su gratitud el prefecto, que por cierto dio pruebas de mucho valor en aquel día, como lo había dado en otras ocasiones; el día del conflicto le pasó una nota cuyo fondo y cuya forma revelan la situación de ánimo de quien la dictaba: "Ilustrísimo señor: Me dirijo a Su Señoría con el objeto de manifestarle que puede vender al mejor postor las pieles que tiene el gobierno en esta ciudad para pagar con su producido lo que se adeuda al batallón Juanambú, N°. 15. También le manifiesto que esta Prefectura concede indulto general a los que depongan las armas pacíficamente en la persona que designe Su Señora Ilustrísima. Con todo respeto me suscribo, etc. Y con fecha 6 le dice: "La decidida y oportuna participación de Su Señoría Ilustrísima, así como la del respetable clero secular y regular de esta diócesis, con el fin de sofocar de una manera pacífica y prudente la insubordinación del medio batallón Juanambú, es digna del más singular encomio, y por lo mismo a nombre del gobierno, de la sociedad ultrajada y del mío propio, doy a Su Señoría Ilustrísima y al venerable clero mi más profundo agradecimiento por los importantes oficios de que ha hecho mérito, los cuales me será sumamente grato poner en conocimiento de quien corresponda" [137].

Anotemos que los soldados asaltaron la oficina del prefecto provincial y él tuvo que salvarse escapándose; de modo que los invasores tuvieron que contentarse con incendiar el edificio. Si Mons. Ezequiel no hubiese calmado a los amotinados, el conflicto hubiese tenido consecuencias terribles, ya que los soldados tenían en su poder el parque de municiones y hubieran asaltado las tiendas de víveres y probablemente hubiera habido muchos muertos.

[137] Minguella, pp. 281-383.

Esta acción valerosa le mereció la felicitación del mismo presidente Reyes. En carta del 3 de noviembre de l904 al nuevo gobernador de Pasto le dice: *Agradezca al Ilmo. señor Moreno a nombre mío y del gobierno por sus patrióticos esfuerzos junto con el clero de esa ciudad para poder dominar la revuelta del 5 de octubre pasado y por los socorros en dinero que ha desembolsado según usted me informa. Le pido hable al obispo y le diga en mi nombre que son falsas y calumniosas las noticias propaladas de que yo haya pedido su alejamiento de la diócesis de Pasto.*

27. NUEVAS ÓRDENES DE SILENCIO

El 14 de mayo de 1901, el delegado apostólico en Colombia transmitía a Pasto el siguiente telegrama. *Ilmo. Sr. obispo de Pasto: Habiendo negociaciones pendientes entre la Santa Sede y el gobierno del Ecuador, quiere su Santidad que Usía Ilma. se abstenga de toda publicación u otros actos cualquiera.*

Este telegrama llegó a sus manos el día 18 de mayo. Sin embargo, ya su contenido circulaba por la prensa de Quito desde el día 8. Días más tarde lo recogió el periódico *El Tiempo* de Guayaquil y lo divulgó por la diócesis de Pasto. Se repetía la situación de 1898. De nuevo Roma había acogido y avalado la tesis de sus adversarios sin oír sus descargos y sin darle ocasión de defenderse. De nuevo aparecía culpable de la excitación reinante. Y además no se había respetado el secreto correspondiente, de modo que estaba públicamente desautorizado ante sus súbditos.

En el mes de julio le enviaron otro telegrama, ordenándole que interpusiera su influencia para que también sus diocesanos guardaran silencio. Era un nuevo golpe a su sensibilidad, pero no protestó y acató los órdenes con humildad como fiel hijo de la Iglesia.

El 11 de septiembre el delegado apostólico le comunicaba que se habían recibido sus telegramas donde manifestaba su disposición a obedecer y se le reiteraba la orden de silencio, la cual afectaba también a Mons. Schumacher. Y además se acusaba al clero de Pasto de comprometer gravemente los intereses de la Iglesia, invitando al obispo a interponer su influencia para que cesara *la campaña que el clero de Pasto ha emprendido contra el gobierno de Ecuador.*

A fines de l903, tuvo que salir en defensa de los capuchinos de Sibundoy, que habían sido acusados de defender los derechos de los indígenas contra los colonos blancos. Los colonos lanzaron una campaña denigratoria contra los capuchinos, que suscitó animosidades contra ellos. Monseñor Ezequiel estudió el

asunto y empuñó la pluma para defenderlos, denunciando los atropellos y abusos de los colonos, citando nombres y apellidos.

La orden de silencio se renovó en 1904. El delegado apostólico Francesco Ragonesi en *Instrucciones al obispo de Pasto*, le ordena, de parte de la Santa Sede: *En nombre de nuestro Santísimo Padre le recomiendo que se abstenga de intervenir en la política, y, sobre todo, que sea un poco más moderado con los enemigos en las cartas pastorales. Esto os lo impone, no solamente vuestro carácter episcopal, sino también vuestra condición de extranjero* [138].

El gobierno de Ecuador insistió en la remoción de Monseñor Ezequiel de la sede de Pasto. En mayo de 1905 parecía que el asunto estaba decidido en el gobierno de Reyes (de Colombia). Por eso Ezequiel escribe: *Consta que Reyes se ha quejado a la Santa Sede y hasta que ha mandado al ministro que tiene en Madrid que pase a Roma a tratar mi asunto. No es sólo el telegrama el que motiva eso; es la cuestión de hace años, o sea, que el Ecuador lo pide, porque ha llegado a decir Reyes que pueden venir cuestiones internacionales, si yo sigo en Pasto, y aun derramamiento de sangre.*

El delegado ha recibido ya cables de Roma sobre mi asunto y ha contestado que yo arreglaré la cosa con el gobierno. No me han dicho aún cómo ni estoy dispuesto a hacerlo, si lo que me exijan envuelve algo que puedan traducir los fieles como debilidad [139].

Pero todo el pueblo de Pasto se movilizó para apoyar a su obispo. Él escribe: *Dios ha hecho que en estos mismos días, al solo rumor de que intentaban sacarme de aquí, saliera en masa en mi defensa todo cuanto hay de sano y respetable en la diócesis, haciendo elogios que no merezco, a pesar de que yo no sólo no hacía cosa alguna por quedarme, sino que gozaba al pensar que pudiera ser que volviera a la celda que ama mi alma y a la que pediría con instancia me dejaran volver, si no fuera por el temor de hacer mi propia voluntad y por el remordimiento de que cantaran triunfo, con desaliento y perjuicio de los buenos, los enemigos de la Iglesia, que ya llevan cerca de nueve años trabajando por sacarme de aquí. Son esos mismos los que hacen cuanto pueden contra la Iglesia en el Ecuador, y se han burlado y se burlan de la Santa Sede de la manera más descarada e impía…*

Si, pues, todo lo respetable y sano de esta diócesis: magistrados, generales, comerciantes, señoras las más distinguidas, artesanos, clero secular, jesuitas, capuchinos, filipenses, manifiestan su contento por tenerme a su lado y

---

[138] Ragonesi, *Instrucciones al obispo de Pasto*, Bogotá, 7 de diciembre de 1904, en Disquisitio 147.
[139] Carta a Eliseo Villota, Bogotá, 23 de mayo de 1905.

me elogian, y si a esto se añaden los elogios de mi arzobispo y del mismo excelentísimo señor Presidente de la República, ¿qué es lo que queda contra mí? ¿El odio de los enemigos de mi Señor Jesucristo?, ¿sus ultrajes y calumnias? ¡Ah! Si estos enemigos me alabaran, tendría miedo, porque Jesucristo ya sabemos que dijo "Beati eritis cum maledixerint vobis" (bienaventurados seréis cuando os maldigan)*, etc. No quiero que me alaben los que insultan a mi Señor Jesucristo.*

Ocurre por aquí que los del pueblo, buenos en su mayor parte, engañados por los liberales con pretexto del monopolio de aguardientes que ha puesto el gobierno, iban tomando una actitud que anunciaba gravísimos desórdenes y tenían a la ciudad en alarma. Dios nuestro Señor ha querido aquietar los ánimos por medio del escrito que tengo el gusto de remitir adjunto a V.E. No sabemos si los liberales los volverán a engañar, pero ayer mismo me aseguraba el señor gobernador que nada había ya que temer [140].

28. ÚLTIMA ENFERMEDAD

Estando en Bogotá en 1905 comenzó a sentir el cáncer que lo llevó al sepulcro. Algunos opinaban que fue envenenado. El obispo Esteban Rojas declaró: *He oído decir a algunos padres capuchinos, compañeros del siervo de Dios, que él fue envenenado con un poco de rapé con el que contrajo el cáncer que le produjo la muerte. He oído decir que los liberales de Pasto habían asegurado que el siervo de Dios no volvería de obispo a Pasto, lo que hacía suponer que el veneno puesto en Bogotá en el rapé debería haberle impedido el retorno a Pasto*[141].

Esta versión no pudo ser confirmada, pero lo que sí es cierto que los liberales intentaron matarlo. Así lo manifiesta Monseñor Ismael Perdomo, obispo de Ibagué: *He oído referir al padre Mariano Mosquera que vivió en Pasto con Monseñor Ezequiel que una vez se presentó en el palacio episcopal en horas de la noche un hombre que quería hablar con el obispo, porque tenía necesidad. Monseñor estaba en el oratorio haciendo oración y ordenó que lo dejasen pasar. Mientras aquel individuo se acercaba a la puerta del oratorio, el obispo Ezequiel le dijo: "Desgraciado, todavía no es mi hora". Al desconocido se le cayó el puñal que llevaba y creo que dijo que aquel hombre era emisario de la masonería. Todo quedó en secreto* [142]. Era el año 1903.

---

[140] Carta al delegado apostólico Francesco Ragonesi, Pasto, 5 de enero de 1905.
[141] Alia Nova Positio, p. 19.
[142] Sum p. 276.

El mismo Ezequiel escribió: *Un señor me aseguró que la mala gente no esperaba que yo volviera vivo de mi visita a la Costa. Lo oyó a ellos mismos* [143].

Sobre su enfermedad escribe: *En Bogotá me principió una enfermedad a la nariz que sigue y parece algo serio. Por lo menos preocupa a los médicos. La cabeza no me deja trabajar, pues está muy pesada por la enfermedad* [144].

Los médicos me declararon sin remedio con llagas malignas palatino-nasales en las que hay que operar y ellos no tienen medios. Los fieles y el clero han rezado mucho y voy tirando y no sé qué querrá de mí nuestro Jesús: estoy por completo a su disposición divina. La cabeza no me deja escribir [145].

No desaparecen los síntomas graves de la enfermedad y hoy me han visitado dos padres jesuitas, dos capuchinos, dos filipenses y el señor vicario con otro sacerdote para "mandarme" que me marche a Europa. Si Dios no me mejora en estos días, me marcharé a mediados de este mes [146].

El dieciocho de diciembre salió de Pasto, acompañado del padre Alberto Fernández y del hermano Manuel Pérez. Hicieron noche en la hacienda de Yaruquí, pasaron el día diecinueve por Iles y pernoctaron en El Contadero. El dos visitaron el celebré santuario mariano de Las Lajas. Después de despedirse de su amadísima Madre y Señora, Madre nuestra, partió hacia Pastás, pasando por Ipiales y pernoctó en Guachucal, yendo luego a Piedra-ancha, donde ordenó de sacerdote a un diácono.

Por todas partes por donde pasaba, aquellas buenas gentes le ofrecían todo género de cuidados y no faltaban quienes lloraban por la enfermedad que padecía, pues todos estaban agradecidos a sus cuidados pastorales, manifestados en sus visitas, sobre todo en la última de 1903.

En Barbacoas entró cuando celebraban la fiesta de Pascua y todos lo recibieron con grandes muestras de cariño. El día 26 de diciembre de 1905 por la noche se embarcó en *El Telembí*, navegando hasta el atardecer del día siguiente. Llegaron a Tumaco y allí estuvieron hasta el 6 de enero. Lo examinó un médico norteamericano y calificó su enfermedad de cáncer lupus o benigno y, por tanto, curable: opinión que fue también de otro doctor de Panamá.

De Tumaco embarcaron en el vapor *Manabí* rumbo a Panamá, llegando el día 11 y partiendo el 13 para Colón, en cuyas aguas estaba el vapor de la

---

[143] Carta a Íñigo Narro, Pasto, 14 de enero de 1897.
[144] Carta a Enrique Pérez, Pasto, 21 de octubre de 1905.
[145] Carta a Maurilio Detroux, Pasto, 25 de noviembre de 1905.
[146] Carta a Carmen Navarrete, Pasto, 5 de diciembre de 1905.

Transatlántica *Antonio López*, que lo condujo a España. Sus continuos y acerbos dolores no le permitían estar acostado sino a cortos intervalos, viéndose obligado a pasar las noches sentado o paseando por el camarote. No obstante, celebró misa todos los días y oía otras dos: las del padre Alberto y del padre Quirino, un agustino calzado, que venía desde Perú.

Llegaron a Cádiz el 8 de febrero. El vapor, por algunos desperfectos, no podía continuar hasta Barcelona y se quedó en Cádiz, de donde tomó el tren para ir a Madrid con intención de ir después a Barcelona. Pero, cuando los Superiores lo vieron tan desmejorado en Madrid, no le permitieron continuar el viaje y le hicieron revisar por el especialista doctor Compaired, quien dijo que el cáncer era operable y que debía hacerse cuanto antes. Lo internaron en la clínica del Rosario de las hermanas de Santa Ana. El 14 de febrero fue operado, dispuesto a ofrecer todos sus sufrimientos por amor a Jesús. La idea de *Jesús lo quiere* le daba mucha fuerza espiritual.

El doctor Joaquín Canalejo, sobrino del doctor Compaired que lo operó, dice: *Comenzó la operación con el acostumbrado cloroformo. La cloroformización no fue completa, porque convenía conservar el reflejo laríngeo a fin de evitar la posible entrada de sangre en las vías respiratorias, que produce la muerte por asfixia mecánica... En un instante de reposo para tomar un instrumento, que no se podía encontrar, quedamos sorprendidos al ver que el paciente levantó la cabeza, se volvió a un lado y escupió sangre que se le había acumulado en la boca. Se dio orden de anestesiarlo... No sé de cuándo el ilustre paciente había recuperado la sensibilidad, ya que ningún otro movimiento lo había hecho suponer, pero sin duda había sido hacía bastante, porque aquel movimiento no fue instintivo, sino perfectamente consciente.*

Se le quiso dar cloroformo, pero el enfermo hizo una señal con la mano de que no era necesario. Y proseguimos la operación sin anestesia. Habremos tardado un par de horas y el enfermo no hizo ni el más mínimo movimiento de defensa contra nuestro doloroso trabajo; ni siquiera cuando el termocauterio se le fue un poco de la mano y le quemó la lengua y el labio. De esta manera, obedecía perfectamente al doctor Compaired durante la operación, cuando le decía que escupiera la sangre cuando la sintiera acumularse en la boca [147].

La hermana Nicolasa Ain Ferrer declaró: *En una de las curaciones que le hicieron después de la operación, en un raspado, le dieron cocaína para evitarle sufrimientos, aunque él manifestaba repugnancia, diciendo que no le podían evitar el dolor. Esa vez se sintió tan agotado que parecía estar en peligro de muerte y su cabeza cayó sobre los brazos de esta testigo. Al reaccionar pidió la*

[147] Sum pp. 73-74.

extremaunción, pensando que se moría y exclamaba: "Virgen Santísima, ¿consentirás que muera fuera de mi convento? No lo permitas, madre mía" [148].

Sor Dolores Albas certifica: *Siendo yo una de las hermanas más jóvenes de la comunidad, me obedecía a la más mínima indicación como si fuese la Madre Superiora u otra persona de autoridad. Me di cuenta de que, cuando estaba en cama, nunca tocaba la campanilla para pedir lo que necesitaba y esperaba a que entrara alguna hermana para pedirlo. Un día le dije que le mandaba que tocara la campanilla cuando necesitara algo, y lo hacía sólo por obedecer* [149].

Después de la primera operación, el cáncer continuó su obra destructora y fue necesaria otra segunda operación, llevada a cabo el 29 de marzo. Duró una hora, que soportó con la valentía de un mártir. Después tuvo que soportar varios cauterios y raspaduras.

Cuando podía alzarse de la cama después de la operación, su primera visita era al coro, que estaba cerca de su habitación, y allí permanecía largo rato en adoración ante Jesús sacramentado; de modo que, cuando las hermanas encargadas de curarlo y darle los alimentos lo buscaban, iban allí a encontrarlo. Después de tomar sus alimentos, iba a visitar la sala de los pobres operados. Iba de cama en cama, dando a los enfermos a besar su cruz pectoral y manifestándoles con señas, ya que no podía hablar, que tuvieran resignación y paciencia. Y todos quedaban edificados. El día que se despidió para irse, le respondió a una hermana que le decía por qué no se quedaba todavía: "Aquí estoy bien, pero voy a morir a mi querido convento de Monteagudo". Al despedirse de los otros enfermos, todos lloraban y decían: "Se va un santo" [150].

El 19 de marzo escribió: *Sigo muy mal y, aunque cure lo de la boca, quedo inútil, porque no puedo hablar, ni comer y estoy completamente sordo* [151].

El 31 de mayo, después de tres meses y medio en la clínica, salió de Madrid y, al día siguiente, llegó a su amado convento de Monteagudo, donde escogió una celda pobrísima, pero con la ventaja de tener una tribuna que daba a la iglesia y de donde podía ver el sagrario para estar en permanente contacto con Jesús sacramentado y con la imagen de la Virgen del Camino.

Monseñor Minguella escribe: *El 22 de febrero lo visité, y estuvimos largo rato abrazados; ¡cuánto me dijo con su silencio! No encontré en su rostro la más*

---

[148] Sum pp. 125-126.
[149] Sum p. 128.
[150] Sor Apolonia Castero; Sum p. 121.
[151] Carta a Enrique Pérez, Madrid, 19 de mayo de 1906.

mínima huella de la operación, a pesar de que le habían seccionado la nariz por ambos lados; ni noté absolutamente nada que no fuese atractivo. A su mirar, siempre dulce, parecía darle entonces indefinibles encantos el dolor que no se veía, pero que se adivinaba. Tuve, en fin, que hacerme violencia para separarme de él, porque advertí lo materialmente trabajoso que le era el hablarme. Todavía lo visité el 11 y 21 de mayo; una de estas veces había salido a nuestra residencia de la calle de Juan Bravo, y allí lo encontré acompañado de nuestros padres. Estaba muy sordo, y, si bien dificultosamente, nos dijo con su acostumbrada gracia y sonriendo: "Pueden murmurar de mí a mansalva, porque no oigo nada" [152].

Sobre sus últimos días declaró el padre Alberto Fernández: *El estado de tan querido padre va siendo cada día más grave. Desde el 19 de junio no ha vuelto a levantarse de la cama. Y aun en ella no encuentra posición en la que pueda descansar de los fuertes y acerbos dolores que sufre con santa y envidiable resignación. En esta enfermedad es donde ha probado su virtud acrisolada, porque, después de las dolorosas curaciones, ahora sufre tantos dolores sin poder hablar y casi oír. Él espera con santa resignación la muerte, que ve aproximarse, y en todo el tiempo de la enfermedad no he observado un acto de impaciencia, y ni perder un momento su dulzura habitual y su modo de ser* [153].

Trece días después manifiesta: *A la pérdida del oído hay que añadir el estrabismo en la vista que se le ha presentado hace unos cuatro días; ya el cáncer ha invadido todo el cerebro, y sufre lo indecible, pero con una paciencia y resignación admirables. Lo único que se le oye es invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María. ¡Qué envidiable es su santa paciencia! La cabeza la tiene perfectamente; pero no pregunta por nadie, ni se preocupa de nada; está desligado del mundo, y no piensa más que en la otra vida* [154].

En los dos últimos días ya no pudo deglutir alimento alguno. Su garganta arruinada no admitía ni siquiera el agua. Le aplacaban la sed aplicando a sus labios resecos algodones empapados en agua fresca. Esta misma circunstancia entorpeció la administración del Viático. Sólo tras media hora de prueba con formas no consagradas, fue posible introducirle la hostia consagrada.

La unción de los enfermos se le administró solemnemente, con asistencia de toda la comunidad. El día 18 de agosto hacia las 9 de la noche sufrió un síncope, y de nuevo le acompañó la comunidad. La noche del 18 la transcurrió

---

[152] Minguella, pp. 315-317.
[153] Carta del padre Alberto Fernández, Monteagudo, 10 de julio de 1906.
[154] Carta del padre Alberto Fernández, Monteagudo, 23 de julio de 1906.

con cierta agitación, asistido por el padre Eugenio Cantera que manifestó al respecto: *Le encontré realmente en estado de suma gravedad, como me había dicho el padre Alberto. Tenía los brazos fuera de la sábana y los movía con frecuencia; se sentía, al parecer, muy agitado. Me coloqué a la cabecera de la cama y no cesaba de observar todos los movimientos del enfermo; su rostro pálido y demacrado, sus manos descarnadas, su aspecto de mortal agonía. Me parecía ver en él un retrato fiel del Crucificado, de aquel Jesús a quien él amó y por el cual sufrió innumerables trabajos y persecuciones. De cuando en cuando arrojaba por los oídos una especie de pus, que yo le limpiaba con una toalla; y lo mismo hacía cuando arrojaba algo parecido por los ojos. ¡Cuánto, cuánto sufría el pobrecito! Era un mártir que inmolaba su vida por Dios con una generosidad sin límite.*

Así pasaron unas cuantas horas, lentas, tristes, densas de emoción y de angustia. Varias veces, durante aquella noche se llevó las manos a la cabeza, como si quisiera sujetarla para que no estallara. Allí estaba el mal, el foco de su enfermedad, la causa de su muerte...

Hacia las cuatro de la mañana me dijo el padre Alberto que pensaba celebrar la santa misa allí mismo, en la habitación o celda del padre Ezequiel, pues había de servir de gran consuelo a tan querido e ilustre enfermo. Así se hizo… En aquellos momentos de su agonía me pareció su persona solemne y majestuosa como nunca. Tomé el crucifijo y con un enorme temor reverencial me acerqué al santo enfermo. Le puse el crucifijo en los labios y le exhorté a ofrecer a Dios sus dolores y su vida en satisfacción de sus pecados, para dar gloria a Dios y alcanzar la conversión de todos los pecadores a los que él tanto amó... Pasaron, por fin, aquellos 15 ó 20 minutos que me parecieron eternos. Poco a poco reaccionó el enfermo con gran alegría de mi alma.

Terminó la noche con un detalle interesante que quiero consignar. Ya he dicho que durante la noche movía los brazos de un lado al otro con frecuencia. Pues bien, serían las seis de la mañana cuando volvió la cabeza y comenzó a mirarme con mucha atención. Sin duda quería alguna cosa y le pregunté en voz alta qué era lo que deseaba. No me respondió, pero hizo ademán de querer incorporarse en la cama y le ayudé para que lo hiciera con más comodidad. Una vez sentado, comenzó a arreglar la ropa de la cama. Tiraba de una manta por aquí, extendía las sábanas por allá; pasó después las manos por encima para que quedase todo liso, sin pliegues ni arruga alguna. Intrigado estaba yo esperando a ver en qué terminaba todo aquello. Al acabar su tarea, me miró de nuevo, como preguntando si estaba todo bien. Yo le respondí afirmativamente. Entonces se tendió de nuevo sobre la cama y se subió las mantas y sábanas hasta el cuello como para abrigarse bien y cubrirse con mucha modestia. Hecho esto

sacó sus brazos y los extendió con gran majestad sobre la cama. Parecía un obispo en actitud de bendecir o confirmar a sus fieles [155].

El padre Alberto Fernández nos dice: *Por fin, a las siete y media notamos que se aproximaba la hora en que el Señor lo llamaba a Sí y se reunió toda la comunidad, leyéndole la recomendación del alma. Hasta los últimos momentos tuvo conocimiento; pues, si bien es verdad que ya no me apretaba con toda la mano, lo hacía con el dedo pulgar* [156].

Su agonía fue tranquilísima. Permaneció inmóvil como una estatua hasta que murió a las ocho y media de la mañana [157]. Era el día 19 de agosto de 1906.

En su testamento había escrito: *A todos suplico que rueguen a Dios por mi pobre alma. Deseo y pido que me entierren con mi santo hábito religioso, como hijo de mi gran Padre San Agustín… Confieso una vez más que el liberalismo es pecado, enemigo de la Iglesia y del reino de Jesucristo y la ruina de los pueblos y naciones. Y queriendo enseñar esto, aún después de muerto, deseo que en la sala donde será expuesto mi cadáver y también en el templo durante las exequias, se ponga un cartel con las palabras: "El liberalismo es pecado"* [158].

Lo amortajaron con el hábito agustiniano y velaron su cadáver los religiosos conforme al ceremonial de la Orden. Transcurridas 24 horas, es decir, el día 20 de agosto, fue revestido con los ornamentos pontificales, disponiéndose el sepelio para el día 22. Monseñor Ferrero, obispo misionero de Jaro (Filipinas) presidió la misa solemne. El obispo de Sigüenza, Monseñor Toribio Minguella, fue el encargado de la Oración fúnebre. Terminado el discurso fúnebre, tuvo lugar el entierro en la misma iglesia, en sepultura abierta en el suelo, frente al altar de Nuestra Señora de la Consolación en la nave lateral de la parte del Evangelio. El cadáver fue encerrado en una fuerte caja de ciprés, la cual fue precintada y sellada con cuatro sellos de plomo.

Antes del entierro, algunos de los asistentes veneraron el cadáver como el de un santo y no se pudo evitar que algunos cortasen pedazos del roquete y otras vestiduras para guardarlas como reliquias. *Por disposición del difunto, durante los funerales y a la vista de todos se expuso un cartel con estas palabras: "El liberalismo es pecado"* [159].

---

[155] Cuesta Martínez Ángel, *Beato Ezequiel Moreno, el camino del deber*, Roma, 1975, pp. 572-574.
[156] Minguella, p. 322.
[157] Cuesta Martínez Ángel, Beato Ezequiel Moreno, el camino del deber, Roma, 1975, p. 575.
[158] Nova Positio, p. 62.
[159] Sum p. 319.

Los periódicos de España y Colombia dieron noticia de su muerte. Se le ensalzaba y reconocía como un santo. En Pasto guardaron tres días de luto oficial y celebraron solemnes exequias con asistencia de las principales autoridades religiosas, civiles y militares.

En su epitafio escribieron: *Aquí reposa el Ilmo. y Rvdmo. Sr. fray Ezequiel Moreno Díaz, hijo Rector de este Colegio, obispo de Pasto en Colombia, glorioso por su ciencia, gloriosísimo por su virtud y esforzado propugnador de la verdad católica. De esta casa voló al cielo el día 19 de agosto de 1906. Roguemos por él o él ruegue por nosotros.*

Su sucesor en la diócesis de Pasto, Monseñor Pueyo certificó: *El recuerdo del padre Ezequiel se conserva en la diócesis como el de un santo. El clero reunido para los ejercicios espirituales de agosto de 1918 me pidió que reclamase la traslación de sus restos a la capilla del Santísimo de la catedral de Pasto donde quiso ser enterrado por disposición testamentaria* [160]. Así lo hizo, pero la Orden no accedió a su petición.

29. REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE

El padre Ezequiel había escrito: *Cuando estemos ya en el otro mundo, ¿qué nos importará que nuestro nombre se conserve o se borre de la memoria de los hombres? Cuando todo lo de esta vida haya acabado para nosotros, ¿qué nos importará haber gozado mucho en ella? Cuando llegue la hora terrible de los grandes desengaños, la hora de la muerte, ¿qué nos importará haber sido ricos, haber ocupado puestos distinguidos en la sociedad, haber figurado en el mundo? Preguntemos a los muertos: ellos nos dicen, con mudo pero elocuente lenguaje, que nada les queda de cuanto tuvieron en vida, y que riquezas, honores, dignidades, reputación, fama y todo cuanto aprecia el mundo, todo es humo, vanidad de vanidades, cosas que desaparecen, nada; y que la salvación es lo único importante, porque a ella está ligada la dicha eterna del alma, que no ha de perecer* [161].

La muerte es el fin de los trabajos y la puerta del cielo, cuando nuestra vida ha sido conforme a la voluntad de Dios. En ese sentido la muerte de personas queridas no nos debe causar pena, sino más bien cierta alegría, porque llegaron a su fin, al término de su carrera, que es gozar de Dios. Vivamos de

---

[160] Alia nova Positio, p. 37.
[161] Segunda pastoral, Chámeza 16 de enero de 1895.

modo que nuestra muerte sea la puerta del cielo, fin de los trabajos y principio de la verdadera vida de la gloria [162].

30. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Inmediatamente después de su muerte Dios ensalzó al padre Ezequiel con obras maravillosas. Una de ellas la cuenta el mismo Monseñor Toribio Minguella en su libro. Escribe así: *Era el día 9 de septiembre del año 1908: a eso de la una y media de la tarde sentí de improviso fuertísimos dolores al bajo vientre, y como desde hace algún tiempo tengo un padecimiento herniario, supuse que había sufrido una estrangulación. Ello es que la fuerza del dolor me dejó muy encorvado, y no podía ponerme derecho, ni podían echarme en la cama. La situación se agravaba por momentos, sobrevinieron vómitos y descomposición, llamaron al médico y con su anuencia, aunque a petición mía, me confesé, disponiéndose todos a traerme el Viático de mi Oratorio, pues la urgencia no daba tiempo para más. El padre Alberto Fernández se acordó entonces de que llevaba en la cartera la estampa del Sagrado Corazón de Jesús que el padre Ezequiel tuvo en sus manos y besaba a la hora de la muerte: no sin trabajo, porque estaba sosteniéndome con sus brazos en mi agonía, sacó la estampa, me advirtió la procedencia, la acercó a mis labios, y yo, según me recuerdan, dije: "Ezequiel, ora pro me", e instantáneamente desaparecieron aquellos terribles dolores y quedé fatigado, sí, pero completamente bien, pudiendo levantarme aquella misma tarde.*

El médico doctor Carlos Fernández Congosto, cuya firma legaliza el notario de esta ciudad doctor Eduardo Ortega, dice en su certificación: Doctor Carlos Fernández Congosto, doctor en medicina y cirugía, con ejercicio en la ciudad de Sigüenza, certifico que el día 9 de septiembre de 1908 fui llamado para asistir al ilustrísimo señor obispo de esta diócesis, fray Toribio Minguella y Arnedo, quien padecía una estrangulación herniada con agudísimos dolores en la región inguinal del lado afecto. La inminencia de un funesto desenlace fue tal, que se aconsejó le fuesen administrados los auxilios espirituales. Después de confesado le dieron a besar una estampa que había pertenecido al ilustrísimo señor obispo de Pasto (Colombia), fray Ezequiel Moreno Díaz, y los dolores desaparecieron instantáneamente (a pesar de que la hernia continuaba sin poderse reducir), con lo cual pudo ser instalado en su lecho el ilustre enfermo, donde merced a un tratamiento adecuado pudo reaccionar, reduciéndose espontáneamente la hernia una hora después.

[162] Carta a Matilde Umaña, Támara, 18 de noviembre de 1895.

Y para que pueda hacerse constar donde convenga, expido la presente, que firmo en Sigüenza a 20 de diciembre de 1908. Carlos Fernández Congosto[163].

Otro caso acaeció en Pasto, y está consignado en carta del 15 de marzo de 1912. Dice así: *Como a los cinco días del mes de noviembre del año 1911 a las nueve de la mañana, poco más o menos, se encontraban nuestros hijos Carlos Enrique, Rebeca y Josefina, de edad de once, nueve y siete años, respectivamente, jugando en una de las habitaciones de la casa. Carlos Enrique toma un revólver, marca Smit, calibre 38, que se hallaba cargado, y encontrándose con Rebeca frente a frente, a distancia de un metro, aquél apuntaba a ésta, ignorando ambos que el arma contenía cápsulas, y dispara. Mas ¿qué sucede? Le da el proyectil en el pecho, precisamente donde nuestra hija Rebeca tenía un pedacito de los "guantes que usó el ilustrísimo señor Moreno"; la bala hunde un tantito la mencionada reliquia; se desvía, tornando una dirección transversal, y va a clavarse a la pared contigua, a distancia de tres varas, introduciéndose tres centímetros, y a la chica apenas le causó dos pequeños raspones, el uno en el lugar donde directamente iba la bala, el pecho, y el otro, mediante la desviación, en la parte superior del brazo. Nuestra hija Rebeca desde ese mismo instante quedó sana, implorando a Dios, y bendiciendo todos los de casa a nuestro ilustrísimo prelado, autor del favor. —Ángel L. Zarama y Delia Delgado de Zarama.*

Otro prodigio lo refiere el padre Pedro Fabo en su libro. Dice así: *Todavía va ondulando de periódico en periódico y de hogar en hogar el eco del acontecimiento que se verificó el año 1909 en el convento de monjas agustinas de Aldaz, Navarra. Hacía más de catorce años que una religiosa sufría tuberculosis ósea en la columna vertebral, lo que en medicina recibe el nombre de "mal vertebral de Pott". En un principio tomó algunas medicinas calmantes, pero en vano; la enfermedad siguió su curso hasta que sobrevino en la doliente una señal inequívoca de incurabilidad, una fístula al exterior. Al llegar a este estado el mal de Pott, dice la ciencia que es incurable. Ya la religiosa no tomaba remedios, porque estaba desahuciada. Movida por la fama de santidad del recién muerto obispo agustino, la comunidad resolvió hacer a la Santísima Trinidad dos novenas para obtener la curación de aquella enferma por mediación del padre Ezequiel y, al tercer día de la segunda novena, la enferma se curó de repente, dejó la cama y comenzó a comer, moverse y trabajar como las demás religiosas, curada por completo. Examináronla los médicos, tomó radiografías un profesional de San Sebastián, pero para mayor seguridad y certeza se obtuvo de la sagrada Congregación de religiosos, licencia para que la monja saliese de la clausura y se trasladase a Madrid con el fin de ser*

[163] Minguella, pp. 476-477.

examinada por algún especialista. Hecho lo cual, los hermanos Ratera, reconocidos como las primeras eminencias de la especialidad en España, no vacilaron en estampar autorizando con su firma un informe en el que aparece esta frase: "Mal vertebral de Pott, curado" [164].

Sor Micaela Balza certifica: *En nuestro convento de dominicas de Alfaro, sor María de los Dolores, estando en el noviciado, una noche sintió fuertes dolores a la espalda que le ocasionaba una pústula en la parte superior del brazo que tenía desde hacía dos años. Por fin se encomendó al Sagrado Corazón de Jesús por intercesión del padre Ezequiel, recitando durante nueve días tres padrenuestros. Al final de la novena, el pedacito de la túnica del padre Ezequiel, que se había puesto sobre la parte enferma, le bajó hasta el pulso, encontrándose totalmente curada. El hecho fue publicado en la revista Santa Rita* [165].

El padre Basilio Zarantón refiere: *El año 1911 el señor Fructuoso Carra, albañil, de unos cuarenta años, sufría desde hacía veinte días, dolores intensos al vientre y no encontrando remedio se aplicó un pedacito del hábito del padre Ezequiel, quedando instantáneamente curado sin que dichos dolores se hayan reproducido* [166].

La señora Lorenza Sáinz estaba mal desde hacía ocho años a causa de un parto. Los médicos la atendían pero sin resultado. Fue hasta Pamplona a ver a un especialista, quien le dijo que su mal no tenía remedio. Entonces se encomendó al padre Ezequiel, aplicándose una reliquia y curó instantáneamente [167].

La señora Francisca Fluente declara: *Me encontraba enferma según el parecer de los médicos de un tumor interno sin poder cumplir mis obligaciones y sufriendo agudos dolores. Viendo que no había cura, recurrí al padre Ezequiel y me apliqué un pedacito de su hábito a las partes adoloridas y los dolores desaparecieron. Por ello siempre estaré agradecida a Dios y a mi protector el padre Ezequiel* [168].

Monseñor Ismael Perdomo, obispo de Ibagué en Colombia, certifica: *En la región de Mariguita un señor de apellido Fithgeral estaba desahuciado por los médicos y ya estaba preparada la tumba para su sepultura. Le aplicaron una reliquia del Ilmo. Ezequiel y el enfermo deliraba diciendo: "Aquí está el obispo que me dice que no moriré". Yo mismo tomé su testimonio y lo remití a los*

---

164 *Compendio de la Biografía de fray Ezequiel Moreno*, Madrid, 1918, pp. 116-120.
165 Sum p. 371.
166 Sum pp. 371-372 y Sum 392-393.
167 Sum p. 375.
168 Sum p. 394.

padres recoletos. Recuerdo que en el testimonio jurado decía él que la gente lo llamaba el resucitado [169].

31. AMOR A LA EUCARISTÍA

Su vida estuvo centrada en Jesús Eucaristía. Jesús era su amigo y confidente. Ante él se pasaba muchas horas, especialmente en la noche. Tenía un promedio de seis horas de oración cada día. Los que vivían con él lo encontraban en la capilla en los momentos más impensados del día o de la noche. Desde que entró a formar parte de la Liga santa del Corazón de Jesús, el 19 de julio de 1899, se incentivó su amor a Jesús sacramentado. Los jueves de todo el año practicaba la Hora Santa de once a doce de la noche. Los primeros viernes organizaba algún acto en honor del Corazón de Jesús, y solía asistir a la iglesia de los padres jesuitas. El 25 de cada mes, que era el día de las víctimas, celebraba misa en la capilla de las hermanas betlemitas, predicando a las religiosas y colegialas.

Les decía a las víctimas: *¡Viva Jesús! ¡Oh, por qué rincones le he llamado y por qué soledades le he dicho!: "¡Te amo, Jesús mío! Todo se oponía a eso, todo hacía resistencia, pero Él en su bondad, no me ha dejado. ¡Bendito seas, Jesús de mi alma!*

Sólo un día he dejado de recibirle, porque fue imposible. Estuve enfermo unos días, cuatro sin tomar nada de alimento, pero pude comulgar todos los días[170].

El padre Andrés P. Pérez afirma que, *estando en Pasto, ofreció su capilla episcopal para establecer allí la adoración diurna y nocturna, pues era un propagador incansable del culto del Santísimo Sacramento y del Corazón de María. Especialmente veneró a María en el misterio de su Inmaculada Concepción y consagró solemnemente la diócesis de Pasto a la Inmaculada Concepción* [171].

El señor César Castillo refiere: *Había días que parecía que no había usado la cama, aunque tratara de disimularlo de alguna manera. Me consta que por la noche solía ir a la capilla y yo iba a las once o las doce y lo veía. Y lo mismo a las cuatro, lo que me sorprendía siendo yo el encargado de vigilar que la lámpara del Santísimo estuviese siempre encendida* [172].

---

[169] Sum p. 397.
[170] Carta a las víctimas, Tumaco, 27 de junio de 1903.
[171] Sum p. 155.
[172] Sum p. 213.

Todos los días en Pasto hacía una visita al Santísimo de tres cuartos de hora en la mañana y una hora en la tarde [173]*. Recomendaba mucho el uso de jaculatorias y decía que eran como dardos de amor que se lanzaban al divino Corazón de Jesús* [174]*.*

Su amor a Jesús era verdaderamente inmenso. Escribe: *Deseo, cada día más, amar mucho a nuestro buen Jesús, y discurro medios y maneras de pedírselo de modo que me lo dé. Hoy, 25, algo ha quedado de aquello que se siente en la capillita del colegio con los cánticos, con las comuniones, con la plática con nuestro Jesús patente en aquel pobre ostensorio, pero rico por el cariño con que se prepara y por el afecto con que se le mira por lo que contiene. ¡Oh Jesús mío... nuestro...! Llenadnos de Vos, ocupando por entero nuestros corazones; dadnos amor, mucho amor; si no, ¿para qué la vida? ¡Ah! Venid de una vez, Dueño de nuestro ser; venid con plenitud de gracia y de amor para que nuestra vida sea en Vos y para Vos.*

Son las diez y veinte minutos de la noche en este momento; he venido de la capilla y estoy para ir otra vez a pasar con nuestro Jesús la hora de las once a las doce, porque mañana es viernes. ¡Qué bondad! Por mí, mi flaqueza me dice que me vaya a dormir, y el buen Jesús me lleva a su sagrario. ¡Oh, qué distinción! ¡Qué misericordia! La gran mayoría estará durmiendo, y mi Jesús..., nuestro Jesús, me hace la gracia de que esté con Él. ¡Os lo agradezco, Dueño mío! No soy yo el que hago gracia; es mi Jesús, nuestro Jesús, el que me la hace. ¡Bendito sea! ¡Una y mil veces bendito, porque nos llama, nos insta, nos urge, nos hace violencia, y todas esas cosas son bondades, misericordias, distinciones, amores, cosas del amorosísimo Corazón de nuestro Jesús! [175]*.*

32. SACRILEGIO EN RÍOBAMBA

Don precioso es la Eucaristía. El que se lo apropia, goza de todos los bienes. No hay riquezas, no hay tesoros, no hay hermosuras, ni bellezas, ni alegrías, ni placeres que puedan igualarse a ese don, prodigio del amor divino...

¿Qué más podemos decir del amor de Jesucristo en la Eucaristía? Que hablen los afectos; que hablen las almas que lo experimentan, pero, ¡ay! nos podrían decir poco, muy poco. ¡Venid, serafines! vosotros que rodeando el trono de gloria de Jesucristo le decís sin cesar, Santo, Santo, Santo, bajad y en vuestro idioma celestial, contadnos las bellezas, los amores y las ternuras de la

---

[173] Sum p. 115.
[174] Sum p. 177.
[175] Carta a María Luisa Salinas, Pasto, 25 de febrero de 1904.

Eucaristía. ¡Ah! tampoco podéis decirnos todo; jamás nos lo diréis, porque lo infinito no puede ser comprendido por una criatura, por más que ésta sea un serafín abrasado en el amor divino. ¡Oh amor! ¡Oh amor de Jesús! Que toda lengua alabe tu bondad inmensa ¡oh divino Redentor! y a Ti sea dado todo honor, bendición y gloria.

¡Cristianos! ¿No merece gratitud eterna por parte de los hombres el enamorado Jesús? Después de esas pruebas de amor que Jesucristo les ha dado, ¿no era de esperar que los hombres le correspondieran, y sintieran sus corazones inflamados de amor hacia Él? ¿Puede haber otro ser tan digno del amor de los hombres? ¡Los hombres sin embargo, no aman a Jesucristo!... En lugar de acción de gracias, de alabanzas de amor, como debida correspondencia a sus beneficios, a sus bondades, a su amor, la ingratitud, ese viento abrasador y raíz de todo mal espiritual, como la llama mi gran Padre San Agustín, llega hasta el punto de ultrajar a Jesucristo en el adorable Sacramento, compendio de su sabiduría, de su poder y de su amor. El alma se llena de amargura al pensar en esta triste realidad. Sí; olvido, desprecio, ultrajes furor, fiereza… he ahí la correspondencia de los hombres al fino cariño y delicado amor de Jesucristo sacramentado para con ellos.

Jesús está entre nosotros, pero parece que se ignora esta hermosa y consoladora verdad. ¿Quién piensa en Él? ¿Quién lo visita? ¿Quién se acerca al sagrario, donde espera día y noche? ¡Ah! En ciertas horas del día, nuestros templos están completamente desiertos, y Jesús, el dulce Jesús, solo… olvidado… abandonado...

Jesús se da a nosotros en el sacramento de vida; nos llama, nos busca, para que lo recibamos, y de tal manera nos llama y nos busca, que pudiera creerse ¡oh bondad infinita! pudiera creerse que le hacemos falta, que nos necesita. Y ¿quién oye esos llamamientos amorosos? ¿Cuántos son los que lo reciben? ¡Oh vergüenza! La Iglesia tiene que mandar que se le reciba una vez... siquiera una vez al año... y ¡oh dolor! ni una vez siquiera lo reciben muchos cristianos, no digo en el año, pero ni en diez... ni en veinte... ni en treinta o más años; acaso no lo han recibido más que en la primera comunión que hicieron cuando niños, y ya son viejos y están cercanos a comparecer ante Aquel a quien no quisieron recibir en la tierra...

La ingratitud de los hombres para con Jesucristo sacramentado va aún más allá de lo que dejamos dicho: llega a la irreverencia y al desprecio. Se ven hombres que, en presencia de la hostia consagrada, no doblan ya la rodilla… Se ven otros en posturas que no se permitirían guardar en una reunión de gente medianamente culta y educada. Otros con espíritu distraído, más aún, volviendo la vista a todos lados; buscando un ídolo a quien tributar el homenaje de amor

debido a Jesucristo. Otros, en fin, ríen, hablan y juegan en presencia de Jesús sacramentado, mientras los serafines tiemblan y se postran reverentes ante su divina Majestad.

¿Eso es todo? No. Jesucristo es hasta ultrajado en el sacramento de su amor, comuniones sacrílegas, con robos impíos; con dudas de su presencia real; con descaradas negaciones del misterio, con risas irónicas, con burlas, con blasfemias horribles.

Cuando meditamos en esos ultrajes, nos preguntamos diciendo en nuestro interior: ¿pararán ahí los agravios que se hacen a Jesucristo en la sagrada Eucaristía? ¡Oh dolor! Hechos escandalosos contestan que no paran ahí; que aún tienen los hombres para Jesucristo sacramentado odio, rabia, furor, fiereza... Sí, hasta fiereza tienen los hombres para el dulce y manso Jesús, que tanto los amó y tanto los ama. ¿Por qué callar cuando cerca de nosotros, y hace apenas un mes, han puesto de manifiesto los hombres ese odio, esa rabia, ese furor y esa fiereza para con nuestro Jesús sacramentado? ¿Por qué callar cuando no contentos los enemigos de Jesucristo con haber asesinado a un ministro suyo, herido a otros y encarcelado a un virtuoso y valiente obispo, hicieron a Jesucristo sacramentado el blanco de las burlas más groseras, de los insultos más atrevidos y de los agravios más criminales? ¿Por qué callar, cuando no satisfechos con haber profanado el templo y hecho pedazos las imágenes de los santos y de Nuestra Señora, rompieron el sagrario con frenética ira y con fiereza espantosa estrujaron entre sus manos el divino sacramento; arrojaron al suelo y pisotearon las sagradas formas; las comieron con infernal osadía, y bebieron después aguardiente en los vasos sagrados? ¡Gran Dios! ¿Dónde está tu poder, aquel poder que llena de espanto a los abismos y encadena las tempestades? ¿Dónde aquella voz que derrite los collados que parecían eternos, y derriba los seculares cedros? ¡Ah! Es más, mucho más admirable vuestra paciencia, que horrible la malicia del hombre; pero eres ¡oh Dios mío! eres paciente, porque eres eterno: no haces más que esperar un poco...

Bien sabéis, hijos míos, que esos horrendos sacrilegios tuvieron lugar el mes pasado en la población de Ríobamba, de la vecina República del Ecuador; los habréis leído en los papeles públicos, o por lo menos los habréis oído. En vista de esa escena horrible de profanación, de sangre y de impiedad, ved si hemos tenido razón para deciros una y otra vez que el liberalismo es REBELIÓN CONTRA DIOS, y por consiguiente, malísimo, y la gran calamidad de la época presente.

¿Qué decís de los agravios hechos a Jesucristo en Ríobamba? ¿Qué decís al ver a Jesús sacramentado arrastrado por los suelos, pisoteado, comido por

sacrílegos, ofendido, ultrajado, escarnecido?... ¿Qué decís al saber y meditar que todo eso se hizo con ira, con furor, con rabia, con fiereza impropia de hombres?... El Dios vilipendiado en Ríobamba es nuestro Dios... ¿Qué hacemos en vista de tantos baldones y tan punibles ataques al tierno, al dulce, al enamorado Jesús sacramentado? ¿No se conmueven nuestros corazones y no se duelen en lo más íntimo por esos impíos ataques e indignos tratamientos? ¿Quedaremos indiferentes, fríos, helados, conociendo ese crimen horrendo de ODIO A DIOS de que ha sido blanco Jesucristo en el sacramento de su amor, crimen que parece propio solamente de Satanás?...

No imitemos a esos católicos que leen u oyen esas escenas horrendas, como si leyeran u oyeran otra cosa cualquiera, y como si en nada les afectaran los atropellos a los ministros del altar, a la Religión y al mismo Dios. Tampoco debemos oír a los que dicen que hay que acomodarse a las circunstancias, dando a entender, que debemos resignarnos a presenciar en silencio esa guerra inicua que se hace a Jesucristo y a cuanto con Él se relaciona ¡Cobardes! Estos católicos no quieren sufrir cosa alguna por Aquel que tanto sufrió por ellos. Les asustan las burlas, insultos, calumnias e iras de los enemigos de su Dios. ¿Qué sería del catolicismo si el Papa, los obispos, los sacerdotes y los buenos fieles se acomodaran a las circunstancias y callaran cuando se levanten errores y persecuciones contra la Iglesia? Horror causa el solo pensamiento de las consecuencias que se seguirían de esa conducta cobarde y vergonzosa. Preciso es, pues, en esos casos echar mano de todos los medios legales para oponerse al mal, y necesaria es al menos la protesta, si otra cosa no se puede hacer.

Protestemos, pues, contra los bárbaros ultrajes que han hecho los liberales de Ríobamba a nuestro Señor Jesucristo, y hagamos todo lo posible por desagraviarle y consolarle. La ocasión no puede ser más propicia, porque el día del Sagrado Corazón está cerca, y es el gran día de reparación escogido por el mismo Jesucristo. A ese gran día precede la augusta solemnidad del Corpus, con su Octava, en la que se tributa culto especial al Santísimo Sacramento, tan vilmente profanado en Ríobamba. Todo, pues, invita a que hagamos muchos y fervorosos actos de desagravio. Pero Nos deseamos hacer algo especial como solemne protesta contra los hechos impíos y salvajes de Ríobamba, y con ese objeto determinamos se celebren las funciones siguientes:

1. *En los días 23, 24 y 25 se celebrarán funciones de desagravio en la iglesia catedral, con exposiciones del Santísimo Sacramento, desde las seis de la mañana hasta la noche; misa solemne a las nueve de la mañana, y a las cinco de la tarde rosario, sermón, trisagio con canto al Sagrado Corazón de Jesús, y Reserva. En la tarde del último día se hará la procesión de costumbre con nuestro Santísimo Sacramento.*

¡Almas cristianas! ¡Acompañad a Jesucristo en esos días de reparación! ¡Que nadie falte a darle gloria! ¡No esperéis que os busquen e inviten, porque no es posible que lleguéis a figuraros que es Jesucristo el que os necesita, y no vosotros a Él, o que Él vale poco y vosotros mucho!... ¡Ofreceos voluntariamente para hacer lo que podáis en obsequio de nuestro Jesús sacramentado! ¡Que se vea entusiasmo religioso en dar honra a la hostia consagrada! ¡Que haya concurrencia numerosa a las procesiones y actos religiosos! ¡Que abunden las luces, flores, colgaduras, banderas y arcos triunfales para el Rey de los siglos! Sobre todo, hijos míos, ¡que haya exuberancia de fe, veneración profunda, comuniones reparadoras y amor...mucho amor para nuestro buen Jesús sacramentado! ¡Honor y gloria a Jesucristo sacramentado! ¡Honor y gloria de Jesucristo sacramentado! ¡Bendito y alabado sea para siempre el Santísimo Sacramento del Altar! ¡Mil y millones de millones de veces sea bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar! [176].

33. SACRILEGIO EN TUMACO

¡Cuánto sufrió también por los sacrilegios cometidos por los liberales en Tumaco! Escribe: *En la madrugada del domingo 12 del mes de julio de 1903, íbamos a la iglesia en compañía del padre Gerardo Larrondo, que con permiso de sus Superiores, hace la gran caridad de trabajar en esta población en bien de las almas. Los muchachos que ayudan en la iglesia, se habían adelantado a nosotros como unos ocho minutos, así que, al llegar nosotros a la puerta de la iglesia, lo primero que nos dijo el mayor de ellos fue esto: "Han robado el sagrario, y han tirado los ramos de flores y otras cosas".*

Pueden figurarse, amados hijos, lo fuerte, doloroso y amargo de la impresión recibida al oír esas palabras. No creíamos llegara a tanto y corrimos al altar, y... ¿cuál no sería nuestro espanto y nuestra pena al ver que, en efecto, habían sacado el sagrario del altar, y se lo habían llevado? Busquemos, le dije al padre, busquemos por todas partes, para ver si encontramos algo. Recorrimos y registramos la sacristía; subió el padre por el retablo del altar mayor; recorrimos las naves de la iglesia, y nada se encontraba. Mientras el padre subía al coro y a la torre, yo me dirigía al extremo de la nave del Evangelio, punto por donde, con poco esfuerzo, se podía entrar a la iglesia, cerrada con tabla. Allí vi el sagrario en el suelo, con sus adornos separados, y me llené de angustia pensando que estuviera roto, y que se hubieran llevado el copón con las sagradas formas. Llamé al padre y a los muchachos que iban con él, levantamos el sagrario, y ¡oh alegría indecible! estaba sin rotura alguna, y cerrada la portezuela, lo que daba seguridad de que estaba dentro el divino tesoro. Lo

[176] Pastoral 7, Pasto, 12 de junio de 1897.

llevamos al altar, lo abrimos, y allí encontramos al divino Jesús sacramentado, pero ¿cómo? El copón estaba abierto y las sagradas formas derramadas y metidas entre el corporal y el capillo, y algunas pegadas a una de las paredes del sagrario. Todo indicaba que el sagrario había sido sacudido con violencia, y el sitio donde se encontró daba a entender que se trató de sacarlo, pues, estaba debajo del agujero que abrieron para entrar y por el cual el sagrario, que es algo grande, no cupo. Este fue el horrendo sacrilegio cometido contra nuestro Señor Jesucristo sacramentado. ¡Oh Dios Omnipotente! ¡Más de admirar es vuestra paciencia, que la osadía del atrevido sacrílego!...

Las formas consagradas eran las que se llevaron nuestra atención en aquellos momentos de angustia, y por este motivo, hasta que no las recogimos y dejamos el sagrario limpio y aseado, no nos fijamos con detención en el ultraje que también hicieron a la Santísima Virgen María en su imagen del Carmen, que se hallaba en el altar mayor con motivo de la novena que se le estaba haciendo. La encontramos con los vestidos bastante alzados, viéndose el armazón de madera sobre el que tiene los brazos y cabeza. Le robaron un broche de poco valor que tenía en el manto, permitiéndolo así su Hijo santísimo para que por ese broche se descubrieran los criminales, como así ha sucedido.

A las ocho y media comenzó el padre Gerardo a celebrar la misa parroquial, y después del Evangelio subimos al púlpito, para ponderar a los fieles lo negro y espantoso del sacrilegio cometido, y excitarlos a desagraviar a nuestro Señor Jesucristo, y consolar su amante Corazón. Nada pudimos decir en un principio; pero nuestro llanto lo decía todo y los fieles comprendieron todo, y me acompañaron en el llanto. Creíamos, no sin razón, que con nuestras lágrimas dábamos algún consuelo al Corazón de nuestro Jesús ultrajado, y llorando permanecimos largo rato. Ya no había necesidad por entonces de ponderar el crimen cometido, y prorrumpimos en alabanzas a Dios. ¡Dios sea bendito! ¡Bendito su santo nombre! Así seguimos hasta el ¡Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar! Esta alabanza la repetimos varias veces, y seguimos para alabar a la Santísima Virgen, que también había sido ultrajada. El fervor de todos los que había en la iglesia, era visible, y se levantaba como protesta elocuente contra el nefando sacrilegio.

Propusimos un Triduo de reparación con el Santísimo Sacramento manifiesto, y se expuso ya en la misma misa que se celebraba. Las señoritas y señoras que, aquí, son las que saben cánticos religiosos, sin nada indicarles, principiaron a cantar el "Perdón ¡oh Dios mío!". Concluido que fue, cantaron el "Corazón Santo", "Tú reinarás", "Tú, nuestro encanto siempre serás".

El pueblo repetía esto con entusiasmo y fervor indecibles. Cantaron, por último, la alabanza "Gloria al Señor", que, repetida por la multitud, enternecía y llenaba de devoción.

Todo el día del domingo hubo numerosa concurrencia de fieles, que adoraban a Jesús sacramentado. Las socias del Sagrado Corazón de Jesús e Hijas de María se relevaban por turno, teniendo candelas en las manos mientras adoraban.

En los días lunes y martes también hubo muchos fieles que visitaron y adoraron a Jesús sacramentado, y muchos que lo recibieron en sus pechos como comunión reparadora. Las distribuciones por la tarde estuvieron muy concurridas, y en ellas, además del rosario y sermón, se entonaba alguno de los cánticos dichos, sabidos del pueblo, que cantaba lleno de fervor.

En el último día sacamos y paseamos en triunfo a Jesús sacramentado, para dar a entender a sus enemigos, que a cada blasfemia y a cada ultraje que lanzan contra Él, sus fieles servidores responden con miles de alabanzas y miles de actos de desagravio. Las señoras habían levantado cuatro lujosísimos y bonitos altares, donde se colocó la custodia y se cantaron motetes. Todas las niñas de la escuela iban con elegantísimos trajes blancos, y algunas vestidas de ángeles...

¡Almas cristianas! ¡Fieles hijos de la Iglesia! Recordamos lo que habéis hecho en otras ocasiones, en que se os ha llamado a consolar a Jesucristo ultrajado por los hombres, y esperamos que en esta ocasión, en que de un modo tan salvaje se le ha ofendido en esta diócesis, haréis nuevos esfuerzos para desagraviarle y consolarle. ¡Acudid al pie del altar donde se exponga a Jesucristo sacramentado! ¡Llenadlo de luces, de flores, de adornos! ¡Haced en su presencia repetidos actos de reparación! ¡Dirigidle tiernos afectos y cariñosos suspiros! ¡Dadle, sobre todo, amor, mucho amor, y repetid sin cansaros el "Bendito sea Jesús en el sacramento del Altar, y también Bendita sea la gran Madre de Dios, María Santísima" [177].

Y el mismo día en que escribió la pastoral denunciando el sacrilegio cometido por los liberales, les escribió a las almas víctimas: *¡Pobre nuestro Jesús! ¡Dueño nuestro...! ¿Qué haces a los hombres para que así te traten? Lo fino de tu amor en la Eucaristía no tiene nombre, ¿por qué, pues, te maltratan en ese sacramento de tu amor? ¡Jesús..., Jesús amable... Jesús dulce, amante, bello, hermosísimo, te amo; te amo con todo mi ser, con toda la intensidad posible, ya que hay hombres que te odian! ¿Es posible? ¡Odiarte a Ti..., a Ti, Jesús*

[177] Pastoral 19, Tumaco, 17 de julio de 1903.

amabilísimo! ¿Qué negra venda cubre los ojos de los hombres, que no les deja ver lo digno que eres de todo amor? Date a conocer, Jesús mío, date a conocer para que te amen, pues será imposible que te conozcan y no te amen. Atrae a los hombres con tus gracias, con tus luces, con tu hermosura divina, con tu amor arrebatador e irresistible. ¡Ah! Tú lo quieres; quieres poner fuego en todos los corazones y que ardan en tu amor ¿Cómo no arden? ¿Qué resistencia ponen los hombres para que ese tu querer divino quede sin efecto o no se realice en muchos de ellos? ¡Oh, desgraciados hombres! Lejos de arder sus corazones en el fuego del amor divino arden con el fuego del infierno, donde no hay más que desesperación y odio.

Te amamos, dulce Dueño nuestro; te amamos todo lo posible para reparar, en lo poco que podemos, los ultrajes que recibes de nuestros enemigos. Te adoramos humildemente, como a nuestro Dios y Señor. Te alabamos y glorificamos, y llamamos a toda la creación y a tu Corazón mismo para amarte, adorarte, alabarte y glorificarte. Gloria a ti, amado dueño de nuestras almas: gloria a ti sin medida y sin fin [178].

34. AMOR A MARÍA

Ya desde muy niño acompañaba a su padre por las calles de Alfaro, rezando el rosario de la aurora. Como pertenecía la capilla de música del pueblo, tenía oportunidad, especialmente en el mes de mayo, de cantar en la iglesia bellas canciones a María con su hermosa voz. Cuando estaba en Bogotá, también le gustaba cantar estas canciones a María, aprendidas de niño, al igual que las canciones al Corazón de Jesús en el mes de junio.

Al hacerse religioso tomó el nombre de fray Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario. Nunca dejó de rezar el rosario, a no ser por grave enfermedad.

Cuando estaba de Rector del Colegio de Monteagudo tomó especial devoción a la Virgen bajo el nombre de Nuestra Señora del Camino, patrona del pueblo. Y estando ya mortalmente herido por el cáncer, quiso morir en Monteagudo y dijo: *Voy a morirme al lado de mi madre.*

En Filipinas organizó algunas procesiones con la imagen de la Virgen en momentos de calamidades públicas. Esto mismo hizo en Monteagudo en compañía de algunos párrocos de los pueblos vecinos, cuando se presentó la epidemia del cólera. En Colombia hacía misas solemnes y procesiones para la

[178] Carta a las víctimas, Tumaco, 17 de julio de 1903.

fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria en el convento del Desierto; y lo mismo en Bogotá con ocasión de algunas fiestas marianas.

En Pasto animó a sus feligreses a desagraviar a Jesús Eucaristía y a la Virgen María, cuando tuvo lugar en 1903 la profanación de la Eucaristía y de una imagen de la Virgen el Carmen. En Pasto autorizó una colecta para erigir una estatua a la Inmaculada Concepción. Y buscó firmas para que el Departamento de Nariño, cuya capital era Pasto, se llamara Departamento de la Inmaculada Concepción, aunque no lo consiguió.

Entre sus proyectos más queridos estaba la construcción de una basílica a Nuestra Señora de Las Lajas. Hizo los preparativos y colocó la primera piedra, pero a causa de la guerra no pudo ver terminado este proyecto. Se suspendieron las obras cuando se había levantado el primer arco sobre el barranco. En la actualidad es una hermosa basílica que reúne a miles de peregrinos cada año. En la fachada hay un hermoso medallón con la efigie de Monseñor Ezequiel Moreno.

Antes de regresar definitivamente a España en 1905, quiso despedirse de la Virgen y fue al pequeño santuario de Las Lajas. Sor María Marta, una religiosa franciscana que se encontraba allí en ese momento, recordaba que lo vio después de la misa, llorando un rato, de rodillas, a las plantas de María. Una de sus pastorales la dedicó a este santuario y a la devoción a la Virgen de Las Lajas.

En esta pastoral escribe: *¡María! ¡Madre! ¡Virgen pura, Virgen santa, Virgen inmaculada! Contened la corriente de error y de vicio que se desborda por todas partes. Triunfad de vuestros enemigos y nuestros. Y, mientras dura la lucha, ayudad a los que combaten, fortaleced a los desalentados y débiles, consolad a los que sufren, proteged a todos. Bendecid, Madre mía, a mis diocesanos como yo los bendigo en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén* [179].

En la dedicatoria de su libro *Devoción a los dolores internos del Sagrado Corazón de Jesús* decía: *Queridísima madre mía, María Santísima, os ofrezco con todo el afecto de mi corazón este pequeño trabajo hecho exclusivamente con el fin de infundir devoción en alguna alma a los dolores internos del Sagrado Corazón de Jesús, vuestro amantísimo Hijo, y se anime a sufrir en su compañía para reparar las ofensas que le hacen los hombres y la ingratitud con que responden a su amor, causa de sus dolores.*

[179] Pastoral 22, Pasto, 2 de agosto de 1904.

Al final del librito escribe: *Madre mía, no era posible que concluyera este librito sin acordarme de ti y sin decir a los hombres que te amen mucho. Era necesario que, habiendo hablado del Corazón de tu divino Hijo, hablara también de tu Corazón.*

Y a sus diocesanos de Pasto les decía: *Amad con todo el corazón a María Santísima, excelsa Madre de Dios y madre nuestra, porque sabido es que no baja gracia alguna del cielo a la tierra que no pase por sus benditas manos, según enseña san Bernardo* [180].

Y les repartía gran número de medallas, rosarios, estampas, escapularios, etc. Además de la Virgen María, sus santos predilectos eran san José, san Agustín, san Ezequiel profeta y los santos de la Orden agustiniana. Entre ellos tenía una especial devoción a la beata Inés de Benigánim.

35. DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

Su devoción al Corazón de Jesús iba de la mano con su devoción y amor a Jesús Eucaristía, porque son dos aspectos de la misma realidad. Hablar del Corazón de Jesús es hablar del mismo Jesús en persona. El Corazón de Jesús está vivo y palpitante en la Eucaristía. Por eso, podemos decir que el Corazón de Jesús vivo es el mismo Jesús que nos espera en la Eucaristía.

Lo primero que hizo al llegar a su diócesis de Pasto, fue renovar la consagración que ya un antecesor suyo había hecho de la diócesis al Corazón de Jesús. Él la renovaba cada año. Y escribe: *Estamos en el mes del sagrado Corazón de Jesús, y aquí, en esta población, se le hacen funciones grandiosas. El día del sagrado Corazón celebré de pontifical, con sermón, etc. Después de la misa, al concluir, se renueva el acto de la consagración de toda la diócesis al sagrado Corazón que se hizo ya hace años. La población se engalana con cortinajes, arcos y banderas, y por la tarde se saca por las calles en procesión el Santísimo Sacramento con un lujo extraordinario. Durante la procesión se cantan motetes en cuatro altares elegantísimos, como nunca he visto por ahí, y al llegar de vuelta a la iglesia, y antes de entrar en ella, se da la bendición a los miles de fieles que la esperan arrodillados en una gran plaza.*

Al domingo inmediato, la fiesta se celebra en la iglesia de los padres jesuitas, que tengo aquí, y también asistí y oficié de semipontifical. También se adornaron los balcones y hubo iluminación la víspera y el día en honor al sagrado Corazón de Jesús.

---

[180] Pastoral 3, Pasto, 12 de junio de 1896.

En la actualidad estamos recogiendo peticiones y representaciones de los pueblos para que las dirijan al Congreso y éste consagre por una ley toda la República al sagrado Corazón de Jesús. No sabemos si se conseguirá esto; pero, por de pronto, los pueblos de mi diócesis, con sus concejos municipales (ayuntamientos), lo piden y lo suplican, y el Corazón de Jesús pagará ese acto, aun cuando de otras partes no lo pidan y por eso lo nieguen o no lo tengan en cuenta los representantes de la Nación [181].

De hecho y en parte gracias a sus iniciativas, Colombia fue consagrada solemnemente al Corazón de Jesús el 22 de junio de 1902, al finalizar la guerra de los mil días.

En su escudo episcopal estaba presente el Corazón de Jesús con las palabras *Fortitudo mea et refugium meum es tu*. Al respecto no dice: *Confesamos nuestra flaqueza y debilidad; pero bien sabéis que nuestro escudo de armas es la imagen del sagrado Corazón de Jesús, y que a esa imagen preciosa rodean estas palabras: "Fortitudo mea et refugium meum es tu". "Tú eres mi fortaleza y refugio". Colocamos de intento esas palabras alrededor del divino Corazón para que fueran una confesión constante de nuestra propia debilidad, acto continuo de nuestra confianza en Él, y perpetua jaculatoria que le mueva a protegernos. No hay momento en que no hablen esas palabras al Corazón de Jesús, porque esa es nuestra intención de siempre, ni instante en que no le repitamos con ellas: "Tú eres mi fortaleza y mi refugio"; y nos parece que ese divino Corazón nos contesta diciendo: "Ego ero tecum". "Yo estaré contigo". Esto nos anima en medio de nuestra propia debilidad, y confiando en el Corazón del Omnipotente, es como os prometemos seguir luchando por su gloria y por la salvación de vuestras almas hasta el último momento de nuestra vida.*

Bien sabemos lo que nos espera en esta lucha, y demasiado lo sabéis vosotros también, amados hijos, porque ya lo habéis visto: burlas, ultrajes, calumnias, persecuciones, continuo sufrir; pero ¿qué cosa puede haber más dulce para Nos, que sufrir por la gloria de Dios y por vuestro bien, por vosotros, que tan acreedores os habéis hecho a eso y a más que pudiéramos daros? ¿De qué otro modo pudiera corresponder mejor a vuestro afecto que sufriendo por vuestras almas y salud eterna? ¿A qué mayor bien, además, podemos aspirar que a sufrir por Aquel que sufrió por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz? De esa manera y con la gracia de Dios, quisiéramos pasar el poco tiempo que nos queda de vida temporal, como la mejor preparación para pasar a la vida

[181] Carta a sor Dolores, Pasto, 28 de junio de 1898.

eterna y feliz de la gloria, único bien positivo al que todos debemos aspirar con toda nuestra alma, y procurar con todas nuestras fuerzas [182].

Recomendamos a todos con el mayor encarecimiento esa devoción al Corazón de Jesús y suplicamos que dentro de ella lleguen hasta la práctica de la dulce y llena de encantos comunión reparadora, que tanto bien proporciona a las almas que la hacen, y tantos consuelos lleva al sagrado Corazón de Jesús, ultrajado de tantos modos por sus enemigos en el sacramento de su amor, y con la persecución que hacen a su Iglesia santa, a su Vicario en la tierra el Sumo Pontífice de Roma, a sus sacerdotes y a todo cuanto con Él se relaciona. ¡Que reine, hijos míos, el sagrado Corazón de Jesús en nuestras almas! ¡Que reine en las familias! ¡Que reine en los pueblos! ¡Que reine en la sociedad, y todo será salvo! Fuera de Él no hay salvación posible [183].

Era tan intenso su amor a Jesús que deseaba dar la vida por él. *En varias oportunidades manifestó el deseo de tenía de sufrir el martirio* [184]. Y decía: *Jesús y yo. No necesito más, ni aspiro a más: Jesús y yo. Jesús y yo, siempre con Él y Él conmigo, en la oración y en el rezo: Jesús y yo en la labor y en el recreo. Jesús y yo en la celda, en los claustros, en el refectorio, en la huerta, en el coro, en todas partes y a todas horas. Jesús y yo* [185].

36. DOLORES INTERNOS

Las religiosas betlemitas, Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, fueron fundadas por san Pedro Betancourt, quien a los 24 años fue desde Canarias, donde había nacido, a Guatemala, llegando en 1651. Se dedicó a atender a pobres y enfermos. Creó una hospedería y, con los compañeros que se le unieron, fundó el Instituto Betlemítico, así llamado por su especial devoción el misterio de Belén[186]. También fundó la rama femenina; pero, después de siglo y medio de fundada, apenas quedaban religiosas de esta Congregación. Entonces, una joven nacida en Quezaltenango, Guatemala, tomó el hábito en 1830, en el único convento que todavía existía. Se llamaba Vicenta, pero al ingresar al convento cambió su nombre por el de Encarnación. Ella fue la destinada por la Providencia a dar nueva vida a la agonizante Congregación. Fundó varias casas en Guatemala, Costa Rica, Colombia y Ecuador. Murió en olor de santidad el 24 de

---

[182] Pastoral 10, Pasto, 11 de junio de 1899.
[183] Pastoral 3, Pasto, 12 de junio de 1896.
[184] Sum p. 81.
[185] Carta a Dolores de San José, Pasto, 1 de diciembre de 1902.
[186] La fundación masculina, la primera y única Orden fundada en América fue suprimida en 1820 y restaurada en 1984 por el Papa Juan Pablo II.

agosto de 1886 en Tulcán (Ecuador). Actualmente esta Congregación está presente en 12 países de 4 continentes.

Cuando en 1895, en medio de la guerra, los liberales revolucionarios abrieron su sepulcro buscando armas, encontraron su cuerpo incorrupto. Para evitar profanaciones, las hermanas trasladaron su cuerpo a Pasto, donde Monseñor Ezequiel las apoyó mucho, especialmente para extender la devoción a los dolores internos del Corazón de Jesús.

Sor Encarnación manifestó en unas notas íntimas: *En la noche del Jueves Santo de 1857, estando en oración a las dos de la mañana, oí una voz interior que me decía: "Los hombres no celebran los dolores de mi Corazón". Estas palabras parecía que con un buril o diamante me las grababan en el alma. Como me causaron tanta admiración, di cuenta de ellas a mis directores espirituales, los cuales no hicieron mucho caso por entonces. Pasados algunos días, acabando de comulgar oí la misma voz: "Los hombres no celebran los dolores de mi Corazón". Como estas palabras me sumergían en el abismo de mi miseria, le dije al Señor: "Dios mío, si quieres que los dolores de tu amante Corazón se celebren, como yo soy incapaz de promover esta devoción, ¿por qué no te vales de una religiosa teresa, capuchina o catalina?". Díjome el Señor: "Porque he puesto en ti mis ojos, atendiendo a tu gran miseria". Con esto sentí tal amor a mi Jesús que quedé bañada en dulce llanto...*

Una noche que sufría el insomnio que produce el amor divino cuando el alma recibe grandes consuelos, o, por el contrario, sufre penas, pavor y tristeza; en esa noche, de repente, vi aparecer ante mi vista una luz clarísima, no como la del sol, sino blanquísima y suave, pues no ofendía la vista. En medio de esta apacible luz, se me presentó Nuestro Señor Jesucristo, derramando sangre de todos sus poros, y con melifluo acento, mientras me descubría su amante Corazón, traspasado con diez dardos que sobremanera le herían y oprimían, me dijo: "Estos diez dardos me traspasan, porque los hombres quebrantan los diez mandamientos de mi santa Ley". Quedé como en éxtasis y comprendí estos diez dolores del modo siguiente: 1°. Sufría por ver a su Padre gravemente ofendido por los pecadores, que por amar a las criaturas no le aman á El, que es la única fuente de felicidad. 2°. Por las herejías que se propagan por todo el mundo. 3°. La apostasía de tantos malos cristianos. 4°. El olvido y desprecio que los hombres hacen de sus beneficios. 5°. El desprecio de sus gracias y sacramentos. 6°. Por la poca o ninguna memoria que se tiene de su acerba pasión y muerte. 7°. La frialdad e indiferencia de los que se dicen sus amigos. Estos siete dardos circundaban las extremidades del divino Corazón; los tres siguientes el centro. 8°. Los escándalos y sacrilegios de los malos sacerdotes. 9°. El violar los votos las esposas de Cristo. 10°. La persecución de los justos.

Con aprobación de la autoridad eclesiástica se celebró la fiesta de los Dolores del Corazón de Jesús por primera vez en Guatemala el 25 de agosto de 1857.

Al principio Monseñor Ezequiel tomó estas revelaciones con prudencia, pero después de una fuerte experiencia religiosa en la capilla de las betlemitas de Pasto, abrazó esta devoción con todo el fervor de su alma.

El padre Gregorio Segura escribe: *El 25 de agosto de 1899, Monseñor Ezequiel celebró la misa en el convento de las religiosas betlemitas de Pasto. En ese día se celebraba la fiesta de los Dolores internos del Corazón de Jesús. Después de la misa quedó un largo tiempo, muy largo, en acción de gracias, de modo que las religiosas se extrañaron, pero no querían interrumpirlo. Finalmente se levantó y dijo a una religiosa: "Desde ahora esta fiesta se debe celebrar con toda la solemnidad posible". Hasta ese momento era un poco refractario a esa devoción. Por eso se supone que tuvo alguna luz divina o alguna gracia especial durante la misa. Al poco tiempo escribió un librito sobre los dolores internos del Corazón de Jesús lleno de unción y de piadosos sentimientos* [187].

Desde Colombia pasó esta devoción a otras ciudades de América y hasta España. En una carta escribió: *Tengo que dar la grata noticia de que en Bogotá hicimos funciones solemnísimas de los Dolores Internos. Todas las personas que han llegado a tener devoción o por la lectura de mi librito o por otros medios de que Dios se ha valido, habían hablado a mis religiosos para hacer un solemne novenario que precediera al 25 de agosto, y quiso el divino Corazón que yo llegara para el primer día de la novena. Ésta fue solemnísima, y la iglesia se llenaba todos los días de gente de lo principal de Bogotá. En la fiesta del 25 de agosto pontifiqué, y después de la misa pontifical quedó expuesto nuestro Amo y adorado por grupos de señoras que se relevaban. Hubo sermón en la misa, trisagio a las doce, y otro sermón en la distribución de la tarde. Todo estuvo concurridísimo y con lujo extraordinario.*

En el mes de octubre rogaron mucho las personas devotas de los Dolores Internos para que yo no me marchara antes del 25, como pensaba, porque se pensaba hacer otro solemne novenario y gran fiesta. Tenían empeño en que yo predicara, y lo consiguieron, y todo se hizo solemnísimo y muy concurrido.

Por otra parte, *tengo unas señoritas que fueron a enseñar la doctrina a los indios de Sibundoy y Santiago, y se titulan "Esclavas del Corazón de Jesús, reparadoras de sus Dolores Internos". El hábito es negro. Lo que vuestras*

[187] Padre Gregorio Segura, Sum p. 108.

reverencias llevan blanco en el pecho, ellas lo llevan medio lacre y una cadenita al cuello que baja a un Corazón de Jesús con los dardos, que llevan colocado al lado del corazón. Ya ve, pues, que se hace algo por la devoción de los Dolores Internos, y se lo digo para que se alegre [188].

Esta nueva Congregación fue fundada con la autorización y apoyo de Monseñor Ezequiel en la diócesis de Pasto.

La señorita Teófila Cabrera se le presentó una día para pedirle que deseaba ir al Caquetá para dedicarse a la formación de las niñas de la región. Esta intrépida señorita juntó algunas compañeras y le pidió al obispo que pudieran vestir un hábito.

El obispo accedió a sus deseos y apoyó su obra misionera en el Caquetá. El 25 de marzo de 1904 recibió los votos temporales de la iniciadora y de otra compañera, llamándolas "Esclavas de Jesús, reparadoras de sus dolores internos". Para ellas escribió unas Reglas, en las que se indica que su finalidad es la enseñanza de la doctrina cristiana a los ignorantes y aliviar de algún modo los dolores internos del Corazón de Jesús, causados por los pecados de los hombres.

En una carta escribe: *No muy lejos de Pasto hay cuatro pueblecitos de indios en el mismo estado medio salvaje de los sálivas. Cuando fui por ahí había dejado tres señoritas enseñando la doctrina en esos pueblecitos. Hoy son ya doce con su hábito en esta forma: hábito y velo negros, cuello lacre oscuro y en él el Corazón de Jesús traspasado con los diez dardos. Del cuello de la religiosa cae una cadena de metal que la amarra al Corazón de Jesús en señal de esclavitud. Se llaman "Esclavas de Jesús aliviadoras de los Dolores Internos de su amorosísimo Corazón". El fin de la Congregación es aliviar los dolores del Corazón de Jesús, enseñando la doctrina cristiana, dondequiera que las mande la obediencia, aunque sea entre salvajes. Su misión la han principiado con esos salvajes y se están portando como heroínas, atravesando a pie, ríos y páramos*[189].

37. LA LIGA SANTA

Surgió en Pasto una Liga santa, cuyos fundadores fueron el padre jesuita Maurilio Detroux y Monseñor Ezequiel con la madre betlemita sor Asunción

---

[188] Carta a Asunción Rivera, Pasto, 19 de enero de 1904.
[189] Carta a Luisa Ferreira, Pasto, 6 de febrero de 1904.

Rivera y la piadosa señora Carmen Navarrete. Cuando se comunicaban entre ellos para hablar de sus cosas íntimas, que muchos no podrían entender, escribían con seudónimos. El padre Ezequiel lo hacía con el seudónimo de sor María Anita de Jesús.

Esta Liga fue fundada el año 1899 y este mismo año publicaron el folleto *Liga santa de víctimas del sagrado Corazón de Jesús*.

La Liga santa constaba de dos grados. Los pertenecientes al primer grado se comprometían a sobrellevar con paciencia los trabajos y tribulaciones que el Señor les mandara, aspirando a llegar al segundo grado. Éstos, no sólo pedían conformidad y generosidad para aceptar los trabajos y sufrimientos que el Señor se dignara enviarles, sino que pedían directamente al Señor trabajos, adversidades, enfermedades y hasta persecuciones para hacerse más semejantes a Jesús como verdaderas víctimas de Jesús en el mundo.

Monseñor Ezequiel era del segundo grado y él mismo compuso para las víctimas la siguiente oración: *Dulcísimo Jesús mío, que por mi amor os hicisteis varón de dolores, oprobio de los hombres y que quisisteis vivir pobre, menospreciado en trabajos y privaciones hasta el punto de no tener dónde reclinar la cabeza para infundirnos el deseo de llevar una vida semejante a la vuestra. Yo, amado de mi alma, para imitaros, abrazo con el más tierno afecto los dolores, las enfermedades, la pobreza y las humillaciones; y las considero como hermosas partecitas de vuestra cruz. Como Vos, oh amor mío, quiero vivir pobre, ultrajado, menospreciado, adolorido, llagado de pies a cabeza, clavado con Vos en la cruz. Y, si os place, llegar en ella hasta el extremo de ser abandonado y privado de la sensible asistencia del Padre celestial.*

Contando, oh Jesús mío, con vuestra gracia eficaz, os pido humildemente: mandadme dolores, enfermedades, pobreza, desgracia, amarguras, angustias, lo que sea de nuestro beneplácito y lo llevaré gustoso por amor vuestro. Soy, amor mío, vuestra víctima. Haced de mí lo que os plazca en el tiempo y en la eternidad, con tal que se salven almas y yo os dé alguna gloria. Estas mismas gracias pido para las almas de la Liga santa con quienes estoy unido a vuestro dulcísimo Corazón.

Los días 25 de cada mes era la fecha especial en que todos los miembros de la Liga santa se sentían unidos, como si fuera un día de fiesta.

En carta a los miembros de la Liga santa les decía: *Jesús de mi alma ¿por qué no obras el prodigio de matarme de amor hacia Ti? Ven, Jesús mío, ven y sacia mi pobre alma. Ven y andemos juntos por estos caminos y valles cantando amor... Que yo oiga tu voz en el ruido de los ríos, de los torrentes, de las*

cascadas... Que me llame hacia Ti el suave roce de las hojas de los árboles agitadas por el viento... Que te vea, bien mío, en la hermosura de las flores. Que los ardientes rayos del sol de la costa sean fríos, muy fríos, comparados con los rayos de amor que te lance mi corazón. Que las gotas de agua que me han caído y me caigan sean pedacitos de tu amor que me hagan prorrumpir en otros tantos actos de ese amor. Que mi sed y mi cansancio y mis privaciones y mis fatigas sean... ¿qué, amor mío, qué han de ser? ¡Ah, ya lo sé y Tú me lo has inspirado! ¡Que sean suspiros de mi alma enamorada, cariños, amor mío, ternura, afectos, rachas huracanadas de amor, pero loco... Jesús mío, amor loco! Te lo he pedido tantas veces... ¿Cuándo, mi Jesús, cuándo me oyes? ¡Ah, te amo de todos modos!... Jesús mío, de todos modo te amo [190].

¡Jesús..., Jesús..., Jesús mío...! ¿Cuándo? Y casi no sé decirte otra cosa en mis oraciones, Jesús de mi alma... ¿Cuándo? Y me parece que Tú solo, Jesús mío, comprendes todo lo que te quiero decir con esa palabra. ¡Oh Jesús de mi alma...! Te quiero decir tanto..., tanto... ¿Cuándo, pues, Jesús mío? Creo que también mis hermanas penetran también lo que quiero decir con eso. ¿Cuándo? Es una petición tierna que hago; es un suspiro de mi alma que suplica; es un amoroso lamento del corazón que ruega y pide amor, mucho amor, total entrega, unión la más íntima a nuestro amado Jesús. ¿Cuándo, pues, Jesús mío, cuándo? ¡Óyeme, respóndeme, dime, Jesús mío, dime cuándo! ¡Ven ya no tardes más! ¡Lléname de los sentimientos de tu amoroso Corazón..., de tu amor..., de tu vida!

Excelsa Madre de Dios, cariñosa madre nuestra, María madre de gracia, madre de misericordia, di a tu divino Hijo que nos dé la gracia eficaz de no negarle nada, y de que todo lo nuestro sea para Él, sin que le quitemos ni una respiración [191].

38. SOR MONICA DE JESÚS

Una Asociación de víctimas del Corazón de Jesús, parecida a la de la Liga santa fue fundada por sor Mónica de Jesús (religiosa agustina recoleta en proceso

[190] Carta a las víctimas del 3 de mayo de 1903.
[191] Carta a las víctimas, Tumaco, 27 de junio de 1903.

de canonización). Ella era natural de Monteagudo, donde murió san Ezequiel Moreno, y tuvo la gracia de asistir a su entierro. Ella también tuvo muchas revelaciones del Corazón de Jesús. En una de ellas le manifestó que *deseaba tener almas que lo acompañasen en los dolores internos de su Corazón* [192].

En unión con su director espiritual el padre Eugenio Cantera, quien asistió a la muerte de san Ezequiel, fundó la Asociación de víctimas del Corazón de Jesús con el fin de reparar tantas ofensas, agravios e injurias que recibe de los hombres. Esta Asociación fue fundada oficialmente el 30 de marzo de 1917. Por eso, los días 30 de cada mes era su día especial. La Asociación tenía dos grados. Uno era el de las víctimas mayores, que desde el principio eran solo siete, incluida sor Mónica y el padre Cantera. Cuando alguna moría, se le sustituía por otra, que hacía la consagración y la firmaba con su sangre.

El segundo grado era el de las víctimas pequeñas para diferenciarlo de las víctimas grandes o mayores. Estas víctimas pequeñas eran como complemento de las anteriores y tenían los mismos fines.

Podemos decir que, siguiendo la espiritualidad de santa Margarita María de Alacoque y la devoción al Corazón de Jesús, tanto san Ezequiel como sor Mónica de Jesús y el padre Cantera, así como otros muchos miembros de la Orden de agustinos recoletos, tanto religiosos como religiosas, se han consagrado a Jesús como víctimas, aunque sus nombres y sus compromisos hayan permanecido secretos.

39. DONES MÍSTICOS

Aunque los santos en general suelen ser muy parcos en hablar de sus experiencias personales con Dios, podemos conocer algunos dones del padre Ezequiel por medio de los testigos.

a) PROFECÍA

Es el conocimiento de cosas futuras que sólo pueden ser conocidas por revelación sobrenatural. Veamos algunos casos.

El señor Elisio Medina, abogado colombiano, declaró: *Al estallar la guerra de 1895 fui hecho prisionero por los revolucionarios y encarcelado en las prisiones de Nunchía y Pore. Mientras estaba en esta última, el padre Ezequiel*

[192] Carta al padre Cantera del 14 de julio de 1904.

regresó a Támara, (capital del Vicariato de Casanare) *y se dirigió de inmediato a casa de mi familia. Mi esposa se arrodilló para recibir su bendición y le avisó que yo estaba prisionero. Él respondió: "No se preocupe, hija mía, confíe en Dios. Yo he rezado a la Virgen de los Dolores para que lo traiga a Eliseo sano y salvo y sé que el viernes de Dolores él estará libre".*

Los revolucionarios me trasladaron a otra prisión y allí vinieron unos amigos y me invitaron a huir. Huí con ellos y fui a Pore y Moreno ocupados por los revolucionarios… y nos fuimos hacia Támara. En la Aguada nos dijeron que un grupo de revolucionarios había abandonado la ciudad. Cuando llegué a casa, mi esposa me dijo: "Hoy es el viernes de Dolores" y fue a dar aviso al obispo de mi llegada. El señor obispo Ezequiel nos dijo: "Yo ya sabía que debían llegar hoy" [193].

Refiere el padre Mariano Mosquera: *Una señora lo llamó a confesar a su hijo. Después de haberlo confesado y haberle dado la extremaunción le dijo al despedirse hacia las cinco de la tarde: "Ánimo, que a las nueve estarás en el cielo". Yo fui al día siguiente y vi que estaban velando el cadáver. La madre me informó que había muerto a las nueve precisamente* [194].

El padre Florencio Aranda refirió el hecho siguiente: *Cuando en 1899 se despidió en Madrid de sus hermanas, le dijo Benigna que aquella despedida sería hasta la eternidad, puesto que ya no le podría ver en este mundo; a lo que contestó su hermano: "No lo creas así, Benigna; podría suceder que me equivoque; pero creo y casi estoy seguro de que hemos de volver a vernos dentro de siete años; y entonces me veréis o vendré de un modo distinto del que me veis ahora". Esta o parecidas palabras quedaron tan grabadas en Benigna que, como ella dice, no se le borrarán de la memoria, mientras viva; y por lo que respecta a su segunda parte creyeron ambas hermanas que su hermano daba a entender que volvería otra vez a España investido con la dignidad de arzobispo o cosa parecida.*

Ahora bien, dichas palabras fueron pronunciadas en febrero de 1899, y él volvió efectivamente a España a principios de febrero de 1906, no investido, como creyeron sus hermanas, de la dignidad de arzobispo o cardenal, sino acompañado de una enfermedad terrible que, como todos creemos, le proporcionó la mayor honra y dignidad a que puede aspirar el hombre en este mundo, que es morir como un santo y como un mártir [195].

---

[193] Sum pp. 24-25.
[194] Sum pp. 290-291.
[195] Minguella, p. 207.

b) APARICIONES

Entre los religiosos que lo conocieron se decía que en una ocasión al menos había visto a Jesús con su Corazón ardiendo en llamas, como se pinta al Sagrado Corazón de Jesús.

El padre Aurelio La Cruz afirma: *A varios religiosos que, por motivo de la enfermedad y muerte del padre Ezequiel habían venido a Monteagudo tanto de esta provincia* (de San Nicolás) *como de otras, he oído decir que al padre Ezequiel se le había aparecido una vez el Sagrado Corazón de Jesús* [196]*. Pero el párroco de Alfaro, Don Basilio Zarantón, manifestó en el Proceso que un sacerdote agustino recoleto, que era maestro de novicios en Monteagudo, le contó que cuando el padre Ezequiel era Rector de Monteagudo, se le había aparecido el Sagrado Corazón de Jesús, no una, sino tres veces* [197]*.*

c) ¿ÉXTASIS?

No hay testimonios claros sobre esto, pero el señor Cesar Castillo, empleado del obispado de Pasto, manifestó que, *en el poblado de Guachucal, un hombre de los más piadosos, que solía acompañar a Monseñor a las cuatro de la mañana a la iglesia y solía observarlo de cerca, le dijo que durante la oración lo veía en éxtasis* [198]*.*

El padre Alberto Fernández declaró: *En varias ocasiones entré en la capilla y me pareció que estaba extasiado, pues, a pesar de arrodillarme muy cerca de él, no daba señales de notar mi presencia y continuaba inmóvil* [199]*.*

d) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de cosas que sólo es posible por revelación de Dios. El padre Mariano Mosquera dice: *Yo era sacristán del oratorio del obispo. Un día, después de recoger las cosas de la misa, vi que estaba junto al confesonario una mujer que no quería salir de la capilla. Me dijo que tenía urgencia de hablar con el señor obispo. Yo pensé que quería pedirle una limosna y le ordené que no lo molestara, pues estaba ocupado. Ella salió y se alejó del palacio.*

---

[196] Sum p. 308.
[197] Sum p. 38-39.
[198] Sum p. 206.
[199] Revista Recollectio 3 (1980) 350.

Una hora después, yo estaba en mi cuarto preparando las lecciones para el Seminario. De pronto entra el señor obispo y poniéndome la mano en la espalda me dice: "No trates así a mis ovejas". "¿Por qué?", respondí. "Porque la señora que has despachado era una pobre vergonzante. Vete a llamarla". Yo no sabía ni su nombre ni dónde se encontraba. Él me dijo que fuera a la tienda de la madre del sacerdote N. N. y que allí la encontraría. Allí la encontré, vino al palacio y el señor obispo le dio una buena limosna. Debo anotar que el obispo no vio a la señora ni cuando la despaché ni dónde se podía encontrar en ese momento [200].

Otra vez quedé muy sorprendido de que hubiese sabido dónde me encontraba, habiendo salido del obispado sin decir a nadie mi intención y pareciéndome humanamente imposible que lo hubiese podido saber [201].

En otra ocasión, *habiendo un toro roto las cuerdas con que le tenían atado, debía por fuerza pasar junto a nosotros. El señor obispo tomó entre las manos su rosario y me dijo: "No tengas miedo, porque este animal no nos hará nada". Y el toro pasó a nuestro lado como si no nos hubiese visto* [202].

Ya hemos notado anteriormente de cómo en dos oportunidades, predicando en Guapi, tuvo el conocimiento sobrenatural de la muerte de uno de los presentes. Dijo: *¿Quién sabe si uno de los presentes podrá llegar esta noche a su casa?* [203]. Y en ambos casos murieron.

e) ¿DON DE HACER MILAGROS?

Manifiesta sor Cecilia Molano: *Yo estaba en el colegio de las hermanas y vi que mi madre estaba muy mal. Hacía ocho días que había dado a luz una niña. Supongo que fuese fiebre o algún otro mal grave. Mi padre acudió al convento de los padres candelarios* (de Bogotá) *y suplicó al padre Ezequiel que fuera a la casa a bendecir a la enferma con la esperanza de que se curara, a pesar de que mi padre era indiferente en materia de religión. El padre Ezequiel fue a la casa a bendecir a mi madre; y ella siempre me repetía que quedó curada con su bendición* [204].

f) LUCES O RESPLANDORES SOBRENATURALES

---

[200] Sum p. 286.
[201] Sum pp. 290-291.
[202] Sum p. 294.
[203] Minguella, pp. 189-190.
[204] Sum p. 27.

Son luces o resplandores que aparecen en los cuerpos de los santos, especialmente durante los éxtasis o contacto íntimo con Dios. El padre Mariano Mosquera certifica que vivía en el obispado de Pasto en la habitación vecina a la capilla. *Algunas noches oía lamentos y le pregunté al fraile* (capuchino) *cocinero qué era eso. Él me respondió que el señor obispo estaba en oración ante el Santísimo Sacramento. Tuve curiosidad. Una noche hacia las once, víspera de primer viernes, oí los acostumbrados lamentos y me levanté de la cama y fui a una ventana que daba de frente al altar y al señor obispo en medio del reclinatorio. Hablaba con nuestro Señor con fe extraordinaria, como si lo viese, y le suplicaba por la conversión de los pecadores y le pedía las gracias necesarias para llegar a la santidad. Se levantó y se colocó ante el sagrario. Cuando bajó a arrodillarse de nuevo en el reclinatorio, vi con certeza que la puerta del sagrario estaba semiabierta y la cabeza del prelado circundada de una luz azulada y agradable; muy distinta de la lámpara que iluminaba la capilla.*

Se arrodilló de nuevo y continuó su ardiente oración con los brazos en cruz. Volvió a ir ante el sagrario y, al volver y cuando se alejó, estaba en estado normal sin ninguna luz. Supuse que habría dejado en el altar la llave del sagrario y, cuando sentí que regresó a su habitación, fui a la capilla. Abrí el armario cerrado con llave y encontré allí la única llave donde la solía yo guardar; y lleno de temor levanté la cortina del sagrario y vi que la puerta estaba totalmente cerrada. Desde entonces tomé al prelado una profunda veneración y respeto [205].

g) DON DE LÁGRIMAS

Es unánime el testimonio de quienes lo conocieron. Todos coinciden en que al orar o celebrar misa lloraba de emoción.

El padre Manuel Cacho refiere: *Cuando era pequeño ayudaba al padre Ezequiel en la misa* (en Monteagudo) *y lo vi siempre o casi siempre desde la elevación hasta la comunión que no cesaba de llorar y se trasfiguraba de tal manera su rostro que parecía otra persona. Yo se lo dije a otros niños y a los religiosos; y todos pudieron constatar estos hechos. Mis compañeros de estudio a veces se iban a oír su misa y se acercaban al altar para ver cómo lloraba el padre Rector* [206].

---

[205] Sum pp. 289-290.
[206] Sum p. 48.

El padre Tomás Cueva certifica: *Cuando el padre Ezequiel era Rector de Monteagudo, yo era sacristán. Él acostumbraba a ir de noche sin ser notado al coro donde pasaba largas horas derramando lágrimas y en íntimos coloquios con Jesús sacramentado. Varias veces, como yo era sacristán, me movió la curiosidad y lo espié sintiendo que decía jaculatorias como: "Dios mío, Dios mío"* [207].

Rafael Maya, portero del obispado de Pasto, declara: *Todos los días celebraba la misa con gran fervor. Al momento de la comunión se le veía conmovido y lloraba como un niño, pero en silencio. Cuando yo entraba a su oratorio, sentía que repetía la jaculatoria: ¡Dios mío, Dios mío!* [208].

40. VIRTUDES

Destacó en él la virtud de la *fortaleza*. Fue un misionero y obispo valiente en todo el sentido de la palabra. Ante el liberalismo anticristiano no vaciló en defender a sus fieles y prevenirlos del veneno de estas las doctrinas liberales. De hecho muchos de sus diocesanos pudieron experimentar en carne propia la maldad del liberalismo en tiempo de la revolución de 1895 y, sobre todo, de la guerra civil de 1899 a 1902. Los liberales iban al combate, gritando: "Muera Cristo" y en los lugares conquistados imponían su ley, persiguiendo a la Iglesia, haciendo sacrilegios en iglesias y haciendo toda clase de atropellos y violencias, al igual que lo hacía sistemáticamente el gobierno vecino del Ecuador que los apoyaba. Por eso, algunos católicos lo llamaron ya en vida el *Atanasio colombiano* y otros el *martillo* de los liberales.

En cuanto a su *castidad* dice el padre Santiago Matute: *Supe por boca del mismo padre Moreno, y como el suceso era público, me lo refirió sin temor, pues él sabía que yo había presenciado muchas veces cosas de las que me iba a hablar. Le pregunté cómo le iba con la persecución de cierta mujer, y me dijo: "Ya ha visto que hace bastantes años que es el tormento de todas mis horas de confesonario. Permanece sentada enfrente de él, y apenas puede se va acercando sin que yo lo note, hasta que llega a la reja; se pone como a confesarse, y yo le cierro la puerta tan luego como la conozco. Varias veces me he levantado, la he regañado violentamente, y vuelve a la misma. Por fin me hizo una volada terrible, pues llegaba yo de la calle cansadísimo de confesar en los conventos, y me esperaba una vieja, que me dijo fuese a confesar a una enferma. Aunque me hallaba muy cansado fui, y después de caminar como veinte cuadras llegué a un solar donde había al fin una casucha; entré... y me aguardaba la fulana... Muy*

[207] Sum p. 52.
[208] Sum p. 188.

serio le dije: "¿La enferma dónde está?". Me contestó: "Yo soy". Le dije: "Mujer sin vergüenza, ¡así me haces venir hasta aquí!". Y salí aprisa. Entonces ella echó a correr por toda la sendita detrás de mí; y al salir yo a la calle, antes de poder cerrar la puerta, me agarró del cuello del manto y me dijo: "Ahora sí, no te escaparás". Yo no podía desprenderme con violencia porque en la calle, al frente del portón, había en un balcón unos cachacos y señoritas que nos miraban. Tratando yo de disimular, la reprendía por lo bajo; ella me decía: "Sé que lo mandan a Los Llanos, y no irá al fin del mundo que no vaya yo detrás". Volví a decirle: "Mujer infeliz, suéltame; ¿qué pretendes?". Se descuidó un momento, y jalé el manto y me desprendí después de haber pasado por una mortificación tan terrible, que me parecía el infierno. ¡Pobre mujer!, añadió el padre Moreno, yo no la creo mala, sino loca [209].

Su *pobreza* fue admirable. Doña María Villota nos dice: *Cuando vino el padre Ezequiel por primera vez a la diócesis de Pasto, le habían preparado en el palacio una cama suntuosa con finas cortinas. El colchón y las cubiertas eran buenos y finos y lo mismo las sábanas con adornos de lujo, pero todo desapareció en breve tiempo y fue sustituido con cortinas ordinarias, un colchón de paja y todo lo demás de tela ordinario* [210].

Rafael Maya, portero del obispado de Pasto, afirma: *El obispo llevaba unos zapatos viejos y rotos. Yo encontré otros también viejos y rotos debajo de la cama y los llevé a la portería para limpiarlos y arreglarlos. En esto me encontró el sacerdote Anselmo Guerrero, secretario de la Curia, y se rió mucho al ver aquellos zapatos. Al decirle que eran del obispo quedó admirado y le envió unos pares de zapatos como regalo. Él se lo agradeció y yo tiré los zapatos viejos* [211].

Sor Catalina Les recuerda: *Una cosa que me llamó la atención cuando vino siendo obispo, fue que todo su equipaje lo llevaba en una caja de cartón. Sé que tenía dos cruces pectorales: una de oro, que vendió en Roma para comprar otra de menor precio y así pagar los gastos del viaje; y otra de piedras preciosas, que le había regalado una señora de Bogotá, y que nos la dio de regalo a nuestro convento* [212].

La señora Mariana Soberón manifestó: *Me encargó el señor Moreno hacerle proveer la despensa de los artículos necesarios para su alimentación, de preparar la comida y hacer lavar la ropa. No pudo menos de llamarme la atención el no encontrar entre su ropa interior sino dos túnicas de estameña y nada absolutamente que correspondiera a la categoría de un obispo. Hice la*

---

[209] Minguella pp. 420-421.
[210] Sum p. 221.
[211] Sum p. 191.
[212] Sum p. 32.

provisión de víveres para la despensa y en ello invertí muy pocos recursos, siguiendo las órdenes del prelado, pues que su mesa era muy frugal y puedo llamarle pobre [213].

Su escasa como tosca y pobre ropa interior, de cuyo aseo estaba yo encargada, me descubrió muchas veces el secreto de su vida penitente, pues me lo revelaba su ropa teñida de sangre; y hubo ocasión que, estando ausente el prelado y debiendo buscar y enviarle unos libros que pedía, descubrí involuntariamente varios y muchos instrumentos de penitencia con señales inequívocas del uso espantoso y frecuente que de ellos hacía su dueño… con la circunstancia muy significativa de que en las épocas más calamitosas del país esa ropa presentaba un aspecto más elocuente, dejando comprender con claridad que en esos tiempos aciagos eran más rigurosas sus penitencias [214].

Rafael Maya añade: *Los miércoles y viernes lo sentía desgarrar su cuerpo con la disciplina.* Por su parte, el padre Alberto Fernández manifestó: *En varias ocasiones noté que la capilla estaba cerrada por dentro y se sentía el chasquido de las disciplinas como se sentía también otras veces por la noche en su habitación* [215].

Su *austeridad* era patente a todos y su *humildad* manifiesta. A todos quería por igual como un buen padre. Nunca negaba ayuda o audiencia a los pobres. Y no le gustaba que lo ensalzaran con palabras elegantes y altisonantes. Como prueba un botón. Dice el padre Alberto Fernández: *Hacía algún tiempo que yo residía en Orocué, cuando el padre Ezequiel me llamó a Támara, capital del Vicariato y también en aquella fecha de la nueva Intendencia de Casanare; llegué el 21 de julio de 1894. Como no lo había visto después de su consagración le di tratamiento de Su Señoría Ilustrísima e inmediatamente me dijo: "Tráteme como antes, de vuestra Reverencia y de padre, pues he venido a compartir con vosotros los trabajos del ministerio* [216].

Su *obediencia* fue heroica. En todo momento obedeció las normas emanadas de la Santa Sede, aunque fueran desfavorables para él como la primera sentencia del caso Tulcán o las órdenes de silencio.

El padre Gregorio Segura, declara: *Cuando fue llamado a Bogotá por el Nuncio Ragonesi, yo lo acompañé y oí cómo el delegado apostólico lo reprendió duramente sin darse por satisfecho de las explicaciones que le daba…*

---

[213] Minguella p. 415.
[214] Minguella pp. 439-440.
[215] Minguella p. 440.
[216] Minguella p. 129.

Queriendo el padre Ezequiel para tranquilidad de conciencia recurrir a Roma en aquella ocasión, el delegado le dijo: "Se lo prohíbo en nombre del Santo Padre". Y él obedeció humildemente, a pesar de que el Superior de los jesuitas y muchas otras personas le aconsejaron que recurriera personalmente a Roma [217].

Y añade: *Una vez, estando con él en Támara, cuando era vicario apostólico de Casanare, quiso predicar contra el liberalismo por ciertas manifestaciones que algunos liberales habían hecho contra él, a quien consideraban perseguidor del liberalismo. A él lo movía el amor a la verdad sin ningún resentimiento personal. Yo, comprendiendo que quizás podía excitar los ánimos, le aconsejé que por aquella vez no dijera nada y él, humildemente, se sometió a mi parecer* [218].

El obispo de Popayán, Manuel Antonio Arboleda testifica: *Cuando fue llamado por el delegado apostólico a Bogotá, yo estaba presente y Monseñor Moreno le dijo que era para él un deber de conciencia hacer lo que hacía en su diócesis, pero que si él* (delegado) *le ordenaba obrar de otro modo, lo haría inmediatamente. Entonces el delegado dijo que le daba un consejo de amigo y no una orden como delegado apostólico. En ese caso, contestó que no podía seguir su consejo* [219].

Por otra parte, al publicar su folleto sobre los dolores internos del Corazón de Jesús, comenzó diciendo: *Obedeciendo con placer a las normas del Papa que regulan esta materia, declaro que en todo lo que refiero en este libro no pretendo adelantar el juicio que dará la Madre Iglesia, a la cual someto esta obrita, sus partes y cada una de sus palabras* [220].

Cuando la Santa Sede desaprobó esta devoción en 1905, él no llegó a saberlo, pues murió al poco tiempo. Si lo hubiera sabido, hubiera sido el primero en obedecer y evitar las manifestaciones de esta devoción.

Sobre su *caridad* ya hemos hablado de su amor y preocupación por los pobres y enfermos cuando estaba en Filipinas y Monteagudo. Y lo mismo ocurrió en Colombia. La señora Mariana Soberón, su empleada en Pasto, declaró: *En una ocasión, una señora muy pobre manifestó al padre Ezequiel su difícil situación económica y que había empeñado su máquina de coser para atender a sus necesidades. Inmediatamente, me mandó a mí sacar la máquina empeñada, dándome el dinero necesario para ello.*

---

[217] Sum pp. 106-107.
[218] Alia nova Positio, p. 29.
[219] Sum pp. 256-257.
[220] Nova Positio, p. 9

El día que se amotinó el batallón en Pasto por no haber recibido su paga, el padre Ezequiel prestó al gobierno una buena cantidad (que nunca pudo recobrar) *para pagarles y después me mandó que les sirviera pan y café, diciéndome: "Estos soldados tienen hambre". De hecho, se compró todo el pan que había en la ciudad. Para preparar el café fueron necesarios grandes ollas; y yo vi pasar a los soldados con los ánimos ya calmados* [221].

El padre Heliodoro, de Túquerres, declara que *una vez, viajando de Guapi a Domingo Ortiz, llegaron por la noche a casa de una familia en la que la madre estaba enferma en cama sin tener con qué cubrirse; y el padre Ezequiel ordenó que le dieran dinero y la ropa de cama que llevaba, aunque no tuviera repuesto hasta llegar a Tumaco* [222].

El padre Gregorio Segura afirma: *Cuando era provincial en Bogotá, confesaba muchas señoras y entre ellas había una que empezaba a tener en el rostro las señales de una lepra elefancíaca. Algunas penitentes le hicieron notar el peligro de contagio y que muchas no continuarían yendo a confesarse. El respondió: "Si se van, qué vamos a hacerle".*

La enfermedad de la lepra fue avanzando y la obligaron los médicos a quedarse en casa, y allí iba el padre Ezequiel a confesarla [223].

Y no olvidemos que nunca se negó a ir a un enfermo grave, aunque estuviera a un par de días en camino. En Bogotá casi todas las noches debía levantarse para atender a los que lo llamaban.

Esta caridad del padre Ezequiel no excluía a sus enemigos. A ninguno de ellos tenía odio o resentimiento. Él se preocupaba como padre y pastor de la salvación de sus almas y, aunque odiaba sus doctrinas, los amaba a ellos. Es lo que enseña en muchos lugares el gran Padre San Agustín, quien en diferentes textos expresa la idea de que: *Hay que odiar el pecado, pero amar al pecador*.

El padre Ángel de Villava declaró: *Lo que más le preocupaba eran las almas de sus enemigos personales. Cuando recibía grandes ofensas, exclamaba: "¿Qué será de sus almas? Poco importan las ofensas que me hacen, si sus almas se salvan"* [224].

---

[221] Sum pp. 185-186.
[222] Sum p. 166.
[223] Sum p. 107.
[224] Sum p. 77.

En la ciudad de Cartago fue alguien a visitarlo y llamó "rojos" a los liberales. Y Monseñor Ezequiel le respondió con éstas o parecidas palabras: "No me agrada ni me parece bien aplicarles un adjetivo que envuelve una idea de injuria o al menos desprecio a las personas. Debemos combatir las ideas, pero debemos amar mucho a los extraviados" [225].

Asegura el padre Victoriano Rosero: *En una ocasión se presentó a Monseñor Ezequiel un liberal, que era uno de los jefes del partido y le rogó que le prestase una suma considerable. Monseñor me habló del asunto y me dijo que estaba decidido a prestarle la suma que pedía* [226].

Y añade: *El obispo Ezequiel me ordenó muchas veces de administrar los últimos sacramentos a los liberales moribundos y lo único que me aconsejó fue que les exigiese una protesta contra el liberalismo en cuanto error dogmático y moral. En cuanto a los otros liberales, me autorizó a absolverlos. Sólo me pidió que les exigiese la promesa de no defender el liberalismo y no continuar llamándose liberales* [227].

El padre Mariano Mosquera certifica: *Estuve presente al hecho siguiente: Un día pasaban por la calle unos 40 prisioneros. Él les preguntó por qué estaban presos y uno de ellos le respondió con orgullo: "Porque somos liberales". Otro añadió: "Usted nos odiará a muerte". Y el señor obispo respondió que él solo perseguía las doctrinas liberales y que amaba a las personas. Que ellos eran sus hermanos y amigos. Después les hizo una breve exposición de la doctrina liberal y les dio a cada uno un poco de dinero. Ellos se arrodillaron y le pidieron perdón y sé que se confesaron* [228].

Tampoco guardó rencor al obispo de Ibarra. A este respecto nos dice el padre Ángel de Villava que, *estando con él haciendo la visita pastoral en la ciudad de Ipiales, se le presentó el párroco de Tulcán a saludarlo en nombre del obispo de Ibarra. Y, habiéndole dicho que el obispo, por algunas divergencias con el gobierno del Ecuador, tenía peligro de ser exiliado, el padre Ezequiel le ofreció al prelado su diócesis, su palacio y todo lo que tenía, añadiendo: "Dígale que no lo hago por cumplimiento, sino de todo corazón"* [229].

Y añade: *Conocí personalmente al Ilmo. Sr. Ezequiel Moreno cuando hizo su entrada solemne en la ciudad de Pasto el año de 1896. Residía yo en aquella ciudad, desempeñando el cargo de custodio provincial de los capuchinos. Desde*

---

[225] Monseñor Manuel Antonio Arboleda, Sum p. 256
[226] Sum p. 236.
[227] Sum p. 233.
[228] Alia nova Positio, p. 20.
[229] Sum p. 77.

el primer día comenzaron nuestras relaciones, que fueron muy íntimas y sin interrupción hasta el año 1899, en que nos separarnos después del viaje que juntos hicimos a Roma, quedándome yo en Barcelona por haber sido nombrado provincial, y regresando el ilustrísimo señor obispo a su amada diócesis de Pasto. Durante esos tres años conocí muy bien al Ilmo. y Rmo. padre Ezequiel, intervine varias veces en los asuntos que le parecían de más consideración y últimamente fui su confesor.

Fue un santo. Éste es el concepto que tengo formado de él, no porque yo haya presenciado milagros estupendos, sino porque toda su vida, sus obras, sus acciones todas estaban animadas del espíritu de santidad.

Era amantísimo de la observancia regular, a la que se sujetaba rigurosamente, no obstante su dignidad episcopal, las pesadas ocupaciones y grandes trabajos que diariamente tenía en el desempeño de su ministerio episcopal. Arregló un método de vida lo más conforme posible a la vida del claustro; no faltaba nunca a la meditación de la mañana y tarde, teniendo predilección por la de la tarde, en que ordinariamente solía recibir más gracias y favores del Señor; jamás se dispensaba de los ayunos de regla que por las circunstancias en que se encontraba le eran muy difíciles, pues se veía precisado a acudir a la secretaría y oficinas para firmar y despachar asuntos a la una próximamente, privándose de todo recreo y reposo. En Pasto es costumbre tomar refección a las nueve y media y a las cuatro y media; de manera que las horas de oficina son a las doce hasta las dos... Ayunaba también durante la Santa Visita, a pesar del trabajo inmenso que solía tener y de las incomodidades de los penosos viajes que hacía. Un día, viernes, salimos de Tangua para ir a Funes, pensábamos tomar colación en una casa situada en el camino; sea por no haberse recibido el aviso o por otras causas imprevistas, nos encontramos que no se había preparado nada; algunos acompañantes se molestaron; pero el ilustrísimo señor obispo se rió del percance, y muy alegre continuó su camino; llegamos tarde a Funes, y a pesar de todo no omitió ni aceleró ninguna práctica de las acostumbradas al abrir visita. Podía referir muchos casos como éste.

Apreciaba muchísimo el voto de pobreza, cuya virtud practicó sufriendo los efectos de ella con valor, resignación y heroísmo. Referiré algunos casos que presencié. Cuando el ilustrísimo señor obispo llegó a Pasto, me pidió dos hermanos legos para que le atendieran y cuidaran de su palacio; no pasaron ocho días cuando se quedó con uno solo, diciendo que era suficiente para formar la familia de un obispo pobre; no necesito exponer la pobreza que reinó en aquel palacio, el hermano era y es muy amante de la pobreza y el Ilmo. padre Ezequiel no podía menos de sentir los efectos, sea en la comida, sea en el trato. No tomaba vino ni siquiera los domingos; decía con mucha gracia: "Las rentas no llegan para tanto".

Todos los meses recibía la pequeña cantidad que le estaba designada como renta del obispo, inmediatamente llamaba al hermano lego, le daba lo que éste calculaba que podía gastar durante el mes y entregaba todo lo restante a un prudente portero para que, según su parecer y atendidas las necesidades de los pobres, lo fuese distribuyendo. Decía que con este proceder ganaba mucho, pues cumplía la obligación de hacer limosna; se libraba de ansiedades de conciencia apreciando bien o mal las necesidades de los pobres que piden; y se ahorraba el tiempo que le quitaban los que van a pedir. Aumentó las rentas a todos los empleados de la Curia eclesiástica; quedando las del obispo sin alteración. No pudimos convencerlo de que debía aumentar las suyas. El ilustrísimo señor obispo de Panamá le dijo en mi presencia que tenía derecho, según las leyes de la República, y que debía cobrar más; pero él permaneció impertérrito con su exigua renta.

Nunca llevaba dinero consigo, ni aun en los viajes, aunque yo le insté varias veces que debía llevar por si acaso nos separábamos por cualquiera avería o contratiempo en los trenes o estaciones. No terminaría si hubiese de referir cómo observó la pobreza en los viajes sin faltar a la dignidad episcopal; privándose de visitar santuarios, hospedándose siempre que podía en conventos pobres, sustentándose como un religioso sin acudir a restaurantes, absteniéndose escrupulosamente de socorrer a parientes necesitados, y de otros mil modos que su amor a la pobreza le sugerían.

Se distinguió muchísimo por el celo con que defendió los derechos y doctrina de la Iglesia, y por la energía con que combatió los errores modernos. Por este celo santo, por esta virtud cuya práctica hoy día exige un valor superior, calumniaron mucho al Ilmo. Sr. Moreno, lo combatieron muchísimo, no solamente los enemigos de la Iglesia, los sectarios, los que llamándose católicos eran contrarios al gobierno de la República, sino también no pocos católicos, espíritus débiles o apasionados que no sabían concebir ni explicarse tanto valor, tanto celo, tanto desinterés en un obispo. Aseguro sin temor de equivocarme, que en todas las determinaciones del Ilmo. padre Ezequiel, en sus publicaciones más o menos enérgicas, no le dominaba pasión alguna, sino que el celo por las almas, el gran aprecio que hacía de su deber pastoral, el conocimiento que tenía de la malicia de los errores modernos, de la influencia de éstos en las costumbres de su diócesis, cuya moralidad peligraba, y las circunstancias topográficas de su diócesis, influían en el ánimo del obispo y lo impulsaban u obligaban a ser tan enérgico. Cuántas veces le oí exclamar: "¡Qué podré hacer para salvar la diócesis! ¡No quieren que escriba, quítenme la obligación que tengo de salvar estas almas! Dicen que soy fuerte, no me den ocasión, no me pongan en la necesidad de ser fuerte". En verdad, el carácter,

trato, conversación, etc., del Ilmo. padre Moreno no era duro, sino muy afable[230].

El amor a todo lo agustino recoleto no lo abandonó nunca. Siempre vestía con su hábito agustino. Su mayor deseo era morir en un convento de la Orden como verdadero hijo de san Agustín.

A una dama piadosa que sufría intensos dolores en los ojos, le dijo varias veces: "Hija mía, no le neguemos nada a Dios, démosle todo lo que nos pide. Ruéguele a Jesús, en medio de esos dolores que usted sufre, que me lleve a mi convento, ¡oh, qué feliz fuera yo si quedara ciego!...; podría así vivir en mi convento, sin que las ocupaciones me impidieran estar siempre con nuestro Amadísimo Jesús, sin tener que leer periódicos, ni saber que a Jesucristo lo quieren echar de las escuelas, de la sociedad, de los corazones!". Y con los ojos llenos de lágrimas decía: "¡Oh, qué dicha quedar ciego! Algunas veces cierro los ojos y me contemplo ciego y que me llevan a mi convento a morir allá. ¡Oh! ¡Feliz enfermedad la que me llevara a mi convento y que yo muriera allí! En fin, el Señor quiere que desempeñe este cargo... hágase su voluntad; no le neguemos a Jesucristo lo que nos pide. Usted procure darle lo que le pide también, permaneciendo tranquila en los brazos de Jesús y ofreciendo tanto dolor por este pobre obispo y las almas [231].

41. BEATIFICACIÓN

El milagro aprobado para la beatificación fue la curación instantánea de Carmela Jurado, una señorita de 60 años, de Pasto. Tenía un tumor en la nariz desde 1946. Los doctores que la examinaron la enviaron al Instituto *Radium* de Bogotá, considerando que era un tumor maligno, un verdadero cáncer. Los exámenes histológicos realizados en Bogotá confirmaron que era un cáncer maligno palatino-nasal como el que había tenido el padre Ezequiel.

Tras pasar dos meses en el Instituto *Radium*, los médicos aconsejaron a la familia que la llevasen a morir a su casa, pues estaba desahuciada. Pero ella que tenía fe en el padre *Morenito*, como solían llamar al padre Ezequiel en Pasto, hizo dos novenas con su familia, pidiéndole la curación. En la noche del 11 al 12 de febrero de 1947 estaba ya agonizando después de recibir la extremaunción, pero a la mañana siguiente amaneció totalmente curada en su propia casa de Pasto.

---

[230] Minguella pp. 451-455.
[231] Minguella p. 412.

La historia clínica de Carmela Jurado, que se encontraba en el Instituto *Radium* de Bogotá, fue importante para que la comisión médica vaticana declarara la curación repentina como inexplicable para la ciencia y aceptada por la Iglesia como verdadero milagro por intercesión del padre Ezequiel.

Fue beatificado el 1 de noviembre de 1975 en Roma, en el Vaticano, en unión de Gaspar Bertoni, fundador de los estigmatinos; de Vicente Grossi, fundador de las Hijas del Oratorio; de Ana Francisca Michelotti, fundadora de las pequeñas siervas del Sagrado Corazón de Jesús para los enfermos pobres; y de María Droste zu Veschering, religiosa de las hermanas de la caridad del Buen Pastor.

42. EXHUMACIÓN

En 1928 había sido realizada la exhumación de su cadáver encontrándose incorrupto. El 1 de agosto de 1975 se realizó otra exhumación en vista a la próxima beatificación.

El cadáver aparecía ennegrecido con la piel apergaminada, adherido al hueso, pero íntegro y con cierta flexibilidad en algunas articulaciones. Lo más impresionante era aquella cara que nos miraba desde la eternidad, con la nariz hundida por efectos de la enfermedad: un cáncer de paladar, que en los últimos días le había afectado los ojos y oídos y que le llegó al cerebro. Allí estaba, casi mirándonos el padre Ezequiel, paisano nuestro, misionero de tres continentes, el obispo más amado y más discutido de Hispanoamérica del siglo XIX [232].

Actualmente puede visitarse su cuerpo incorrupto en el convento de los padres agustinos recoletos de Monteagudo (Navarra).

43. CANONIZACIÓN

El milagro aprobado para la canonización tuvo lugar el 18 de julio de 1986. Una señora de Buesaco, pueblecito cercano a Pasto, sufría de un tumor en el seno derecho y estaba al fin de la vida. Estaba desahuciada por motivo de este cáncer del seno, cuando fue curada repentinamente, después de haber invocado la ayuda del beato Ezequiel Moreno.

---

[232] Boletín de la provincia de san José de agustinos recoletos, Año XXVII, noviembre-diciembre de 1975.

El 3 de octubre de 1991 la comisión de médicos del Vaticano examinó el caso y por unanimidad declaró que la curación era científicamente inexplicable. Del mismo parecer fueron los obispos y cardenales de la Congregación ordinaria del 4 de febrero de 1992. El 7 de mayo el Papa Juan Pablo II lo aceptó como milagro en vistas a la canonización.

Fue canonizado el 11 de octubre de 1992 ante gran parte del episcopado latinoamericano, reunido en Santo Domingo, República dominicana, para la celebración del V centenario de la Evangelización de América. El presidente del CELAM lo presentó ante el Papa como un gran obispo y misionero. Y Juan Pablo II lo ensalzó como un ejemplo de misionero y pastor por *su incontenible deseo de anunciar a Cristo.* Dijo: *San Ezequiel Moreno con su vida y obra de evangelizador es modelo de pastores, especialmente para los de América Latina, que bajo la guía del Espíritu Santo quieren responder con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana.*

San Ezequiel Moreno es considerado por el sentir popular, como el patrono y protector de los enfermos de cáncer. Algunos consideran como patrono de estos enfermos a san Peregrino Laziosi (1260-1345), que fue curado milagrosamente de un cáncer en el pie. Pero en la actualidad y, dada la popularidad que aumenta cada día de la vida y milagros de san Ezequiel Moreno, se le suele considerar a él como el patrono de los enfermos de cáncer, ya que él murió de cáncer y los dos milagros aprobados para su beatificación y canonización han sido curaciones de enfermos de cáncer. Esta es una razón poderosa, dada por el mismo Dios, para que lo podamos considerar como patrono de estos enfermos, especialmente en estos tiempos en que hay tantos enfermos de este mal en todo el mundo.

San Ezequiel Moreno, padre Morenito, intercede por nosotros ante Dios y danos la salud del cuerpo y del alma. Amén [233].

44. CRONOLOGÍA

1848, 9 abril	Nace en Alfaro (La Rioja, España).
1864, 21 septiembre	Ingresa en el noviciado de Monteagudo (Navarra).
1866, septiembre	Pasa a estudiar teología a Marcilla (Navarra).
1869, 14 octubre	Embarca en Cádiz rumbo a Filipinas.
1871, 2 junio	Es ordenado sacerdote en Manila.

[233] En internet y en las parroquias de agustinos recoletos se pueden conseguir novenas y biografías del santo para conocerlo y amarlo más, y rezar por las intenciones personales.

1872, 4 marzo	Llega a Palawan como misionero.
1873, 10 mayo	Párroco de Calapán.
1873, 14 octubre	Vicario provincial de Mindoro.
1876, 13 junio	Párroco de Las Piñas.
1879, 29 julio	Entrega la parroquia de Las Piñas.
1879	Párroco de Santo Tomás (Batangas).
1880, octubre	Predicador del convento de Manila.
1881, 24 febrero	Cura interino de Santa Cruz (Manila).
1882, septiembre	Administrador de la hacienda de Imus.
1885, 9 agosto	Toma posesión del priorato de Monteagudo.
1885, 25 noviembre	Embarca en Santander para Colombia al frente de la misión restauradora.
1890 dic.-1891 mar	Recorre Los Llanos de Casanare.
1894, 1 mayo	Es consagrado obispo en Bogotá.
1894, 30 junio	Toma posesión del vicariato de Casanare.
1896, 10 junio	Toma de posesión de la diócesis de Pasto.
1896, sep-dic	Primera visita pastoral a la diócesis.
1898, 27 abril	Primera sentencia sobre el colegio de Tulcán.
1898, 9 julio	Sale rumbo a Roma en visita *ad limina*.
1899, 6 febrero	Segunda sentencia sobre el colegio Tulcán.
1899, 25 agosto	Experiencia religiosa extraordinaria.
1899-1902	Guerra civil colombiana.
1905, junio	Primeros síntomas de su última enfermedad.
1905, 18 de diciembre	Sale de Pasto hacia España para operarse.
1906, 14 febrero	Primera operación.
1906, 29 marzo	Segunda operación.
1906, 31 mayo.	Se retira a morir a Monteagudo.
1906, 19 agosto	Muere en Monteagudo, a los 58 años de edad.
1910	Comienza el proceso de beatificación.
1975, 1 noviembre	Es beatificado en Roma por Pablo VI.
1992, 11 octubre	Es canonizado en Santo Domingo por Juan Pablo II.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de san Ezequiel Moreno, podemos decir que nos encontramos con un santo especialmente valiente. Su valentía es una cualidad que destacó a lo largo de su vida. No le importaba que lo tacharan con los más graves insultos. Para él lo primero era cumplir la voluntad de Dios y la salvación de las almas de sus feligreses. Por eso, luchó sin tregua contra los liberales, que querían imponer un gobierno, como el de Ecuador,

donde se persiguiera a la Iglesia, se asesinara a los sacerdotes, se profanaran las iglesias y se limitaran las libertades religiosas.

Al grito de los liberales, que iban a la batalla gritando *Muera Cristo*, él recomendaba a los católicos que gritaran *Viva Cristo*. Precisamente para salvaguardar la fe católica se opuso a la famosa Concordia del general Reyes. En todas sus actuaciones lo guió siempre el amor a la Iglesia, incluso aceptando las órdenes que venían de Roma de hacerlo callar. Él siempre fue respetuoso y obediente a la Iglesia y a las legítimas autoridades civiles.

Algunos no lo comprendieron, pero todos lo admiraron por su rectitud y su vida santa. Estaba consagrado como víctima al Corazón de Jesús. Fundó la Liga santa de víctimas y toda su vida estuvo totalmente entregada a la voluntad de Dios, dispuesto a aceptar incluso el martirio por la salvación de sus ovejas. Dios escuchó sus súplicas y le envió un cáncer con el que se santificó los últimos días de su vida, muriendo como un santo y como un mártir.

Después de su muerte, Dios quiso ensalzarlo a los ojos del mundo e hizo muchos milagros por su intercesión, especialmente de enfermos de cáncer, de los que es considerado su patrono y protector.

Que Dios nos ayude con su intercesión y nos estimule a ser como él: unos fervorosos católicos y valientes misioneros.

Que Dios te bendiga por medio de María.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)461-5894

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Alia Nova Positio super virtutibus, Roma, 1963.

Álvarez Jaime, *Beato Ezequiel Moreno Díaz, agustino recoleto*, Pasto, 1975.

Ayape Eugenio, *Intimidades y anécdotas del siervo de Dios fray Ezequiel Moreno*, Manizales, 1943.

Ayape Eugenio, *Semblanza del beato Ezequiel Moreno*, Ed. Augustinus, Madrid, 1994.

Beatificationis et canonizationis servi Dei Ezechielis Moreno Diaz. Positio super introductione causae, Roma, 1925.
Fabo Pedro, *Olor de santidad*, Madrid, 1915.
Garnica Teófilo, *Máximas, sentencias y Soliloquios*, Lima, 2006.
López de Murga Sebastián, *El milagro de la beatificación*. Revista LAR, Caracas, 1976, N° 561, p. 42.
Martínez Cuesta Ángel, *Beato Ezequiel Moreno. El camino del deber*, Roma, 1975.
Martínez Cuesta Ángel, *Ezequiel Moreno, el santo del V centenario.*
Martínez Cuesta Ángel, *Ezequiel Moreno, santo de tres continentes*, Ed. Augustinus, Madrid, 2006.
Ezequiel Moreno San, *Obras completas*, cuatro tomos, Ed. Augustinus, Madrid, 2006.
Martínez Cuesta Ángel, *San Ezequiel Moreno, fraile, obispo y misionero*, Ed. Augustinus, Madrid, 1992.
Minguella Toribio, *Biografía del Ilmo. señor don Ezequiel Moreno y Díaz*, Barcelona, 1909.
Minguella Toribio, *Cartas pastorales, circulares y otros escritos del Ilmo. Ezequiel Moreno*, Madrid, 1908.
Minguella Toribio, *Compendio de la biografía del siervo de Dios fray Ezequiel Moreno y Díaz*, Madrid, 1918.
Nova Positio super virtutibus, Roma, 1959.
Novissima Positio super virtutibus, Roma, 1964.
Papa Giovanni, *Disquisitio de agendi ratione servi Dei circa liberalismum in Columbia*, Ciudad del Vaticano, 1959.
Positio super miraculo altero, Roma 1967.
Positio super miraculo, Roma, 1974.
Positio super miro, Roma, 1991.
Positio super non cultu Roma, 1937.
Positio super validitate Processuum, Roma 1965.
Varios, *San Ezequiel y su circunstancia*. Congreso internacional Logroño-Alfaro del 15-17 de septiembre de 2006.

&&&&&&&&&&&